



BX903

M3

v.1

007A02



1080015611



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL LIBRO DE LAS PROFESAS

UANL



OBRAS PUBLICADAS  
por el autor de las ARENITAS DE ORO  
EL ABATE MR. SILVANO

*Arenitas de Oro.*  
*Virtudes y faltas menudas de las jóvenes.*  
*El Libro de las Novicias.*  
*El Libro de las Profesas.*  
*Sacro Trimestre, ó sean los meses de Marzo, Mayo  
y Junio.*  
*Pequeño Mes de las almas del Purgatorio.*

EL LIBRO  
DE  
LAS PROFESAS

PARA USO DE LAS  
COMUNIDADES RELIGIOSAS

FOR EL AUTOR DE LAS  
ARENITAS DE ORO y del LIBRO DE LAS NOVICIAS

—••—  
VERSIÓN ESPAÑOLA

FOR

U. R. E.

—••—  
\* Tomo I. \*



MÉXICO

LIBRERÍA RELIGIOSA  
HERRERO HERMANOS EDITORES  
3, San José el Real, 3

1897

44198

BX903



Queda asegurada la  
propiedad por

Los EDITORES.



**FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ**

MÉXICO.—Talleres de la Librería Religiosa, Tiburcio, 18.

PARTE PRIMERA

NATURALEZA DEL ESTADO RELIGIOSO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

007402



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

DE

MONSEÑOR DUBREIL, ARZOBISPO DE AVIGNÓN

Aprobamos la obra intitulada *EL LIBRO DE LAS RELIGIOSAS PROFESAS*, escrita por Mr. el abate Silvano, canónigo honorario, muy conocido ya por sus *Arenitas de Oro* y por otros varios escritos, en vista del informe que nos ha presentado la Comisión encargada de examinarla. Recomendamos su lectura á las personas piadosas, para quienes se ha compuesto, y á quienes será muy provechosa.

Avignon, á 10 de Diciembre de 1878.

✠ LUIS,

Arzobispo de Avignon.

DIRECCIÓN GENERAL DE



## INTRODUCCIÓN

Cuando un sacerdote se dirige á religiosas, ya de viva voz, ya por escrito, lo hace siempre poseído del más profundo respeto; porque, alumbrado por luz divina, comprende lo que es una religiosa.

La religiosa es una alma predilecta entre las predilectas de Jesús, á quien tan generosa y completamente se ha consagrado.

Es una alma que tiene con la Santísima Virgen el más perfecto parecido, por lo cual la Virgen le profesa un cariño especialísimo, y querría tenerla siempre á su lado como compañera amada, para poder decirle con aquel sentimiento afectuoso que empleaba al conversar con Jesús: *Hija mía, ama á Jesús; permanece junto á Jesús; consuela á Jesús; sirve á Jesús; reemplázame al lado de Jesús.*

Es una alma á quien Jesús ha hermoseado con esos hechizos interiores, desconocidos en la tierra, pero que excitan la admiración y el

respeto de los ángeles, y hasta les causarían envidia si no fueran ángeles.

Es una alma á la que Jesús ha llamado á sí y cerca de sí, á fin de que por su *unión íntima con El*, por su *fidelidad* y por su *amor* le desagravie de todas las ingratitudes, de todos los sacrilegios, de todos los desdenes, de todos los abandonos que el mundo le hace sentir; á fin de que, por su *completa sumisión* á la voluntad divina, ella le sirva de *auxiliar*, continuando bajo la dirección de los sacerdotes la obra de la salvación de las almas; y, sobre todo, á fin de que por su absoluto *desprendimiento* de todas las cosas, y por su *generosidad* en aceptarlo todo, venga á ser, como Jesús en la Eucaristía, una *victima* que sufra continuamente y con alegría — ella que puede sufrir — dolores físicos, dolores morales, humillaciones profundas, sirviendo así, unida á Jesucristo, de compensación al orgullo, á la avaricia, á la sensualidad.

Es una alma, en fin, para quien es mezquino el mundo con sus riquezas, sus honores, sus atractivos, y á quien sólo puede contentar la posesión de Dios; es una alma que, bajo un exterior tranquilo, apacible y risueño, oculta un amor, que no tiene nombre en la tierra, para ese Dios á quien se ha consagrado.

He aquí lo que la fe revela al sacerdote cuando ha de tratar con las religiosas.

¿Cómo, pues, no se tendrá por dichoso al ser escogido para formarlas, para purificarlas, para animarlas?

¡Oh! ¡Cómo suplica á Dios que le inspire

todo lo que debe decir! ¡Cómo le pide á Dios, cuando llega el caso, palabras de *luz*, palabras de *dulzura*, y aun algunas veces palabras *austeras*, aunque siempre afectuosas!..... ¡Oh Jesús, encontramos todas estas palabras en vuestro Evangelio, prestádmelas para escribir este libro!

¡Que no contenga ni una palabra que *hiera*, ni una expresión que *turbe*, ni una frase que *desanime*!

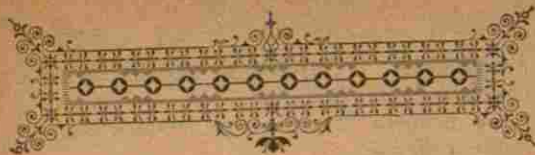
Yo quiero ¡oh buen Jesús! poner en él todo mi corazón; mas antes permitidme que lo encierre en el vuestro para que de él reciba la luz, el celo, la prudencia y el amor.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL LIBRO DE LAS PROFESAS

Ser *Profesa*, en el sentido que á esta palabra da la Iglesia católica, es haber sido admitida por los superiores legítimos en el *estado religioso*; es decir, haber llegado á ser miembro de una comunidad aprobada, en la que se hacen los votos de obediencia, de pobreza y de castidad; haberse obligado á practicar todo lo que está prescrito en dicha comunidad para llegar al objeto que se propone.

*El estado religioso* se define: *una forma de vida aprobada por la Iglesia, en la cual los fieles, unidos en sociedad religiosa, se constituyen de una manera permanente para consagrarse á Dios y dirigirse á la perfección por medio de los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, según la regla que les ha sido impuesta.* He aquí el estado que has abrazado.

*Ser religiosa*, he aquí la profesión á la cual te has obligado.

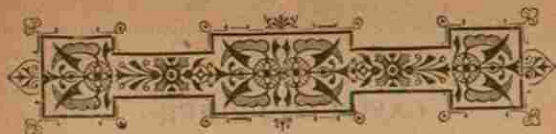
Para hacerte conocer, apreciar y amar este estado, y para ayudarte en la firme voluntad que tienes de cumplir exactamente todas sus

obligaciones, te ofrecemos este librito, que constará de tres partes.

La primera tratará de la naturaleza del estado religioso.

La segunda de las obligaciones que impone ese estado.

La tercera de los medios para cumplir las obligaciones que impone el estado religioso.



## PARTE PRIMERA

### NATURALEZA DEL ESTADO RELIGIOSO

No queremos escribir un *Tratado completo* del estado religioso. Nuestro objeto en esta primera parte, es exponer sencillamente las *cuestiones prácticas* necesarias para demostrar la grandeza y la hermosura del estado religioso; hacerle amar por las que lo han abrazado, y excitar en ellas el deseo de cumplir con celo las obligaciones que les impone.

Dividiremos esta primera parte en siete capítulos:

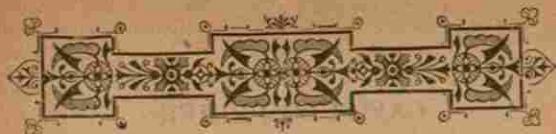
- 1.º Del *fin* del estado religioso.
- 2.º Del *gobierno* de ese estado.
- 3.º De las *personas que han abrazado* ese estado y han practicado sus diversas obligaciones.
- 4.º De lo que *constituye* propiamente el estado religioso. ®
- 5.º De las *ventajas* de ese estado.
- 6.º De las *penas* que pueden encontrarse en ese estado.
- 7.º Del *espíritu* del estado religioso y de las *causas* que pueden destruir ese espíritu.

obligaciones, te ofrecemos este librito, que constará de tres partes.

La primera tratará de la naturaleza del estado religioso.

La segunda de las obligaciones que impone ese estado.

La tercera de los medios para cumplir las obligaciones que impone el estado religioso.



## PARTE PRIMERA

### NATURALEZA DEL ESTADO RELIGIOSO

No queremos escribir un *Tratado completo* del estado religioso. Nuestro objeto en esta primera parte, es exponer sencillamente las *cuestiones prácticas* necesarias para demostrar la grandeza y la hermosura del estado religioso; hacerle amar por las que lo han abrazado, y excitar en ellas el deseo de cumplir con celo las obligaciones que les impone.

Dividiremos esta primera parte en siete capítulos:

- 1.º Del *fin* del estado religioso.
- 2.º Del *gobierno* de ese estado.
- 3.º De las *personas que han abrazado* ese estado y han practicado sus diversas obligaciones.
- 4.º De lo que *constituye* propiamente el estado religioso. ®
- 5.º De las *ventajas* de ese estado.
- 6.º De las *penas* que pueden encontrarse en ese estado.
- 7.º Del *espíritu* del estado religioso y de las *causas* que pueden destruir ese espíritu.

## CAPÍTULO PRIMERO

## FIN DEL ESTADO RELIGIOSO

El fin principal del estado religioso es dar á Dios, por la obediencia á sus Mandamientos y por la práctica de los consejos evangélicos, toda la gloria que una criatura es capaz de darle (1). Dar gloria á Dios es ponerse voluntariamente, y de todo corazón, bajo la dependencia de Dios, de tal suerte que, estando nuestra voluntad perfectamente unida á la suya mediante la extirpación, no de todo afecto, pero sí de todo apego á los seres criados, Dios pueda hacer de nosotros todo lo que quiera; emplearnos en todo lo que quiera y por quien quiera, sin que haya por nuestra parte la menor resistencia (2).

(1) El estado religioso se llama así por razón del fin último y principal á que se encamina: Dios. El culto de Dios y su servicio son su principal objeto. Los que le abrazan se consagran especial y totalmente á Dios, y por eso se les da especialmente el nombre de religiosos. «El estado religioso ha sido instituido para honrar á Dios de una manera propia y especial, y para mejor dirigir las acciones á su gloria.» (Suárez. *De Statu Rel.*, II, 2.)

(2) La voluntad de Dios es la perfección y la santidad misma, la santidad por esencia, la santidad original, el principio, la regla, el modelo de toda santidad, porque ella es la justicia, la equidad, la caridad misma.

Las criaturas no participan de la santidad de Dios sino

Por esta disposición de dependencia con respecto á Dios se adquiere la perfección de la caridad, á la cual debe encaminarse por la exacta observancia, no sólo de los preceptos, sino también de los consejos evangélicos, toda alma que ha abrazado el estado religioso.

Dos palabras pueden resumir esta disposición del alma: *apartada* y *consagrada*.

1.<sup>a</sup>—APARTADA

*Apartada* es estar aislada de todo, desprendida de todo, no estar sujeta por nada, y, por consiguiente, poder ser trasladada sin resistencia. Un objeto está *apartado* cuando se halla simplemente puesto en tierra sin estar sujeto por ninguna traba, de modo que puede ser fácilmente trasladado de un sitio á otro. Tal es el estado del alma que llamamos *apartada*. Ella ha desatado los lazos en que estaba preso el corazón; se ha desembarazado de las cosas materiales que, por decirlo así, entumescían sus miembros; ha quebrantado la tenacidad de su voluntad, y Dios puede tomarla sin

conformando su voluntad con la voluntad divina. Por esta conformidad nos hacemos santos como El es santo perfectos como El es perfecto.

Toda la santidad y toda la perfección cristiana consiste en esta conformidad á la voluntad de Dios, y los más perfectos y los más santos son aquellos cuya voluntad está más conforme con la de Dios.

Si, pues, aspiráis á la santidad y á la perfección, es preciso que procuréis conformar vuestra voluntad á la de Dios.

que oponga ninguna resistencia, y llevarla á donde quiera, y emplearla en lo que quiera.

Esta alma estará, por de pronto, *apartada del pecado* que tanto se opone á la gloria de Dios y á su voluntad; apartada á lo menos por una voluntad firme y expresa de no cometer ninguna falta con propósito deliberado; de no obrar jamás contra su conciencia; de no decir nunca: *esto es poca cosa, Dios me perdonará esta ligera falta*. Y, sin embargo, á pesar de esta voluntad podrá todavía cometer faltas el alma religiosa, y aun ¡ay! pecados graves; pero experimentará inmediatamente *más pesar* que otra alma; se humillará más profundamente; se levantará más pronto, y sus faltas, que serán cada vez menos frecuentes, la harán más cauta, más fiel á sus deberes, más benévola con los demás (1).

*Apartada de las ocasiones de pecar.*—Aun-

(1) Una religiosa puede estar en la *perfección necesaria para su salvación* aun cuando tenga defectos de carácter, *vivacidad, impaciencia, melancolía natural, tirantez en sus procedimientos, rudeza en sus modales*,... ú otras imperfecciones que algunas veces la hacen caer en culpas veniales, con tal que trabaje constantemente en corregirlas, aunque le parezca que nunca lo consigue. «No nos turbemos por nuestras imperfecciones, dice san Francisco de Sales, porque nuestra perfección consiste en combatirlas. El caer algunas veces en faltas veniales no es debilidad con tal que nos levantemos en seguida, elevando nuestra alma á Dios y humillándonos con fiado.» Una falta venial impensada, dice Benedicto XIV, no impide la santidad. Los santos pueden pecar algunas veces. ¿No está escrito que el justo caerá siete veces? Pero reparan tan bien su falta, que en cierta manera les es mejor haberla cometido que haber sido preservados de ella.

que llamada por Dios, la religiosa conserva todas las debilidades de la naturaleza, todas las inclinaciones de su corazón, todos los hábitos de su vida pasada, y ahora conoce mejor que antes con cuánta facilidad caería si no viviese alerta; por eso vigila, con paz sin duda, pero con una minuciosa atención sobre sus sentidos y sobre su corazón. Se encierra en su *regla* como en una *casa* que la impide ver y oír; se reviste de su *regla* como de un *vestido* que la pone al abrigo de la influencia de los ejemplos; y la palabra poderosa que la contiene, cuando se siente inclinada á faltar, es ésta: *Dios no lo quiere; esto no es mi regla*.

*Apartada del mundo*, es decir, de los honores, de las riquezas, de los goces que le harían olvidar á Dios. Para ella, todo *honor* es una *carga* que aceptará, sin duda, con sumisión, pero que considerará sólo como un nuevo medio de probar á Dios su abnegación.

*Apartada de los negocios materiales* que la alejarían del pensamiento habitual de Dios. Entiende bajo el nombre de *negocios materiales* todo trabajo que, no habiéndole sido impuesto por la obediencia, no tendría otro objeto que el de procurarle á ella, ó á su familia, un *bienestar* al cual ha renunciado por su voto de pobreza. Entiende también todos esos cuidados excesivos con que se fomenta la *molice*, la *sensualidad*, el amor á las comodidades, no concediendo á su cuerpo más que lo necesario; dándose por contenta con que otros dispongan lo concerniente á su alimento, á su sueño y á su descanso.

*Apartada de los afectos más legítimos de la familia* que la impedirían estar totalmente bajo la mano de Dios. Indudablemente no ha borrado el afecto de su corazón; ama todavía, ama más quizá, pero su afecto no la turba ni la preocupa; y como lo ha dejado todo por Dios y se siente amada de Dios, *encarga á Dios*, á quien se ha dado, que haga por su familia todo lo que hubiera hecho ella misma; y vive en paz, persuadida de que Dios la reemplaza en todo y por todo.

*Apartada de sí misma*, en fin, para no *querer* más que lo que Dios quiere, para no ser más que lo que Dios quiere; no *hacer* más que lo que Dios quiere y mostrarse en todo y por todo *contenta* con Dios.

## 2.ª—CONSAGRADA

*Consagrada* es, una vez apartada de todo, estar exclusivamente reservada á una cosa ó á una persona que tiene un derecho absoluto sobre lo que le está consagrado. Es para el alma religiosa haber llegado á ser, en cierta manera, como uno de esos vasos *de oro y de plata* que sirven para el santo sacrificio del altar, y que, una vez consagrados, no pueden ya, so pena de sacrilegio, emplearse en usos profanos.

Esta idea la obliga á no admitir voluntariamente *en su espíritu* ningún *pensamiento* que no tienda directa ó indirectamente á Dios; ningún *deseo* que no tenga por objeto la gloria de Dios; *en su corazón* ningún afecto que no

sea permitido, aprobado y aceptado por Dios.

Esta idea la obliga á conservar *su cuerpo* santo é inmaculado, mirándolo más especialmente que el cuerpo de una simple cristiana, como *el santuario en donde reside el Espíritu Santo, y en el cual habita Jesucristo como en su misma casa*.

*Consagrada* es más que eso todavía: es haber llegado á ser como la *hostia* del santo sacrificio de la misa, que antes de la consagración no era más que un poco de pan, y que después de las palabras sacramentales del sacerdote, al mismo tiempo que conserva las apariencias de pan, es *realmente el cuerpo de Jesucristo* depositado sobre el altar y en el tabernáculo para ser *una víctima de Dios* que perpetuamente *adore, dé gracias, interceda y satisfaga*.

Esta es la grande idea que los santos se han formado del estado religioso; ya veremos más adelante cómo los votos hacen del *alma* una verdadera *hostia*; de suerte que la religiosa, después de su consagración, conserva su mismo rostro, su misma voz, sus mismos miembros, su mismo cuerpo, su misma voluntad; pero todo esto no debe ser, por decirlo así, más que *apariencias*; todo esto no lo *posee ya realmente*, pues ha llegado á ser *hostia*, es decir, *víctima de Dios*. «Ser víctima de Dios, dice Bourdaloue, y serlo por estado, es no ser ya dueño de sí, ni disponer ya de sí, ni tener ningún derecho sobre sí, ni pretenderlo. Es estar únicamente en poder de Dios, no obrar sino según las órdenes de Dios y su adorable voluntad,

sea cualquiera el órgano ó el modo por donde nos la dé á conocer. Es vivir en un estado de muerte y, como un muerto, dejarse conducir, gobernar y colocar á merced de Dios y de los superiores á quienes Dios nos ha sometido, de suerte que todos los días podamos decir con el Apóstol y con el mismo sentimiento que el Apóstol: «*Cada día, Señor, somos entregados por amor de ti á la muerte; y á cada momento se nos considera y nosotros nos consideramos como víctimas destinadas al sacrificio.*»

Y añade el mismo autor que puede muchísimo en un alma religiosa este pensamiento: «*Soy una víctima de Dios.*» ¡Cómo la sostiene en todas las observancias, aunque sean penosas y exijan grandes sacrificios!

«Con esta consideración á todo está preparada. Si es preciso *orar, velar, trabajar humillarse*, aun á expensas de su descanso, de su salud, de todas sus inclinaciones, y á cualquier precio que sea, nada la asusta cuando piensa que en todo eso es una *víctima*. Y esta circunstancia la conmueve tanto más cuanto que ve á muchos desgraciados pecadores hacerse *víctimas de su ambición, de sus placeres, y víctimas del mundo que los tiraniza y los pierde*, mientras que ella, siendo víctima de Dios y de su santo amor, es la víctima de su deber, la víctima de su perfección, la víctima de su salvación, la víctima de la eterna felicidad que le está reservada y que con todas sus fuerzas procura merecer.»

*Consagrada*, es decir, convertida en un instrumento en manos de Dios; un instrumento

que él modela á su gusto, le prepara según el objeto que se *propone* y le emplea para hacer su obra.

La obra de Dios es su gloria, la gloria, sobre todo, que le resulta *de la santificación de las almas*.

Las almas se santifican por el *conocimiento y la práctica de la ley divina*. Por consiguiente, Dios puede emplearte en el estudio de su ley y en la predicación de su doctrina, ya sea á la niñez, ya sea á los fieles, ora por medio de la palabra, ora por medio de escritos.

Las almas se santifican por la *oración continua*, que atrae sobre ellas las gracias divinas. Por consiguiente, Dios puede emplearte en la oración continua, en la contemplación, en la adoración perpetua ante la sagrada Eucaristía, en la vida oculta de Jesucristo.

Las almas se santifican *por el sufrimiento*, aceptado y ofrecido por ellas en su nombre. Por consiguiente, Dios puede emplearte en padecer, puede exigir de ti sufrimientos voluntarios, puede enviarte El mismo padecimientos que te tengan postrada en el lecho del dolor; puede pedirte una vida desconocida, ignorada, despreciada, para oponerla al orgullo y á las blasfemias de los malos.

Las almas se santifican por los *buenos ejemplos*, sobre todo por el ejemplo de la abnegación personal. Por consiguiente, Dios puede emplearte en estar toda la vida á la cabecera de los enfermos consolándolos y curando sus repugnantes llagas, en servir de madre á los pobres huérfanos, y en ser la criada de los po-

bres, de los desvalidos, de los miserables de toda clase (1).

## II

El segundo fin del estado religioso es ofrecer á ciertas almas escogidas los medios de llegar al grado de perfección ó de santidad que Dios exige de ellas, y al que no hubieran podido llegar si se hubiesen quedado en el mundo.

Dios ama á todas las almas; todas son sus criaturas, las ha creado por amor y las destina á la eterna bienaventuranza; pero hay algunas á quienes ama con amor particular; hay algunas que ha criado más delicadas, más puras, más amantes, á quienes reserva una gloria más grande en el Paraíso, y de quienes espera, por decirlo así, un amor más completo.

Cada alma tiene su belleza como cada flor tiene la suya; pero hay algunas que son más bellas, más seductoras, sobre las cuales la mi-

(1) Vosotras sois especialmente las auxiliares de Jesús. Convertir á los pecadores, preservar á los justos, formar á los santos, al mismo tiempo que cultiváis las inteligencias y que cuidáis de los cuerpos; he aquí el fin á que os dirigís siempre; he aquí lo que podéis alcanzar y lo que alcanzáis todas, según la medida con que seáis fieles á la gracia de vuestro estado. De ahí viene que, siendo vuestro estado tan poderoso socorro y manantial tan abundante de provecho espiritual para la Iglesia, es también para todo el género humano un verdadero honor, una salvaguardia y un insigne beneficio. «¿Y qué sería del mundo, decía nuestro Señor á santa Teresa, si yo no tuviese en consideración á los religiosos?» (Gay: De la vida cristiana.)

rada de Dios descansa más afectuosamente porque se las ha reservado para sí solo.

Cada alma tiene su utilidad particular para la gloria de Dios, pero hay algunas á quienes Dios ha dado más para que puedan alabarle y glorificarle más.

A éstas quiere él de una manera más particular y más íntima; quiere que se pongan voluntariamente á su disposición para ser en sus manos como un instrumento flexible y dócil en las manos de un hábil obrero. Se lo dice, se lo hace decir, las llama, las apremia y les muestra que sólo cerca de El, en la soledad, en la atmósfera divina que reina cerca de su corazón, encontrarán su entero desarrollo; pero siempre las deja libres.

Si estas almas no vienen á El, vegetan; tendrán una vida sin fuerza, sin gozo, sin paz, sin aquellas gracias especiales, de las que tenían necesidad, en atención á su naturaleza débil y delicada, y.... á la postre, ¿qué será de ellas? ¿Qué dirán á Dios cuando comparezcan ante su divina presencia?

Para las almas que responden á su llamamiento, para esas almas escogidas con amor especial es para quienes Dios ha establecido el estado religioso; allí solamente viven con toda su vida; allí serán realmente útiles á la gloria de Dios; allí alcanzarán por grados la santidad que Dios exige de ellas.

Esta palabra, por grados, indica lo que exige de estas almas el estado religioso que han abrazado. Deben subir poco á poco, y como por grados, á la perfección y á la santidad que les



permita dar á Dios toda la gloria de que son capaces, pero *deben subir siempre*; si se detuviesen voluntariamente, *si no quisiesen ser todavía más virtuosas*, si no empleasen para ser más santas los medios que la regla les impone, faltarían gravemente al objeto de su vocación; no corresponderían á los designios que tiene Dios sobre ellas; violarían las promesas hechas en su profesión y estarían, por consiguiente, en estado de pecado.

Trabajar por adquirir la perfección es para la religiosa, no un simple consejo, sino una obligación rigurosa (1).

El estado religioso, dicen los santos, es *una escuela de perfección*, y si todos los que van á

(1) Ser religioso es comprometerse implícitamente á vivir, no sólo en la perfección ó la santidad (estas dos palabras se entienden ordinariamente en el mismo sentido), de una manera general como debe vivir todo cristiano, sino á conseguir un grado de perfección designado de antemano por Dios, y desconocido al alma consagrada á Dios; y por lo mismo que este grado le es desconocido esa alma debe *tender siempre á ser más perfecta*. Cumple este objeto, aun cuando no lo piense directamente, por la observancia exacta de los votos de religión, de las reglas y de las constituciones de la religión á que pertenece.

La diferencia que hay entre los religiosos y los seglares, es que los religiosos se dedican por estado á *mayor perfección*, obligándose á observar ciertos consejos evangélicos, renunciando á su voluntad y no ocupándose ya en su provecho particular ni en el de su familia, ni en los negocios del mundo, al paso que los cristianos seglares, aun cuando estén obligados á vivir en santidad, no abandonan los negocios del mundo, contentándose con no apegar á ellos su corazón y con preferir la pérdida de todo á la pérdida de Dios.

la escuela no se obligan á *saber todo lo que allí se enseña*, se obligan, sin embargo, á *querer aprenderlo* y á emplear para conseguirlo los medios más convenientes. Ahora bien; los medios más propios para que el religioso adquiera la perfección son *la práctica de los votos* que forman las cosas sustanciales de la religión y *la observancia de las reglas y de las constituciones*.

## III

Ya ves ¡oh religiosa! cómo desde estas primeras líneas se te presentan graves y serias conclusiones:

## I.—EN TUS RELACIONES CON DIOS.

1. Puesto que estás consagrada á Dios, puesto que de esta consagración resulta la obligación de ser más fiel y estar más unida á Dios que antes, y aun la obligación de procurar siempre ser más perfecta y más santa, es un error pensar que el *pecado mortal* que cometas no reviste cierto carácter de gravedad particular independientemente del *sacrilegio* que se añade á todo pecado mortal cometido contra los votos. Hay en todo pecado mortal cometido por ti cierto *carácter de malicia*, porque siendo más instruida pecas con más conocimiento; cierto *carácter de ingratitud*, porque siendo más amada de Dios hieres más profundamente el corazón de tu bienhechor; cierto *carácter de perfidia*, porque violas los compromisos so-

lemnes que te impusiste al pronunciar los votos.

2. Es un error creer que en tu comunidad te basta hacer lo que hacen las demás, por el temor de singularizarte, cuando tu conciencia te dice claramente que lo que hacen tus hermanas no es bastante regular. No son los ejemplos de las demás los que deben servirte de guía, sino el Evangelio y las lecciones de tus superiores. El venerable cura de Ars decía con una energía un poco rara quizá: «*Para ser santo es preciso ser loco y haber perdido la cabeza.*» Verdad es que no debemos singularizarnos, pero hagamos lo que *debemos hacer, y no lo que hacen los demás.*

3. Es un error creer que te basta evitar el pecado grave y que puedes, sin temor de comprometer tu salvación, entregarte á *cometer diariamente pecados veniales y alimentar habitual afecto á algún pecado venial en particular.* Según la opinión más común de los teólogos citados por san Ligorio, no siempre hay en este caso *falta grave* contra la obligación de aspirar á la perfección, porque, aun con estas disposiciones tan imperfectas, una religiosa observa, además de los preceptos que obligan á todo el mundo, algunas cosas á las cuales el común de los fieles no está obligado, es decir, los consejos evangélicos. Sin embargo, hay *verdadero peligro* de caer en pecado mortal, sea que esta disposición conduzca al desprecio de la perfección misma, sea que el hábito de las faltas veniales induzca á cometer las mortales. Para caminar á la perfección basta, sin duda, evitar

las faltas graves; mas para evitar las faltas graves es preciso evitar cuanto sea posible las faltas veniales. Fundado en estas razones, cierto autor llega á decir: «*El religioso puede pecar gravemente cuando no procura en absoluto evitar los pecados veniales*» (1).

4. Es un error creer que *puedes detenerte en el camino de la perfección ó fijarte un límite*, porque sabes bien por experiencia que *detenerte es retroceder y caer* (2), y que hay además obligación de *procurar siempre mayor virtud*. Preguntaba un día al cura de Ars uno de sus misioneros, cómo se debía ir á Dios. «*Amigo mío, le respondió, en derechura, como una bala de cañón.*» Frase enérgica que te indica tu deber.

5. Es un error creer que puedes sin pecado *dispensarte* por ti misma, sin razón grave, habitualmente y sin ningún escrúpulo, de las *prácticas de piedad* impuestas por tu regla, y que tienen por objeto conducirte á la perfección, tales como *la meditación, los exámenes, la lectura espiritual, las obras de obediencia*; ó que puedes contentarte con hacerlas ordina-

(1) *Theologia mystica*, I, XXII: «*Peccat mortaliter religiosus si.... nullam curam vitandi venialia adhibeat.*»

(2) «*Peccat mortaliter si.... firmiter apud se statuat nullo modo curare de perfectione volens in inferiori gradu manere: quia semper ad perfectionem tendere et nunquam quiescere tenetur.*» (Schram, *ibid.*) No se puede decir en absoluto ni formalmente que *no adelantar es retroceder*; pero se puede y se debe *creer* con los santos, que en este punto están unánimes, que se expone uno á retroceder á causa de las malas inclinaciones que aumentan, y de las gracias que disminuyen en ese estado de tibieza.

riamente por costumbre, sin aplicación voluntaria, y, por consiguiente, sin ningún fruto.

6. Es un error creer que vas por el camino del cielo, contentándote con cumplir todas las obligaciones, á las cuales tus votos y reglas graves te obligan bajo pena de pecado mortal, haciendo poco escrúpulo de omitir voluntariamente las demás obligaciones de menor importancia. El santo Concilio de Trento dice formalmente: «que todos los regulares, hombres y mujeres, ajusten su vida al tenor de las prescripciones de la regla que han abrazado; y observen fielmente todo lo que atañe á la perfección de su estado, como la obediencia, la pobreza, la castidad, los votos particulares de cada orden, y todo lo que mantiene en su vigor las reglas, la vida común, la frugalidad y la sencillez de los vestidos» (1).

Es ésta una exhortación grave que, al parecer, no tienen en cuenta los que sólo quieren cumplir aquellos estatutos de su Orden que obligan bajo pena de pecado mortal. Esta falta de sumisión voluntaria y deliberada, ¿no lleva consigo, al parecer, cierta idea de desprecio (2)?

(1) Sessio xxv, *De reg.*

(2) Algunas almas, las almas más delicadas, las que tienen menos motivo de asustarse, se turbarán al leer estas decisiones, y se creerán quizá en estado habitual de pecado grave, porque *hacen mal su oración*, porque *no experimentan ningún gusto por las cosas de Dios*, porque *se encuentran siempre las mismas sin hacer ningún progreso en la perfección de su estado*.—Tranquilizaos, almas de buena voluntad, aunque muy imperfectas: exponed sencillamente el estado de vuestra alma y la disposición en que os encontráis á vuestro confesor; haced también sen-

## 2.—EN LAS RELACIONES DE DIOS CONTIGO.

Puesto que te has consagrado voluntariamente á Dios, y aspiras á unir tu voluntad á la suya para mejor agradecerle y serle más útil, Dios, que jamás se deja vencer en generosidad, te recompensará lo que haces por El. Te das á El, El se dará á ti; pones en sus divinas manos tu alma, tu corazón, tu cuerpo, todo tu ser: El se pondrá, por decirlo así, á tu disposición y te sentirás rodeada de gracias particulares.

*Gracias de protección.*—Constituyéndose en custodio y protector de tu alma; cuidando de ella con toda la vigilancia de un padre el más

cillamente todo lo que el os diga, y aceptad como venida de Dios la palabra de esperanza y de fuerza que sin duda os dará.

He aquí lo que puede constituir el estado de pecado: Una religiosa sería culpable de pecado mortal solamente en estos casos:

1.º Cuando por *desprecio formal* quebrantara sus reglas y rehusara obstinadamente someterse á ellas, diciendo que son bagatelas. Sería otra cosa si, aparte toda idea de desprecio, no las observase únicamente por ser de poca importancia, y cuando esta inobservancia fuese solo pasajera. Se juzga pasajera, aun cuando por efecto de la costumbre se reincida á menudo en una misma falta, con tal que se hagan frecuentes esfuerzos para corregirse.

2.º Si tuviese *intención formal* de no aspirar á la perfección, ni de tratar de ello en manera alguna.

3.º Si por su relajación y mal ejemplo fuese motivo de escándalo grave para las demás, induciéndolas á la inobservancia de la regla en cosas importantes.

Mas si eres sincera en la confesión de tus faltas y de tus disposiciones sobre todos estos puntos, tu confesor verá más claramente que tú; y si eres sumisa en hacer lo que te manda, ten por cierto que vives en amistad con Dios.

carinoso; disipando ó moderando las tentaciones más delicadas ó aumentando tus fuerzas de manera que salgas habitualmente triunfante; velando sobre ti como el sacerdote vela por los vasos de oro del sacrificio, que conserva con euidado y preserva de todo contacto profano; midiendo con prudencia y afecto verdaderamente paternal la prueba que debe purificarte y perfeccionarte.

*Gracias estimulantes.*—Haciendo oír á tu alma dulces palabras de afecto, de fuerza, de paz, reservadas á los más íntimos; escuchando con gusto tus súplicas y haciéndote sentir su presencia mejor que á las demás; mostrándose como el padre más solícito, la madre más tierna y el amigo más fiel. Consolándote en tus tristezas, levantándote de tus caídas, curando él mismo tus llagas, y poniendo á tu lado corazones amantes y generosos á quienes dará para ti su amor y solícitud.

*Gracias de dirección.*—Instruyéndote en la oración, haciéndote conocer la felicidad de la obediencia, los goces de la pobreza, las encantadoras bellezas de la castidad; desprendiéndote poco á poco de todas las cosas creadas, y haciéndote aspirar cada día á una unión más firme y más completa á su voluntad divina; de tal suerte, que si eres dócil, si te abrazas más estrechamente con Dios cuanto más turbada te sintieres, como el niño se abraza con más fuerza á su madre cuanto más se le aumenta el miedo, tu vida sobre la tierra será casi vida del cielo y podrás con verdad decir con san Pablo: «No soy yo quien vivo, sino

*Dios quien vive en mí.*» «Al que se da á Dios, escribe el Obispo de Rodez en una carta á sus religiosas, Dios no escasea nada, sino que derrama sus favores y multiplica sus beneficios sobre el que le somete su corazón. Habéis dicho en el día de vuestros santos regocijos y de vuestras santas donaciones: *Venid á mí, Dios mío: vos seréis mi todo y el único objeto de todos mis deseos*; y por una justa reciprocidad, en la que vosotras salís ganando porque sus dones no pueden ser comparados con los vuestros, Dios os ha contestado: «Yo seré todo tuyo y llenaré todas tus aspiraciones y todos tus deseos: *erit omnia in omnibus*» (1). ¡Sublime cambio entre la suprema grandeza y la suprema miseria! ¡Admirable unión de la caridad divina y de la debilidad humana, de la que nacerá para vuestras almas la dicha más pura y más perfecta!

»Seguid un momento, si queréis, la maravillosa economía de este cambio de corazones y de voluntades, y considerad á este divino galanteador en las misteriosas operaciones que en adelante va á operar en el alma que ha conquistado y que desea poseer.

»Para vosotras todos los grandes secretos; para vosotras todas las comunicaciones íntimas; para vosotras todas las gracias escogidas, todos los llamamientos afectuosos, todas las prendas de la más dulce y tierna predilección.

»Para vosotras las tiernas expansiones, los

(1) Cor., cap. xxv, vers. 28.

deliciosos transportes, las llamas más vivas, los ardores más encendidos; sobre vuestras cabezas la abundancia de los dones más puros, y sobre vuestros corazones las santas efusiones del amor más firme y más constante (1).»

He aquí lo que Dios hace por vosotras, y en nombre de este Dios tan bueno y tan generoso, la Iglesia, á la que Dios ha constituido defensora de todo lo que se le ha consagrado, os toma bajo su protección especial, y os defiende contra los audaces que osaren poner sobre vosotras ó sobre vuestros bienes su mano sacrilega (2).

Escuchad los terribles anatemas que se leen en el *Pontifical Romano*:

«En virtud de los poderes de Dios Todopoderoso y de sus apóstoles san Pedro y san Pablo, prohibimos, bajo pena de anatema, que ninguno separe del servicio divino á esta virgen, ligada ahora por el voto de castidad, ó que se le quite á ella ó á sus hermanas lo que les pertenece, y ordenamos que se las deje en pacífica posesión de todo.

(1) Mons. Bourret, 1875.

(2) Estos anatemas sólo son en favor de las religiosas consagradas por el Obispo, según el rito del *Pontifical Romano*, y pertenecientes á una Orden religiosa. Sin embargo, todas las religiosas, aun las novicias de las Congregaciones todavía no aprobadas por la Santa Sede, tienen derecho al privilegio del canon: *Si quis suadente diabolo...* que fulmina excomunión mayor contra todos los que las maltrataren, hiriéndolas de una manera injuriosa ó infiriéndoles algún ultraje deshonoroso (Craisson: *De las Comunidades de votos simples*, pág. 403, y *Manual* pág. 204.)

»Y si alguno osare cometer algún atentado contra ella, sea maldito en su casa y fuera de ella; maldito en la ciudad y en el campo; maldito si come, maldito si bebe, maldito si anda, maldito si descansa; maldita su carne, malditos sus huesos; y que desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza no haya en él parte sana.

»Sea su nombre borrado del libro de los vivientes, y nunca jamás se vea escrito entre los nombres de los justos. Sea su suerte la de Caín el fratricida, la de Datán y Abirón, y la de Ananías y Safira, la de Simón Mago, la del traidor Judas, la de todos los que han dicho á Dios: *Retrate de nosotros porque no queremos andar por tus caminos*. Comparezca, por último, en el día del Juicio, y sea consumido con los ángeles rebeldes y Satanás si no restituye y hace penitencia.»

#### IV

El fin principal del estado religioso consiste, como hemos dicho ya, en la *perfección de la caridad*, y la virtud de la caridad abraza á la vez á Dios y al prójimo; Dios, amado por él y por causa de sus perfecciones infinitas; el prójimo, amado en Dios y por Dios. El alma consagrada á Dios tiende á este doble fin por dos actos distintos, que son dos formas de la vida religiosa: la *vida contemplativa* y la *vida activa*.

La *vida contemplativa* es la que se emplea directamente en el servicio de Dios, y que, dedicando al cuerpo los únicos cuidados que na-

turalmente exige, se consagra á la oración, á las alabanzas divinas y á la reparación. Tal es, por ejemplo, la vida de la carmelita.

La vida *activa* es la que se ocupa directamente en los cuidados que se han de tener con el prójimo, pero siempre en atención á Dios, y que si se ejercita en la contemplación es solamente como medio de ejercer más piadosamente sus actos de caridad. Tal es la vida de la hermana hospitalaria.

De estas dos vidas, dice santo Tomás, resulta la vida *mixta*, como el todo resulta de las partes (1).

La vida *mixta*, mezcla de contemplación y acción, se consagra á procurar directamente el bien al alma del prójimo. Tal es la vida del confesor, del predicador, del educador; vida activa, sin duda, pero que no puede ser útil ni fructuosa sino en cuanto va unida á la contemplación.

1. La vida *contemplativa* es muy agradable á Dios; Jesucristo mismo hablando de la Magdalena, que sólo en El se ocupaba, dice: *ha escogido la mejor parte*. Es muy útil al prójimo, sobre cuya alma, mediante las oraciones y los sacrificios, atrae gracias de conversión y de santificación. Es muy meritoria para el alma, por ser intercesión continua en favor de los pobres pecadores; compensación de las blasfemias que se vomitan contra Dios; es la vida que más se parece á la de los ángeles que rodean el Tabernáculo.

(1) *Sum.*, 2.<sup>a</sup> 2.<sup>m</sup>, q. 179, art. 2.<sup>o</sup> ad 2.

2. La vida *activa* es la que se consagra al prójimo por obras exteriores y temporales; es también muy agradable á Dios, muy meritoria y muy útil al prójimo. A las almas que la han abrazado es á quienes Jesucristo dirá en el día del Juicio: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me disteis posada; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis á verme.» Y cuando estas almas dichosas, admiradas de oír estas palabras, digan á Jesucristo: pero ¿cuándo, Señor, te hemos visto hambriento ó sediento, y te hemos dado de comer y de beber?, Jesús les contestará: «Cuántas veces hicisteis alguno de esos actos de caridad á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí mismo me lo hicisteis.»

3. La vida *mixta*, la que procura directamente al prójimo *un bien espiritual* con la mira de contribuir á la gloria de Dios, es más excelente y más digna que la vida *puramente contemplativa*, aunque ésta sea más perfecta en sí misma que la vida *activa*, si se la considera separadamente: «Porque, dice santo Tomás, así como es cosa más excelente *alumbrar que lucir* solamente, así también es más perfecto transmitir á los demás lo que se contempla, que limitarse á contemplar.» «Así como el hombre, dice Schram, es más perfecto que su alma sola, ó que su cuerpo sin alma, porque el hombre es el compuesto de uno y otra, así también la vida

*mixta* es más perfecta que la vida activa y que la vida contemplativa, porque encierra más virtudes que las dos. Tal es la vida que han llevado nuestro Señor Jesucristo, la bienaventurada Virgen María, los Apóstoles y todos los hombres apostólicos (1).»

4. Las religiosas que se consagran por su profesión á la *vida activa* pueden, dentro de ciertos límites, aspirar á las ventajas de la *vida mixta*. Para esto es preciso que, ante todo, sean fieles á sus ejercicios de piedad; que se unan con frecuencia á Jesucristo por la santa Comunión; que renueven á menudo su inten-

(1) Tanto en concepto de la duración como de la dignidad, la *vida contemplativa* lleva ventaja á la *vida activa*, porque ésta se acaba con el tiempo presente; aquella empieza aquí en la tierra para encontrar su perfeccionamiento en el cielo..... La *contemplación* es propia de la parte mejor y más excelente del hombre, mientras que en las operaciones de la *vida activa* toman parte las potencias inferiores, que nos son comunes con los animales. El Señor añade todavía otra razón cuando dice: «*Marta ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.*» Si son grandes los méritos de la vida activa, lo son más los de la vida contemplativa, porque «la raíz del mérito es la caridad, que consiste en el amor de Dios y del prójimo. Amar á Dios es más excelente en sí que amar al prójimo; por consiguiente, lo que pertenece más directamente al amor de Dios es más meritorio, y la vida contemplativa se relaciona directa é inmediatamente con el amor de Dios», dice santo Tomás. Sin embargo, la acción es necesaria, y aun algunas veces es preferible entregarse á ella por causa de las necesidades presentes. «Que Marta sea activa, dice san Francisco de Sales, pero que no censure á María; que María contemple, pero que no desprecie á Marta. Nuestro Señor defenderá la causa de la que sea censurada.» (Mons. Luquet.)

ción de ser en todo y por todo de Dios; que se sirvan de los beneficios materiales que prestan, como de un medio para insinuarse en el alma de las personas á quienes cuidan, y llevarlas á Dios; y que ellas mismas tomen ocasión de las miserias físicas y morales de que son testigos para elevarse á Dios, para darle gracias y para confiar en El.

«Fuera de Dios, ¿qué podría animar y sostener á una religiosa que se entrega á grandes trabajos por servir al prójimo? La compasión meramente natural puede producir algunos actos pasajeros de abnegación, pero jamás alcanzará la continuación y perseverancia en el ejercicio de una vocación que naturalmente es poco agradable. Este resultado únicamente se logra con un alimento sobrenatural y permanente; con una vida interior, sólida y bien establecida; con las virtudes fundamentales, la fe, la esperanza y la caridad, que se adquieren y aumentan en los manantiales de la contemplación. La *fe* nos hace ver á Jesucristo en la persona de los pobres y de los necesitados; la *esperanza* reanima el valor, prometiendo el cielo y las gracias necesarias para llegar á él; la *caridad*, en fin, es el principio de todos los sacrificios. Ya dijo san Agustín hace mucho tiempo, que nada es difícil al amor; y por nuestra parte nos atrevemos á añadir que la abnegación de una religiosa en la práctica de las obras de misericordia es el triunfo de la *caridad* y de la *contemplación*; que alimenta y desarrolla la caridad en las almas.

»Por consiguiente, deben esforzarse los *ins-*

*titulos activos* en unir la contemplación á la acción, y escoger con prudencia y discreción todos los elementos que deben contribuir á este objeto. Esta combinación fecunda ha de ocupar puesto preferente, no sólo en la redacción de las constituciones y en el consejo de los superiores, sino que deberá también llamar la atención de cada religiosa en particular. Reunir la caridad de la vida activa y de la vida contemplativa, es estar animado del espíritu de la una y de la otra; es acaso ese doble espíritu que forma el supremo grado de la perfección, y que Eliseo pedía con tanto ardor y con tantas instancias al profeta Elias (1).»

## CAPÍTULO II

### DEL GOBIERNO DEL ESTADO RELIGIOSO

Toda comunidad religiosa está gobernada, bajo la dependencia del Obispo, por una superiora escogida ordinariamente de entre los miembros de una comunidad, y elegida por los miembros de la misma comunidad, con todas las garantías que puede ofrecer la prudencia humana.

#### I

#### Garantías por parte de los miembros electores.

Éstos deben ser de cierta edad, fijada por las constituciones, haber vivido, después de su

(1) P. Meynard: *Respuestas canónicas.*

profesión, cierto número de años en la comunidad; deben someterse rigurosamente á lo que está indicado en las reglas para las elecciones, y, sobre todo, están obligados, *bajo pena de falta grave*, á elegir la persona más digna entre las que son elegibles. «El santo Concilio de Trento exhorta á todos los que tienen el derecho de elegir superiores ó conferir cargos á no innovar nada en las formas....., y si se dejan seducir por las súplicas, los afectos humanos y las gestiones de la ambición, pecan mortalmente, participando del pecado de los demás.»

Y aquí, por el más digno, no debe entenderse, en general, cualquiera que no sea indigno, sino realmente el que se pueda creer más digno por sus méritos reales; así lo ha declarado Inocencio X.

«Es preciso tomar el más digno, no en concepto del *elegido*, sino del *elector*», como dice santo Tomás (1).

(1) He aquí lo que se refiere de santo Tomás; después de la muerte del prior de un convento en donde residía santo Tomás de Aquino, la comunidad se puso en oración para elegir sucesor. Dos ó tres religiosos de la casa se presentaron al doctor Angélico, diciéndole: «Fray Tomás, si no te hemos elegido es por dejarte libre en tus importantes trabajos; nos hemos fijado en Fr. N., que después de ti, nos parece el más instruido y más sabio.» El Santo respondió: «*Si es sabio, que nos instruya.*» Vuelven á ponerse en oración y vuelven á decirle al Doctor Angélico: «Pensamos elegir á Fr. N., que nos parece el más piadoso.» Respondió el Santo: «*Si es piadoso, que recé por nosotros.*»

Por fin, después de haber orado otra vez, volvieron al ilustre consejero y le dijeron: «Nuestro candidato es Fr. N.,



*titulos activos* en unir la contemplación á la acción, y escoger con prudencia y discreción todos los elementos que deben contribuir á este objeto. Esta combinación fecunda ha de ocupar puesto preferente, no sólo en la redacción de las constituciones y en el consejo de los superiores, sino que deberá también llamar la atención de cada religiosa en particular. Reunir la caridad de la vida activa y de la vida contemplativa, es estar animado del espíritu de la una y de la otra; es acaso ese doble espíritu que forma el supremo grado de la perfección, y que Eliseo pedía con tanto ardor y con tantas instancias al profeta Elias (1).»

## CAPÍTULO II

### DEL GOBIERNO DEL ESTADO RELIGIOSO

Toda comunidad religiosa está gobernada, bajo la dependencia del Obispo, por una superiora escogida ordinariamente de entre los miembros de una comunidad, y elegida por los miembros de la misma comunidad, con todas las garantías que puede ofrecer la prudencia humana.

#### I

#### Garantías por parte de los miembros electores.

Éstos deben ser de cierta edad, fijada por las constituciones, haber vivido, después de su

(1) P. Meynard: *Respuestas canónicas.*

profesión, cierto número de años en la comunidad; deben someterse rigurosamente á lo que está indicado en las reglas para las elecciones, y, sobre todo, están obligados, *bajo pena de falta grave*, á elegir la persona más digna entre las que son elegibles. «El santo Concilio de Trento exhorta á todos los que tienen el derecho de elegir superiores ó conferir cargos á no innovar nada en las formas....., y si se dejan seducir por las súplicas, los afectos humanos y las gestiones de la ambición, pecan mortalmente, participando del pecado de los demás.»

Y aquí, por el más digno, no debe entenderse, en general, cualquiera que no sea indigno, sino realmente el que se pueda creer más digno por sus méritos reales; así lo ha declarado Inocencio X.

«Es preciso tomar el más digno, no en concepto del *elegido*, sino del *elector*», como dice santo Tomás (1).

(1) He aquí lo que se refiere de santo Tomás; después de la muerte del prior de un convento en donde residía santo Tomás de Aquino, la comunidad se puso en oración para elegir sucesor. Dos ó tres religiosos de la casa se presentaron al doctor Angélico, diciéndole: «Fray Tomás, si no te hemos elegido es por dejarte libre en tus importantes trabajos; nos hemos fijado en Fr. N., que después de ti, nos parece el más instruido y más sabio.» El Santo respondió: «*Si es sabio, que nos instruya.*» Vuelven á ponerse en oración y vuelven á decirle al Doctor Angélico: «Pensamos elegir á Fr. N., que nos parece el más piadoso.» Respondió el Santo: «*Si es piadoso, que recé por nosotros.*»

Por fin, después de haber orado otra vez, volvieron al ilustre consejero y le dijeron: «Nuestro candidato es Fr. N.,

## II

## Garantías fundadas en el modo de hacer la elección.

La elección de la superiora se hace ordinariamente después de cierto número de días consagrados al retiro, á la oración y mortificación.

Se hace en presencia de los superiores eclesiásticos delegados por el Obispo, ó por el mismo Obispo, que la preside y la sanciona.

Se hace por votación secreta, que deja toda libertad á las votantes; y se cuentan y examinan los votos, no solamente bajo la vigilancia de los superiores eclesiásticos y de algunos sacerdotes, cuyo número es fijo, sino también á vista de los miembros de la comunidad elegidos para este objeto.

## III

## Garantías por parte de la misma elegida.

1.<sup>a</sup> La superiora *elegida* debe tener cierta edad y algunos años de profesión. «No se elegirá para ser abadesas, prioras ó superioras (sea

que, á nuestro parecer, es el más prudente.» «*Si es prudente, que nos gobierne.*» Tal fué la respuesta del gran Doctor.

Es indudable que la prudencia no suple por las demás virtudes, pero da á cada una su medida y las impide á todas degenerar en defectos ó en vicios: «Lo mejor, dice san Gregorio Nacianceno, es la justa medida en todas las cosas.»

cualquiera el nombre que se les dé), sino á religiosas que hayan cumplido, á lo menos, cuarenta años, y que durante ocho después de su profesión, hecha de una manera expresa, hayan observado una conducta digna de elogio. Si en el monasterio no se encuentra quien reúna estas condiciones, se podrá buscar en otra casa de la misma Orden. Y si el que preside en la elección ve en ello inconveniente, se podrá, con el consentimiento del Obispo ú otro superior, elegir una religiosa del mismo monasterio, aun cuando no tuviera más que treinta años, con tal que haya observado una conducta regular, á lo menos durante cinco años después de su profesión (1).»

2.<sup>a</sup> En toda comunidad religiosa la superioridad es menos un *honor* que una *carga*. Á la superiora no se le ocultan estas palabras de los Libros santos: *Los que gobiernan tendrán que sufrir un riguroso juicio*; por consiguiente, debe ocuparse, durante los pocos años que tiene el cargo, en cumplir sus deberes con la mayor exactitud, en merecer el nombre de *madre* que le dan todas las hermanas y que llevará ante el tribunal de Dios.

3.<sup>a</sup> Ordinariamente la superiora sólo es nombrada por cierto tiempo designado por las constituciones. Debe dar cuenta todos los años

(1) Concilio de Trento, sesión XXV, cap. VI.—Aunque este decreto concierne especialmente á los monasterios de votos solemnes, Roma, sin embargo, lo aplica á las congregaciones de votos simples.—(Véase Craisson: *Des com. relig.*, pág. 76.)

al superior eclesiástico de la administración de la casa y del cuidado que ha tenido con todas las hermanas, así en lo temporal como en lo espiritual. Todas estas obligaciones la hacen necesariamente más vigilante, más activa, más madre.

## IV

Garantías por parte de las reglas que la superiora debe hacer observar.

La superiora no puede en su comunidad dictar preceptos arbitrarios; sólo ha sido nombrada para *hacer observar la regla* compuesta por santos la mayor parte de las veces; largo tiempo practicada por personas que con su observancia han progresado en santidad; largo tiempo estudiada, discutida en sus menores detalles y aprobada, en fin, por la primera autoridad de la tierra, la del Soberano Pontífice, ó á lo menos la del Obispo.

Y antes de que esas reglas sean aprobadas en Roma, ved con qué prudencia y madurez procede la Santa Sede.

Ha sido preciso que las reglas, escritas y aprobadas por el Obispo de la diócesis, hayan sido practicadas durante cierto tiempo y de una manera edificante; entonces es permitido presentarlas en Roma, acompañadas de una recomendación y de una testificación del Obispo.

Si la Santa Sede lo juzga oportuno, da el primer breve que contiene elogios para animar á la observancia; esto es lo que se llama *breve ó decreto de elogios* ó laudatorio.

Cuando ha pasado el tiempo suficiente después del breve laudatorio, y se ha presentado á la Santa Sede una nueva súplica por conducto de la sagrada Congregación de Obispos y Regulares, se expide, si hay lugar, un nuevo decreto, en donde se hace constar *la aprobación y confirmación del Instituto, sin aprobación formal todavía de las constituciones.*

Esta *aprobación de las constituciones* se da por un tercer decreto expedido á nuevas instancias, siempre apoyadas en la recomendación del Obispo del lugar en que reside el Instituto y de cada uno de los Obispos de las diferentes diócesis en donde se encuentran casas dependientes del Instituto. Aun así, esta aprobación se limita por de pronto á cierto número de años (tres, cinco ó siete ordinariamente), al fin de los cuales es preciso recurrir de nuevo al Soberano Pontífice para obtener *la autorización definitiva.*

Por otra parte, á la religiosa no se le han impuesto por fuerza esas reglas; antes de obligarla á someterse á su observancia se las han explicado minuciosamente en toda su extensión, con todas sus exigencias y severidad; se ha dispuesto, además, que mientras estaba de postulante y durante uno ó dos años de noviciado, sin otra sanción que la de su voluntad, practicase cada una de las reglas para cerciorarse de si alguna es superior á sus fuerzas; de suerte que, cuando la religiosa hace sus votos, puede decir con toda verdad: *sé lo que hago; no me comprometo á la ligera.*

Ya se ve, pues, que, humanamente conside-

rado el gobierno del estado religioso, ofrece todas las garantías de la ciencia, de la prudencia y de la piedad.

Desde *el punto de vista divino*, este gobierno participa en cierta manera del gobierno de la Iglesia que lo ha sancionado, lo ha aprobado, y se ha reservado la facultad de introducir en él las modificaciones convenientes.

¿No es verdad que ese gobierno, esa superiora y esas reglas, aun simplemente examinadas desde el punto de vista humano, presentan algo de grande y respetable?

No hay duda que toda autoridad legítima viene de Dios; san Pablo dice de toda autoridad: «Los que tenéis superiores según la carne, obedecedles con sencillez de corazón, como obedeceríais á Jesucristo. Servidles como quien hace espontáneamente la voluntad de Dios, viendo en ellos, no á hombres, sino al mismo Señor» (1); pero en una casa fundada por inspiración de Dios; en una casa adonde los miembros que la componen han venido llamados por Dios y para darse á Dios; en una casa en la que todo trabajo tiende á la gloria de Dios; en una casa, en fin, en la que Dios es el solo dueño, ¿no es verdad que la *autoridad que la rige*, establecida bajo las condiciones que hemos dicho, tiene *algo de divina* y que de ella puede Dios decir lo que dice de la Iglesia: *El que te obe-*

(1) Ephes., cap. VI, vers. 57.

*dece, á mi me obedece; el que te desprecia, á mi desprecia?* Además, no es á la superiora á quien la religiosa ha hecho *voto de obedecer*, sino á Dios; por consiguiente, la superiora no es más que el representante de Dios.

Más adelante, al hablar de *la obediencia*, demostraremos lo que tiene de *grande* y de *meritoria*, y al hablar de *las reglas* diremos las ventajas que proporcionan y la manera con que se deben observar; mas ahora he aquí lo que los santos y los teólogos dicen de la falta de respeto y sumisión á la superiora y á las reglas.

#### I.—CON RESPECTO Á LA SUPERIORA

San Bernardo distingue cuatro grados en el pecado de desobediencia por parte del religioso:

1.º El primero es no hacer realmente la cosa mandada y que está conforme con la regla, lo cual es *pecado mortal* si la cosa ordenada es *grave* y el superior *manifiesta* intención de obligar de una manera grave; es *pecado venial* cuando la cosa ordenada es de poca importancia en sí misma y en sus circunstancias, ó si, siendo grave en sí misma, la intención del superior no era de obligar de una manera grave (1).

(1) El uso, que es el mejor intérprete del derecho y del deber, quiere que las simples insinuaciones de los superiores no obliguen *por sí mismas* bajo pena de pecado, pues una cosa es que el superior diga: *Yo quisiera que*

2.º El segundo es resistir abiertamente al superior cuando manda, lo cual es un pecado mucho más grave que la simple desobediencia; porque esta resistencia, aun en cosa leve, puede llegar á ser pecado mortal si lastima notablemente el respeto debido á la persona y á la dignidad del superior, sobre todo cuando esta resistencia pública es motivo de escándalo.

3.º El tercero es añadir á la resistencia el *desprecio real y exterior*, lo cual es siempre una circunstancia grave.

4.º El cuarto, por fin, es *murmurar grave y públicamente, y sublevarse y maquinare* contra la autoridad del superior, lo cual es tan grave, que casi no es posible excusarlo de *pecado mortal*, á menos que sólo haya leves murmuraciones sin escándalo ó ligeros movimientos de malhumor, que se escapan á veces y son casi siempre sin consecuencias (1).

#### 2.º CON RESPECTO Á LAS REGLAS

1.º Para saber hasta qué punto las *reglas* obligan en conciencia, es preciso distinguir dos clases:

Las reglas expresamente concebidas en forma de precepto ó de prohibición, por ejemplo, en

*hiceris tal cosa.....*, y otra es que diga, recurriendo á la obligación del voto: *Os obligo en conciencia á hacer tal cosa*. El superior no ha de recurrir á estas palabras sino rara vez, por motivos verdaderamente graves, y aun debe conocer bien el poder que le dan las constituciones.

(1) Valentín: *Le Prêtre juge et médecin*, II, 203.

estos términos: *prohibimos rigurosamente..... ordenamos.....*; las que forman los estatutos ó constituciones de la Orden, como, por ejemplo, *el cuidado de los enfermos* para las hermanas hospitalarias, *la educación de la infancia* para los institutos docentes, y las que tratan de la materia de los votos (1); son realmente leyes autorizadas por la Iglesia, y que el fundador ha querido hacer obligatorias en conciencia. Estas reglas obligan por sí mismas bajo pena de *pecado mortal*, de la misma manera que obligan los Mandamientos de la Iglesia.

La transgresión puede, sin embargo, no ser más que *venial*, por razón de la parvidad de materia ó por falta de consentimiento.

Las reglas que no son explícitamente preceptivas, sino más bien directivas, y que se refieren únicamente á la observancia de la disciplina regular, por ejemplo, la regla que prescribe *acudir con puntualidad al toque de la campana.....*, no imponen por sí mismas obligación de conciencia; pero, según santo Tomás, el religioso que voluntariamente quebranta esas reglas peca casi siempre, ó por tibieza, ó por negligencia, ó por indiscreción, ó, sobre todo, por el escándalo que da. Si es cierto que se ha de responder á Dios de una palabra inútil, ¿cómo Dios dejará de pedir cuenta á la religiosa de la transgresión de una regla cuya violación

(1) Regule que cadunt sub votis aut preceptis expressis superiorum non carent culpa et quidem gravi pro gravitate materiæ. (Gury, II, 145)

es contraria á una orden legítimamente dada (1)?

2.º Cuando la regla contiene una cosa que se refiere á los votos ó que está ordenada ó prohibida por la ley de Dios independiente de la regla, hay obligación de guardarla so pena de pecado; no en virtud de la regla, sino en virtud del voto que se ha hecho ó de la ley que Dios ha dado; y el pecado es más ó menos grave, según la violación del voto ó del mandamiento.

3.º Hay pecado mortal en violar la regla, aun cuando no obligue so pena de pecado, si la causa de esta violación es el *desprecio formal* que se hace de ella; y este desprecio formal existe, dice san Ligorio, cuando se la quebranta por no querer someterse á esa regla ó á las órdenes de los superiores, ó se mira como bagatelas y niñerías el someterse á tantas observancias. No sería lo mismo si, cuando la regla no obliga de una manera grave, se faltara á ella por ligereza ó pasión, ó por que no se mira aquel punto de la regla como necesario á

(1) «Las reglas no son simples consejos, sino que obligan con mayor fuerza que éstos; son leyes verdaderas aun cuando no impongan obligación bajo pena de pecado; autorizan, á lo menos á los superiores, á castigar las infracciones que les son contrarias, y los inferiores están obligados á someterse á éstos castigos. No se puede decir lo mismo de las omisiones, que sólo conciernen á lo que es de consejo; así, por ejemplo, un superior no puede imponer penitencia á un religioso que no hubiese ayunado un día en que la regla no lo prescribe, á pesar de que puede permitírsele y aun exhortarle á hacerlo.»—(Craisson, 481.)

la salvación, ó no se le juzga gravemente obligatorio. El hábito mismo de faltar á la regla en materia leve, cuando procede únicamente de incuria y de ligereza de carácter, no traspasa los límites de pecado venial.

4.º *El mal ejemplo*, lo mismo que el *desprecio formal*, puede hacer grave la transgresión de un punto de la regla por sí leve, y este *mal ejemplo* es mucho de temer cuando hay el hábito de la infracción. «El religioso, dice san Ligorio, está obligado, so pena de pecado grave, á evitar lo que pudiera producir á la comunidad perjuicio considerable, como sería el introducir la relajación con los malos ejemplos, lo que tendría lugar si *quebrantara el silencio con toda intención, si dejara la oración, si tuviera modales poco modestos, si entrara habitualmente en la celda de otros ó infringiera otros puntos semejantes.*

5.º Sobre este punto de la infracción de las reglas, tan importante en la práctica, he aquí las decisiones de santo Tomás:

«*¿Peca siempre mortalmente el religioso al quebrantar su regla?* Es evidente que si la infracción de un punto cualquiera de la regla fuese pecado mortal, el estado religioso sería peligrosísimo por el gran número de estatutos que contiene. Sin embargo, ofrece más seguridades que la vida seglar, puesto que San Gregorio, que le compara á un puerto tranquilo, asimila la vida del siglo á un mar tempestuoso. Por consiguiente, el religioso no peca mortalmente omitiendo lo que prescribe su regla. No hay duda que si la desprecia ó que-

branta los preceptos formales de la observancia, á los cuales se ha obligado en su profesión por los votos de obediencia, castidad y pobreza, se hace gravemente culpable; pero si, respetando siempre los votos, no quebranta *algún precepto formal*, la falta no pasa de pecado venial.»

No todo lo que hay en la regla de una comunidad se prescribe *bajo forma de precepto*; ciertas disposiciones sólo figuran como prácticas de vida más perfecta y como ejercicio puramente exterior, cuya omisión no tiene otro efecto que el de merecer una penitencia prescrita; esta penitencia es suficiente para mantener la observancia.

«*En la misma acción ¿peca el religioso más gravemente que el seglar?*»

«El religioso peca más gravemente que el seglar: 1.º Cuando falta á uno de sus votos por la violación de un precepto de la ley divina, por ejemplo, cometiendo un pecado mortal contra la castidad, porque obra contra el voto de continencia. 2.º Cuando peca por desprecio, porque da pruebas de mayor ingratitud para con la bondad de Dios, que le ha elevado al estado de perfección. Y 3.º En el caso de pecar de modo que escandalice, porque son muchos los que en él tienen fijos los ojos.

«Otra cosa es cuando no hay *desprecio del voto ó escándalo*.

«En las faltas por debilidad ó por ignorancia, *peca*, por el contrario, *menos que el seglar*, porque su pecado, *si es leve*, queda, por decirlo así, absorbido por la multitud de sus

buenas obras; y *si es mortal*, la intención habitual de servir á Dios, eclipsada por un momento, recobra muy pronto su ascendiente y le es muy fácil volver á su primer estado. Eso es lo que indican estas palabras: «*Si el justo cae, no se estrellará. ¿Por qué?*» Responde Orígenes: «*Porque sabe arrepentirse y corregirse.*» San Pedro, que había dicho: «*No conozco á ese hombre*», conmovido un instante después por la mirada del Señor, llora amargamente. David, á quien una mirada imprudente arrastró al pecado, exclama: «*He pecado*», y se arrepiente. Añadamos que el religioso tiene la gran ventaja de ser ayudado por sus hermanos, según estas palabras: «*Si el uno cae, el otro le sostiene. ¡Ay del que está solo! Si llega á caer, no hay nadie que le levante (1).*»

Concluyamos con estas reflexiones de un comentador de santo Tomás: «Es raro que los justos pequen por desprecio; caen por debilidad ó por ignorancia, y les es fácil levantarse. Los religiosos que llegan á caer por desprecio, son los más incorregibles de los pecadores. «*Desde que he abrazado el servicio de Dios*, decía san Agustín, *he encontrado pocas personas mejores que las que viven santamente en los monasterios; pero tampoco las he visto peores que las que han pecado.*»

(1) *Summa*, 2.ª 2.ª, q. 186, 9, 10.

## CAPÍTULO III

## DE LAS PERSONAS QUE COMPOENEN EL ESTADO RELIGIOSO.

Las personas que han abrazado el estado religioso, es decir, que viven en una comunidad aprobada por la Iglesia, unidas entre sí por los votos de religión y sometidas á una misma regla, ofrecen, por lo que toca á la *santidad*, y aun á la *sociabilidad*, todas las garantías que se pueden desear, tanto *por parte de Dios*, como *por parte de la Iglesia*.

## I.

## Por parte de Dios.

1.º Estas almas son *especialmente escogidas por Dios*, y esta elección de Dios es, si se nos permite hablar así, una elección *prudente, inteligente y deliberada*..... Dios, *dueño de elegir*, no elegirá sino á las almas en quienes vea una voluntad firme y dócil al mismo tiempo; una sed ardiente de abnegación y una aspiración continua á todo lo grande y á todo lo bueno. ¿Podríamos negar á Dios lo que concedemos á una persona del mundo que quiere elegir esposa, á saber: la inteligencia y la prudencia?

2.º Estas almas son *llamadas por Dios*, y con tal delicadeza, que parece exagerada por parte de quien, después de todo, es el *dueño*. «Es que Dios sólo admite á los honores de la

virginidad á un corto número de almas escogidas, y aun ¡con qué precaución les hace sus misteriosas insinuaciones, y con qué garantías pone á cubierto la fe que le han jurado! Jesucristo dice apenas de paso algunas palabras, palabras encubiertas y revelaciones tímidas, que terminan por una fórmula todavía más misteriosa: «*El que pueda comprender, que comprenda.*» Ni un solo precepto, ni aun sombra de obligación; y este Dios que manda morir por la fe, cortarse el pie ó la mano y arrancarse los ojos, no quiere que se dé, tocante á la virginidad, más que un discreto y simple consejo: «*Esto no es más que un consejo que yo os doy: no tengo ningún precepto del Señor (1).*»

Jesucristo quiere que las almas vayan á El en alas del amor que le tienen; quiere poder decir á sus ángeles: «*¡Estas almas me aman, y han venido á mí por sí mismas!*» Ved, pues, cómo este pensamiento de una *vocación divina y especial*, y de una *correspondencia de amor á esta vocación*, rodea á cada uno de los miembros de la comunidad de una aureola que la engrandece y hace respetar.

3.º Puesto que Dios *llama á estas almas*, El, que proporciona siempre los medios al fin, debe dar á cada una de ellas las gracias especiales que, si estas almas son fieles, harán de ellas *verdaderas hostias* que glorifiquen á Dios; *verdaderos apóstoles* que salven las almas; *verdaderas santas*, en una palabra, que se eleven por grados á la perfección que Dios les pide.

(1) El abate Double



Así es como estas almas, llamadas al claustro, á vivir continuamente en adoración delante del Santísimo Sacramento, llenan sobre la tierra la misión de los ángeles en el cielo; y Dios les dará una fe viva y penetrante, un gusto particular por la oración, un atractivo irresistible á esa dulce conversación con Dios que siempre empieza y siempre se continúa, sin causar nunca tedio, ni turbación, ni fastidio.

A las almas llamadas para aplacar su justicia y expiar, mediante sacrificios voluntarios, los crímenes de los pecadores, Dios dará una inmensa generosidad, una sed ardiente de padecer y un amor apasionado á las almas y á Jesucristo crucificado.

A las almas llamadas á enseñar á los niños y á los pueblos su santa ley, Dios dará el celo, la paciencia, la delicadeza, la habilidad y el valor para trabajar incesantemente y siempre con nuevo celo.

A las almas llamadas á reemplazar al lado de los huérfanos á la madre á quien lloran esos pobres niños, y á la cabecera de los enfermos y moribundos á la hermana que no tienen, Dios dará la caridad con toda su expansión, con toda su ternura y todo su milagroso poder.

4.º El estado religioso es el que pide *más abnegación*, puesto que es preciso dejar lo que más se quiere, *la familia*; renunciar á lo que nos es más personal, *la voluntad*, y darse enteramente á Dios y al prójimo; *el más piadoso*, puesto que es preciso aspirar siempre á unirse más íntimamente con Dios, á fin de es-

tar en sus manos como un instrumento, ó mejor dicho, como una víctima; el que exige *más fuerza*, puesto que es preciso subyugar el corazón, la voluntad, las inclinaciones, los sentidos y el carácter para someterlo todo á la voluntad de Dios.

Y si Dios, como acabamos de decir, da á las almas á quienes llama á este estado estas tres poderosas virtudes: *abnegación, piedad y fuerza*, ¿no se puede, con razón, deducir que estas almas, cuando son fieles á su vocación, son las más *hermosas*, las más *amantes*, las más *elevadas*, y que debe ser muy dulce y muy bueno vivir con ellas?

Escuchad esta página de Mr. de Montalembert, en donde nos repite con palabras sentidas lo que son estas almas y lo que llegan á ser en manos de Dios:

«La mano de Dios cae sobre nuestros hogares y nuestros corazones desolados, para llevarse á nuestras hijas y á nuestras hermanas.

»Millares de criaturas muy amadas salen todos los días, así de los castillos como de las chozas, de los palacios como de los talleres, para ofrecer á Dios su corazón, su alma, su cuerpo virginal, su ternura y su vida. Vemos todos los días entre nosotros y en todas partes una multitud de jóvenes de grandes casas y de gran corazón, y á otras de corazón más grande todavía que su fortuna, darse desde los albores de la vida á un esposo inmortal.

»Es la flor del género humano; flor todavía cargada con su gota de rocío, que no ha reflejado aún más que el primer rayo del sol, y

que ningún polvo terreno ha empañado todavía; flor exquisita y preciosa que, aspirada aún de lejos, embriaga con sus casta fragancia, á lo menos por un momento, hasta á las almas más vulgares. Es la flor y es también el fruto; es la savia más pura y la sangre más generosa del tronco de Adán, puesto que estas heroínas consiguen cada día la más admirable de las victorias, gracias al más valeroso esfuerzo capaz de arrancar á la criatura de los instintos terrenos y de los vínculos mortales.

» ¡Qué espectáculo! ¿Dónde se encontrará otra manifestación más visible de la naturaleza divina de la Iglesia?

» En este siglo de molición y de universal decaimiento estas *victoriosas almas* han encontrado y conservado el secreto y la fuerza, y en la debilidad de su sexo manifiestan la viril y perseverante energía que nos falta para abordar de frente y dominar el egoísmo, la cobardía y la sensualidad de nuestros días y de todos los tiempos....

» Y como tienen la *fuerza*, tienen también la *luz*, la *prudencia* y la *verdadera perspicacia*. Han conocido lo que es la vida antes de saborearla. ¿Quién, pues, les ha enseñado sus dolorosos secretos? A ellas tan puras, á ellas en una edad en que el corazón empieza á ser devorado por la sed insaciable de simpatías y ternezas humanas, ¿quién les ha enseñado que esta sed no se saciará jamás en este mundo? ¿Quién les ha revelado la ignominiosa fragilidad de los afectos terrenos, así de los más nobles, como de los más dulces, de los más tier-

nos, como de los más arraigados, y aun de aquellos que se creían inmortales y que ocupaban puesto preferente en los corazones en donde han perecido miserablemente? No puede ser más que un instinto divinamente libertador que las pone en libertad, arrancándolas de nuestras manos. Helas ya libres de las crueles sorpresas del alma que encuentra el engaño, la traición, el desprecio en el camino del amor, y algunas veces, después de tantos esfuerzos y tantas ilusiones, el silencio de la muerte en la plenitud de la vida. Han conocido al enemigo, le han vuelto la espalda, han frustrado sus planes, le han vencido y se le han escapado para siempre: *Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium; laqueus contritus est, et nos liberate sumus.*

» Estas almas van á ofrecer á Dios, en su primera frescura, todo su corazón y todos los tesoros del profundo amor y de la abnegación perfecta que rehusan al hombre. Van á sepultarlo y consumirlo todo en el secreto del despojo voluntario y de los holocaustos ocultos.

» Hecho esto, nos aseguran que han encontrado la paz y el gozo, y en el sacrificio de sí mismas la perfección del amor; han guardado su corazón para aquel que no se muda ni engaña jamás, y en su servicio encuentran con suelos de precio incomparable con que se las paga, y goces que no están sin nubes, porque entonces no tendrían mérito, pero cuyo sabor y fragancia duran hasta la tumba.

» ¿Es esto un sueño ó una página de novela? ¿Es acaso tan sólo historia, historia de un pa-

sado extinguido para siempre? No; es lo que se ve, lo que pasa todos los días entre nosotros....

» ¿Quién es, pues, ese amante invisible, muerto en un patíbulo hace dieciocho siglos, y que así atrae á la juventud, la belleza y el amor; que se aparece á las almas con un brillo y un atractivo á que no pueden resistir; que de repente se lanza sobre ellas y las hace su presa; que toma palpitante la carne de nuestra carne y bebe la sangre más pura de nuestro corazón? ¿Es acaso un hombre? No: *es un Dios*. He aquí el gran secreto, la clave de este sublime y doloroso misterio. Sólo un Dios puede alcanzar tales triunfos y merecer tales prodigios de abnegación.

» Ese Jesús, cuya divinidad es todos los días insultada ó negada, la demuestra todos los días, entre otras mil pruebas, por medio de esos milagros de desinterés y valor que se llaman *vocaciones*. Corazones jóvenes é inocentes se entregan á Él para recompensarle del don que nos ha hecho de sí mismo; y este sacrificio que nos crucifica, no es más que la correspondencia del amor humano al amor de un Dios que se ha hecho crucificar por nosotros.»

## II

Por parte de la Iglesia.

Las precauciones con que la Iglesia rodea á la religiosa para conocerla, para formarla y para preservarla, son de las más minuciosas y de las más maternas.

## I.—ANTES DE LA PROFESIÓN

Á la persona que desea ser recibida en una comunidad, exige la Iglesia: 1.º Que esté de *postulante* cierto tiempo, más ó menos largo, durante el cual se examina el estado de su salud, sus aptitudes naturales, la naturaleza de su carácter, los motivos de su deseo y las dificultades que puede presentar su familia.

2.º Cierta edad, que debe ser á lo menos de dieciséis años, y esta edad debe entenderse en todo su rigor matemático.

3.º Un año, por lo menos, de noviciado, y *un año rigurosamente completo* (algunas comunidades exigen más de un año). Durante este tiempo, la aspirante á religiosa viste el santo hábito: pero vive separada hasta de las hermanas profesas, bajo la dependencia de una maestra que no la pierde jamás de vista, y tiene el encargo de examinarla más minuciosamente que durante el tiempo de postulante; probar su carácter y su virtud; formarla en la obediencia, en la pobreza, en el desprendimiento y en el espíritu interior; hacer en su carácter y en su voluntad lo que hace un maestro hábil que desea enseñar su oficio á un obrero á quien ama (1). La maestra debe frecuentemente, du-

(1) Es muy delicado y difícil el cargo de maestra de novicias. Puede decirse que de ella depende el porvenir de una comunidad. No tenemos que decir aquí las virtudes que debe tener, ni la conducta que debe observar con sus novicias; queremos sólo, para hacer comprender los cuidados que exige la formación de las religiosas, indicar los

rante este año de formación, dar cuenta á la superiora de todo lo que haya observado en la novicia. Esta, por su parte, debe estudiar la regla, ensayarla, por decirlo así, y examinar si aquel género de vida le conviene y si los

puntos sobre los cuales debe insistir en sus instrucciones cotidianas.

No lo olvidemos: *la formación del espíritu religioso y del carácter*, se hace como *la formación de las facultades del alma*; por medio de enseñanzas minuciosas explicadas pacientemente, y frecuentemente repetidas, y con actos diarios en armonía con estas enseñanzas.

1.º La maestra debe inspirar á sus novicias *el temor de Dios*, que las mantendrá en su deber aun cuando estén solas, les hará evitar con cuidado el pecado y las ocasiones de pecar. *La humildad* que las mantendrá en la obediencia, les enseñará á dejarse regir y gobernar, hará callar en ellas toda rebelión interior y toda murmuración, y las hará, sobre todo, dóciles bajo la mano de Dios, el cual obra *directamente* por medio de pruebas, ó *indirectamente* por medio de los superiores. *El amor á Jesucristo*, que las inclinará á la oración, al respeto de la Iglesia, al amor á la Eucaristía y á la observancia de todas las prescripciones para prepararse dignamente á la comunión. *El amor del prójimo*, en fin, que las hará afables, complacientes, generosas y sufridas.

Tales son las virtudes que forman el alma *cristiana*, y es preciso *ser cristiana antes de ser religiosa*.

La vida interior no puede subsistir sin el fundamento de la vida cristiana, y las lecturas piadosas y ascéticas no son verdaderamente útiles sino en tanto que encuentran en el alma la doctrina católica; es decir, el catecismo comprendido y estimado.

2.º Insistirá sobre las señales de una vocación divina, diciendo que no se debe entrar en religión más que por Dios, por Dios; no proponiéndose más que una cosa: darse á Dios para servirle de la manera que El quiera; para expiar los pecados; preservar el alma de los peligros que encontraría en el mundo, y después ganar el cielo. Les repetirá que cualquier motivo humano que dominara en la

ministerios de la corporación están por encima de sus fuerzas.

4.º El consentimiento de la comunidad en donde la aspirante ha hecho su noviciado y que, por consiguiente, ha visto su comportamiento y conoce, además, los informes que ha dado la maestra.

5.º Un examen por el cual el superior eclesiástico delegado por el Sr. Obispo se hace cargo de las disposiciones de la novicia, de los motivos que la han inducido á entrar en comunidad, y se informa, sobre todo, de si hace la profesión *con toda libertad*.

6.º Un signo exterior, es decir, la fórmula de los votos pronunciados en presencia del Obispo ó de su delegado; en presencia también de toda la comunidad que está allí reunida,

determinación de una novicia la haría desgraciada por toda su vida, y que á la que no tenga voluntad decidida de ser toda de Dios y la humildad necesaria para dejarse formar, le sería preferible volverse al mundo.

3.º Manifestará, con amor sin duda, las ventajas de la vida religiosa; pero dirá también las *penas*; no les ocultará que asaltarán á la religiosa violentas tentaciones, que abrumarán su pobre corazón sinsabores y congojas, pero les enseñará el lugar en donde el alma desolada puede hallar fuerza y consuelo: *cerca de Jesucristo, para quien únicamente ha venido al monasterio*; y les indicará como remedio soberano á toda angustia y á todo pesar, *la oración al pie del tabernáculo y la expansión filial en el corazón de la superiora*.

Que no pierda jamás de vista esta expresión, que tanto la experiencia de todos los religiosos, como la enseñanza de los maestros de la vida espiritual, repite unánimemente: *El noviciado mal hecho es una inmensa desgracia, ordinariamente irreparable para siempre jamás*.

como una familia está reunida el día del nacimiento de un niño, y que es testigo de su consagración.

En verdad, ¿se puede exigir más para asegurarse de las disposiciones de un sujeto? ¿No puede decirse que la persona así probada, así examinada, así formada, tendrá todas las virtudes que derraman en el seno de una familia la paz y la alegría?

## 2. — DESPUÉS DE LA PROFESIÓN

Y cuando la *novicia* llega á ser *profesa*, la Iglesia continúa velando sobre ella con mayor solicitud todavía, porque entonces le pertenece de una manera especial, mirándola, porque realmente lo es, como *la esposa de Jesucristo*, para quien la debe conservar con todo su candor é inocencia.

1. La Iglesia quiere que cada comunidad conserve siempre la *Santa Eucaristia*, de suerte que la religiosa puede decir con toda verdad que habita en la casa de su Esposo; que vive y trabaja á la vista de su Esposo, el cual observa, conoce y aprecia todos sus pasos, todas y cada una de sus acciones: su reglamento la conduce á menudo al pie del tabernáculo, y más á menudo todavía, su devoción la lleva á dirigir de paso á Jesucristo una palabra de respeto y de ternura. ¡Oh! ¿Quién podrá decir los tesoros de paz, de fuerza, de luz y de gozo que acumula en su alma una religiosa piadosa con ese trato casi continuo con Jesucristo?

2. La Iglesia elige para ella, entre los más

capaces, un confesor *ordinario*, el cual para oír su confesión debe tener licencias particulares y haber hecho estudios especiales; y para mayor comodidad, un confesor *extraordinario*, á quien debe presentarse tres ó cuatro veces al año, y aun en otros casos la Iglesia le permite otros confesores.

3. Quiere también que la profesa se acerque á la santa comunión varias veces á la semana, y desea que su confesor, si ella hace continuos esfuerzos para ser virtuosa, le permita poco á poco la comunión cotidiana.

4. Quiere que el Obispo ó su delegado visite de una manera regular cada comunidad y vea á cada religiosa en particular, interrogándola sobre sus alegrías, sobre sus penas, sobre el estado de su alma, sobre el empleo que se le ha confiado, sobre la debilidad ó fuerza de su salud, sobre su manera de ir á Dios, sobre los libros que lee..., velando así por el bienestar del alma y del cuerpo. «El uso ha establecido que el Obispo sea el consejero y el apoyo de la comunidad, y Roma quiere que ningún negocio importante se concluya en las casas religiosas sin haber enterado al Obispo y haber obtenido su beneplácito (1).»

5. La Iglesia quiere que cada año, ó á lo menos cada dos, se conceda á todas las comunidades un *retiro de varios días*, á fin de redu-

(1) No queremos tratar aquí la cuestión de la *autoridad de los Obispos sobre las comunidades*. Hablamos sólo de lo que generalmente se verifica en Francia respecto á las comunidades religiosas.

cir al cumplimiento del deber á las religiosas que se hubieran podido apartar de él, y fortificar en sus buenas resoluciones á las que hubieren sido fieles.

6. Y como tiene cuidado del *alma* de la religiosa, la Iglesia tiene también cuidado de su *inteligencia*. Y sabiendo que cuanto más se eleva el espíritu, tanto más capaz es el alma de conocer á Dios, obliga á la superiora á proporcionar pláticas frecuentes y lecturas cotidianas escogidas con cuidado; quiere que cada casa, según su vocación especial, tenga una biblioteca en la que abunden los libros destinados á ilustrar, á fortificar y á elevar el espíritu. Quiere que así como hay horas de oración haya también horas de estudio, sobre todo en las casas dedicadas á la enseñanza; en el mundo no puede comprenderse á qué grado de elevación, de grandeza y de poesía se elevan las almas de aquellas religiosas que dedican todos los días, bajo la mirada de Dios y con un espíritu desprendido de toda preocupación, una sola hora á los estudios serios. El silencio del claustro ayuda poderosamente al silencio que requiere el trabajo del pensamiento, y este doble recogimiento del *corazón en Dios* y del *espíritu en el estudio* da una fuerza poderosa á la inteligencia.

7. La Iglesia tiene también cuidado del *corazón* de la religiosa. Quiere que toda la comunidad sea realmente una *familia* y que el espíritu dominante en cada una de estas *casas del buen Dios* sea la bondad, la condescendencia, la dulzura y la protección mutua. Quiere

que la que está al frente de la casa, y que por los de fuera es conocida con el nombre de *superiora*, las religiosas la conozcan con el nombre de *madre*, y que llame á todas las que Dios le ha confiado *hijas mías*. Quiere que las religiosas no se den otro nombre que el de *hermana*, y que digan, para hacer este nombre más íntimo, *hermana mía*. Quiere, por fin, para destruir hasta las raíces del egoísmo y del espíritu de propiedad, que todos los objetos de la casa sean de *todas las religiosas*, y no sean de ninguna en particular, y haciendo desaparecer esta palabra *mío*, la reemplaza por esta otra tan cristiana que Jesucristo ha puesto por primera en la oración que nos ha enseñado: *¡nuestro!*

Después de esta sencilla exposición, ¿no nos será permitido repetir, sin temor de exagerar, que las almas llamadas al estado religioso y fieles á su vocación; las almas así formadas, así protegidas, así rodeadas de precauciones afectuosas, son las almas *más bellas* y *más santas*, y que vivir entre ellas es vivir en medio de lo *mejor* que hay de *sobre la tierra*? Es indudable que todas las religiosas no están exentas de defectos, que todas no son perfectas; pero todas, so pena de faltar á su vocación, deben aspirar á disminuir sus defectos y á hacerse más perfectas; y solamente los esfuerzos que hacen bajo la mirada de Dios, y con la convicción de que Dios las ayuda, comunica al conjunto de su carácter, y, por consiguiente, al cuerpo de la comunidad, algo *bueno*, *amable* y *atractivo*, que sólo aisladamente se encuentra en el mundo.

## III

He aquí *la indicación sumaria* de lo que debe ser una religiosa: es un cuadro que cada hermana debe tener continuamente delante de los ojos, y no es posible que lo lea *todos los días* delante de Dios, persuadida de que eso es lo que Dios exige de ella, sin que, casi insensiblemente, su carácter se suavice, su voluntad se fortifique y su conducta se vaya ajustando á lo que lee.

## LA BUENA RELIGIOSA ESTÁ:

*Ocupada* en la oración, en la caridad, en el trabajo, en la unión con Dios. *La caridad* puede practicarla siempre con una buena palabra, con una sonrisa, con un saludo cariñoso. *El trabajo* puede ocuparla continuamente; ¿acaso no hay siempre por lo menos alguien á quien ayudar? Que no esté, pues, jamás ociosa, que jamás ande su espíritu divagando. *La unión con Dios*, tal es el fruto de la oración, de la caridad, del trabajo.

*Alejada* de los pensamientos que disipan, de los deseos que turban, de los proyectos que atormentan, de los honores que pesan y agravan la conciencia.

Los pensamientos que disipan son los que distraen del trabajo y de la oración. Los deseos que turban son los que no se atrevería á manifestar á la superiora.

Los proyectos que atormentan son los que dejan el alma fuera de sí.

Los honores que pesan y agravan la conciencia son las dignidades que se obtienen deseándolas y buscándolas por vanagloria.

*Mortificada* en sus sentidos, en su genio, en su carácter, y esto á todas horas; no permitiéndose ningún goce que no sea lícito, no tolerando á su genio y á su carácter nada que pueda mortificar á los demás.

*Atenta* á no chocar con nadie, no ofender á nadie, no pensar mal de nadie, no hablar mal de nadie.

*Es modesta* en su porte, en sus palabras, en sus modales, sin afectación ni singularidad.

*Paciente* en las enfermedades, en las penas, en las contrariedades, en las pequeñas cruces de todos los días. ¡Oh! Con esta paciencia adquirirá el hábito de dominarse, de estar siempre risueña, y, sobre todo, de no murmurar jamás.

*Compasiva* con las hermanas en sus necesidades, en sus enfermedades, en sus trabajos, sufriendo con paciencia sus defectos y aun sus rarezas.

*Desinteresada*, no buscando más que la gloria de Dios, el bien de su comunidad, la salvación de todos, el bienestar de sus hermanas, aun á expensas del suyo. Jamás será tan dichosa como el día en que, por complacer á su superiora ó á sus hermanas, se prive de alguna cosa. ¡Oh! ¡Cuán bueno es privarse de algo por hacer bien á los demás!....

*Está dispuesta* á sufrirlo todo, á hacerlo todo por Jesús, á olvidarlo todo y á perdonarlo todo.

*Entregada á sus superiores*, en quienes ve á Dios, á quienes obedece en todo, respeta á pesar de todo, y defiende en todo; á sus *compañeras*, con quienes se conduce realmente como si fuera su sierva; á su *empleo*, que cumple siempre alegre y minuciosamente, aun cuando sienta repugnancia natural; á *Dios, sobre todo*, á quien va sencillamente en la confesión y la comunión, no teniendo allí más que un solo deseo: *purificarse para estar más unida con Dios*.

*Desprendida* de su familia, á quien ama siempre, á quien ama mucho, pero de la que no se preocupa, porque está segura de que Dios la reemplaza cerca de ella; *desprendida sobre todo de sí misma*, de sus comodidades, de sus caprichos.

*Es celosa* para impedir el mal, para repararlo, para hacerlo olvidar; para hacer bien á los demás con su ejemplo, su palabra, su oración, su afabilidad, procurando atraer á sí únicamente para conducir á Jesucristo.

*Vive oculta*, amando el trabajo sin ruido y sin brillo, bajo la mirada de Dios solo; encontrándose feliz en su celda y al pie del tabernáculo de Jesús y del altar de María, su buena y tierna Madre.

*Es humilde* sin afectación, más en sentimientos que en palabras; considerándose muy dichosa por haber sido admitida en la comunidad, aceptando con gratitud todas las atenciones que con ella se tienen, no murmurando jamás si sufre algún desaire ó malevolencia.

*Vive tranquila y alegre*, en fin; contenta con

estar en donde Dios quiere que esté; con hacer lo que Dios quiere, no deseando más que lo que Dios quiere; ni más salud, ni más fervor sensible, ni más saber, ni otra superiora, ni otro director, ni otras compañeras, ni otra casa, ni otro empleo. Lo acepta todo como venido de la mano de Dios; y como es toda de Dios, espera con firme confianza que Dios será todo para ella en la eternidad.

## IV

La página siguiente, sacada de un estudio sobre la vida religiosa (1), resumirá y completará lo que acabamos de decir sobre las personas que han abrazado el estado religioso: «Cuando el Profeta contemplaba extático en el Verbo encarnado al más hermoso de los hijos de los hombres, Jesucristo era pobre y estaba cubierto y como enterrado bajo el velo de una carne pasible semejante á la carne del pecado; pero su alma bienaventurada, que reflejaba la indescriptible belleza de Dios, esparcía también sus reflejos hasta sobre la carne. Su mirada, su fisonomía, su palabra, sus ademanes, su porte, todo en Él revelaba el alma divina y los encantos infinitos de Dios. Dios mismo se traslucía á través de la frágil cubierta humana y la transfiguraba.

»Así sucede á la virgen, transfigurada por la vida religiosa. El alma, impregnada de he-

(1) El abate Doublet: *San Pablo*.



chizos divinos, esparce sobre el cuerpo una belleza sobrenatural. *Belleza de la inocencia*, cuyos atractivos nada en el mundo puede reemplazar; que inunda el rostro de un brillo angelical, según la admirable palabra de san Crisóstomo *y le comunica la luz del rostro de Dios. La belleza de la dulzura y de la serenidad.* Las pasiones pasan sobre el rostro del hombre, dejando impresas profundas huellas que alteran su limpidez y dibujan en él emociones repugnantes; la voluptuosidad grava sus arrugas; la cólera imprime allí sus agitaciones y sus desórdenes; la malignidad frunce sus labios, después impotentes para expresar la bondad; la frivolidad, los placeres sensuales, la disipación roban los más seductores encantos, la gravedad, la calma, la majestad, y ese fondo de tristeza que tanto nos agrada. Por el contrario, cada una de las virtudes que nacen de la vida religiosa pintan sobre el rostro sus dulces y encantadores reflejos.

«La virgen, dice san Crisóstomo, no debe ninguno de sus atractivos á los adornos de la vanidad. Su belleza, toda espiritual, permanece inalterable, sin necesidad de aceites postizos. Sobre un rostro ya hermoso derrama encantos mucho más vivos todavía; sobre la fealdad sabe poner atavíos que la transfiguran. Porque no son ni las piedras preciosas, ni el oro, ni los suntuosos vestidos, ni las telas de variados y brillantes colores, ni las mil frivolidades precederas, lo que constituye el adorno de las almas; son los ayunos, las sagradas vigiliass, la dulzura, la modestia, la pobreza, la magnani-

midad, la paciencia, la humildad, el desprecio de las cosas terrenas. Los ojos de la virgen son tan hermosos que encantan, no á los hombres, sino á los ángeles y al Señor de los ángeles; son tan limpios y vivos, que penetran más allá de todas las bellezas sensibles hasta la incorpórea belleza; son tan amorosos y serenos, que nada los turba ni los irrita, y tienen siempre miradas apacibles y bondadosas aun para los insolentes agresores. La joven virgen es tan modesta, que su solo aspecto ahuyenta los pensamientos vergonzosos, desconcierta y hace sonrojar al vicio. Así como una criada al servicio de una mujer honrada y distinguida adquiere, sin advertirlo, los modales nobles y virtuosos de su ama, así también el cuerpo mismo de la virgen participa de la casta elevación de su alma. La mirada, la palabra, el porte, el andar, todo se armoniza con el alma y refleja su belleza. Como el perfume se exhala del vaso y esparce á lo lejos sus suaves olores, así también la virginidad se derrama por todos los sentidos de la virgen y embalsama por fuera con sus perfumes encerrados dentro. La modestia, como un freno de oro, dirige los movimientos de todo su sér; *la lengua*, para que no se le escape ninguna palabra inconveniente; *los ojos*, para que nada empañe su pureza; *los oídos*, á fin de apartarlos de toda melodía lasciva; *su porte mismo*, activamente vigilado, no es jactancioso ni amanerado, sino sencillísimo y natural. Lejos de ella las riquezas del tocado, las risas estrepitosas, la eterna disipación; cierta gravedad dulce é imponente se pinta en todo

su rostro, que respira más bien tristeza que alegría.»

## CAPITULO IV

### DE LO QUE CONSTITUYE EL ESTADO RELIGIOSO

El estado religioso se define, como hemos dicho: *Una forma de vida aprobada por la Iglesia, en la cual los fieles unidos en sociedad religiosa se constituyen de una manera permanente para consagrarse á Dios, y tender á la perfección por los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, según la regla; de donde se sigue que la emisión de los tres votos de obediencia, pobreza y castidad en una comunidad aprobada, constituye propiamente ese estado.*

La persona que hiciera estos tres votos en particular, no sería religiosa.

La que viviera en una comunidad sin hacer estos tres votos, no lo sería tampoco.

#### I

#### Del voto en general.

El voto es *una promesa deliberada y hecha á Dios de cumplir un acto mejor, con intención de obligarse bajo pena de pecado.*

Esta promesa es un verdadero compromiso, un contrato real y verdadero entre Dios y el alma.

*Es deliberada*, es decir, hecha con conoci-

miento exacto de lo que se promete, con pleno consentimiento y entera voluntad.

*Se hace á Dios*, y en este concepto es un verdadero acto de la virtud de religión, la más excelente de las virtudes morales; *hecha á Dios*, es decir, *inviolable*; «y si Dios ha dado á su Iglesia el poder de dispensar los votos, los que ejercen este poder en su nombre tienen siempre el deber de respetar y proteger sus derechos; no pueden anular á su antojo y al capricho de los hombres una obligación contraída con el soberano Dueño (1). Solamente el Jefe de la Iglesia tiene el poder de dispensar *los votos solemnes de religión*. Todos los Prelados en sus diócesis tienen el poder ordinario de dispensar *los votos simples*, excepto los cinco reservados al Papa, entre los cuales nos basta citar el voto *de castidad perpetua y absoluta*. Han de exceptuarse también, según varias declaraciones, los votos simples de religión, aun cuando sean temporales en los Institutos aprobados por la Santa Sede.» (P. Cotel.)

Esta promesa se hace para *cumplir un acto mejor*; es decir, que el voto añade cierta bondad al acto á que se junta, y que es ya bueno

(1) Pueden existir motivos legítimos para obtener dispensa de los votos, y cuando estos motivos han sido expuestos con sinceridad á los que para nosotros ocupan el lugar de Dios, puede uno quedarse tranquilo y sin ningún remordimiento de conciencia cuando la dispensa ha sido concedida. No creemos necesario exponer las causas con que legítimamente se pueden dispensar los votos. Una religiosa tiene siempre necesidad de consultar sobre esta grave cuestión.

su rostro, que respira más bien tristeza que alegría.»

## CAPITULO IV

### DE LO QUE CONSTITUYE EL ESTADO RELIGIOSO

El estado religioso se define, como hemos dicho: *Una forma de vida aprobada por la Iglesia, en la cual los fieles unidos en sociedad religiosa se constituyen de una manera permanente para consagrarse á Dios, y tender á la perfección por los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, según la regla; de donde se sigue que la emisión de los tres votos de obediencia, pobreza y castidad en una comunidad aprobada, constituye propiamente ese estado.*

La persona que hiciera estos tres votos en particular, no sería religiosa.

La que viviera en una comunidad sin hacer estos tres votos, no lo sería tampoco.

#### I

#### Del voto en general.

El voto es *una promesa deliberada y hecha á Dios de cumplir un acto mejor, con intención de obligarse bajo pena de pecado.*

Esta promesa es un verdadero compromiso, un contrato real y verdadero entre Dios y el alma.

*Es deliberada*, es decir, hecha con conoci-

miento exacto de lo que se promete, con pleno consentimiento y entera voluntad.

*Se hace á Dios*, y en este concepto es un verdadero acto de la virtud de religión, la más excelente de las virtudes morales; *hecha á Dios*, es decir, *inviolable*; «y si Dios ha dado á su Iglesia el poder de dispensar los votos, los que ejercen este poder en su nombre tienen siempre el deber de respetar y proteger sus derechos; no pueden anular á su antojo y al capricho de los hombres una obligación contraída con el soberano Dueño (1). Solamente el Jefe de la Iglesia tiene el poder de dispensar *los votos solemnes de religión*. Todos los Prelados en sus diócesis tienen el poder ordinario de dispensar *los votos simples*, excepto los cinco reservados al Papa, entre los cuales nos basta citar el voto *de castidad perpetua y absoluta*. Han de exceptuarse también, según varias declaraciones, los votos simples de religión, aun cuando sean temporales en los Institutos aprobados por la Santa Sede.» (P. Cotel.)

Esta promesa se hace para *cumplir un acto mejor*; es decir, que el voto añade cierta bondad al acto á que se junta, y que es ya bueno

(1) Pueden existir motivos legítimos para obtener dispensa de los votos, y cuando estos motivos han sido expuestos con sinceridad á los que para nosotros ocupan el lugar de Dios, puede uno quedarse tranquilo y sin ningún remordimiento de conciencia cuando la dispensa ha sido concedida. No creemos necesario exponer las causas con que legítimamente se pueden dispensar los votos. Una religiosa tiene siempre necesidad de consultar sobre esta grave cuestión.

en sí mismo. Así, el que ha hecho voto de guardar castidad, siempre que resiste á la tentación, añade á la observancia del precepto el mérito de la *virtud de religión*; y según santo Tomás, este mérito de la virtud de religión ha hecho dar el nombre de *religiosos* por excelencia á los que viven en el estado religioso. «Los demás cristianos, dice, no practican la *virtud de religión* más que por intervalos; pero los religiosos siempre y continuamente están ejercitando esta gran virtud, y su vida entera, por poco que lo deseen, llega á ser un *holocausto* en donde todo, sin excepción, está consagrado al servicio divino.»

Los actos que pueden ser objeto del voto son: ó *actos obligatorios*, como la observancia de un precepto ordenado por Dios ó por la Iglesia; ó *actos de simple consejo*, como dar los bienes á los pobres; ó, en fin, *actos indiferentes en sí mismos*, como *hacer una peregrinación, ocuparse en tal trabajo*. Cada uno de esos actos resulta mejor por razón del motivo que induce á hacerlo: motivo de *amor de Dios y de dependencia de Dios*.

Se hace, en fin, *con intención de obligarse bajo pecado*. En esto consiste la diferencia entre el voto y la simple resolución, aun tomada bajo forma de promesa que tiene por objeto ser más fiel á Dios. Si el voto aumenta el mérito de un acto bueno en sí mismo, la violación del voto añade al pecado contra el precepto otro pecado de *sacrilegio* contra la virtud de religión. El pecado contra el voto, así como el pecado contra un precepto grave, puede

cambiar de naturaleza; por ejemplo, no ser más que *venial*, ó por la parvidad de materia ó por falta de reflexión y consentimiento; si faltasen enteramente la advertencia ó la voluntad no habría culpa ninguna.

## II

## De los votos de religión.

## 1.º—ORIGEN Y NATURALEZA DE LOS VOTOS DE RELIGIÓN

Se llaman *votos de religión* los que llevan consigo la obligación de practicar *los consejos evangélicos*, es decir, los votos de obediencia, pobreza y castidad que se hacen en el estado religioso.

He aquí las palabras de Jesucristo en que se dan estos consejos, objeto de los votos de religión:

«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo.» (San Mateo, XIX, 21.)

«El que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (es decir, no puede ser contado entre los *discípulos perfectos* que oyen y siguen al Hijo de Dios en sus consejos, lo mismo que en sus preceptos).» (San Lucas, XIV, 33.)

«El que quiera venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, cargue con su cruz y sígame.» (San Lucas, IX, 23.—San Mateo, XVI, 24.)

«No he venido á meter paz en la tierra, sino

espada; he venido á separar al hijo de con su padre, á la hija de con su madre.» (San Lucas, XII, 51.—San Mateo, x, 34.)

«El que no aborrece (es decir, el que no tiene el valor de dejar, por seguirme, cuando yo se lo pido) á su padre ó á su madre, no puede ser mi discípulo.» (San Lucas, XIV, 26.)

«El que ama á su padre, á su madre, á su casa ó sus riquezas más que á mí, no es digno de mí.» (San Mateo, x, 37.)

«El que por mí dejare á su padre, á su madre, ó á sus hijos, ó á sus hermanos, ó sus bienes, recibirá aquí el ciento por uno y poseerá la vida eterna.» (San Mateo, XIX, 29.)

«Hay algunos que permanecen vírgenes forzosamente; pero hay también otros que voluntariamente abrazan ese estado para llegar más fácilmente al reino de los cielos. Y Jesucristo que antes había dicho: «No todos son capaces de semejante resolución, sino sólo los que han recibido este dón», añade: «Entiende bien este discurso el que ha recibido el poder y la gracia.» (San Mateo, XIX, 11, 12.)

«Por estas palabras, dice Suárez, Jesucristo nos exhorta á practicar los tres consejos de pobreza, castidad, obediencia, y á hacer voto perpetuo de observarlos; y como la esencia del estado religioso consiste en estos tres votos, síguese que Jesucristo es quien ha instituido el estado religioso.... Si cada uno de estos consejos ha sido alabado y recomendado por Jesucristo, con mayor razón nos exhorta á guardarlos todos, porque la observancia del uno ayuda más bien que impide la práctica del otro.

»Jesucristo mismo nos lo hace comprender por estas palabras: «*Id, vended lo que tenéis, y seguidme*»; en estas palabras junta á la vez la pobreza y la obediencia, y supone necesariamente la castidad; porque, ¿cómo seguir libremente á Jesucristo, estando atado con los lazos del matrimonio? Además, no es fácil compaginar la pobreza con los cuidados de la familia.

»Si además de los tres votos hay algo que sea sustancial en el estado religioso, es el dón que hace de sí mismo el que lo abraza, cuando se pone en manos de sus superiores. Jesucristo nos aconseja también hacer *este dón*, como se deduce de estas palabras: «*renúnciese á sí mismo*.» El hombre se renuncia, sobre todo, á sí mismo cuando se priva por amor á Jesucristo de su voluntad y de su libertad, que son los bienes más propios del hombre.... Las palabras que nuestro Señor ha repetido tantas veces, «*seguidme*», encierran también el mismo consejo; no significan tan sólo *imitadme*, sino «*seguidme, en verdad, á todas partes adonde vaya y donde quiera; daos á mí, obedeciendo en todo á la primera señal*.»

»Por lo demás, el uso, que es el mejor intérprete de los consejos como de las leyes, nos prueba que las palabras de nuestro Señor han sido siempre entendidas así por los Apóstoles, y así se han practicado en la Iglesia por una tradición perpetua (1).»

(1) Suárez, LIII, 2, 5 y 6.

Estos consejos, por lo mismo que son simples *consejos*, no son *obligatorios* para nadie.

1. Pero se nos *proponen á todos*; pues, como dice santo Tomás, debemos recibir las palabras de nuestro Señor, transmitidas por la sagrada Escritura, como si las oyéramos de la boca de Jesucristo, quien dijo á los Apóstoles: «*Lo que os digo á vosotros, lo digo á todos*», y San Pablo ha dicho también: «*Todo lo que está escrito se ha escrito para nuestra instrucción*.» Lo cual entiende así san Crisóstomo: «Si Jesucristo hubiese hablado tan sólo para los que le oían, no se habrían escrito sus palabras: las *dijo* para los Apóstoles y discípulos, y se han escrito para nosotros.»

2. Si Jesucristo *propone á todos* esos consejos, son *posibles á todos*. Jesucristo no propone cosa que no se pueda cumplir; «solamente se nos aconseja, dice Cornelio Alápide, lo que está en el poder y el libre albedrío del hombre, con la gracia de Dios; gracia que Dios prepara y ofrece á cualquiera que se la pida.»

3. Si los consejos *se proponen á todos*, si son *posibles á todos*, son también *practicados siempre* por algunas personas.

«Jesucristo mismo, dice Suárez, es quien llamó á sus Apóstoles á un estado verdadera y propiamente religioso, é hicieron verdaderamente los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y los hicieron proponiéndose abrazar el estado de perfección..... Jesucristo los llamó á la *vida mixta*, es decir, á una vida contemplativa y activa á la vez, dándoles por principal objeto la predicación del Evange-

lio (1).» Desde los Apóstoles hasta nuestros días, el estado religioso se ha conservado perpetuamente en la Iglesia, y se perpetuará hasta el fin de los tiempos. Tal es la opinión más común de los Santos Padres.

4. Hay casos en que la *práctica de los consejos evangélicos*, aunque por su naturaleza no es obligatoria, llega á serlo por las circunstancias. Por ejemplo, el que ha hecho voto de entrar en religión está obligado á cumplir su voto.

«Además, dice san Ligorio, si alguno cree que quedándose en el mundo se perderá para siempre, sea porque tiene experiencia de su debilidad, sea porque carece de los recursos que proporciona el estado religioso, ese no puede excusarse de pecado mortal, porque se pone en peligro grave de perderse.... Si la conciencia le dice á alguno que será abandonado de Dios si no obedece á su vocación divina, cometería un pecado en no seguir las inspiraciones de la gracia. Parece indudable que exponen mucho su salvación los que, estando seguros de ser llamados por Dios á la vida religiosa, se esfuerzan en persuadirse que *quedándose en el siglo ó volviendo á él* podrán salvarse tan fácilmente como en religión..... No quiero, añade el santo Doctor, dar en este asunto un fallo absoluto; mas pidamos á Dios con instancia que nos preserve del peligro de resistir á la vocación, puesto que la historia nos cuenta desgracias trágicas y sinnúmero que no son sino el cumplimiento de las amenazas

(1) Suárez, III, 2, y 9.

lanzadas por nuestros libros santos contra las almas infieles al llamamiento de Dios.... Los que son llamados están obligados á hacerse religiosos, porque Dios les rehusará en el mundo los socorros que les preparaba en la religión; y si bien es cierto que con las gracias ordinarias pueden salvarse en el siglo, en hecho de verdad *se salvarán difícilmente* (1).»

## 2.º—DISTINCIÓN DE LOS VOTOS DE RELIGIÓN

Estos votos pueden ser *solemnes*; es decir, hechos de una manera absoluta en una Orden religiosa propiamente dicha y aceptados de la misma manera por la Iglesia. Sólo el Papa puede dispensar de estos votos, y aun no lo hace sino en casos excepcionales y rarísimos.

Pueden ser *simples*; es decir, aceptados por la Iglesia de una manera menos absoluta y no reconocidos por ella como *solemnes* (2).

(1) San Ligorio: *Teología Moral*, lib. V, l.

(2) No hay que confundir la solemnidad de los votos con el voto *solemne*.

Por *solemnidad* se entienden las ceremonias exteriores más ó menos brillantes que se hacen cuando una religiosa pronuncia sus votos.

La palabra *solemne* se entiende de los votos en sí mismos, y tan sólo el Papa, por su voluntad, puede hacer *solemnes* los tres votos de religión, que en ese caso son *absolutos* y anulan todo acto hecho contra estos votos.

Por razones que no hay para qué indicar aquí, Roma no ha juzgado conveniente aceptar en Francia como *solemnes* los votos de las religiosas, pero ha concedido á las casas pertenecientes á los Institutos cuyas constituciones han sido formalmente aprobadas, tales como las

Ordinariamente estos votos pueden ser anulados por el Obispo del lugar, excepto el voto de castidad, que se ha reservado Roma. Estos votos son los que se hacen actualmente en Francia en las casas de religiosas; el Papa podría, si quisiera, elevarlos á *solemnes*.

Los votos *solemnes* y los votos *simples* no difieren en nada en cuanto á la sustancia; es decir, que el religioso, tanto si ha hecho votos *simples* como si los ha hecho *solemnes*, está obligado en la práctica á la misma observancia, la misma pobreza, la misma castidad, la misma obediencia. La diferencia sólo consiste en que el voto *solemne*, cuando se trata de la pobreza, *anula* todo acto que se hace contra este voto, por el cual se constituye el religioso en un estado de *muerte civil*, mientras que el voto simple no anula la validez del acto; pero por ese acto se hace culpable la conciencia.

Aunque el voto *solemne* no impone á los religiosos obligaciones *más estrictas*, da, sin embargo, más *perfección* á sus actos, porque los une más íntimamente con Dios.

Los *votos simples* pueden ser *perpetuos* ó *temporales*, según los estatutos de cada congregación. La religiosa que hace solamente votos temporales *los renueva*, es decir, los hace de nuevo, después de expirar el tiempo fijado, con el consentimiento de sus superiores; la que ha

de la Visitación, clarisas, carmelitas, etc., todos los privilegios y todas las indulgencias de que gozan las comunidades en donde se hacen votos *solemnes*.

hecho votos solemnes no los renueva propiamente; la ceremonia anual y pública, llamada *renovación de los votos*, no es más que una reiteración del alma que se obliga á guardar sus votos con mayor fidelidad.

### 3.<sup>o</sup>—VENTAJAS DE LOS VOTOS DE RELIGIÓN

1. *Los votos ayudan poderosamente al alma religiosa á conseguir el fin de su vocación.*

Puesto que el fin del estado religioso es glorificar á Dios y caminar á la perfección, nada más propio para alcanzar este fin que la emisión de estos tres votos.

1. Estos votos remueven los tres grandes obstáculos que se oponen al reino de la caridad y de las virtudes en el corazón. El voto de *pobreza* quita la *ambición de las riquezas*. El voto de *castidad* se opone al amor de los *placeres sensuales*. El voto de *obediencia* mata el amor desordenado de la *propia voluntad* y de las ideas personales.

2. Estos votos desembarazan al alma religiosa de las tres grandes *solicitudes* que, llenando el espíritu, le distraen casi inevitablemente de pensar en Dios: *solicitud ocasionada por la conservación y adquisición de los bienes temporales; solicitud causada por los cuidados de la familia; solicitud ocasionada por el des-arreglo de la propia voluntad, que tan pronto quiere como no quiere, que no puede nunca saber si todo lo que desea es conforme á la voluntad de Dios.*

3. Estos votos son por sí mismos un acto, y

además un *ejercicio continuo* de caridad perfecta, de tal suerte que el alma religiosa puede considerarse siempre, con justa razón, como un *holocausto perpetuo* ofrecido á la gloria de Dios; porque le da, en efecto, todo lo que tiene y todo lo puede tener: *los bienes materiales de fortuna, por el voto de pobreza; los bienes personales del cuerpo, por el voto de castidad; los bienes íntimos del alma, por el voto de obediencia.* Y por la perpetuidad de estos votos se obliga á no poder ya retirar su donación.

Esta es, pues, la ofrenda más completa que una criatura puede hacer; es el más elevado acto de caridad que puede formar; es el mayor homenaje que puede rendir á la soberanía de Dios; es todo lo que una criatura puede hacer para dar gloria á Dios, pues es indudable que Dios se digna encontrar su gloria en la donación que las criaturas le hacen de sí mismas.

Estos votos colocan al alma en un *estado de dependencia completa de Dios*. Se hace un solo espíritu con Dios; á imitación de Jesucristo, no está ya en este mundo para hacer su propia voluntad, sino para hacer la voluntad de aquel á quien se ha dado; tal es su continuo alimento.

Dios puede hacer de ella todo lo que quiera; es una *amiga fiel* á quien Dios puede pedir cuanto quiera; una *obrera desinteresada* y generosa, á quien Dios puede emplear para cumplir los designios de su Providencia como quiera y cuando quiera; á quien puede retener en la soledad empleándola en la oración; enviar al



lado de los enfermos, para cuidarlos; de los niños, para instruirlos; de los pecadores, para convertirlos, y hasta las extremidades del mundo para propagar la fe católica.

II. *Estos votos constituyen realmente al alma en estado de hostia y de víctima, que es propiamente el estado religioso.*

Hemos dicho que el alma religiosa viene á ser, por su consagración, una *hostia*, una *víctima de Dios*; está, pues, en manos de Dios, en un *estado de muerte* que permite á Dios emplearla como quiera.

Esta alma, realmente, *ha muerto al mundo por la soledad* en donde oculta su cuerpo, ya en el recinto de un claustro, que la sustrae á todas las miradas y bullicios del mundo (y eso significa al pie de la letra la ceremonia tan conmovedora del paño mortuario extendido sobre la novicia que acaba de pronunciar sus votos), ya sencillamente bajo vestidos de luto, habitualmente groseros, y que indican á todos los que la ven que hay una *barrera* entre la persona que los lleva, y los goces, los afectos y las novedades del mundo.

*Muerta al mundo por la vida de comunidad*, que le crea una nueva familia enteramente espiritual, por la cual se desvela como se desvelaba por su familia natural, en donde puede decir *mi madre, mis hermanas*, como lo decía en otros tiempos; en donde, por fin, encuentra lo que es necesario para el alma, para el cuerpo y para el corazón. Por consiguiente, puede decir: *El mundo no es ya nada para mí; mi mundo es esta casa de Dios en donde me he encerrado.*

Esta alma está *muerta á los bienes de la tierra por el voto de pobreza*, porque no posee nada en propiedad, y los superiores pueden quitarle, cuando lo crean oportuno, todos los objetos que tiene para su uso: pueden cambiar los vestidos que la cubren por otros más pobres; retirar de su celda los muebles que haya encontrado al entrar; trasladarla de una celda á otra sin que tenga derecho de reclamar; prohibirle recibir ó dar cosa alguna, y aun, si los votos son *solemnes*, la religiosa no estaría en estado de poseer nunca nada.

Esta alma está *muerta á su voluntad por el voto de obediencia* que la pone bajo la dependencia de la regla que ha abrazado, y de la superiora, que puede ordenarle todo lo que crea necesario para el cumplimiento de la regla; obediencia que le prohíbe murmurar; que le manifiesta á Dios en todas partes obrando y ordenando por medio de su superiora; obediencia, dice san Francisco de Sales, que no considera las cualidades exteriores del superior, que no se informa de las razones ni de los motivos que le han inducido á mandar, y, en fin, que no se cuida de los medios que ha de emplear para hacer lo que le han ordenado, en la persuasión de que Dios vendrá en su ayuda.

Esta alma está *muerta á los goces de los sentidos por el voto de castidad*. Vive en un estado habitual de *mortificación*, ya evitando todo exceso y no permitiéndose nada extraordinario sin autorización; ya, sobre todo, no concediendo á sus sentidos más que lo que sencilla y buenamente ve que les es necesario,

y aun concediéndoselo con parsimonia y sin olvidar nunca que su cuerpo pertenece á Dios; que ese cuerpo tiene inclinaciones perversas, bajas, sensuales; que es muy propenso á abusar de todo, que hace siempre más de lo que se le permite, y que ella tiene la obligación de conservarlo muy puro y bien custodiado.

III. *Los votos de religión son para el alma un manantial de gracias, las más abundantes y las más preciosas.*

1. La emisión de los votos de religión es un *segundo bautismo*. Tal es la doctrina de san Jerónimo, de san Bernardo, de santo Tomás, y la razón que dan es que *borra todos los pecados como el bautismo*. «Razonablemente se puede creer, dice santo Tomás, que por la profesión religiosa se obtiene la remisión de todos los pecados»; de modo que si una religiosa muriera inmediatamente después de su profesión, iría en derechura al cielo sin pasar por el purgatorio. Esta remisión de los pecados no es gratuita como en el bautismo, añade el mismo Doctor, sino que es el fruto del amor por el cual el alma sacrifica á Dios generosamente todo lo que es (1).

La emisión de los votos hace del alma religiosa una *alma del todo nueva*, como la hace el bautismo: el alma muere al mundo y á todo lo que es del mundo, para recibir una vida

(1) «Es de creer que la renovación fervorosa de los votos participará también proporcionalmente del mérito de la profesión, y así cada cual puede esperarlos según la medida de las disposiciones con que lo haga.» (P. Cotel.)

nueva, la vida de los ángeles, la vida de Jesucristo; nuevos pensamientos, nuevas apreciaciones de las cosas de Dios y de las cosas de la tierra; nuevas obras y nueva manera de hacerlas, y como dice el Concilio de Trento del recién bautizado: «No vive ya según la carne, sino que, despojada del hombre viejo, hácese inocente, inmaculada, pura, sin mancha y querida de Dios.»

2. La emisión de los votos de religión es como un martirio, y pone al alma en el estado de inocencia en que la pondría el martirio.

Si efectivamente el martirio de sangre es el mayor acto de caridad que el hombre pueda producir con el auxilio de la gracia, se puede decir que la vida religiosa, con el heroico sacrificio que exige del alma al arrancarla de su familia, con el despojo completo de todo bien material, con la renuncia en todos los instantes de cuanto el alma tiene de más íntimo, *la voluntad*, y la privación continua de todos los placeres sensuales, multiplica de tal suerte los *actos de caridad*, que estos actos son capaces quizá de igualar, y aun algunas veces de sobrepasar, *el mérito de la efusión de sangre*.

Por otra parte, el martirio de sangre dura poco tiempo, y un arranque generoso de la voluntad basta á veces para asegurar el premio; el martirio de la profesión religiosa dura *toda la vida*, puesto que durante toda la vida los sentidos piden su parte de goces, la voluntad su parte de independéncia, la codicia su parte de riquezas, y toda la vida, y á todas horas, es preciso reprimir esos sentidos, esa voluntad,

esa codicia; la vida religiosa compensa también por la duración lo que, para tener el mérito completo del martirio, le falta en cuanto á la violencia y á la intensidad.

«No hay en el cielo un solo religioso, dice el cardenal Bóna, que no haya sido *mártir* aquí en la tierra. La vida del religioso que se conforma estrictamente á las prescripciones de su regla, es un *martirio* incruento (1).»

Sin embargo, añadamos con santo Tomás, como esto no es más que probable, recurramos para tener algo seguro y cierto á la *indulgencia plenaria* concedida para el día en que se toma el hábito ó se hace la profesión. Por otra parte, en ese día el alma, purificada por la absolución y consagrándose á Dios con la mayor fuerza de voluntad de que es capaz, produce uno de aquellos actos de caridad que le permite decir: *Pó sé jeh Dios mio! que me habeis perdonado todos mis pecados.*

(1) «Los mártires, decía san Francisco de Sales á sus queridas hijas de la Visitación, bebían de una vez el cáliz sagrado de la pasión; unos en una hora, otros en dos ó tres días, otros en un mes.... En cuanto á nosotros, podemos ser mártires y beber ese cáliz, no en dos ó tres días, sino en todo el curso de nuestra vida, mortificándonos continuamente como lo hacen y deben hacerlo todos los religiosos y religiosas á quienes Dios ha llamado á la religión para llevar su cruz y ser crucificados con El. ¿No es gran martirio no hacer nunca su propia voluntad, someter continuamente su juicio, desgarrar el corazón y limpiarlo de toda clase de afectos impuros y de todo lo que no es Dios; no vivir según sus inclinaciones y su genio, sino según la razón y la voluntad divina? Es un martirio, tanto más excelente cuanto que es muy largo, pues debe durar toda nuestra vida.»

IV. *Los votos ayudan poderosamente al alma religiosa á perseverar en su vocación y, por consiguiente, á asegurar su salvación.*

La forma empleada en la emisión de los votos indica que el voto es un contrato libre entre el alma por una parte, y Dios por otra.

Un contrato que lleva consigo obligaciones y ventajas recíprocas.

Un contrato que no se puede romper válidamente sino con el consentimiento de las dos partes, por lo cual el que lo violase se haría culpable de un crimen. Pues bien: si Dios, que te ha llamado á la vida religiosa; Dios, á quien te has consagrado; Dios, que ha aceptado tu ofrenda, ha querido que tu donación se ratificase con el sello de los *votos*, contrato entre El y tú, es porque, conociendo la *inconstancia humana*, ha querido sujetarte por la gravedad del crimen que cometerías si violaras tus votos: un *sacrilegio*.

Así, cuando lleguen esas tristes horas en que el yugo de Dios, que á pesar de todo siempre es tan suave y tan ligero, por efecto de tu inconstancia natural ó de tu relajación te parezca pesado é insoportable, ponte de rodillas delante del crucifijo y dile, pronunciando la fórmula de los votos:

*Debo guardar y observar mis votos, porque los he pronunciado libre y voluntariamente, y sabiendo bien lo que hacía.*

Nadie me ha forzado; me han dado, es verdad, prudentes consejos; pero lejos de apremiarme me han exhortado á reflexionar, á comparar mis fuerzas y mi buena voluntad

con las obligaciones que quería contraer; me han mostrado toda la extensión de estas obligaciones, todas las dificultades que encontraría para cumplirlas; he orado, he reflexionado, he pedido con instancia que se me permitiera pronunciar estos votos; me han hecho esperar, han prolongado mis pruebas....., y sólo después de repetidas instancias he sido, por fin, admitida. Así, pues, los he pronunciado voluntaria y libérrimamente, y ahora, ¿soy tan libre, ó esclava de alguna pasión? ¿No debo, por lo menos, emplear tanto tiempo para romper mis votos, como he empleado para contraerlos (1)?

*Debo guardar y observar mis votos, porque he dado mi palabra al mismo Dios.*

*A Dios, no á un hombre;* y la primera consecuencia es que mi promesa no puede depender en manera alguna de la conducta que conmigo observen los demás. En vano pretendería yo hacer valer la sinrazón de mis superiores ó de mis hermanas para crearme dispensada de

(1) Todos los santos miran con sumo respeto las *vocaciones*. La vocación, como su nombre lo dice, es un *llamamiento de Dios*. Es una gracia que debe fructificar sobre la tierra, pero cuya semilla descende del cielo; el hombre únicamente debe aplicar una mano delicada y un cultivo discreto, y la sola manera útil de inspirar á una postulante inclinación hacia una comunidad es *el ejemplo de las hermanas y el espectáculo de su felicidad en el servicio de Jesucristo*. «Si algunas almas, creyéndose llamadas á la vida religiosa, vienen á ofrecerse á nosotras, escribía la venerable madre Barat, fundadora de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, recibidas con los brazos abiertos, pero sin poner demasiado empeño; porque debemos dejar á Dios la elección.»

lo que he prometido á Dios; todo eso no disminuye en nada la validez de mi juramento.

*A Dios, no á un hombre;* es, pues, la segunda consecuencia, que si yo quiero desligar mi voluntad, es preciso que Dios desligue la suya. Sin eso sé que violo una promesa solemne, sé que soy perjura, puesto que jamás querrá Dios desligarse de su promesa (1).

*A Dios, no á un hombre;* y de aquí la tercera consecuencia: por más que busque motivos *muy fuertes y muy razonables* para justificar la violación de mis votos, como están escritos en la mente de Dios, y de allí nadie los puede borrar, los veré después de la muerte con toda la fuerza de sus expresiones claras y precisas, y entonces, ¿qué responderé á Dios? ¿Qué responderé á mi conciencia?

*Debo guardar y observar mis votos, porque los he pronunciado en presencia de mis hermanas y con conocimiento de toda la comunidad.*

Recuerdo muy bien, y no puedo olvidar aquel memorable día, cuando de rodillas al pie del altar, en medio de mis hermanas, en presencia de un delegado del Obispo, pronuncié con voz clara é inteligible *la fórmula de mis votos*. ¡Qué escándalo para todos si violara mi promesa! ¡Qué pena para el corazón de mis

(1) Como hemos dicho ya, la Iglesia puede dispensar los votos de religión, y esta dispensa, pedida por graves razones, expuestas con sinceridad y obtenida legítimamente, puede dejar la conciencia tranquila. Sin embargo, ¿no pasarán alguna vez por esa pobre alma turbaciones, inquietudes y quizá remordimientos?

superiores! ¡Qué mal tan horrible para todas esas jóvenes hermanas, para esas novicias á quienes mi ejemplo desanimaría y arrastraría quizá! ¡Qué gozo satánico para los malos del mundo que supieran mi defección!

Ten por cierto que estas reflexiones serán suficientes para disipar la tentación que pudiera acosarte; y la fórmula de los votos que has empezado á pronunciar con cierta apatía, la continuarás luego con tal sentimiento de amor que hará olvidar á Dios tu momentánea cobardía (1).

## CAPÍTULO V

### VENTAJAS DEL ESTADO RELIGIOSO

#### ARTÍCULO PRIMERO

##### Ventajas para la misma religiosa.

*El que por mí dejare su casa, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre....., ó sus tierras, recibirá el ciento por uno y poseerá la vida eterna (2).*

Estas palabras son de Jesucristo; son, pues, verdaderas en toda su extensión.

Estas palabras son una afirmación de Dios, y Dios, que es la misma verdad, no puede ni quiere engañarnos.

Estas palabras son de te, y el santo Concilio

(1) Hablaremos de las obligaciones que imponen los votos de religión en la segunda parte.

(2) San Mateo, cap. XIX, vers. 29.

de Trento, en un decreto solemne, dice en términos precisos: «*Si alguno osare negar que el estado de virginidad, de vocación religiosa, sea más santo y más dichoso que la vida del mundo y, por consiguiente, que el estado del matrimonio, sea anatema.*»

»El mundo se figura, bien lo sabemos, que la vida religiosa es un sacrificio muy amargo, y mira la profesión religiosa como una muerte, y aun hay padres que dicen que tanto ó más querrian ver morir á sus hijos que verlos consagrarse á Dios en un convento....., y lo cierto es que hay mucha semejanza entre las conmovedoras ceremonias de las bodas del Cordero y la pompa fúnebre de un entierro.

»Á la vista de aquel paño mortuario que se arroja sobre la joven que va á consagrar á Dios su virginidad, su corazón y su vida, los padres y los amigos lloran como al lado de una tumba, y la misma Iglesia parece gemir cuando recita sobre aquella virgen, predestinada á ser esposa de Jesús, el cántico de la muerte:

»*De profundis clamavi ad te.....*; pero llora con esperanza, con satisfacción y con delicia, porque sabe muy bien que aquella muerte es la redención; que es la vida verdadera, y no cesa de repetir en ese día de los desposorios: *¡Cuán hermosa es á los ojos de Dios la muerte de los santos! ¡Cuán dichosos son los que mueren en el Señor! Estáis muertos, pero vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo.*

»Sí, realmente mueren esas esposas de Jesucristo; mueren sobre la cruz con Jesús y se entierran con Él..... Tal es el objeto esencial de

superiores! ¡Qué mal tan horrible para todas esas jóvenes hermanas, para esas novicias á quienes mi ejemplo desanimaría y arrastraría quizá! ¡Qué gozo satánico para los malos del mundo que supieran mi defección!

Ten por cierto que estas reflexiones serán suficientes para disipar la tentación que pudiera acosarte; y la fórmula de los votos que has empezado á pronunciar con cierta apatía, la continuarás luego con tal sentimiento de amor que hará olvidar á Dios tu momentánea cobardía (1).

## CAPÍTULO V

### VENTAJAS DEL ESTADO RELIGIOSO

#### ARTÍCULO PRIMERO

##### Ventajas para la misma religiosa.

*El que por mí dejare su casa, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre....., ó sus tierras, recibirá el ciento por uno y poseerá la vida eterna (2).*

Estas palabras son de Jesucristo; son, pues, verdaderas en toda su extensión.

Estas palabras son una afirmación de Dios, y Dios, que es la misma verdad, no puede ni quiere engañarnos.

Estas palabras son de te, y el santo Concilio

(1) Hablaremos de las obligaciones que imponen los votos de religión en la segunda parte.

(2) San Mateo, cap. XIX, vers. 29.

de Trento, en un decreto solemne, dice en términos precisos: «*Si alguno osare negar que el estado de virginidad, de vocación religiosa, sea más santo y más dichoso que la vida del mundo y, por consiguiente, que el estado del matrimonio, sea anatema.*»

»El mundo se figura, bien lo sabemos, que la vida religiosa es un sacrificio muy amargo, y mira la profesión religiosa como una muerte, y aun hay padres que dicen que tanto ó más querrian ver morir á sus hijos que verlos consagrarse á Dios en un convento....., y lo cierto es que hay mucha semejanza entre las conmovedoras ceremonias de las bodas del Cordero y la pompa fúnebre de un entierro.

»Á la vista de aquel paño mortuario que se arroja sobre la joven que va á consagrar á Dios su virginidad, su corazón y su vida, los padres y los amigos lloran como al lado de una tumba, y la misma Iglesia parece gemir cuando recita sobre aquella virgen, predestinada á ser esposa de Jesús, el cántico de la muerte:

»*De profundis clamavi ad te.....*; pero llora con esperanza, con satisfacción y con delicia, porque sabe muy bien que aquella muerte es la redención; que es la vida verdadera, y no cesa de repetir en ese día de los desposorios: *¡Cuán hermosa es á los ojos de Dios la muerte de los santos! ¡Cuán dichosos son los que mueren en el Señor! Estáis muertos, pero vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo.*

»Sí, realmente mueren esas esposas de Jesucristo; mueren sobre la cruz con Jesús y se entierran con Él..... Tal es el objeto esencial de

los tres votos que las enclavan en ese leño misterioso del sacrificio. La *pobreza* las despoja, y no les deja más que aquel velo negro, especie de mortaja; la *virginidad* llama al corazón y le manda que permanezca siempre cerrado á todo pensamiento, á todo sentimiento de amor terreno; en adelante ya no latirá más que para Dios, ni respirará más que para Dios; la *obediencia* con su espada va al alma y á la vida más directa y profundamente; la hiere y la mata de tal modo, que ya no pensará ni obrará sino con dependencia y por la voluntad de otro.

»La religiosa está muerta, y tan muerta que á los ojos humanos parece un cadáver con el cual se hace lo que se quiere, y se le pone en donde se quiere sin que pueda quejarse (1).»

Mas todo esto no desvirtúa en nada las palabras de Jesucristo.

Probemos á desarrollar esta idea.

## I

Felicidad del estado religioso bajo el aspecto puramente humano.

Lo que en el mundo atrae es, para unos los honores y las dignidades, para otros las riquezas, y para otros, en fin, los placeres.

El estado religioso da todo esto con más paz, más abundancia, más gozo y más seguridad.

(1) P. Lefebvre.

## I.—HONORES Y DIGNIDADES

Honor de la familia, honor de la dignidad, honor de la reputación; el estado religioso los procura todos.

Ser religiosa es preferir á Dios á un hombre; un velo y un *vestido grosero* á una *corona*.

Dadle á ese hombre que se presentaría á la joven en lugar de Dios todas las prendas del corazón y del espíritu; dadle todo el brillo que el mundo puede dar. Hacedle *grande por su dignidad*; rey, si queréis; grande, *por su nacimiento*, llevará un nombre distinguido y su familia tendrá fama desde remotos siglos; grande *por su inteligencia*, será conocido y apreciado; grande *por su carácter*, no se habrá rebajado nunca á nada indigno, ni que desdiga de la probidad; grande, *por sus cualidades personales*, bondad, afabilidad.....; grande *por sus atractivos*..... Uniéndose con él, la joven será admirada, lisonjeada; habrá gustado todas las dulzuras de la grandeza; mas dejad que se pasen algunos años; con la costumbre cesará la ilusión; las adulaciones llegan á ser monótonas, y dirá: *estoy cansada*, y añadirá: *estos homenajes me fastidian*. Este es un hecho que cada día nos demuestra la experiencia.

Y adviértase que hacemos aquí la hipótesis más favorable al suponer que se conserva la *dignidad*, que da esplendor; la *salud*, que ayuda á gozar; la *fortuna*, que conserva la dignidad; la *estimación* de los demás, que puede cambiarse en celos; la *constancia* en el carácter y en el afecto de los esposos; y, por último, que no

viene la muerte á trastornarlo y anonadarlo todo.....

Larga, muy larga sería la enumeración de los disgustos, de los dolores, de las horribles decepciones que se encuentran forzosamente en el camino, tan florido en los primeros días, que conduce á dos esposos, y aun dos esposos cristianos, desde la iglesia que los recibe desposados, á la misma iglesia, quizá, que los recibirá en un ataúd (1).

Ahora nos dirigimos á vosotras, religiosas, que desde hace veinte, treinta ó cincuenta años estáis desposadas con Jesucristo: ¿Te has cansado ya de tu Esposo?

¿Soy sinceras sus promesas?

¿Estás acaso disgustada de tu estado? (2).

(1) «Cesen ya para siempre esas declamaciones sobre la desgracia de estar condenado á una vida uniforme, á deberes imprescindibles, á ocupaciones invariables. No hay objeción contra la vida del claustro que no pueda con mayor motivo aplicarse contra la vida conyugal. El cristiano, el verdadero sabio, sabe muy bien que jamás las obligaciones voluntariamente perpetuas han hecho al hombre desgraciado de una manera permanente; al contrario, sabe que son indispensables para el triunfo del orden y de la paz en su alma. Lo que le tortura y le consume no es ni la regla, ni el deber; es la inestabilidad, es la agitación, es la fiebre de la inconstancia.» (Montalémbert.)

(2) Si por un momento entra en el corazón ó en el alma de la religiosa ese sentimiento de disgusto que se encuentra en todas partes sobre la tierra, sabe ella cómo desaparece para dejar el alma ó el corazón más gozosos que antes. Un retiro, una comunión, una confesión, una oración piadosa, devuelven en seguida la paz y la tranquilidad.

¿Cómo encontrará la mujer del mundo la paz y la se-

¿Has notado imperfecciones en el que has elegido?

Los sucesos exteriores, ¿han alterado la fidelidad de tu esposo ó lastimado sus dignidades?

¿Ha venido la muerte á interponerse entre tu corazón y el suyo para desgarrarlos y destruirlos?

¿No eres mil veces más respetada que la mujer del más alto empleado? Respetada de los que tienen fe, y que ven en ti, más que á una reina, á la esposa de Jesucristo; respetada de los que no han tenido valor para imitarte, y que vienen á ti, á ti su compañera ó su igual en otro tiempo, como se va á un consejero prudente, á una alma que posee los secretos de Dios; respetada aun de los impíos, los cuales, aunque hablen mal de vosotras, en general no encuentran en vuestra presencia sino sentimientos de admiración. Exceptuando algunos locos, ebrios de orgullo, jamás á sangre fría ha osado nadie poner las manos en una religiosa, y se han visto militares obligados á obedecer á una consigna, bajar la cabeza y llorar. Y tú misma, ¿no adviertes en ti cierto sentimiento de grandeza que te ennoblece y eleva?

## 2.—BIENES Y RIQUEZAS

La *riqueza*, es decir, la posesión y el goce de gran caudal de bienes, es ciertamente pre-

guridad? Sabe que ha desagradado; ¿cómo se arreglará para agradar aún? Sabe que ha ofendido; ¿qué hará para estar segura del perdón?



ferible á la *pobreza*, es decir, á la falta de las cosas necesarias para la vida.

La pobreza hace sufrir, la riqueza excusa muchos sinsabores.

Pero entre la *falta* y la *abundancia* hay un estado que consiste en tener *lo necesario*, de vez en cuando *lo agradable* (á fin de que continúe siendo agradable y no se haga necesario), y en estar seguro que *lo necesario* y *lo agradable* no faltarán jamás.

Ahora bien; este estado es mil veces preferible al estado de abundantes riquezas.

Las riquezas, por su misma abundancia, engendran la saciedad; por su monotonía, disminuyen el placer; excitan nuevas necesidades que acaban por no poder ser satisfechas; causan inquietud por el temor de perder esa abundancia de que no se puede prescindir; exigen una vigilancia continua, vigilancia extraordinaria para que nada se pierda ó disminuya.

El estado en donde *lo necesario* existe siempre y *lo agradable* algunas veces, y en donde, sobre todo, no hay el temor de que falte lo necesario, es el *estado religioso*.

La religiosa no tiene más que *una celda*, pero es suficiente, y en ella vive muy bien; está sencillamente adornada, pero es agradable y corresponde al gusto de la que habita en ella.

No tiene muchos *vestidos*, pero cuando los que lleva estén deteriorados se reemplazarán por otros, y estos hábitos sencillos, pero limpios, no causan la inquietud del cambio, ni el embarazo del arreglo, ni el disgusto de la comparación con otros.

No tiene *fincas propias*, las cuales ocasionan los cuidados de explotación y de conservación, pero disfruta de un huerto ó jardín bien cultivado, en donde hay flores que agradan, sitios deliciosos.....

No está exenta de dolencias ni de enfermedades, pero se la cuida y asiste como si hubiera inmensas riquezas; el mismo médico, los mismos remedios y los cuidados son más afectuosos, más solícitos, más maternales sobre todo.

No tiene más que un lecho sencillo, pero bueno, y en él descansa y duerme con una paz y una tranquilidad que envidiaría la más rica matrona.

No tiene manjares delicados, más ¿para qué los quiere, si le gustan los que se sirven por ser abundantes y saciar el hambre, que no necesita del estímulo de condimentos exquisitos?

¿No es verdadera riqueza el tener todo esto?

### 3.—PLACERES Y ALEGRÍAS

Nos viene ahora la gran dificultad: *Se padece mucho en las comunidades, sobre todo en los claustros, y el tormento viene, principalmente, de la falta de libertad y del trabajo que allí se impone.*

Los que así hablan no han vivido en las comunidades.

*No se sale cuando se quiere;* mas, ante todo, decidme, ¿se quiere salir? No, puesto que si las religiosas se hallan encerradas es porque han querido encerrarse; además, ¿cuántas mujeres están tan encerradas como las religiosas, sa-

liendo también muy poco, sea por gusto ó por necesidad, y deseándolo sin poderlo conseguir!

1. En los conventos, *la obediencia* que encadena la libertad versa sobre una regla que se modifica según las circunstancias, y que, antes de consignarse por escrito, ha sido largo tiempo practicada, lo cual prueba que no es superior á las fuerzas ordinarias. Ha sido, además, escrupulosamente examinada.

Se obedece á una *superiora* que está obligada por severas leyes, y sobre todo por su conciencia, á no mandar por capricho, á pesar sus órdenes antes de darlas, y á no darlas sino por *el bien* de la persona á quien manda.

En el mundo, ¿no obedece la mujer á su marido, á la moda, á las exigencias de la sociedad, á las visitas importunas, á los jornaleros, á los criados que la sirven, y.... ¡ay! quizá á sus propias pasiones, que no son sus menores tiranos? ¿Qué diferencia!

2. En el convento las órdenes varían poco; lo que se hizo ayer se hará también hoy. De antemano se sabe, poco más ó menos, todo lo que hay que hacer, y la costumbre hace suave, ó á lo menos soportable, lo que pueda haber de penoso en la obediencia.

3. En el convento alivia el peso de la obediencia la idea y la convicción de que se obedece á Dios, y de que todas las acciones, aun las más pequeñas, hechas con esta intención recibirán su recompensa.

¡Oh! hay en el convento una virtud que tiene el poder de hacer cambiar la naturaleza de las cosas, de engrandecerlo todo, de hacerlo

todo casi *divino*; tal es el *espíritu de fe*, generalmente desconocido en el mundo. El alma que tiene la dicha de poseerlo—y Dios 'o da siempre al que se lo pide—no ve en su trabajo, en sus penas, en sus gozos, en los mil accidentes del día, sino un medio de agradar á Dios y de enriquecerse para el cielo. ¿Qué le importa á esta alma estar ocupada en leer, en escribir, en hacer la clase, en barrer, en velar á la cabecera del enfermo, en divertirse cuando se lo mandan, en estar de rodillas delante del Santísimo Sacramento, ó enferma y postrada en un lecho?.... Sabe que cada uno de los momentos que así emplea, dirigida por la obediencia y bajo la mirada de Dios, le vale un tesoro en el cielo. Así, ¡qué gozo, qué luz, qué alegría continua en esta alma!

Penetremos más en este asunto.

¿Qué es lo que se llama *placer*? *Es todo lo que hace gustar una sensación agradable*: he aquí la definición ordinaria; añadamos, para que sea enteramente exacta, *y que no va seguida ni de hastío ni de remordimiento*.

Por lo tanto, estos placeres pueden encontrarse:

1.º *En la inteligencia*, y de éstos los hay en la religión mucho más abundantes que en ninguna otra parte.

La inteligencia encuentra placer en el *estudio*, en la *lectura*, y en el convento hay horas señaladas para el estudio. Hay también *maestros* inteligentes y cariñosos, siempre dispuestos á comunicar lo que han aprendido; hay *jueces* experimentados y seguros á quienes

puede uno presentar sus trabajos sin temor de una crítica acerba ó apasionada; hay *amigos* benévolos, que ayudan en los trabajos.

El convento posee libros escogidos, numerosos, raros, especiales, *que la religiosa jamás lograría adquirir* si viviera en el siglo.

La inteligencia encuentra placer en la *conversación*, y en el convento la conversación es más *espiritual* que en el mundo; allí no es maligno el *ingenio*, sino expansivo y animado, y generalmente tiene cierta grandeza y sublimidad.

La conversación es, sobre todo, vivificada por la caridad franca y comunicativa, que no se enfada, que procura complacer, no por sí, sino únicamente por dar gusto y conducir á Dios; no causa, porque tiene limitado *el tiempo*; no disgusta porque está regulada por la benevolencia. En ella puede haber discusión, pero jamás disputa; puede ser viva y animada, pero nunca colérica ni arrebatada.

2.º *En el corazón*. El corazón experimenta placeres tanto más vivos, cuanto más *puro* y más piadoso sea.

La pobreza le da delicadeza.

La piedad le da sensibilidad.

El corazón encuentra sus delicias en las expansiones de la paternidad y en los dulces lazos de la amistad.

En el convento hay *algo* que no se encuentra en ninguna otra parte: *La madre y la hija de todas edades*, y las relaciones de la una con la otra por toda la vida.

Entre una superiora y una religiosa no hay

solamente *dos corazones* que se hablan, sino *dos almas*. La una siempre niña sencilla, buena, confiada; la otra siempre madre, amando, purificando, conduciendo al cielo.

¿Y los placeres de la *amistad*? ¡Oh, qué buenos son en el convento! ¡Cuánto más verdadera es la simpatía, mejor sentida, más divina, y sobre todo más pura y menos sensual!

Se comprende fácilmente que no sean raras las amigas. Cuando han venido voluntariamente á la misma casa para sujetarse á la misma regla, es porque tenían los mismos gustos, los mismos sentimientos, el mismo espíritu de Dios, y en todo, por consiguiente, ha de haber más parecido. Puede decirse que en el noviciado se han fundido en un mismo molde, allí han aprendido á amarse, y han comprendido, sobre todo, que amándose se agrada al buen Dios.

¡Y las delicias del *alma* delante del Tabernáculo, en donde continuamente, en donde noche y día vive encerrado Jesucristo! Jesucristo, por quien se ha venido; Jesucristo, á quien se ama con amor apasionado, pues ha sido preciso amarle mucho para renunciar por El á todo otro amor.

¡Oh! ¿quién podrá decir el bienestar del alma, la paz, el goce embriagador algunas veces, goce íntimo sin duda, pero que hasta el cuerpo llega á sentir, cuando Jesucristo se comunica á ella?

¿Y qué diremos de aquellos otros deleites tan dulces que se encuentran junto á la imagen de la Santísima Virgen, á cuyos pies va á

postrarse todos los días la religiosa para decirle todo lo que pasa en su corazón, como lo decía en otros tiempos á su madre de la tierra?

3. En *el cuerpo*. ¿Quién osará decir que los placeres del cuerpo consisten en los deleites sensuales y culpables, que conducen al disgusto y engendran los remordimientos?

¡Oh! Hay para el cuerpo otros deleites que se pueden resumir en esta sola palabra: *bienestar*. Ese bienestar, que se compone de *salud*, de *paz*, de *reposo*, de *gozo interior*, es mucho más común en las casas religiosas que en ninguna otra parte.

El espíritu, libre de cuidados, contribuye á equilibrar los humores. La virtud de la resignación á la divina Providencia, que florece en estas casas con tanta abundancia, las mantiene en perpetua paz. Las *recreaciones* de todos los días, reguladas con prudencia, hacen experimentar al temperamento la realidad de lo que significa esa palabra: *recrean, reaniman, rejuvenecen*.

En ninguna parte se oye reír con tanto gusto como en los recreos de los claustros. Una nonada divierte, un chiste excita la risa, una equivocación hace soltar la carcajada. El espíritu ha conservado la viveza de la infancia, que le permite sentir la gracia y la amabilidad de todas las cosas. Nada empaña el corazón que refleja todo lo que es agradable y todo lo que es bello. Allí se cumplen al pie de la letra estas palabras de San Pablo: «Que todo lo que es verdadero y sincero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo y santo, todo lo que os

puede hacer amables, todo lo que es de edificación y buen olor, todo lo que es virtuoso, todo lo que es bueno y loable, sea el asunto principal de vuestros pensamientos» (1).

Algunos paseos, sin otro objeto que el descanso, sin otra preocupación que la de pasar *un buen día*, siempre bajo la paternal mirada de Dios, vienen á multiplicar los placeres de la vista y de los oídos.

¡Ah! Estos sentidos, cuya delicadeza conserva la castidad, ¡cuánto mejor ven la naturaleza, cómo la sienten mejor y cómo mejor la respiran!

## II

### Felicidad del estado religioso en el concepto espiritual.

Podríamos presentar aquí páginas encantadoras transcribiendo los sentimientos que algunas religiosas han dejado escapar de su corazón al hablar de la felicidad que experimentaban en poder llamarse las *esposas de Jesucristo*. Pero estas páginas parecerían demasiado *particulares*; no todas las religiosas pueden sentir de la misma manera, y la lectura de los sentimientos que jamás han experimentado podría desanimarlas.

Nos contentaremos con exponer las *razones* que demuestran á toda religiosa que la elección que ha hecho de Jesucristo por esposo es, en

(1) San Pablo á los filipenses, cap. IV, vers. 8.

cuanto al negocio más importante, *la salvación*, lo más ventajoso y más seguro.

«La vocación religiosa, dice san Lorenzo Justiniano, es, después del bautismo, la mayor gracia que Dios puede conceder á una alma; es una señal de predestinación.»

«El estado religioso, dice santa Magdalena de Pazzis, es un paraíso aquí en la tierra, en donde el alma, más íntimamente unida con Dios, participa más abundantemente de los tesoros de la Iglesia, goza de una paz perpetua, y honra á Dios tanto como la criatura puede honrarle. El estado religioso es el camino *más corto, el más fácil, el más seguro* para llegar al cielo.»

En él se nos manifiesta constantemente la voluntad de Dios por medio de nuestras reglas y por nuestros superiores, y así destruye nuestros antojos, disipa nuestras incertidumbres, dirige todos nuestros pasos, coloca cada una de nuestras acciones en el sitio que le conviene, nos protege contra un celo demasiado ardiente ó un genio caprichoso.

Nos facilita también los deberes del cristianismo con el auxilio de los consejos evangélicos, que nos proporcionan medios para el cumplimiento de los preceptos; y desde el momento en que estos preceptos se nos hacen más fáciles, los practicamos *más libremente*, porque no estamos expuestos á los tiros y á las censuras de la crítica; los practicamos *más seguramente* porque estamos al abrigo de la vanidad, de las alabanzas, de los aplausos. Siendo observantes, humildes, mortificadas, modestas,

caritativas, lo somos sin gloria humana, sin brillo, sin llamar la atención, sin que nadie piense en nosotras, sin que nadie hable de nosotras.

Nos defiende contra el *amor á las riquezas* por la renuncia á toda propiedad.

Contra las *ocasiones del pecado*, por el alejamiento de todo lo que en el mundo excita la curiosidad, la sensualidad, el deseo de agrandar.

Contra los *peligros del escándalo*, por los ejemplos de las hermanas.

Contra la *flojedad*, por la regla que indica lo que hay que hacer á cada hora, y por la necesidad de seguir la marcha de la comunidad.

Contra el *olvido de nuestros deberes*, por las lecturas piadosas, por las repetidas oraciones, por las exhortaciones que se oyen continuamente.

«Nos proporciona, dice Massillón, *la inocencia y la paz del corazón*, que el mundo no conoce.

»El *gozo de la buena conciencia*, que es el único manantial de las verdaderas alegrías.

»*Deberes*, cuyo sacrificio se paga al contado por los consuelos que proporciona su cumplimiento.

»Una *sociedad santa*, en la cual hay el lazo de la caridad, y en donde la paz lo endulza todo; en donde no envidiamos nada porque todo es tan nuestro como de nuestras hermanas; en donde no reina la desconfianza porque todos tienen los mismos bienes que esperar y los mismos males que temer; en donde la diver-

sidad de intereses no divide los corazones porque están ligados por un interés común; en donde son desconocidos todos los pesares que emponzoñan la vida humana porque se han desterrado las pasiones que los causan; en donde encontramos consuelos á todas nuestras penas, precauciones contra todas nuestras debilidades, apoyo en las vacilaciones, estímulos para el cumplimiento de todos nuestros deberes.

»Una *vida* tranquila, inocente, llena de buenas obras, y en la cual, aun las acciones más indiferentes, llegan á ser virtudes y se nos toman en cuenta para el cielo.

»Una *muerte*, en fin, llena de consuelos, sin pesar de lo que se deja en el mundo, porque no poseyendo nada no se deja nada; sin inquietud de conciencia por los negocios en que uno se había metido, porque la salvación ha sido el único negocio que nos ha ocupado; sin remordimientos por los bienes mal adquiridos, porque hemos renunciado aun á los que podíamos poseer legítimamente; sin escrúpulos por los cargos á que hemos sido elevados, porque morimos en la situación en que nos ha colocado la obediencia; en una palabra, una muerte dulce, tranquila y de consolador presagio para la eternidad, porque, como el mundo no ha sido nuestra patria, debemos, según las promesas de Jesucristo, encontrarla en el cielo.»

Cierta religiosa que lo había experimentado, decía también: «Parece que nuestro divino Maestro quiere pagar en el acto, y centu-

plicados, cada uno de los escasos sacrificios que pide. ¡Qué diferencia entre el servicio de las criaturas y el del Criador! ¡Dichosos mil veces aquellos á quienes es dado hacer tan dulce prueba! Yo he dado poco á Dios, á pesar de que creo haberme dado á El enteramente; sin embargo, este divino Maestro, tan bueno, tan generoso, me ha devuelto por la ofrenda de mi pobreza tesoros de gracias y bienes tan grandes, que llenan toda mi alma. No puedo decir que siempre sean deleites sensibles; pero es una plenitud de bienes interiores que satisfacen al alma, la contentan, la mantienen alegre y tranquila, aun en medio de las penas, de las amarguras, de los disgustos que la vida trae consigo sin cesar.»

Hemos insertado en nuestro *Libro de las novicias* lo que san Bernardo llama los *frutos de la vida religiosa*. Vamos á reproducirlos aquí con el comentario:

En el estado religioso el alma vive con más pureza,  
Cae más raras veces,  
Se levanta más pronto,  
Anda más prevenida,  
Dios la colma de más gracias,  
Goza de más paz,  
Muere con más confianza,  
Abrevia su purgatorio,  
Gana más hermosa corona.

Examinemos una por una estas palabras

tan consoladoras, y procuremos descubrir el rico tesoro que encierra cada una de ellas:

**El alma religiosa vive con más pureza  
y con más méritos.**

Porque todo lo que hace lo hace bajo la mirada de Dios, en unión con Dios y para ofrecerlo á Dios.

Sierva de Dios, á El sólo obedece.

Unida á Dios por los votos de *castidad, pobreza y obediencia*, trabaja, ora, se recrea, descansa, sin poder separarse de Dios.

No hay en toda su vida ni un solo momento, ni un solo acto que no lo disponga y ordene Dios, y que no deba ofrecer á Dios. Ella lo sabe, y este pensamiento, que la sostiene en sus trabajos y en sus penas, la obliga á obrar con esa pureza de intención y esa pureza de amor, que dan á todas sus acciones un precio incalculable.

Añadid á este mérito el que adquiere por sus *votos*, y ved cuántas riquezas atesora y cuánta gloria da á Dios.

«¡Qué hermosas son y cuán meritorias las más humildes acciones de una religiosa!, exclama un piadoso autor; la diadema de una princesa no vale tanto como la simple escoba de una religiosa, á quien la regla pone en la mano un instrumento tan mercenario.»

**El alma religiosa cae más rara vez.**

Porque los muros que la separan del mundo;

la regla, que abraza todos los momentos del día y de la noche; las miradas de los superiores, que la siguen afectuosamente; el recuerdo de Dios, que difícilmente pierde; las ocupaciones casi continuas que absorben todas sus horas....., alejan forzosamente las ocasiones de pecar.

¡Dichosa necesidad que obliga á vivir regular y honestamente!

¡Dichosa sujeción que mantiene los miembros ocupados en el trabajo; la inteligencia siempre absorta; la voluntad siempre dispuesta á dirigirse á Dios!

«¡Oh muros, amadísimos muros, exclamaba santa Magdalena de Pazzis, de cuántos peligros me libráis!»

**El alma religiosa se levanta más pronto.**

Porque se encuentra rodeada de los auxilios más afectuosos, más poderosos y más eficaces.

La oración, la confesión, los avisos, las lecturas piadosas, los buenos ejemplos, las santas inspiraciones, los remordimientos de conciencia están allí á todas horas para alentarla, exhortarla, ayudarla, consolarla, levantarla, fortificarla, perdonarla.

Es preciso que una religiosa sea muy mala para que esté lejos de Dios tan sólo un día. Á todas horas puede levantarse, á lo menos por la *oración* y por un acto de *caridad ú obediencia*, que la preparan para una buena confesión.

A todas horas, todos los días á lo menos, puede recurrir á su superiora para pedirle un consejo, un aviso, una palabra de aliento.

Además, ¿no disfruta continuamente de las gracias que atraen sobre la comunidad las santas almas que la componen?

«Cuando cae un religioso, dice un Padre, Dios se apresura á tenderle la mano para levantarle.»

#### El alma religiosa anda más prevenida.

Porque comprende mejor sus deberes; conoce mejor su flaqueza; aprecia mejor la hermosura de su inocencia; ve toda la gravedad de sus votos, y comprende, sobre todo, la pena que daría á Jesucristo con la menor falta voluntaria.

Así, pues, vigila con cuidado, pero sin embarazo; con toda libertad, sin escrúpulos, sobre sus miradas, sobre su imaginación, sobre sus palabras; se encomienda frecuentemente á su Ángel custodio, en cuya presencia tiene la dicha de vivir..... Asiste sin falta por la mañana al examen *de previsión* que la dispone á evitar las ocasiones y á ser más vigilante.

#### El alma religiosa recibe más gracias.

Porque vive, casi necesariamente, más *unida* al buen Dios. Dios es el *foco* de donde irradian continuamente gracias sin número; y aunque es indudable que todas las criaturas tienen parte en estas gracias, ¿no es cierto que las que

viven cerca del *foco* reciben una porción más abundante?

Y la religiosa habita en una casa que pertenece á Dios; vive y descansa bajo el mismo techo que Jesucristo; se acerca á la santa Mesa casi cotidianamente; varias veces al día va al Tabernáculo en donde reside Jesucristo; varias veces se pone en oración, invocando, adorando, suplicando, rindiendo gracias; su mismo trabajo no la aleja de Dios, porque lo hace por orden de Dios y bajo la mirada de Dios..... ¿Cómo no ha de estar llena de las gracias santificantes?

#### El alma religiosa goza de más paz.

¿Quién podría turbar á la religiosa? ¿Acaso no está con Dios, y sobre todo, no es toda de Dios? Las enfermedades podrán quitarle la salud del cuerpo; las calumnias podrán quitarle la estimación de que gozaba; las dolencias podrán hacerla materialmente inútil; el demonio podrá llenar su imaginación de terribles fantasmas, de temores ó aprensiones; sus superiores y sus compañeras podrán, por permisión divina, no ver en ella más que un *estorbo*..... Mas, á pesar de todo, si es fiel en cumplir sus deberes según sus fuerzas; si su alma y su voluntad son enteramente de Dios, aun cuando le parezca que su corazón no es todo para él, puede decir siempre: «*Soy de Dios, y Dios no me abandonará jamás.*»

Y con este pensamiento, ¿podrá faltar la *paz* en el fondo del alma?



### El alma religiosa muere con más confianza.

Morir santamente; he aquí el punto más importante bajo todos conceptos..... Pues bien; se pueden escribir en la puerta de todas las casas religiosas estas palabras que se leen en la entrada del monasterio de la Trapa: «*Si algunas veces es duro vivir aquí, es muy dulce el morir!*» Si, es muy dulce morir en una casa religiosa, porque allí se ha vivido más santamente que en el mundo; se ha renunciado uno á sí mismo más continuamente; ha sufrido más pacientemente; ha amado más ardientemente; ha trabajado más asiduamente, y, sobre todo, se ha confesado y comulgado más piadosamente.

«¿Cómo no he de morir contento?, decía un religioso que estaba en la agonía con la sonrisa en los labios; el Señor ha prometido el cielo al que lo deje todo por El; yo lo he dejado todo por su amor, y Dios va á cumplir su promesa.»

De otro religioso moribundo son las palabras siguientes, que toda religiosa que haya sido observante y mortificada podrá repetir también en la hora de su muerte: «*No creía que fuese tan dulce el morir* (1)!

(1) «Algunas veces, dice san Ligorio, las jóvenes temen abrazar la vida religiosa por miedo de tener que arrepentirse. Mas yo quisiera que al elegir ese estado no pensarán en la corta duración de la vida, sino en la hora de la muerte, de la cual depende la felicidad ó desdicha eternas. Les preguntaría si piensan tener una muerte

### El alma religiosa abrevia su purgatorio.

En primer lugar, porque por su profesión, según enseñan los teólogos, la religiosa obtiene la remisión de la pena temporal de todos sus pecados cometidos en el siglo, de tal suerte que, si está bien dispuesta, gana en aquel día indulgencia plenaria que le abriría el cielo si muriese en seguida; y ¿cuál es la religiosa que entonces no está perfectamente dispuesta?

Además, porque las faltas veniales cometidas después de la profesión, todas las ha expiado con las oraciones, las mortificaciones, las comuniones, los trabajos de todos los días y las muchas indulgencias con que están enriquecidos todos los ejercicios de comunidad, y en fin, porque después de la muerte de cada religiosa, todas las hermanas rezan mucho por ella, y se celebran gran número de misas por el eterno descanso de su alma.

mas dulce y más tranquila cuando, rodeadas de parientes interesados y deshechos en lágrimas, y afligidas por mil recuerdos dolorosos, se vean por fin obligadas á renunciar á todas aquellas vanidades que antepusieron á la vida oculta en Dios, ó cuando, por el contrario, en una celda silenciosa, sostenidas por piadosas compañeras, consoladas, fortalecidas con el pensamiento del sacrificio que han hecho, se vean exhortadas con piadosas palabras á morir, á ir al cielo, á unirse con Jesucristo, por quien lo han dejado todo.

El alma religiosa gana más hermosa corona.

Porque el esplendor de la corona del cielo es proporcionado al amor que el alma ha tenido á Dios y á los sacrificios que ha hecho por El.

¿Y quién ha amado á Dios más que una religiosa? ¿Ha renunciado por El á todo lo que amaba; á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á toda esperanza de gozo humano, de bienestar material, de gloria y satisfacciones! ¿Le ha dado su cuerpo y su corazón por el voto de castidad; sus bienes, su tiempo, su industria, por el voto de pobreza; su sér todo entero por el voto de obediencia!

III

He aquí una exposición sencilla y poco entusiasta de las *ventajas* que el estado religioso ofrece al cuerpo al mismo tiempo que al alma; y ahora preguntamos á toda persona sincera si puede exigir más, y si, conociendo el estado religioso siquiera por las páginas que le hemos consagrado, no *ve* que todas estas ventajas existen realmente.

¡Oh! lo sabemos muy bien; en las comunidades hay religiosas que no prueban las delicias de que hemos hablado; las hay también que las niegan, y que firmarían todas las palabras que diremos en el capítulo siguiente; pero dice san Ligorio que las tales no son *buenas reli-*

*gias. Ser buena religiosa y ser feliz es todo uno*, porque, consistiendo la felicidad de la religiosa y su perfección en la estrecha unión de su voluntad con la de Dios, desde que esta voluntad se *separa* ya no está ella en su lugar, y por consiguiente padece.

La religiosa está realmente, con anticipación, ó en un *Paraiso* ó en un *Infierno*.

¿Qué es, en efecto, el *Paraiso*? Es estar lejos de las penas y de los disgustos del mundo; es vivir y conversar con los santos y gozar de su dulce amistad; es, por fin, estar unido á Dios, no tener más voluntad que la suya, y gustar en esta unión de una paz inalterable. ¿No es esta la vida de una religiosa fiel?

¿Qué es el *Infierno*? Es estar agobiado de penas y sufrimientos, de los cuales no son más que pálidos reflejos los de la tierra; es vivir en medio de seres perversos, horriblos á la vista, despreciables, repugnantes; es no poder hacer jamás su voluntad; es estar encerrado en una casa de la que no se puede escapar; es, por fin, rechazar á Dios y verse abandonado de El. ¿No es ésta la vida de una religiosa infiel? Le es tan imposible estar contenta teniendo el alma acribillada de heridas, como estar buena teniendo el cuerpo cubierto de úlceras.

Las religiosas no *fervorosas*, sino sencillamente *fieles*, tienen también sus pruebas; pero la conciencia tranquila es un bálsamo que endulza las amarguras.

El estar persuadida de que las contrariedades y las penas son ocasión para gozar en el porvenir de una inmensa gloria, ¿no es sufi-

ciente motivo para ahogar toda murmuración?

Además, Dios recompensa de vez en cuando con delicias interiores á esas buenas almas, que, sumisas y resignadas, sufren con paciencia y amor.

De donde se sigue que las religiosas que buscan los consuelos humanos están *siempre descontentas*, mientras que las que aceptan con resignación todo lo que Dios les envía están *siempre contentas*.

¿Queréis comprender y saborear la dicha de ser religiosa? Estad bien convencidas de que *sólo Dios puede hacer vuestra felicidad*, y que *el alma que ha encontrado á Dios lo ha encontrado todo*.

Si se conociera en el mundo la paz, el gozo, el contento, la seguridad, que es la herencia de las almas religiosas, el universo llegaría á ser un vasto monasterio, y todo el mundo, dice santa Magdalena de Pazzis, vendría á asaltar nuestros piadosos retiros.

San Lorenzo Justiniano pensaba que *«Dios había ocultado de intento á las gentes del mundo la felicidad del estado religioso, porque, si se pudiesen formar de ello una idea, todos pedirían ser admitidos»*.

Y san Luis Gonzaga se admiraba de que no se hiciesen religiosos todos los hombres; ¡tanta felicidad había encontrado en la Compañía de Jesús!

¡Delicias del claustro, placeres puros del alma que conoce á Dios, que le posee y le ama! ¡Gozo del sacrificio y de la penitencia, más dulce, más profundo mil veces que todos los

gozos, que todos los placeres, que todos los amores de la tierra! ¡Desgraciados los que os ignoran y os niegan porque no os comprenden!

Esta vida del alma es para la mayor parte de las personas *un mundo desconocido*. El vulgo la mira y no la ve, y cuando se le habla de ella, ni siquiera entiende lo que se le dice.

El vulgo se compadece de esas religiosas que han sacrificado una *posición brillante*, una *libertad* que les ofrecía tantos placeres, un amor tan dulce al corazón, para ir á ponerse bajo tan pesado yugo; para encerrarse entre cuatro paredes; para privar al corazón de las delicias de la familia.

¡Pobre vulgo!

Mandad ejecutar delante de un sordo las más conmovedoras armonías, y se quedará insensible y helado; y si ve vuestro rostro conmovido y bañado en lágrimas, se encogerá de hombros y os tendrá por un mentecato. El no ve más que bocas desmesuradamente abiertas, brazos agitándose en el vacío y pulsando instrumentos más ó menos caprichosos.

Hablad á un ciego de los esplendores del firmamento, de la magnificencia del día, del efecto maravilloso del sol al ocultarse detrás de las montañas; de la armonía de los colores de un cuadro y del efecto que produce en vuestra alma; os escuchará tranquilamente, y dirá en voz baja: *«Este hombre está loco; habla de lo que no puede ser, se forja ilusiones; compadezcámosle.»* Y os compadecerá.

¿Quién es el loco, quién es el verdaderamente digno de lástima?

## ARTÍCULO 2.º

## Ventajas de la vida religiosa para la sociedad.

Quisiéramos en estas pocas páginas, que nos veremos obligados á abreviar, quisiéramos haceros comprender, almas consagradas á Dios, *todo lo que valéis.*

He aquí una gran palabra: *lo que valéis.* ¡Oh! no *por vosotras mismas*, pobres religiosas, que, no obstante vuestra altísima dignidad de esposas de Jesucristo, debéis decir con profundo sentimiento de convicción estas palabras tan humildes de la Santísima Virgen: «*El Señor ha mirado mi bajeza; ha tenido piedad de mí, y me ha mostrado tan grande afecto que, sin que yo sepa la causa, me ha elevado á la dignidad de sus esposas.*» Pero *lo que valéis es por los dones que Dios os ha dado gratuitamente y por la consagración que de vosotras ha hecho la Iglesia.*

«Un escultor, dice san Agustín, ve una pieza de madera en el bosque, y se detiene á contemplarla; ¿qué es lo que le encanta? No es, por cierto, la pieza de madera informe y grosera, sino lo que de ella puede hacer. Está entusiasmado, *no por lo que es, sino por lo que podrá ser.*»

¿No puede aplicarse esta imagen á toda religiosa? Era una *pieza de madera* informe é inútil, y acaso buena tan sólo para el fuego; pero Dios, al fijarse en ella, no ha considerado lo que era, sino lo que El quería hacer..... y vedla ya, por un efecto de su misericordia,

hecha imagen semejante á Jesucristo, su único Hijo; una imagen viva que ella misma ha de perfeccionar; ha hecho de su alma un *vaso sagrado*, y en este vaso ha puesto *la sangre y los méritos* de Jesucristo, y esa sangre de Jesucristo y esos méritos son los que, presentados á Dios perpetuamente por las religiosas, *conservan el mundo.*

*El mundo no existe sino por las comunidades religiosas.*

La religiosa *de clausura* (hablamos especialmente de ésta porque la misión social de la religiosa que asiste á los enfermos está á la vista de todo el mundo), la religiosa de clausura, solidaria de las deudas morales de la humanidad, ofrece por ellas el rescate con sus vigiliias, sus ayunos y sus oraciones. Es á la vez *el ángel* custodio del pecador á quien Dios va á herir; *el ángel protector* del alma que está á punto de extraviarse; *el ángel expiador* del corazón culpable que huye de Dios, y blasfema contra él; *el ángel consolador* del alma ulcerada, presa de la desesperación.

*Padece*, y sus padecimientos retardan el castigo de una alma que lo ha merecido.

*Ora*, y su oración atrae sobre la tierra las más abundantes gracias (1).

(1) Los antiguos consideraban la sociedad como un ser viviente cuya respiración es la oración; lo cual equivale á decir que *la oración es el termómetro de la vida de los pueblos.* En nuestra sociedad se trabaja, se atiende á los negocios, pero *no se ora jamás*, y si la sociedad no muere es porque hay almas ocupadas continuamente en hacer descender sobre ella las bendiciones del cielo.

*Llora*, y sus lágrimas, sangre del alma, rescatan toda una vida de pecados.

*Vela*, y alguna pobre joven, en peligro de sucumbir por estar sin asilo y sin recursos, se siente confortada, y vuelve á tomar llena de esperanza su labor de cada día.

*Ama á Dios solamente*, y este amor generoso es una Providencia para la humanidad. «Dios, dice el Padre Lacordaire, quiere que todo el que ayuna dé su pan al que no lo tiene, que toda alma que llora á los pies de Jesucristo quite del seno de otra alma desconocida cierta cantidad de amargura (1).»

Explanemos estas ideas, según una excelente obra (2). Estas páginas os harán comprender

(1) «Cuántas gracias, dice Mons. Mazenod, hacen descender del cielo las preciosas siervas del Señor recogidas á la sombra del santuario, como rocío celestial sobre el alma de los pecadores, admirados ellos mismos de su conversión y no pudiendo humanamente explicar la causa! ¡Cuántos á la media noche, al salir de una fiesta mundana, ó de una orgía, han oído la voz de Dios al mismo tiempo que el sonido de la campana del monasterio! ¡Cuántas veces las fervientes súplicas de aquellas santas hijas han obligado al ángel exterminador á envainar la espada vengadora! Y cuando está llena la medida de las iniquidades y faltan víctimas para la cólera de Dios, ¿pensáis que la sangre de los pecadores desarma su justicia? En el sacrificio de un pecador la justicia divina sólo ve una víctima impura; pero que una virgen oculta á los ojos del mundo, viviendo en un estado de expiación continua por pecados que no ha cometido, sucumba bajo los golpes del Señor, su justicia se da por satisfecha ante una víctima enriquecida con todos los tesoros de la inocencia mis pura y de todo el sobrante de la penitencia más rigurosa y más voluntaria.»

(2) *La fille de Sion*, por el abate Fournier.

mejor la grandeza de vuestra vocación y os moverán á dar gracias con más fervor á ese Dios tan bueno que os ha llamado á tan grandes cosas:

«Hay crímenes sociales, como hay crímenes individuales; crímenes que necesariamente se han de expiar; pero ¿dónde se encuentran esos grandes penitentes que piensen en sufrir por la sociedad? *En el claustro*. Porque no se encontraron diez justos en la culpable Sodoma, fué consumida con fuego del cielo. También nuestras ciudades son culpables; pero gracias á las obras de expiación hechas en los claustros, Dios no descarga su brazo sobre ellas; ora Moisés durante el combate, y hacen más sus oraciones que todas las armas de los soldados.»

Los tres grandes azotes de nuestra sociedad son: *la ambición, la independendencia y la sensualidad*. Según la admirable doctrina de san Pablo, Dios envió su Hijo al mundo para curarlo de estas tres llagas.

*Dios estaba en Cristo*, dice, *reconciliando el mundo consigo y reconciliándose el mismo con el mundo*.

Y como Dios se reconciliaba con el mundo por Cristo, en Belén, en Nazareth, en el Calvario, se puede decir en cierto modo que en el convento se reconcilia todos los días por estas víctimas, que, á semejanza de Cristo, son pobres como el establo de Belén, obedientes como Jesús en Nazareth, castas como Cristo; llevando en su cuerpo la mortificación de Jesús, las señales de su cruz, y cumpliendo en sí mismas lo que ha faltado á los sufrimientos de su

divino Maestro. En efecto; al religioso y á la religiosa es á quienes Dios llama para neutralizar y combatir las tres corrientes en que va revuelta la generación actual: *la ambición, la independencia y la sensualidad.*

1. *La ambición* es el hábito y la pasión del siglo. En todas partes se dice: «Acumulemos bienes, seamos ricos, seamos opulentos en nuestros trajes, en nuestros edificios, en nuestros muebles, suntuosos en nuestras mesas.» Así ved cómo los hombres se pesan á peso de oro, cómo las familias se forman en el oro; cómo la sociedad entera se revuelca sobre el oro. Tal es la corriente que amenaza arrastrarlo todo, hombres, familias, sociedad. ¿Qué se necesita para detenerla? ¿Leyes? Serían impotentes. Es preciso *el ejemplo del despojo voluntario, la pobreza del pesebre*, y éste es el ejemplo que da la religiosa. Jesús le ha dicho: «Hija mía, por mí serás pobre y con pobreza absoluta.» La novicia le ha respondido: «Sí, por vos, Señor, seré pobre y con pobreza absoluta. Hago voto de pobreza perpetua. Juro que por poseeros, ¡oh divino Maestro!, no poseeré ya nada, ni siquiera un punto de la tierra en donde pueda poner el pie y decir: esta es mi casa; ¿qué digo?, ni siquiera un grano de tierra, de plata ó de oro que yo pueda tomar en mi mano diciendo: este polvo es mío» (1).

Así es como la religiosa opone la ambición de la pobreza á la ambición de las riquezas, diciendo desde el fondo de su claustro al

(1) P. Félix: *La Carmélite.*

mundo: «Hay algo mejor para el cristiano que el ser rico con el mundo, y es el ser pobre con Jesucristo.» Y mientras que los mundanos repiten por todas partes: *Riqueza, riqueza, riqueza*, la humilde religiosa repite en la obscuridad de su claustro: *Pobreza, pobreza, pobreza.*

2. La segunda corriente que arrastra á la sociedad es *la independencia*, ese viento reinante del siglo XIX, que sopla por todas partes, en la sociedad, en la familia, en el taller, etc. Mas, ¿veis á la joven heroína, hija de reyes ó de un simple labrador? Jesucristo le ha dicho: «Tú puedes, hija mía, aspirar á la independencia y á la libertad; pero considera lo que he hecho por ti; heme aquí obediente, y obediente hasta la cruz. Tú quieres amarme, hija mía, por consiguiente, quieres parecerme á mí; por mí serás obediente, obediente siempre y con obediencia absoluta.»

La noble y humilde hija ha respondido: «Sí, Maestro; por vos seré obediente siempre y con obediencia absoluta. Yo podía un día tener criados y criadas, dispuestos á hacer en todo mi voluntad; podía gozar de entera y plena libertad; pero, Señor, os prometo una obediencia absoluta y perpetua, y lo juro en vuestra presencia.....: no mandar jamás, obedecer siempre, tal es la vida que abrazo para consumir<sup>®</sup> con vos mi sacrificio.»

Así, mientras que alrededor de esos muros adonde vienen á estrellarse las olas del mundo como en una infranqueable ribera, no se oyen resonar más que estas palabras: *Independencia, independencia, independencia*, dentro de esas

paredes en donde los ángeles encuentran un eco del cielo en el armonioso concierto de las voluntades sumisas á la divina voluntad, sólo se oyen resonar estas palabras: *Obediencia, obediencia, obediencia* (1).

3. La *sensualidad*, ó el imperio de los sentidos, el afán inmoderado de satisfacciones sensuales, es la tercera corriente que arrastra el mundo al abismo. ¿Quién podrá reaccionar eficazmente contra esos excesos de sensualismo, que conducen á las orgías de la voluptuosidad, al enervamiento de las almas y á la ruina de la sociedad? Una sola cosa: el ejemplo de la castidad inmaculada; una vida angelical en naturalezas humanas; una vida de austeridades en una carne mortal. Esto es lo que hace la religiosa en su claustro; reacciona, por la práctica de una pureza heroica y de una castidad angélica, contra los atractivos de ese sensualismo que rodeó su juventud. Jesucristo, que ha reducido su corazón con los hechizos de una castidad perpetua, le dijo un día: «Hija mía, yo te he escogido; por mí serás casta con castidad absoluta.» Y la esposa ha respondido con gozo: «Sí, Dios de pureza, por vos seré casta con castidad absoluta; para vos, Cordero sin mancha, para vos esta carne inmaculada; para vos este cuerpo puro todavía; lo pongo en vuestro altar con todos sus instintos y todas sus concupiscencias. Jamás, yo os lo juro, tendré otro esposo que á vos. Por vos, Dios mío, este cuerpo será víctima; os lo prometo con

(1) P. Félix.

juramento irrevocable que abrazaré para siempre la angélica castidad.»

Y para no ser infiel á sus promesas se rodea de ásperas defensas, doma de antemano rebeldivas que no han venido todavía y que acaso nunca vendrán; castiga su carne pura y limpia, como lo hacía en el desierto la penitente Magdalena. Para exterminar hasta los últimos vestigios de la sensualidad y reparar las intemperancias mundanas se entrega á los ayunos, á las abstinencias, á los cilicios, á las flagelaciones; y á medida que esta pura y casta víctima castiga su cuerpo inocente, y desgarrá su carne virginal, está diciendo: «Reparo, satisfago, expío. Reparo los desórdenes del mundo; satisfago á la justicia divina; expío con el exceso del dolor los excesos del placer.... Víctima, cumpro mi vocación; padezco y me sacrifico por la salvación de mis hermanos.»

«Hombres del mundo, tan sedientos de placeres, tan hambrientos de voluptuosidad, ella expía vuestros desórdenes; mujeres cristianas, tan dispuestas á gozar, tan débiles para sufrir, ella expía vuestros refinamientos sensuales. Y mientras que el mundo repite: *Placeres, placeres, placeres*, la religiosa exclama con entusiasmo: *Castidad, castidad, castidad*.

## CAPÍTULO VI

PENAS QUE PUEDEN ENCONTRARSE  
EN EL ESTADO RELIGIOSO

Antes de empezar la lectura de este capítulo, suplicamos á la religiosa que reflexione con calma sobre el título mismo que lleva: *Penas que pueden encontrarse en el estado religioso.*

Estas penas pueden encontrarse, pero no le son por necesidad inherentes: no vienen del estado religioso, como de este mismo estado vienen las ventajas de que acabamos de hablar en el capítulo precedente; se encuentran en él más ó menos, según las disposiciones del alma.

Cada religiosa ve y siente esas penas según su modo de ser, y no sería extraño que la mayor parte de las religiosas que lean este capítulo lo encuentren exagerado por no haber visto nunca ni en sí mismas, ni en sus hermanas, cosa semejante.

La naturaleza humana, viciada por el pecado original, se ha hecho independiente, impaciente del yugo, apasionada por todo lo que lisonjea á los sentidos, enemiga de toda contradicción, y en todas partes halla motivos de queja, de murmuración, de rebeldía. ¡Ay! La naturaleza humana nos acompaña en todas partes; en el claustro está también; pero en el claustro, por la influencia del ejemplo, por la fuerza de la voluntad, y sobre todo por la re-

cepción frecuente y fervorosa de los santos Sacramentos, que le comunican la gracia de Dios, se transforma invisiblemente, se fortifica, se va doblegando poco á poco, y sin dejar de sentir que la ley de Dios y los consejos evangélicos son un yugo, puede decir con toda verdad: *Vuestro yugo es suave, Dios mío, y vuestra carga ligera.*

Copiaremos el cuadro de las penas que pueden encontrarse en el estado religioso de las cartas espirituales del abate Bautain (*La cristiana de nuestros días*). Esta carta va dirigida á una joven antes de su entrada en el convento; será útil á las que están ya en él desde algunos años, mostrándoles lo que pueden tener que sufrir si no son fieles en unirse á Dios (1):

«Siendo el fin de la vida religiosa consagrarse exclusivamente al servicio de Dios y del prójimo, exige, como medio necesario, la renuncia del mundo y de sí mismo.» «¡El que quiera venir en pos de mí, ha dicho Jesucristo, renúnciese á sí mismo, tome su cruz, llévela todos los días y sígame!» Por consiguiente, para asegurar esta renuncia, esta abnegación total de sí mismo, que es la cosa más dura, la más difícil á la naturaleza y que se opera por todos los grados de la mortificación, la Iglesia, después de haber puesto á larga prueba á los

(1) No hay aquí más que generalidades, aunque se leen muchos detalles. Estas generalidades pueden bastar para dar á conocer las penas que se encuentran en el estado religioso; pero hay penas íntimas y particulares, de que hablaremos en la segunda parte.



aspirantes á la vida más perfecta, les propone lo que se llama los votos de religión, por los cuales deben obligarse temporalmente, ó para siempre, á obedecer á sus superiores, á vivir en continencia y á contentarse con lo estrictamente necesario. Tales son los tres votos de obediencia, castidad y pobreza.

»El primero es ciertamente el más difícil, porque le cuesta más al hombre renunciar á la pretendida independencia de su razón y de su voluntad que á los placeres de los sentidos ó á las satisfacciones de la propiedad. No tenemos nada tan íntimo como nuestra voluntad; es el yo en lo que tiene de más profundo y personal: la obediencia debe someterlo á la voluntad de otro, y esto subleva nuestro orgullo. Considera, querida hija, que en la religión hay que obedecer en conciencia y en todos los puntos. Se tiene delante una regla que determina los movimientos de todos los instantes, y por encima de la regla, la palabra del superior, encargado de aplicarla é interpretarla. No es como en familia, en la casa de los padres, en donde la mayor parte del tiempo se obedece muy poco, ó acaso nada recurriendo á mil ardides para evitar lo que es desagradable, y llegando á menudo hasta conseguir la dispensa del deber, procurando eludir, diferir, atenuar lo que estaba prescrito, á fuerza de razones, de distinciones, de discusiones, ó por fin, en último caso, á fuerza de caricias ó de lágrimas; de

suerte que, en general, la hija hace casi siempre lo que le conviene, y aun encuentra el medio de imponer su voluntad á todos los de la casa.

»En el convento, querida hija, no hay que pensar en razones, ni discusiones, ni componendas; y aun serías culpable hasta cierto punto si, conformándote en apariencia á lo que se exige de ti, lo cumplieras materialmente y á la letra, sin poner de tu parte toda tu voluntad; cuando menos no adelantaría en el camino de la perfección, que consiste, sobre todo, en renunciar á la manera de ver y á la propia voluntad.

»Además, en la religión encontrarás superiores entre Dios y tú, entre ti y la regla. Por muy buenos y prudentes que sean, y por más buena que seas tú, hay siempre algo humano de una y otra parte: por consiguiente, antipatías ó simpatías. Si hay antipatía, te costará mucho someterte, y el sacrificio será quizá superior á tus fuerzas. Hallarás mil razones para resistir ó para eludir, y si por fin no consigues ni lo uno ni lo otro, no hay que decir lo que padece una naturaleza que se rebela al verse bajo un yugo abominable. Es el infierno en la casa de Dios. Si hay simpatías, estás en peligro de obedecer por inclinación natural, ó sea por tu gusto, y entonces, además de perder el fruto principal de la obediencia, puesto que sería su móvil el amor de la criatura, introducirás en la comunidad un motivo de discordia, un principio disolvente. Los afectos naturales engendran amistades particu-

lares, ternuras secretas que perjudican á la caridad general, porque cada cual se busca á sí mismo, y no el bien de la comunidad; y de estas privanzas, azote de las casas religiosas, y que es preciso extirpar á todo trance si se las quiere conservar puras y mantener en ellas el espíritu de su institución, salen pandillas, cellos, divisiones, y, finalmente, la discordia.

»No te forjes, pues, la ilusión de que es fácil obedecer. A mí me han consultado muchas personas que deseaban entrar en religión, y he notado siempre que aquellas á quienes la obediencia parecía muy fácil antes de haberla practicado, la han encontrado muy dura, y aún insoportable en la prueba; mientras que otras que la tenían miedo antes de entrar en el convento y la miraban como el mayor obstáculo, se han lanzado con valor á pesar de su repugnancia natural, y han encontrado la carga suave y ligera después de haberla llevado. Si, querida hija mía; no hay nada más difícil, y aun añadiré nada más raro, que saber obedecer en espíritu y en verdad, sobre todo cuando es preciso, como en la vida religiosa, hacerlo continuamente, sin recompensa, sin alabanzas, sin gloria, sin compensación de ninguna clase, sino únicamente por deber y en conciencia. Decían los antiguos que la más hermosa victoria es la que se consigue sobre sí mismo. Y para obedecer, como se promete por el voto de religión, es preciso vencerse continuamente. Entrego este primer punto á tu consideración.»

## II

«El segundo te parecerá, sin duda, menos difícil, porque tu corazón inocente y puro no ha experimentado todavía ningún rebato del amor humano. Hasta ahora, no obstante, es más bien una inocencia de ignorancia que de virtud. No has sufrido pruebas en este punto, y de una manera seria, á causa de tu poca edad y porque has frecuentado poco el mundo; lo poco que de él has visto no ha excitado en ti el deseo de gozar más, por no encontrar gusto en ello y temiendo el peligro. Esto es algo, pero la prueba no es suficiente; tu corazón no ha hablado todavía entre los hombres, y esto no es razón para que no ame más que á Dios y le ame sobre todas las cosas; puede amarse mucho á sí mismo y no amar á los otros más que por sí. Apenas, en efecto, sabes moderar tus inclinaciones naturales y tu cariño. Te he conocido ya dos ó tres pasiones, un poco tormentosas, por algunas niñas de tu edad. Esto no es indicio de que el amor de Dios reine solo en tu alma y de que él pueda llenarla enteramente. Ten presente que en el convento las amistades particulares están prohibidas aun á los mismos superiores, y que las religiosas no deben amarse unas á otras sino en el amor de Jesucristo ó en la caridad más pura y elevada. No hay amigas en religión, no hay más que hermanas; y si en el matrimonio el corazón de la mujer debe ser enteramente de su marido, en religión, ó sea

en la unión con Jesús, pertenece sin división al divino Esposo, y es una infidelidad, una especie de adulterio, el unirse por amor á cualquiera criatura. Ni aun á tus padres puedes amar como hasta ahora los has amado; te será preciso renunciar á verlos según tus deseos, y si aun en esas relaciones, que han de ser raras, hubiese algo que turbase tu alma en su nuevo estado, sería preciso renunciar á ellas por completo, porque Jesucristo ha dicho: «El que ama á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas más que á mí, no es digno de mí.»

## III

«Resta el voto de pobreza, que consiste, no precisamente en no poseer absolutamente nada, lo cual es imposible, sino en no usar de nada sin permiso de los superiores, y en vivir de la manera más sencilla, no dando á las necesidades de la existencia más que lo estrictamente necesario, y aun no siempre, como sucede en las Ordenes más austeras. Así, te vestirás con las telas más burdas, quizá sin ropa blanca, como en las carmelitas ó trapenses. Podrá ser que te impongan ayunos frecuentes, abstinencia continua. Habitarás una celda estrecha y oscura. Dormirás en el suelo, y quizá sobre una tarima. Tendrás que sufrir el frío y el calor sin murmurar, y no tendrás ningún objeto á tu disposición que puedas llamar tuyo, ni apropiártelo exclusivamente para tu uso. Si tienes afición á alguna cosa te la quitarán, aun cuando no sea más que para acos-

tumbrarte al desprendimiento; y tu voluntad, que ahora sin miramiento echa mano de las personas y de las cosas para disponer de ellas ó convertirlas en instrumentos de tus caprichos, no tendrá ya de qué apoderarse, y estará en guerra perpetua consigo misma.

»Todo esto te parece fácil porque dices que ya has hecho la prueba. Esa prueba es voluntaria, nadie te la ha impuesto; además es sólo una prueba de que puedes prescindir. Una vez comprometida, las privaciones serán más penosas, la falta de bienestar más sensible, y esto para siempre.»

## IV

«En fin, por encima de todo esto, cuando hayas concluido tu noviciado y pronunciado los votos, te destinarán á ocupaciones ó empleos que acaso no te gusten. Tendrás gusto en asistir á los enfermos, y te mandarán á las escuelas. Preferirías instruir á los niños, y te enviarán á un hospital ó á una cárcel. Tendrías inclinación á la vida contemplativa, y te pondrán en la activa; y si esta última te gusta más, te destinarán quizá á la otra. En una palabra: dispondrán de tu persona, de tus facultades, de tu tiempo, de tu trabajo, de tus fuerzas, no de una manera poco razonable ó violenta, sino conforme al interés de la comunidad á que perteneces, es decir, para la mayor gloria de Dios, que aquélla debe buscar ante todo, y para el bien del prójimo, al cual se ha consagrado. Todo se hará sin consultarte, sin

contemporizar con tus gustos, sin hacer caso de tus preferencias, aun cuando no sea más que para poner á prueba tu virtud y ejercitarte en la abnegación. Estarás como el soldado sobre las armas; se le dice que vaya allá, y va; que venga aquí, y viene. Cuando el jefe lo manda, debe marchar ó pararse, aun delante de la muerte. He aquí, querida hija, á lo que debe estar dispuesta tu libertad; he aquí lo que debe aceptar.»

Ved, casi en todos sus detalles, las penas que pueden encontrarse en el estado religioso.

No hay duda que todas las religiosas tendrán un día ú otro ocasión de encontrar estas penas en su camino; pero ¿las sentirán todas con la misma vivacidad? ¿Tendrán todas la debilidad, ó mejor dicho, la cobardía de quejarse, de murmurar y de llegar hasta vivir pesarosos de haber entrado en la comunidad?

¡Oh, no! Esto no les sucederá más que al menor número, y en el capítulo precedente hemos dicho ya cómo se llaman las que pertenecen á ese menor número: *Religiosas infieles*.

El siguiente capítulo demostrará cómo una piadosa y santa religiosa puede llegar á ser *infiel*.

## CAPÍTULO VII

ESPIRITU DEL ESTADO RELIGIOSO Y CAUSAS QUE PODRÍAN DESTRUIR ESTE ESPIRITU

De lo que acabamos de decir se deduce fácilmente que *el espíritu general* que sostiene la

vida en el estado religioso es *espíritu de abnegación y espíritu de paz*.

¡*Abnegación y paz!* He aquí, efectivamente, lo que caracteriza á las almas que Dios ha llamado, y que han venido gozosas á unirse con El por los votos de obediencia, pobreza y castidad.

*Abnegación* que lo da todo, que se da sin reserva, y que está siempre dispuesta á obrar, á padecer, á morir por aquel á quien llama el alma su maestro y su padre.

«Nada vuestro es ya vuestro, religiosas; todo está enajenado, vendido, entregado en principio en manos del soberano propietario. Venis á ser los bienes de Dios, sus bienes propios y exclusivos; como Jesús, vivís para Dios y sólo para El; para adorarle, alabarle, ensalzarle, bendecirle, rendirle los mil homenajes que reclaman sus santas perfecciones. Vivís para darle gracias, consolarle, desagraviarle, amarle y servirle; servirle trabajando, servirle padeciendo, servirle consumiéndoo. Vivís ante todo y sobre todo para pertenecerle. Hay en esta sola palabra mundos de vida, de grandeza, de santidad, de gloria y de felicidad (1).»

*Paz* que no se inquieta por el día de mañana, ni aun por la hora que sigue á la presente; que vive, por decirlo así, para el minuto, bajo la paternal protección de aquel á quien da voluntariamente el dulce nombre de *Padre*; que pide sencillamente lo que necesita, y que

(1) Gay: *De la vie chrétienne*.

contemporizar con tus gustos, sin hacer caso de tus preferencias, aun cuando no sea más que para poner á prueba tu virtud y ejercitarte en la abnegación. Estarás como el soldado sobre las armas; se le dice que vaya allá, y va; que venga aquí, y viene. Cuando el jefe lo manda, debe marchar ó pararse, aun delante de la muerte. He aquí, querida hija, á lo que debe estar dispuesta tu libertad; he aquí lo que debe aceptar.»

Ved, casi en todos sus detalles, las penas que pueden encontrarse en el estado religioso.

No hay duda que todas las religiosas tendrán un día ú otro ocasión de encontrar estas penas en su camino; pero ¿las sentirán todas con la misma vivacidad? ¿Tendrán todas la debilidad, ó mejor dicho, la cobardía de quejarse, de murmurar y de llegar hasta vivir pesarosos de haber entrado en la comunidad?

¡Oh, no! Esto no les sucederá más que al menor número, y en el capítulo precedente hemos dicho ya cómo se llaman las que pertenecen á ese menor número: *Religiosas infieles*.

El siguiente capítulo demostrará cómo una piadosa y santa religiosa puede llegar á ser *infiel*.

## CAPÍTULO VII

ESPIRITU DEL ESTADO RELIGIOSO Y CAUSAS QUE PODRÍAN DESTRUIR ESTE ESPIRITU

De lo que acabamos de decir se deduce fácilmente que *el espíritu general* que sostiene la

vida en el estado religioso es *espíritu de abnegación y espíritu de paz*.

¡*Abnegación y paz!* He aquí, efectivamente, lo que caracteriza á las almas que Dios ha llamado, y que han venido gozosas á unirse con El por los votos de obediencia, pobreza y castidad.

*Abnegación* que lo da todo, que se da sin reserva, y que está siempre dispuesta á obrar, á padecer, á morir por aquel á quien llama el alma su maestro y su padre.

«Nada vuestro es ya vuestro, religiosas; todo está enajenado, vendido, entregado en principio en manos del soberano propietario. Venis á ser los bienes de Dios, sus bienes propios y exclusivos; como Jesús, vivís para Dios y sólo para El; para adorarle, alabarle, ensalzarle, bendecirle, rendirle los mil homenajes que reclaman sus santas perfecciones. Vivís para darle gracias, consolarle, desagraviarle, amarle y servirle; servirle trabajando, servirle padeciendo, servirle consumiéndoo. Vivís ante todo y sobre todo para pertenecerle. Hay en esta sola palabra mundos de vida, de grandeza, de santidad, de gloria y de felicidad (1).»

*Paz* que no se inquieta por el día de mañana, ni aun por la hora que sigue á la presente; que vive, por decirlo así, para el minuto, bajo la paternal protección de aquel á quien da voluntariamente el dulce nombre de *Padre*; que pide sencillamente lo que necesita, y que

(1) Gay: *De la vie chrétienne*.

espera con amor lo que pide, segura de que todo vendrá á su hora.

*Paz* que sonríe siempre, aun cuando los dolores físicos ó morales obligan á los ojos á derramar lágrimas, segura de que esos padecimientos son necesarios para su salvación y para la gloria de su Padre.

*Paz*, en fin, que ni aun siquiera le deja el deseo de vivir ni de morir, sino sólo el deseo tan suave y consolador de hacer siempre la voluntad de su Padre.

¡Oh! ¡Cuán hermoso y bueno es este espíritu, que, cuando reina en las casas religiosas, se insinúa en el alma de todas las personas que la habitan, las anima y las vivifica!

Este espíritu de *abnegación* y de *paz*, que supone un *sentido recto* y un *juicio íntegro*, forma lo que se llama *el buen espíritu*.

Vamos á trazar algunos de *los caracteres* de este buen espíritu; diremos cómo puede viciarse ó destruirse en las almas, é indicaremos, por último, *los malos espíritus* que pueden insinuarse en una comunidad.

#### 1 Carácter del buen espíritu.

El *buen espíritu* desconfía de sí mismo; no se avergüenza de decir: *no sé...* Se rinde fácilmente á una buena razón que se le da, y dice sencillamente: *me había equivocado*. Le parece una cosa muy natural el retractarse, y reconocer y confesar que se había engañado.

El *buen espíritu* prefiere la verdad al gusto

de sostener su opinión. Ama, sobre todo, la caridad, y nunca antepone la gloria de quedar victorioso en una disputa á la satisfacción de evitar á otro la pena de sentirse humillado. No abunda en su parecer; expone sus razones con sencillez y candor; no se admira de que no piensen como él, y no se incomoda cuando advierte que los demás no son de su opinión ó que no participan de su manera de ver.

El *buen espíritu* regula y modera el vuelo de la caridad. Desconfía de todas las vivas emociones, de la ternura natural y de todos los movimientos de una sensibilidad humana. Cuanto más siente la impresión, más teme los peligros. Sabe que todo sentimiento un poco vivo tiene visos de pasión, que toda pasión es ciega, y que, por consiguiente, si la acción que produce resulta buena, es puro efecto de la casualidad, pues no entran para nada la prudencia y la previsión.

El *buen espíritu* regula y modera su celo. No se cree obligado á hacer siempre lo que es bueno, sino que se limita á hacer siempre el bien posible en el estado en que le ha puesto la Providencia; y aun lo hace con calma, sometiendo sus ideas á la reflexión, á la oración y á los consejos de los demás, acordándose de estas palabras de san Vicente de Paúl: «*Dejémos á Dios que nos declare su voluntad, y no saltemos por encima de su Providencia.*»

El *buen espíritu* echa á buena parte todas las cosas y explica favorablemente todo lo que es susceptible de favorable explicación. Procura buscar *lo que hay de bueno* en los de-

más, y si no puede excusar las rarezas y las faltas, no las mira ó procura olvidarlas cuando no tiene que dar á Dios cuenta de ellas; de este modo se libra de una multitud de preocupaciones y disgustos.

El *buen espíritu* obra por razón más bien que por sensación; no aprueba en sí mismo lo que desaprueba en los demás; no sufre de una persona amiga lo que le parece insoportable en otra que le es antipática.

El *buen espíritu* se conduce, sobre todo, por las vías de la fe, pidiendo á Dios todos los días que le haga ver las cosas por su lado sobrenatural. De esta manera se pone á cubierto de los continuos cambios á que está expuesto el espíritu que no ve la *Providencia* en todos los sucesos, ni *el deber* en todo lo que se le ha ordenado; y así es *tibio* ó *fervoroso*, según que Dios le da ó le retira sus consuelos; es *obediente* ó *rebelde*, según se le dé la orden con dulzura ó con aspereza; es *activo* ó *perezoso*, según que el trabajo impuesto halaga ú ofende á su amor propio, se aviene ó no con sus gustos; se muestra en ocasiones expansivo, con el rostro risueño, y sin ninguna razón conocida se pone de repente melancólico, triste y disgustado; se acerca con mucho fervor á los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, después los deja durante algunas semanas porque no encuentra en ellos ningún consuelo, ó porque se haya imaginado que no le recibirá bien el confesor, y con esta conducta inconstante desedifica á la comunidad y llega á ser motivo de tormento para los superiores.

¡Oh! ¡Cuánto más dichoso es, cuánto más edificante, y, sobre todo, cuánto mejor contribuye á hacer amar á Dios y glorificarle este *buen espíritu* que siempre es *el mismo*, porque Dios es siempre *el mismo*! Tiene horas de disgusto, de desolación, de desfallecimiento, y padece cumpliendo su deber; porque para él, como para todos, el deber se muestra algunas veces muy austero; pero obra siempre con exactitud, y en medio de las dificultades que encuentra dice á Dios: «*Vos sois mi dueño, hoy lo mismo que ayer, y mi deber es obedeceros!*»

## II

Faltas que vician ó destruyen el buen espíritu.

Pueden viciar en las almas este espíritu, y hasta pueden destruirlo ciertas faltas que, como miasmas emponzoñados, vienen á corromperlo lentamente.

Estas faltas no son precisamente las *faltas graves* que, cometidas alguna vez, humillan profundamente, y gracias al sacramento de la Penitencia y al sincero arrepentimiento del corazón no dejan rastro en el alma.

No son tampoco esas *faltas veniales*, cometidas habitualmente por una religiosa, y que, dejándola en ese *estado de tibieza* que extingue poco á poco el espíritu de fe, la hacen insensible á las luces de la gracia, á las exhortaciones de los superiores, y obliga á Dios á decir: «*Porque eres tibia te vomitaré de mi boca.*» Esa tibieza arrastrará poco á poco á la pobre

alma á la perdición; pero la tibieza de una religiosa, aunque nociva á la comunidad, no puede hacerle perder el espíritu general.

Lo que le hace perder son esas *faltillas* personales é imperceptibles al principio, pero que poco á poco se van generalizando, y hacen en una comunidad lo que hace en un navío una hendedura que deja penetrar el agua gota á gota; esas *sensualidades* que parecen insignificantes; esos *permisos* que se conceden con excesiva facilidad, y que producen en una alma y en una comunidad ese efecto que tan bien explica la palabra *relajación*.

Relajarse es pasar lenta y casi insensiblemente del *bien á un bien menos perfecto*. Es pasar de una omisión leve á otra más grave, de una imperfección á una falta, de una falta á un hábito. Es sentir pesada y difícil aquella regla que nos parecía tan suave y ligera. Es llegar á no poder sufrir ni privaciones, ni mortificaciones, ni reprensiones, no creyendo nunca necesitarlas ni haberlas merecido. Es, por fin, irse desentendiendo poco á poco de todo lo que molesta, ofende ó fatiga.

¿No veis cómo una comunidad en donde se introdujera esa relajación se *desuniría poco á poco* y acabaría por perder *la abnegación y la paz*?

He aquí la simple enumeración *de las faltas* que producen la relajación, así en las almas como en las comunidades.

### Negligencia en los ejercicios de piedad.

La religiosa que empieza á ser negligente en sus rezos, es religiosa *perdida*. La comunidad en donde no se hacen los rezos y oraciones con *regularidad y piadosamente*, es una comunidad que se va descomponiendo.

¡Oh! no faltan pretextos para dejar la oración, para ir tarde al oficio, para no rezar el Rosario: *un insomnio de algunas horas; un malestar general que impide respirar en la capilla; una corriente de aire que indispone; una labor urgente y agradable, y que es preciso acabar á todo trance; una clase que exige preparación.....*

Y te vas alejando de Dios, pobre hermana, y dejas que se vaya debilitando tu alma; y la oración que no haces hoy, te costará más hacerla mañana; y esa oración, *deuda* contraída con tu Dios, la *debes* siempre; ¿cuándo la pagarás?

No exageremos nada: cuando *realmente no se puede orar*, se muestra el alma á Dios y se le dice como á su padre: *Ved, Señor, que la que amáis está enferma*, y el alma se queda en paz.

Más adelante diremos *cómo se ha de orar*; hoy os repetimos: *¡Orad, orad!* ¡No dejéis, por negligencia ó pereza, ninguno de vuestros rezos! Nadie pida, sino muy rara vez, que le dispensen los rezos de comunidad; y cuando alguna haya obtenido esa dispensa y se quede á solas en la cama, ó en la celda, únase con el pensamiento á sus hermanas que están orando.



### Falta de puntualidad.

La puntualidad es la fidelidad en empezar los ejercicios tan pronto como llega la hora; la fidelidad en callarse en recreación tan pronto como se da la señal; en salir, aun de la capilla, tan pronto como se acaba aquel ejercicio; en levantarse y acostarse á la hora señalada.

En una casa y en una alma nada mantiene tanto el orden como esta exacta fidelidad; nada prueba tanto á Dios que somos suyos y que deseamos complacerle. ¿No es la voz de la campana la señal que Dios manda dar? ¡Es El! ¡Es Dios mismo quien me llama! ¡Vamos pronto! He aquí el grito del alma amante.

La falta de *puntualidad* retrasa los ejercicios, los trastorna, hace perder el tiempo, acostumbra á la vida irregular; y cuando en una casa se toma el hábito de la *irregularidad*, hay pronto desorden general. Un punto no es realmente más que un punto, pero sostiene otro, y ese primer punto que falta produce necesariamente la caída del segundo. No desperdiciemos los *minutos*: son necesarios para mantener las *virtudes*.

### Falta de amabilidad y de cortesía.

Esto parece poca cosa, pero la falta habitual de benevolencia y de cortesía resfría la caridad y la va extinguiendo poco á poco. Es causa de que se cierre el corazón y acabe por volverse frío, enojadizo y antipático; desgarran los pobres corazones delicados que se hubieran

abierto con tanto gusto y que se cierran con dolor. Esto es lo que hace una contestación brusca, un gesto desdenoso, la negativa rotunda á conceder un favor porque no se tiene tiempo; el extremar las chanzas á pesar de estar viendo el disgusto que producen.....

Más adelante tendremos ocasión de hablar largamente de la caridad; diremos aquí solamente que no hay nada *tan delicado como esta virtud*. Para ser feliz en una comunidad, se necesita algo más que el simple *amor de caridad*; es preciso el *amor de afecto*; son necesarias la galantería, las delicadezas del corazón; es preciso que haya un poco de simpatía, un poco de compasión; en una palabra, es preciso *amarse como hermanas*. ¿No estáis todas reunidas por los cuidados de Jesús, y reunidas para amaros? Doloroso es decirlo, pero ¡cuántas comunidades hay en las que tiernos corazones han sufrido horriblemente porque *allí no se amaba!*

### Falta de silencio y de recogimiento.

Una comunidad *silenciosa* es, ordinariamente, una comunidad fervorosa y regular. Cuando al pasar por los corredores se siente uno como penetrado por una atmósfera de paz y de calma; cuando se ve á las religiosas ir *sosegadas y recogidas*, cada cual á su empleo, con ademán y porte modestos, se puede decir que en aquella casa la obediencia es fácil, la caridad dulce, y que Jesucristo reina allí realmente como soberano.

Una comunidad *disipada* no es ya la casa del buen Dios.

Llamamos *disipada* una casa en la que todo el mundo anda apresurado; en donde no se hace nada con calma; en donde hay ruido casi incesante en los corredores porque no se piensa en andar despacio, y porque no hay la costumbre de dar ó recibir órdenes ó instrucciones en voz un poco baja.

En esas casas es imposible el espíritu de oración; la dulzura del amor de Dios es desconocida; las relaciones entre las hermanas son, ordinariamente, bruscas y sin afabilidad; la obediencia es, sobre todo, muy pesada; las murmuraciones son frecuentes, y, humanamente hablando, se puede decir que están casi justificadas; en una palabra, no hay orden.

No ya en la recreación, sino á la puerta de una celda ó acaso en la celda misma, adonde se va para hablar, se forman las cábalas, las intrigas, que destruyen tan pronto el espíritu de una comunidad.

¡Oh! si hubiéramos de dar aquí un consejo á las superiores, les diríamos: *Recomendad el silencio; silencio de palabras, silencio de acciones. Dad ejemplo de riguroso silencio; no habléis ni obréis jamás sacudida y atropelladamente: y sea el tono de vuestra voz más bien bajo que alto.*

#### Preocupación por la salud.

«Hay, dice Collet, personas tan delicadas para consigo mismas, que todo las inquieta.

Un día han descansado mal, otro día tienen una jaqueca que las mata. El canto ó el simple rezo del oficio parvo las ahoga; necesitan salir de la capilla para respirar el aire libre; su celda está mal situada..... Esta clase de personas, siempre enfermas sin enfermedad, no alcanzan jamás la perfección de su estado; son desgraciadas y hacen desgraciadas á las demás. No hacen nada digno del dueño á quien se han consagrado. La tibieza, que es su verdadero patrimonio, las inhabilita para hacer el bien que Dios les tenía reservado, y poco á poco, esas enfermedades casi imaginarias se convierten en enfermedades reales.»

No exageremos las cosas. La superiora debe ser para las enfermas, para las achacosas, las enfermizas, inmensamente madre. Su deber es no escatimar nada para curar, aliviar, cuidar á aquellas de sus hijas que padecen; debe llevar aún la condescendencia y la bondad hasta el punto de tener *realmente compasión* de las enfermedades imaginarias, y procurar curarlas redoblando su afecto, su cariño (á menudo éste es el único remedio); pero sepa también la religiosa que debe hacerse superior á esas pequeñas miserias inherentes á la naturaleza, que generalmente se pasan pronto cuando se las desprecia. Sobre todo no debe preocuparse con *una enfermedad que pueda tener*; que no mire una hora de insomnio como el preludio de una gran enfermedad; si es ingenua, irá á decir á la superiora la molestia ó indisposición que siente, como un niño se lo dice á su madre, y se dejará tratar aceptando el alivio que le

ofrezcan; y si el buen Dios permite que no se tenga con ella la piedad afectuosa que tenía derecho á esperar, irá á decirselo al buen Dios, pero á nadie más que al buen Dios. ¿Cree que Dios no sabrá reconvenir á quien lo merezca?

### Devoción exagerada ó singular.

Es éste un verdadero manantial de trastorno y de división en una comunidad. ¿Cuándo se hará comprender á las religiosas que toda *santidad, su santidad personal*, está vinculada en la simple observancia de su regla? *Todo*; pero *ni más ni menos*.

La singularidad en la devoción es el defecto más tenaz y más nocivo, sobre todo cuando forma un *partido* ó un simple grupo que se cree más piadoso que el resto de la comunidad. Imagínanse que Dios las llama á mayor perfección; multiplican las prácticas de devoción fuera de regla; se quedan en la iglesia más tiempo que las demás; parécenles que hay mucha relajación en la comunidad; afectan en seguida un exterior más grave, más humilde, más reservado; como quien no dice nada, vituperan indirectamente la conducta de los superiores que rehusan una comunión extraordinaria; piden con insistencia más prácticas de piedad, y murmuran del confesor que procura mantenerlas en la humildad.

Escuchad á san Francisco de Sales: «Si yo fuese religiosa, dice á una hermana, me parece que obraría así: no pediría nunca comulgar

más á menudo que la comunidad; no pediría nunca permiso para llevar el cilicio, ni la cadencia, ni el cinturón, más que las demás; ni pretendería hacer ayunos extraordinarios, ni disciplinas, ni ninguna otra cosa; me contentaría con seguir á la comunidad en todo y por todo. Si fuese robusta, no comería cuatro veces al día; pero si me mandaran comer cuatro veces, lo haría sin decir nada. Si fuese débil y no me dieran de comer más que una vez al día, no comería más que una vez al día, sin pensar si estoy débil ó no.

»Yo quiero pocas cosas, y lo que quiero lo quiero muy poco; tengo muy pocos deseos, pero si volviese á nacer no tendría ninguno. Si Dios viniera á mí, yo también iría á El. Si El no quisiera venir á mí, me estaría quedado y no iría á El. Digo, pues, que no hay que pedir ni rehusar nada, sino entregarse en manos de la divina Providencia, sin dejarse llevar por ningún deseo, sino querer todo lo que Dios quiere de nosotros.»

Sea ésta la regla de vuestra conducta, y tened presente que la vía común es siempre la más segura.

### Amistades particulares.

Son nocivas al alma, porque arrastran poco á poco á la *sensualidad*. Hablaremos de eso en la segunda parte. Perjudican á la *comunidad* en cuanto son injuriosas á las otras hermanas, á quienes al parecer *se desprecia*, dejándolas á un lado; porque destruyen la caridad, excitan

los celos y son para muchas hermanas así unidas semillero de innumerables faltas. *Falta de silencio*, por de pronto; ¿cómo no hablar y no hablar en secreto? *Falta de obediencia*; se les ha prohibido el estar juntas, y andan siempre buscando ocasiones de encontrarse solas. *Falta de pobreza*; ¿acaso es posible que no se hagan algún regalito, que no trabajen, siempre á escondidas, la una para la otra? *Falta de respeto á los superiores*; ¿es posible que dejen de comunicarse las prohibiciones que se les han hecho, que no las encuentren injustas, que no acusen á sus compañeras de chismosas? *Falta de espíritu interior*; Dios no habita en los corazones que toman por amistad lo que no es más que pasión.

#### Frecuentación de los locutorios y curiosidad de saber noticias.

Las gentes del mundo que quieren hacer el elogio de una religiosa, dicen: *va muy poco al locutorio*; y cuando quieren expresar la poca estima en que tienen á una comunidad, dicen: *los locutorios están siempre llenos*.

¿Cuál es la religiosa que, después de haber estado una hora en el locutorio, ha podido decir delante del buen Dios: *he vuelto más santa?*

El locutorio hace perder el tiempo; el locutorio disipa; el locutorio infunde el espíritu del mundo, y algunas veces, haciéndolo desear, debilita la vocación. El locutorio es manantial de muchas tentaciones.

La curiosidad por saber noticias causa también inmenso perjuicio al espíritu de una comunidad. Absteneos severamente de leer diarios, cualesquiera que sean, libros fútiles, revistas periódicas. No *leáis nada* sin permiso, y pedidle pocas veces. ¡Oh! ¡Si tuvierais amor á vuestro empleo, todos vuestros pensamientos, todas vuestras lecturas se encaminarían á adquirir más aptitud para desempeñarlo!

### III

#### Malos espíritus que pueden insinuarse en una comunidad.

¿Sabéis los efectos que puede producir entre los miembros de una comunidad el hábito de las faltas que acabamos de enumerar?

He aquí la lista, que os parecerá larga, pero que no es más que la indicación de los *diferentes espíritus, espíritus malos*, que el demonio viene á poner poco á poco en lugar del espíritu de *abnegación y de paz*.

Esta lista os servirá de *espejo* para conocer la menor *mancha* tan pronto como se muestre, y os ayudará á hacerla desaparecer en seguida, acercándoos más al buen Dios *con el auxilio de la oración*, y aplicándoos con más interés al cumplimiento de vuestro deber actual.

Espíritu de *ambición*, que procura tener un empleo más elevado que el que tiene por obediencia: á este fin adula á los superiores, denigra delicadamente á las compañeras y se

vale de todos los medios para mostrar sus talentos.

Espíritu de *charla*, que habla en todas partes, habla de todo, que lo sabe todo, se entromete en todo, y generalmente llena la casa con el ruido de su voz, que nunca sabe moderar.

Espíritu de *mal humor*, que cuando se le hace alguna advertencia permanece uno ó dos días sin abrir la boca; se muestra á todos con rostro sombrío y melancólico, llegando hasta el punto de no querer tomar alimento.

Espíritu de *crítica*, que censura todo lo que se hace, y quiere pasar por instruido é inteligente, encontrando faltas en todo. Ni aun los superiores se libran de su mala lengua, y sus compañeras le temen y huyen de él. Está descontento de todo; tan pronto encuentra detestables los alimentos, como la casa; ya le parecen groseros los que viven en su compañía, ya encuentra pesado su empleo, ó ya es la comunidad entera quien necesita de reforma.

Espíritu de *capricho*, que no puede permanecer nunca dos días en el mismo estado y con las mismas ideas; que pasa con increíble facilidad del amor á la indiferencia, de la indiferencia al aborrecimiento; que pide un empleo con grandes instancias, y un mes después no puede ya desempeñarlo y rehusa continuar en él.

Espíritu de *curiosidad y de indiscreción*, que quiere saberlo todo; que para conseguir sus fines comete una infinidad de indiscreciones, espiondo, escuchando, preguntando, leyendo hasta las cartas que no se le han dirigido, con-

tándolo todo á su gusto, complaciéndose en estar siempre enterado de todo.

Espíritu de *disipación*, que se ríe de todo y por todo; que procura distraer en todas partes, y algunas veces aun en la capilla; que se chancea hasta de las cosas más serias; que está casi siempre distraído, y ordinariamente encuentra largos todos los rezos.

Espíritu de *entusiasmo*, que se prenda de todo lo que se le muestra rodeado de algún brillo. Lo nuevo, lo extraordinario, atrae súbitamente sus simpatías; una devoción nueva es á sus ojos la devoción por excelencia; una práctica de piedad que no conocía le hace casi abandonar los actos de comunidad. Se apasiona, sobre todo, por lo que es extraordinario; las revelaciones, las vidas milagrosas, todo lo acepta sin reflexión. Las lecturas diarias, las predicaciones ordinarias lo dejan frío é insensible: necesita siempre algo nuevo.

Espíritu de *inconstancia*, que se fastidia casi de todo, que no vive nunca en lo *presente*, sino siempre en lo *por venir*.

La monotonía de la regla casi le hace enfermar, y si no le fuera permitido pensar que pronto cambiará todo, no se podría sostener. Sueña constantemente con otra casa, con otro superior, con otro empleo.

Espíritu de *independencia*, resultado de un gran orgullo, que siempre está dispuesto á la murmuración; que se somete, es verdad, pero interiormente llega hasta el desprecio de las personas que le mandan, y de las que trabajan con él, considerándose muy superior á todos,

ya por su inteligencia, ya por su discreción, ya por su piedad ilustrada. Ni aun se somete al confesor.

Espíritu de *flojedad* y de *molición*, ante todo amigo de sus comodidades. Necesita los más minuciosos cuidados, las precauciones más delicadas, las atenciones más que maternas, y en cuanto se le rehusan ó se tarda en concedérselos, levanta el grito.... Su divisa es, *lo menos posible*, y los empleos ú ocupaciones que molestan algo son motivo perpetuo de incesante murmuración.

Espíritu de *mentira* y de *dobleza*, que no va nunca por el camino *recto*, ni cuando contesta á las preguntas que se le hacen, ni cuando pide las cosas que desea. Siempre teme que se vea su alma con demasiada claridad. ¿Es que tiene siempre algo que ocultar? No sabe decir *si* sencillamente. Nunca cree que se le habla con sinceridad.

Espíritu de *sensualidad* y de *inmortificación*, que procura satisfacer sus gustos, sus apetitos, sus inclinaciones, su curiosidad; que huye de todo lo que exige un poco de abnegación; que teme una corriente de aire; se queja de una puerta abierta; murmura habitualmente del alimento; no puede sufrir que nadie se mueva á su alrededor, y exige siempre los mejores sitios, los vestidos más nuevos, las palabras más dulces.

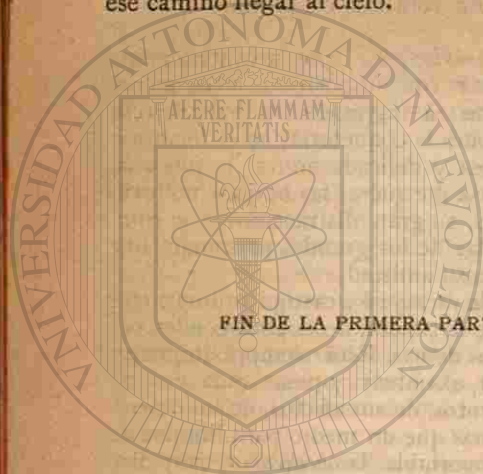
Espíritu de *simpatía* y de *antipatía*, siempre exagerado en sus afectos ó en sus repugnancias. Ama ó detesta súbitamente, sin otra razón que el sentimiento que le mueve; de ahí

amistades particulares, prevenciones á cada momento, repulsas, palabras picantes. De ahí también súbitas variaciones: ya ama, ya no ama; turbación continua en el alma y en el corazón.

Espíritu *aseglarado*, que instintivamente procura agradar con su porte, con sus modales y palabras; á través de sus hábitos religiosos se ostenta la coquetería; en el locutorio afecta graciosa y delicada finura; le gusta saber lo que pasa por fuera; las noticias políticas son su recreo, su gran distracción, y se complace en hablar de los grandes personajes que le honran con su amistad.

Espíritu de *escrúpulo*, castigo ordinario de la flojedad, de la tibieza, de la poca condescendencia con los demás. Está siempre inquieto; quiere contar, examinar y pesar cada uno de sus pensamientos, de sus afectos, de sus deseos. No tendría más que un medio para librarse de ese yugo insoportable: la *obediencia*; pero dice que no *puede* obedecer, y así vive molesto y contrariado, descuidando sus comuniones y siendo una carga para sí mismo y una carga para todos. ¡Pobre alma religiosa que se apartó de Dios voluntariamente, y de quien Dios se aleja ahora, dejándola entregada á sí misma! No hay duda que Dios volverá, pero no será hasta que ella se haya humillado completamente, hasta que haya comprendido que *no sabe nada*, que *no vale nada*, que *no puede nada* y que *tiene necesidad de las oraciones de todos, de los consejos de todos, de la caridad de todos*.

Ahí debéis llegar todas, religiosas, que deseáis ser útiles á la gloria de Dios, alcanzar la perfección que Dios exige de vosotras, y por ese camino llegar al cielo.



FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE SEGUNDA

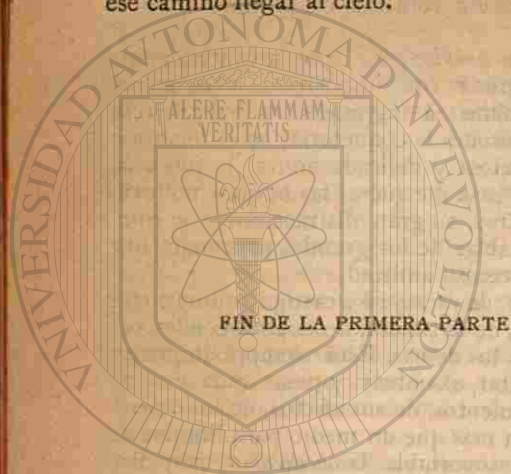
OBLIGACIONES DEL ESTADO RELIGIOSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ahí debéis llegar todas, religiosas, que deseáis ser útiles á la gloria de Dios, alcanzar la perfección que Dios exige de vosotras, y por ese camino llegar al cielo.



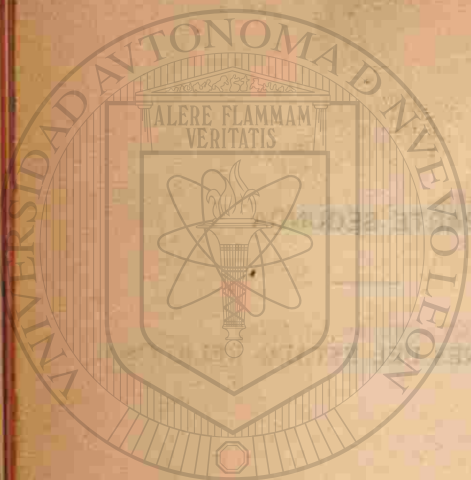
PARTE SEGUNDA

OBLIGACIONES DEL ESTADO RELIGIOSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





APROBACIÓN

DE

S. E. MONS. HASLEY

ARZOBISPO DE AVIÑÓN

(Carta al autor.)

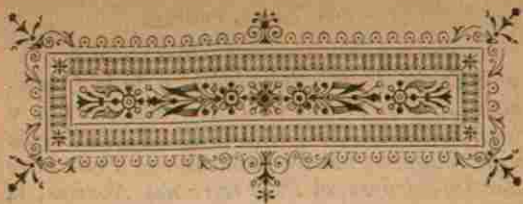
Mi querido Abate:

Creo que no será solo en alegrarme por la aparición de este nuevo volumen. Las almas religiosas que han saboreado la *Primera parte* del LIBRO DE LAS PROFESAS meditarán con no menor consuelo y fruto esta *Segunda parte*, en donde encontrarán expuestos, como vos sabéis hacerlo, es decir, de una manera excelente, sus santos deberes. Creo, pues, interpretar fielmente sus sentimientos dándolos las gracias en su nombre por este nuevo alimento que ofrecéis á su hambre espiritual; y para animaros á no dejar ociosa vuestra fecunda pluma en tan

provechosa tarea, me atrevo á añadir: *qui edent.... adhuc esurient.*

Recibid, querido Abate, mis sinceras felicitaciones y la expresión de mi afectuosa amistad.  
Aviñón 13 de Agosto de 1880.

† FRANCISCO-EDUARDO,  
arzobispo de Aviñón.



### APROBACIÓN

DE

S. E. MONS. TERRIS

OBISPO DE FREJUS Y TOLÓN

(Extracto de una carta al autor)

A la aprobación de vuestro *Sumario de la Doctrina Católica* me apresuro á unir, querido canónigo, á lo menos recordándolos, los elogios que merecen vuestras antiguas publicaciones, tan felizmente difundidas. ¿Quién no conoce vuestras deliciosas *Paillettes d'or*, periódicamente sembradas hace años por todos los vientos del cielo, y derramando su luz bajo tan diversos horizontes? ¿Y la *Science du ménage*, y el *Livre de la jeune fille au Pensionat et en vacances*, y el *Livre des enfants qui se préparent à la première Communion*, y las *Petites vertus et les petits défauts de la jeune fille*,

y el *Traité de style épistolaire*, y de la *Composition littéraire*? En un orden más elevado, y penetrando en las santas profundidades de la vida religiosa, habéis publicado el *Petit livre des Supérieures*, el *Petit livre des Novices*, la *Direction spirituelle à l'usage des communautés*, y en último lugar, si no me engaño, el *Livre des Professes*, que nos complacemos en recomendar á nuestros conventos, y cuyo último volumen espero no nos haréis esperar. No quiero olvidar el *Livre des garde-malades*, que os ha valido, como obra científica de medicina, una excelente carta de un antiguo interno de los hospicios de Tolón. Vuestras obras, mi querido canónigo, no son sólo *Pajitas*, sino que forman, bajo el modesto velo del anónimo, verdaderas *gavillas* de oro. Yo siento verdadero placer en atarlas hoy con el lazo de la antigua amistad de un discípulo que, elevado á la dignidad de obispo, se considera muy feliz al enviaros, con su mejor bendición, la seguridad de su afectuosa estimación y de su sincera amistad en N. S.

Frejus 29 de Abril de 1882.

† FERNANDO,

obispo de Frejus y Tolón.



## PARTE SEGUNDA

### OBLIGACIONES DEL ESTADO RELIGIOSO

#### I

Las obligaciones del estado religioso podrían estudiarse en el *punto de vista canónico*, y en este caso examinaríamos con todos sus pormenores:

1.º Las obligaciones que nacen directamente de los *votos de religión* y las que se desprenden de estos votos.

2.º Las obligaciones anexas á ese estado además de los tres votos, tales como el rezo del Oficio, la observancia de la clausura, etc.

3.º Cómo pueden modificarse esas obligaciones ó cesar por completo.

Este plan, tan metódico y tan útil para ilustrar y para guiar al alma religiosa, no es el que vamos á seguir.

Hablaremos, sí, de todas las *obligaciones* que acabamos de enunciar; pero nuestro objeto es, al mismo tiempo que instruir, procurar sobre todo *mover* la voluntad hacia el amor al deber.

*Doblegar* el carácter para hacerlo dócil á la dirección que los superiores quieran darle.

*Fortificar* el alma contra las tentaciones; el corazón y el espíritu contra las ilusiones.

Adoptaremos, pues, una división que se preste más al objeto que nos proponemos.

Una sola palabra resume todas las obligaciones que impone el estado religioso, estado tan noble y magnífico que cuantos en él son admitidos vienen á formar muy especialmente el *caudal propio de Dios*, y la Iglesia los llama con el mismo nombre que da á los vasos de oro que sirven para el santo Sacrificio: *consagrados á Dios*. Esta palabra es la palabra *amar*.

Si, *amar á Dios*; y por orden de Dios, y unido á Dios, y bajo la dirección de Dios, y de la manera y en la medida que Dios quiere, *amar al prójimo*, encierra *todas las obligaciones del estado religioso*, porque sólo amando á Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, puede una persona decir realmente que *pertenece á Dios* y que está *consagrada á Dios*.

El amor de Dios es lo que ha inducido al alma á abrazar la vida religiosa; y ciertamente ha sido preciso que este amor fuese muy fuerte para obligar á una joven á retirarse del mundo, á renunciar á su voluntad y, sobre todo, á dejar á su padre y á su madre!

El amor de Dios es lo que ha inspirado la resolución de hacer esos *votos de religión* tan

formidables á la naturaleza, pero tan dulces al corazón amante, y hace también que se renueven cada año con nuevo fervor.

El amor de Dios es el que sostiene, anima é induce á sacrificarse siempre.

Entibiad ese amor, y haréis de la vida religiosa una vida privada de encantos, privada de goces, una vida que, poco á poco, se hace insoportable; conservadlo en toda su extensión, y entonces todo es reposo, armonía, suavidad.

El alma religiosa que ama á Dios está unida á Dios, y Dios está unido á ella. La voluntad de esta alma no se aparta de la de Dios; lo que El quiere, ella lo quiere; lo que El ordena, ella lo hace; lo que El prohíbe, ella lo evita; lo que El permite, ella lo acepta con alegría.

Las almas religiosas que están siempre unidas á Dios, se aman entre sí, porque cada cual ve en la otra á *una hija de Dios*, y esta idea engendra en todas un perpetuo sentimiento de respeto, de cariño, de compasión y de abnegación. Cada cual tiene el amor siempre perenne de la madre para con su hijo, de la hermana mayor para con su hermanita menor, del hijo bondadoso para con su madre, del amigo generoso para con su amigo.

Esto es el reino de Dios: hacer la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. <sup>®</sup>

*Amar* es, pues, la obligación por excelencia que tiene la religiosa, y los votos de religión inspirados por el amor no tienen otro objeto que el de inclinar al alma con más seguridad y á la fuerza, por decirlo así, á amar á Dios y al prójimo.

«La esencia de la perfección cristiana, dice santo Tomás, consiste en el amor de Dios y en el amor del prójimo.»

«El fin del estado religioso, añade el mismo doctor, es la perfección del amor.»

«Oigo hablar mucho de perfección, dice san Francisco de Sales, pero veo muy pocas personas que la practiquen. Cada cual se la forja á su modo. Unos la hacen consistir en la austeridad de los vestidos; otros en la de la comida; éstos en la frecuencia de Sacramentos; aquéllos en cierta especie de contemplación pasiva y eminente, y esotros en esas gracias que se llaman *gratuitas (gratis datae)*; y todos ellos se engañan, tomando los medios ó los efectos por la causa. Por mi parte, no sé ni conozco otra perfección que *amar á Dios de todo corazón y al prójimo como á sí mismo*; cualquiera otra perfección sin ésta, es falsa perfección.....; aquélla es el fin de toda consumación y la consumación de todo fin.

»El verdadero secreto para llegar á este amor, es *amar*; pues así como se aprende á estudiar estudiando, á hablar hablando, á correr corriendo, á trabajar trabajando, también se aprende á *amar á Dios y al prójimo amándolos*, y se engañan los que siguen otro camino (1).»

(1) El amor de que habla san Francisco de Sales, y de que hablaremos en este libro, no es aquel *sentimiento tierno y afectuoso* que, residiendo en la sensibilidad, conmueve todo el sér por entero, ni aquel *ardor* que exalta, que, por el objeto amado, quiere empujarlo todo, sacri-

## III

Mas para amar á Dios y al prójimo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, hay obstáculos que vencer:

*Obstáculos* por parte de nuestra naturaleza, maleada por el pecado original, que nos ha hecho sobre todo *egoístas*.

*Obstáculos* por parte del demonio, ocupado sin cesar en impedir la unión del alma con Dios, que es *el fin del amor*, y que para conseguir su objeto se sirve aún de las criaturas más santas, hacia las cuales nos inspira simpatías capaces de corromper nuestro corazón, ó antipatías que alejan del prójimo, y por consiguiente, de Dios.

De suerte que para amar, es decir, para *sacrificarse y entregarse* es preciso *luchar*.

De ahí la segunda obligación: *Combatir*.

ficarlo todo; pero que se consume y extingue después de algunos esfuerzos inútiles, porque no guardan proporción con nuestra naturaleza débil é impotente.

Este amor reside sobre todo en la *voluntad*.

Consiste en una *estimación soberana* de Dios, dándole el primer lugar en los afectos del corazón.

Consiste en una *adhesión fiel* á la ley de Dios, que dispone el alma á obedecer á Dios, á servirle y á posponer siempre á su ley cualesquiera ventajas temporales incompatibles con ella.

Consiste en una *disposición permanente*, por la cual preferimos exponernos á perder nuestro reposo, nuestro bienestar, nuestra propia vida, antes que renunciar un solo instante á la amistad de Dios.

## IV

No se trata el combate con enemigos tan encarnizados y tan difíciles de vencer, como son *nuestra naturaleza y el demonio*, sin que el alma, ya que no reciba siempre heridas, á lo menos no sienta *cansancio, fatiga, desalientos* á veces horribles, *angustias* algunas veces desgarradoras, de donde resultan *padecimientos* que es preciso aceptar con valor, con paz y resignación.

De ahí la tercera obligación: *Padecer*.

## V

El que combate, el que padece, necesita de *fuerza para luchar, para resistir, para levantarse, para perseverar hasta el fin*, y esta fuerza no está, naturalmente, en nosotros; tiene su origen *en Dios, como principio*; en Dios, que ha prometido darla, pero á quien es preciso pedirla.

De ahí la cuarta obligación: *Orar*.

Esta fuerza tiene también su origen en nuestros *superiores, vicarios de Dios, depositarios para nosotros de la voluntad de Dios, de las luces de Dios, de los remedios de Dios*.

De ahí, por fin, la quinta obligación: *Obedecer*.

## VI

Cinco palabras indicarán, pues, todas las obligaciones de las religiosas y formarán la di-

visión de nuestro libro: *amar, combatir, padecer, orar, obedecer* (1).

Siendo nuestro objeto hacer, sobre todo, un *libro práctico*, hemos suprimido de nuestro primer trabajo varias páginas puramente teóricas; las que hemos conservado, las hemos escrito con la mayor claridad posible.

¡Quisiéramos, y lo pedimos humildemente á nuestro Señor Jesucristo, fuente de toda luz y de todo amor, á nuestro Señor Jesucristo, el divino esposo de las almas que se le han consagrado; quisiéramos que cada una de nuestras páginas comunicara á todas las que las leyeren un poco de *luz*, un poco de *fuerza* y un poco de *amor*!

## PRIMERA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

## A M A R

La primera obligación del alma consagrada á Dios; la obligación de donde, como ya hemos dicho, proceden todas las demás; la que bien comprendida y practicada, aunque con las imperfecciones inherentes á nuestra naturaleza,

(1) «Amar, padecer, morir, tal ha sido mi divisa al dejar á mis padres y á mis amigos», escribía hace algunos meses un misionero. *Amar á Dios, padecer por Dios, morir por Dios*. He aquí también la divisa de toda religiosa. *Orar, obedecer*, son medios para *amar, sufrir, padecer y morir en la paz de Dios*.

bastaría para hacer de toda comunidad una imagen, imperfecta sin duda, pero una imagen viva y animada del cielo; la que, en sentir de toda religiosa, es siempre ineludible, urgente, imperiosísima; la que por sus votos se ha comprometido á no violar jamás bajo ningún pretexto, es *la obligación de amar á Dios.*

Amar á Dios es *darse enteramente á Dios y á Dios solo;* es además *darse al prójimo* por orden de Dios, y de la manera y en la medida que Dios quiere, puesto que el alma que se ha dado no se pertenece ya, sino que pertenece á Dios.

Amar á Dios es darle *la voluntad* para querer, como El mismo lo quiere, el bien de Dios.

Es darle *la libertad* para dejarla bajo la dirección de Dios.

Es darle el poder *de obrar* para ponerle á la disposición de Dios.

Esta obligación *de amar á Dios* que los votos de religión han podido hacer comprender con más claridad y más fuerza, pero que no la han creado, está claramente expresada en estas palabras tan formales de Jesucristo: *Amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; éste es el primero y el mayor de los mandamientos. Y he aquí el segundo, que es semejante al primero: Amarás á tu prójimo como á ti mismo (1).*

(1) San Mateo, xxii, 37, 38 y 39. Amar á Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el entendimiento, es amarle por sí mismo y sobre todo; es estar en disposición de sacrificarlo todo, aun la misma vida, antes que

*Dios* ante todo, Dios amado por sí mismo, por su belleza, por su bondad, por sus perfecciones infinitas. Dios, de quien nos viene todo y á quien lo debemos dar todo sin excepción.

*El prójimo* después, amado porque Dios lo manda, y porque es la imagen de Dios, el hijo de Dios, el amigo de Dios, y porque amarle es

cometer el pecado mortal, que es esencialmente contrario á la caridad. El amor de Dios debe, pues, ser *supremo* en el sentido que acabamos de indicar, pero puede ser *supremo* sin ser tan fuerte, tan ardiente, tan intenso como podría serlo en absoluto. «El amor de Dios en la tierra, dice santo Tomás, es susceptible de aumento, y los que aman de veras á Dios de todo corazón y sobre todo, pueden en la tierra amarle siempre más. La religiosa no tiene, en rigor, otro deber que el de aspirar á ese *supremo amor*, y los tres votos de religión son un medio para conseguirlo; pero el reconocimiento que debe á Dios por las gracias especiales que le ha concedido, ¿no es un estímulo para amarle más que los simples cristianos?»

«La caridad es perfecta en el que ama, dice santo Tomás, cuando ama tanto como puede amar.

«Es perfecta cuando todo nuestro corazón está siempre incesantemente elevado á Dios; pero esta perfección no es posible en la tierra, en donde por nuestra flaqueza, y por las necesidades de la vida, el hombre no puede pensar en Dios de continuo, ni ofrecerle siempre actualmente su corazón.

«En segundo lugar, la caridad es perfecta cuando el alma se sacrifica enteramente á Dios y se consagra á las cosas divinas, dejando á un lado todo lo demás, en cuanto lo permite la presente vida; esta perfección es posible en este mundo, aunque no la alcanzan todos los que tienen caridad.

«La caridad, en fin, es perfecta en aquellos cuyo corazón está habitualmente unido á Dios de suerte que no piensan ni quieren nada contrario al amor divino; ésta es la perfección común á todos los que tienen la caridad.» (Sum., 2.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, q. 24. 8.)

complacer á Dios; pero amado por Dios, por respeto á Dios, en unión con Dios; de suerte que si ese prójimo amado nos hiciera, no digamos *olvidar totalmente á Dios*, sino *dejar voluntariamente á Dios* un solo instante y violar con deliberación, siquiera sea en materia leve, un mandamiento de Dios, tal *amor sería culpable*.

Este mandamiento obliga á todos los cristianos, á todos sin excepción; el discípulo de Jesucristo debe poder decir con toda sinceridad siempre, en todo tiempo y á toda hora: *Dios mio, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y sobre todas las cosas*. Mas los que viven en el mundo, ¡cuántas dificultades no encuentran para cumplir este deber del amor de Dios sobre todas las cosas, aun en lo que es de rigurosísima obligación!

Precisamente porque habéis comprendido las dificultades que nacen del aliciente de las criaturas y de la debilidad de vuestro corazón, vosotras, almas más generosas que las demás, y también más amadas de Dios, habéis dejado el mundo y os habéis encerrado en la soledad para cumplir en toda su extensión el precepto del amor de Dios y del prójimo; y para *inhabilitaros de poder amar nunca á otro fuera de El*, os habéis querido ligar con los más fuertes lazos, cuales son los *votos de religión*.

Para haceros comprender en toda su extensión, en toda su grandeza, en toda su hermosura esta dulce *obligación de amar á Dios*, escribimos estas humildes páginas ante una imagen de Jesús crucificado por nuestro amor.

Vamos á tratar separadamente de la obligación de amar á Dios y de amar al prójimo, sobre todo en lo que tiene de especial para las religiosas, y expondremos:

- 1.º Los motivos del amor debido á Dios y al prójimo.
- 2.º Los caracteres del amor debido á Dios y al prójimo.
- 3.º La práctica del amor de Dios y del amor del prójimo.
- 4.º Las recompensas del amor á Dios y al prójimo.

## CAPÍTULO PRIMERO

### LA RELIGIOSA DEBE AMAR Á DIOS

#### ARTÍCULO PRIMERO

##### Motivos del amor debido á Dios.

La religiosa debe amar á Dios:

- 1.º *Porque Dios lo merece por sí mismo.*
- 2.º *Porque Dios ha sido bueno con ella.*
- 3.º *En fin, porque es religiosa.*

#### I

Dios merece que le ames.

Dios merece que le ames porque es el *bien supremo*.

¡*Bien supremo!*, es decir, que posee todas



complacer á Dios; pero amado por Dios, por respeto á Dios, en unión con Dios; de suerte que si ese prójimo amado nos hiciera, no digamos *olvidar totalmente á Dios*, sino *dejar voluntariamente á Dios* un solo instante y violar con deliberación, siquiera sea en materia leve, un mandamiento de Dios, tal *amor sería culpable*.

Este mandamiento obliga á todos los cristianos, á todos sin excepción; el discípulo de Jesucristo debe poder decir con toda sinceridad siempre, en todo tiempo y á toda hora: *Dios mio, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y sobre todas las cosas*. Mas los que viven en el mundo, ¡cuántas dificultades no encuentran para cumplir este deber del amor de Dios sobre todas las cosas, aun en lo que es de rigurosísima obligación!

Precisamente porque habéis comprendido las dificultades que nacen del aliciente de las criaturas y de la debilidad de vuestro corazón, vosotras, almas más generosas que las demás, y también más amadas de Dios, habéis dejado el mundo y os habéis encerrado en la soledad para cumplir en toda su extensión el precepto del amor de Dios y del prójimo; y para *inhabilitaros de poder amar nunca á otro fuera de El*, os habéis querido ligar con los más fuertes lazos, cuales son los *votos de religión*.

Para haceros comprender en toda su extensión, en toda su grandeza, en toda su hermosura esta dulce *obligación de amar á Dios*, escribimos estas humildes páginas ante una imagen de Jesús crucificado por nuestro amor.

Vamos á tratar separadamente de la obligación de amar á Dios y de amar al prójimo, sobre todo en lo que tiene de especial para las religiosas, y expondremos:

- 1.º Los motivos del amor debido á Dios y al prójimo.
- 2.º Los caracteres del amor debido á Dios y al prójimo.
- 3.º La práctica del amor de Dios y del amor del prójimo.
- 4.º Las recompensas del amor á Dios y al prójimo.

## CAPÍTULO PRIMERO

### LA RELIGIOSA DEBE AMAR Á DIOS

#### ARTÍCULO PRIMERO

##### Motivos del amor debido á Dios.

La religiosa debe amar á Dios:

- 1.º *Porque Dios lo merece por sí mismo.*
- 2.º *Porque Dios ha sido bueno con ella.*
- 3.º *En fin, porque es religiosa.*

#### I

Dios merece que le ames.

Dios merece que le ames porque es el *bien supremo*.

*¡Bien supremo!*, es decir, que posee todas

las perfecciones en el más alto grado posible, que las posee de sí mismo y por sí mismo, y que sus perfecciones son *infinitas* en número, *ilimitadas* en extensión, *inagotables* en sus manifestaciones.

¡*Bien supremo!*, es decir, ser infinito, inmenso, eterno; infinitamente superior á toda perfección, á toda excelencia, á toda grandeza concebible á un espíritu creado; superior á toda sustancia, á todo poder, á toda sabiduría, á toda luz, á toda belleza, á toda santidad, á toda justicia, á toda bondad, á toda beatitud, á toda gloria, ¡de suerte que Dios no es, propiamente hablando, *nada de todo esto*, sino que es *infinitamente más grande, más elevado, más bello, más excelente que todo esto!*

¡*Bien supremo!*, es decir, que lo posee *todo* por sí mismo; de suerte que ni en el cielo, ni en la tierra, ni en ningún ángel, ni en ningún hombre, ni en ninguna criatura, por muy grande y muy elevada que sea, ni aun en la misma Santísima Virgen, hay *un solo bien* que no venga de Dios; de suerte que todo lo que yo llamo *bien* en las criaturas, no es más que una gracia de Dios; todo lo que llamo *bondad*, no es más que un rayo salido del corazón de Dios; todo lo que llamo *belleza*, no es más que un reflejo de la gloria de Dios; todo lo que llamo *santidad*, no es más que una imagen muy débil de la santidad de Dios (1)!

(1) Si encontráis acá en la tierra *la grandeza y la majestad*, están en Dios; *la vida y la fecundidad*, están en Dios; *la inteligencia y la sabiduría*, están en Dios; *el poder*

¡*Bien supremo!*, es decir, tesoro infinito é inagotable de todo bien; que está derramando *continuamente*, pero sin jamás disminuirse ni empobrecerse; derramando, digámoslo así, *necesariamente*, pero sin coacción, y por efecto de su naturaleza, que siendo el *bien por excelencia*, es por sí misma generosa, comunicativa, *difusa* como dicen los teólogos; derramando la vida, la fuerza, la belleza, la misericordia, la luz, así como una fuente que está siempre vertiendo sus aguas límpidas y, sin embargo, permanece siempre redundante y siempre fecunda; derramando todo esto sobre las criaturas que tienen su origen en El, y que reciben del divino tesoro cada cual según las necesidades de su naturaleza; pero las derrama algunas veces con tal profusión, que el alma que se llega á El por la inocencia y la oración, el alma que se une á El por el amor, queda tan colmada de luz, de gracia, de paz, que parece no ser más que *uno* con Dios!

— Dejad, dejad á vuestra inteligencia, á vuestra imaginación, á vuestro corazón, dejadlos exaltarse cuanto sea posible. Todo cuanto grande y bello hubiereis creado; todo cuanto noble y puro hubiereis amado; todo cuanto bueno, compasivo, generoso, misericordioso os hubiereis deseado....., todo eso purgado de toda imperfección, elevado más alto que la

y la libertad, están en Dios; *la justicia, la caridad, la benevolencia, la misericordia*, están en Dios; todos los bienes imaginables están en Dios: *Bonus est Deus et omnibonus et superbonus.* (P. Monsabré.)

tierra, elevadlo hasta lo infinito, y empezareis á comprender lo que es Dios!

¡Oh! ¡si pudiéramos transcribir aquí las hermosas páginas que han escrito los santos sobre el ser de Dios, sobre la santidad, sobre la grandeza, sobre la amabilidad divina (1)! Y, sobre todo, ¡si pudiéramos haceros sentir lo que ellos han sentido, y haceros ver lo que ellos han visto! Os diremos únicamente, á vosotras religiosas, que, por lo mismo que sois religiosas, habéis sido cautivadas por el amor de Dios y tenéis luces especiales para conocer á Dios: id delante del Santísimo Sacramento, y de rodillas repetid muy despacio estas palabras del *Gloria in excelsis*: *Tu solus Deus! Tu solus Dominus! Tu solus altissimus! Laudamus te! Benedicimus te! Adoramus te! Glorificamus te! Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam!* Y lo que sintáis, si es puro vuestro corazón, os dirá mejor que toda humana palabra lo que es Dios en sí mismo.

No es posible hablar de este Dios tan grande, tan santo, tan bueno, sin sentirse arrastrado á amarle. ¿Acaso el espíritu y el corazón no se sienten forzosamente atraídos y arrebatados por la belleza y por la bondad?

(1) Indicamos sólo este texto de san Agustín: *Tu es, Domine, summa essentia, summa vita, summa salus, summa veritas, summa bonitas, summa eternitas, summa magnitudo, summa pulchritudo, summa beatitudo, summa immortalitas, summa unitas, summum bonum in quo omnia bona continentur, imo quod est omne et unum et totum et solum bonum!*

Para amar á Dios basta pensar en El y entrever algo de lo que es.

## II

Las bondades de Dios exigen que le ames.

Dios merece que le ames porque *ha sido bueno, infinitamente bueno para ti.*

Aquí sólo indicaremos las bondades divinas que se han manifestado en tu vocación, y te diremos: *Dios debe ser el objeto de tu amor porque te ha llamado á la vida religiosa, y para esto ha debido prodigar milagros de infinita bondad.*

Bondad para *elegirte* entre otras muchas jóvenes que conoces, y que, por ventura, eran más piadosas que tú. ¿Por qué á *ti* más bien que á *otra*? ¿Qué cosa grande y buena has hecho? ¿En qué puedes ser útil á Dios mejor que otra?

Bondad para *solicitarte*; tú no entendías la voz de Dios, la rechazabas quizá como una voz importuna, y este combate entre el amor de Dios y tu resistencia ha durado quizá largos años; para vencerla, Dios ha tenido que hacer milagros. Observa si en tu vida de joven no hay algunos sucesos extraordinarios que por sí solos han podido decidirte á dejar á tus padres, á renunciar á un proyecto que acariciabas en tu corazón.

Bondad para *confiarte* al celo de un sacerdote piadoso—haciéndole, por ventura, venir de otra parte sólo para ti,—á quien has des-

animado muchas veces por tu poca generosidad, y á quien Dios ha sostenido siempre por una gracia especial.

Bondad para *esperarte*. Dios no se cansaba; y como no quería forzar tu voluntad, ha estado esperando á que, vencida por la gracia, y en cierta manera no pudiendo más, le dijeras: *¡Me rindo, heme aquí!*

Bondad para *perdonarte*. Acaso hayas cometido más pecados que la mayor parte de tus compañeras, á las cuales Dios no ha llamado; ¡quién sabe si con tus resistencias á la voz que te llamaba te habrás expuesto de propósito á peligro de pecar gravemente, pensando que Dios te dejaría en paz! Todo esto Dios lo ha perdonado.

Bondad para *preservar* tu inocencia en medio de todos los peligros que podían perderte. ¿Te acuerdas ahora de todos aquellos peligros que entonces te causaban tan poco temor? Peligros en las *amistades* que hubieran podido cautivarte, en las *conversaciones* que hubieran podido pervertirte; peligros en las *ocasiones* que hubieran podido hacerte vacilar, en los *ejemplos* que te hubieran arrastrado; peligros en el *lujo* que podía enervarte, en los *espectáculos* que podían afeminarte, en los *placeres* que podían contaminarte.

¡Oh! ¿no es verdad, hermana, que Dios ha sido muy bueno para ti antes de tu entrada en religión, y que debes amarle más que ninguna?

Dirige después una rápida mirada á las innumerables gracias que se te han prodigado en esta casa de Dios desde que eres religiosa.

*Gracias de luces* que te revelan la grandeza, y al mismo tiempo la dulzura de tus obligaciones y de tus esperanzas; las recompensas que Dios reserva á los sacrificios; las paternas bondades que Dios te prodiga á cada minuto.

*Gracias de consejos*, que Dios pone especialmente para ti en los labios de tus superiores cuando vas á ellos; en los labios de tus compañeras, aun cuando ellas sólo piensen en reconvenirte ó te respondan con palabras indiferentes; y, sobre todo, en los labios de tu *director*, á quien El mismo ha confiado la dirección de tu conciencia, y á quien tanto más ilustra con sus luces cuanto mayor es el espíritu de fe con que acudes á El. ¡Oh! ¡Cuán preciosa es esta gracia si supieras comprenderla bien, y si cada vez que te acercas á tu superiora ó á tu confesor, te dijeras: *¡Dios es quien va á habírmela!*

*Gracias de recogimiento*, que defendiéndote de la disipación del mundo, y haciéndote entrar dentro de ti misma, te hacen comprender la felicidad de la oración, del rezo, de la santa comunión, del pensamiento habitual de la presencia de Dios.

*Gracias de vigilancia* que recibes casi á cada hora del día, advirtiéndote que Dios te ve, que la campana es su señal, que las órdenes de tu superiora son sus órdenes, que tal conversación te disiparía, que tal afecto empañaría la pureza de tu alma.

*Gracias de buenos ejemplos*, que te sostienen, te animan, te estimulan, te contienen sobre todo. Cuando ves á tus compañeras, al-

gunas debilitadas por la edad y las enfermedades, tan asiduas al rezo, tan puntuales al primer sonido de la campana, ¿cómo te atreves á ser negligente? Cuando observas que algunas compañeras de temperamento más delicado que el tuyo no murmuran jamás del alimento, ó de la pobreza de su celda, ¿cómo osas tú soltar ni la más leve queja? Cuando, por último, ves que antiguas superiores se someten á pedir permiso, aun para cosas muy pequeñas, ¿cómo osas tú sustraerte á la obediencia?

*Gracias de remordimientos*, en fin, la más útil de las gracias, que no te permite estar *impunemente* ni un solo instante lejos del buen Dios; que te persigue en todas partes desde que te has permitido la más ligera falta voluntaria, y que acaba siempre,—á menos que, habiendo luchado largos meses contra tu conciencia, hayas conseguido imponerle silencio—acaba por conducirte humilde y arrepentida á los pies de tu superiora para decirle: *Quiero empezar de nuevo á ser santa.*

¡Oh! Permíteme que te repita una vez más: ¿no es verdad que Dios es *muy bueno* para ti, y que debes amarle con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas?

«Porque, después de todo, lo que nos debe causar admiración, dice el P. Fáber, no es que Dios nos ame con tal extremo, sino simplemente que *nos tenga amor*. Si consideramos lo que El es y lo que nosotros somos, ¿hallaremos ni un solo derecho á su amor? ¿Qué cosa hay menos amable, menos generosa y más ingrata que nosotros? Y, sin embargo, Dios nos ama, y

nos ama con exceso.... Amontona los beneficios sobre nuestras cabezas hasta que nos ve agobiados, por decirlo así, bajo su peso. Añade gracias á gracias hasta el punto de que en vano intentaríamos contarlas. Su ternura y su misericordia se renuevan para nosotros todas las mañanas, y después de todos estos favores en la tierra nos prepara en el cielo tal recompensa, como nunca la han visto los ojos, ni la han oído las orejas, ni el corazón ha podido jamás concebirla semejante.»

¡Oh Dios mío! ¡Cuán ingratos seríamos; cuán malos y empedernidos, si no os amáramos!

## III

El título de religiosa exige que ames á Dios.

Dios merece que le ames *porque eres religiosa*.

Ser religiosa es, según el más estricto sentido de la palabra, estar *ligada de nuevo* á Dios, unida á Dios con un nuevo lazo.

Lo que *une* entre sí á los seres racionales, es la *palabra* que mutuamente se dan. Esta palabra constituye un *contrato*, un *compromiso* y forma el lazo que ata una con otra dos voluntades.

El primer lazo entre el alma y Dios, se formó en el *bautismo* por aquellas formales palabras pronunciadas en nuestro nombre; palabras que más tarde, y de todo corazón, hemos renovado y ratificado: *Renuencio al demonio, y me uno á Dios para siempre.*

Como este *lazo* deja cierta libertad, de que fácilmente abusamos, les ha parecido á algunas almas que debian, según el consejo de Jesucristo, *unirse de nuevo* á Dios, y han hecho con Dios un nuevo contrato que añade algo al antiguo, y las fuerza á ser totalmente de Dios. Las palabras de este nuevo contrato dictadas por la Iglesia, intérprete de la voluntad de Jesucristo y garante de sus promesas, son los *tres votos de religión*.

Nada más preciso y más formal que las palabras de este contrato; expresan con claridad lo que quiere el alma deseosa *de ser de Dios, de servir á Dios, de glorificar á Dios*, y esto *para siempre*. No hay manera de dar dos explicaciones á esta fórmula tan sencilla: hago voto *de obediencia, de pobreza, de castidad*.

Nada *más voluntario y más libre* que este contrato; se ha hecho en una edad en que el desarrollo de la razón era muy capaz de comprender toda la extensión de este compromiso; se ha hecho con *reflexión*, después de haber estudiado el valor de los términos, su extensión, su duración; después de un *ensayo* de un año á lo menos, durante el cual se han practicado las obligaciones de este contrato; *en medio de personas* que cumplian las obligaciones de este contrato, y que estaban encargadas, no sólo de dirigirnos en el cumplimiento de estas obligaciones, sino también de no permitirnos contraerlas si hubiesen creído percibir, ó exaltación en nuestra imaginación, ó tibieza en nuestra voluntad, ó motivo natural en nuestro deseo.

Nada *más completo* que el dón hecho por medio de este contrato: por la *castidad* se despojan el corazón y los sentidos de todo lo que *podría* empañar, aun ligeramente, su pureza y hacerlos menos agradables á Dios; por la *obediencia* se despoja la voluntad de ese espíritu propio que le quitaría la docilidad necesaria para obedecer á sus superiores y ser empleada en lo que ellos juzgan más útil para la gloria de Dios; por la *pobreza* se despoja el espíritu de las preocupaciones materiales, á fin de dejarlo más libre para ocuparse en las cosas de Dios.

El que de esta manera se ofrece y entrega á otro, ¿podría hacerlo sin *amarle*? Y tal contrato, ¿no es un compromiso formal *de amar* á aquel con quien se hace?

Si en nuestro corazón se fuera amortiguando el sentimiento que nos ha inducido á darnos á Dios, bastaría recordar *este contrato*, que bajo ningún pretexto podemos ya romper, para decir: *Me he obligado á amar á Dios; amar á Dios ó ser perjuro*.

Dios, por su parte, se ha comprometido, no sólo, como lo hace con el alma cristiana después del bautismo, á no permitir que seamos tentados más de lo que permiten nuestras fuerzas, sino también á venir en nuestro auxilio siempre que le llamemos, á perdonarnos siempre que le pidamos perdón sinceramente, á darnos nuestro pan de cada día.... Dios se ha impuesto obligaciones al tenor de nuestra donación; nosotros nada nos hemos reservado; El nada se reserva; nos hemos dado enteramente á él; El se nos da enteramente.

Ved cómo recibimos en este mundo el céntuplo de lo que hemos dejado. Hemos renunciado á los *placeres del corazón*, y Dios hace que esos placeres los encontremos en una familia en donde todavía podrán decir con emoción nuestros labios: ¡*Madre mía!* ¡*Hermanas mías!* Nos los hace sentir más vivos á los pies del Tabernáculo, en donde Jesús se muestra más tierno, más afectuoso, más comunicativo; nos los hace probar hasta en los padecimientos, cuyo valor nos permite comprender; padecimientos que aceptamos con gusto porque nos hacen semejantes á Jesucristo, y que algunas veces hasta los llegamos á desear.

Hemos dejado *bienes terrenos*, y El hace que encontremos, sin inquietud y en abundancia, lo necesario á la vida, que proporciona más bienestar que lo superfluo, tan vivamente deseado, para ser muy pronto insoportable carga.

¡Y después en el cielo! ¡Ah! Si hay alguna recompensa que haga palpar el corazón del cristiano fiel, ¿cómo debe saltar de gozo, al acordarse del cielo, el corazón de la religiosa! A ella, que ha *dejado á su padre, á su madre, á sus hermanos, sus tierras, por seguir á Jesús*; á ella se le ha prometido formalmente *la vida eterna*.

Ahora una sencilla reflexión.

Las ventajas de ese contrato aceptado por Dios, todas son para *la religiosa*, porque, después de todo, Dios no tiene necesidad de ninguna de sus criaturas; y esa tan paternal condescendencia de Dios en llamarte á su servicio, en aceptar tus promesas, en correspon-

derte con las tuyas, ¿no exige reconocimiento y amor?

Y ¿no conoces que, si no amaras á Dios, caería sobre ti, para aplastarte por toda la eternidad, esta enérgica maldición de San Pablo: *Si alguno no ama á J. su Cristo, sea anatema!*

## ARTÍCULO 2.º

Carácter del amor que debemos á Dios.

Una sola palabra puede hacer comprender el verdadero carácter del amor que debe á Dios la *religiosa*, la palabra *docilidad*; palabra que expresa de una manera más enérgica y más apropiada al fin de la vida religiosa, la idea cristiana de la palabra *abnegación* (1).

(1) Parécenos que esta palabra resume prácticamente los diferentes caracteres que los autores reconocen en el amor debido á Dios. La Madre Chaugy habla así de santa Chantal: «El amor de esta bienaventurada madre era un amor *generosísimo*, desprendido, independiente de todos los gustos, sentimientos y placeres espirituales; amor *valeroso* para emprender grandes cosas por la gloria de Dios; amor *constante* en medio de la duración de los trabajos; amor *osado* en las dificultades; amor *sumiso* en las adversidades; amor *siempre unido* á la voluntad divina; amor *prudente y discreto*; amor *desprendido y desinteresado*; amor que la hacía vivir *completamente abandonada* á la Providencia; amor de sencilla *confianza*; amor de esposa y de hija que subsistía firmísimo y purísimo, y como conaturalizado con un temor casto y filial; amor *humilde* que la llevaba hasta el anonadamiento de sí misma para ensalzar á su Amado; amor que la había constituido en *perfecto olvido* de sí misma por el continuo recuerdo de Dios; amor de *conformidad* que la hacía regocijarse de:

Puesto que la religiosa se ha dado enteramente á Dios, Dios es *el propietario* de todo su sér.

Si Dios es *el propietario* de esta alma, puede *servirse* de ella para utilizarla en todo lo que pueda contribuir á su gloria.

Ahora bien: para que Dios pueda servirse del alma que se le ha entregado, es preciso que esa alma esté en sus manos como un *instrumento* fácil de manejar, dispuesto á prestarse á todos los deseos del dueño, doblándose, plegándose, enderezándose, moviéndose, parándose, dejándose transportar de acá para allá sin oponer ninguna resistencia.

Ved, almas consagradas á Dios, según estas pocas líneas, qué horizonte se abre ante vuestros ojos:

Dios, *dueño* que tiene derecho á pedirnos lo que juzga bueno para contribuir á su gloria.

Vosotras, *siervas* que tenéis obligación de

imitar á Jesucristo en su perfecta desnudez, de vivir entre angustias sobre el Calvario, desamparada sobre la cruz, no gustando más que hiel y vinagre en su interior, y algunas veces exteriormente innumerables desprecios y contradicciones. En resumen: este santo amor la hizo perseverar hasta el fin con una fidelidad siempre creciente en el servicio de Dios.»

¿No es todo esto la consecuencia del *dón completo* que el alma ha hecho de sí misma al Dios á quien ama, y cuyo amor tiene por carácter la *docilidad*?

Ser dócil, como lo recomienda san Francisco de Sales tan á menudo, es *doblegarse á todo y á todos*. Es tener en el carácter esa especie de blandura, fluidez, ductilidad que tiene el agua para adaptarse, sin estrépito y sin violencia, á la forma de todos los vasos en que se deposita, sin perder nada de su limpieza y claridad.

obedecerle siempre, de aceptar el empleo á que os destine, dejarlo ó volver á tomarlo según su voluntad; de morir, si así lo desea, en el caso de que ese empleo llegue á ser superior á vuestras fuerzas.

Dios, *obrero* que tiene el derecho de hacer por medio de vosotras, y con vosotras, todo lo que quiera.

Vosotras, *instrumentos* que tenéis la obligación de no oponer jamás resistencia, ni por el tiempo, ni por el mismo trabajo, ni por el modo del trabajo, ni por el lugar del trabajo; y que os debéis *gastar* hasta el último momento de vuestra vida.

Dios, *propietario* que tiene derecho sobre todo vuestro sér.

Vosotras *entregadas á El*, que tenéis obligación de dejaros tratar como El lo juzgue útil á sus designios. Por ejemplo, Dios puede querer que unas almas *expien* por otras; entonces podrá hacer de vosotras *víctimas* por las torturas del corazón, y vosotras, que sois *suyas*, aceptaréis estos padecimientos en silencio y aun con gozo.

¡Oh! No hay duda que esto sería horrible sujeción si no nos pusiera bajo la dependencia del *sér sabio y bueno* por excelencia, en una palabra, de Dios; mas bajo la dependencia de Dios, de Dios, á quien amas y de quien eres amada, ¿hay algo que temer?

Ante todo, vamos á decir *las exigencias ordinarias* de este buen amo, y luego manifestaremos cómo El mismo las hace fáciles.



## I

1. Dios quiere que *no nos entreguemos á las cosas exteriores* de manera que perdamos de vista que El es dueño de cuanto sucede y, sobre todo, de nuestro corazón. Apliquemos en hora buena toda nuestra inteligencia, toda nuestra industria, toda nuestra actividad, en llevar cada uno de los deberes que nos exige la regla de la comunidad y el empleo que se nos ha confiado; desempeñemos ese empleo con fidelidad, minuciosa y completamente; dejemos también que se abra nuestro corazón á los sentimientos del amor, del reconocimiento y de la compasión, pero no perdamos de vista la dulce mirada de Dios, que está fija sobre cada uno de nosotros, y que nos sigue con la solicitud y aun la celosa ternura de la madre, siempre temerosa de que su hija no la quiera un poco menos. Estar así bajo la mirada de Dios, no es muy difícil cuando se ama á Dios; la oración de la mañana, fiel y afectuosamente hecha, conduce poco á poco á este recogimiento.

2. Dios quiere que *no resistamos jamás á la gracia* que nos impulsa á cumplir un deber de caridad, á practicar un acto de obediencia, á aceptar humildemente una palabra ó un suceso desagradable, y sobre todo, á evitar una falta ó una ocasión de faltar.

3. Dios quiere que *aceptemos, sin perder la paz de nuestra alma*, el estado en que nos pone: *estado de enfermedad, estado de humillación, estado de desgracia, estado de nulidad.*

Quiere que hagamos exteriormente lo que es razonable para desahogarnos ó para justificarnos; pero si nuestros esfuerzos resultan inútiles, quiere que le bendigamos siempre y que le amemos siempre.

4. Dios quiere que *seamos fieles en servirle* según la medida de nuestras fuerzas, cumpliendo sencillamente nuestros deberes de cada hora, sin preocupación por la hora que sigue, sin inquietud por la que acaba de pasar. Quiere, sobre todo, que confiemos en su misericordia infinita para perdonarnos y para ayudarnos, y que vivamos siempre tranquilos.

5. Dios quiere que *no pongamos límites á nuestra abnegación*. No digamos, pues, jamás en nuestro interior: *nunca podré hacer tal sacrificio; jamás podré aceptar tal cargo; jamás podré resolverme á tal renuncia*. Sólo una alma cobarde y sin amor puede hablar así. Si Dios quiere ese sacrificio, ¿no me dará la fuerza necesaria para hacerlo? Si permite que se me encargue tal empleo, ¿no me dará el saber de que necesito para desempeñarlo?

6. Dios quiere que *antepongamos á todos nuestros gustos, á todas nuestras aficiones, y aun á todas nuestras devociones particulares, las órdenes que nos dan nuestros superiores*. Así, pues, debemos dejar nuestros rezos comenzados, y salir de la capilla para hacer un trabajo que se nos manda, aun cuando ese trabajo nos disguste; debemos cambiar la hora de nuestra meditación ó abreviarla, cambiar el día de comunión, y aun dejar la santa comunión, si nuestra superiora cree que debe exigirlo. Y

si á nuestros labios asoma un murmullo ó una queja, bien podemos decir que aun no somos *dóciles*.

7. Dios quiere, por fin, que en sus manos divinas, ó más bien en las manos de nuestros superiores, en quienes ha depositado su autoridad, seamos, según expresión de los santos, como corderos que obedecen ciegamente al pastor, se dejan conducir sin reflexión, le siguen sin cuidarse de saber adónde van, andan ó se detienen sin preguntar el porqué.

Como un *cuervo sin vida* que nada desea, no se queja, se queda quieto en donde se le coloca y se contenta con lo que le dan.

Como un *palo* que se deja llevar á todas partes adonde se quiere, que se deja emplear en todo lo que se quiere, que pasa á las manos de quien se quiere.

Con esta diferencia: que si el cordero, el cadáver y el palo son puramente pasivos, vosotros que comprendéis, que veís, que sentís, debéis someter plenamente vuestro juicio y vuestra manera de ver á los que tienen autoridad sobre vosotros.

Leed las páginas siguientes, escritas por una persona consagrada á Dios como vosotras. Al principio os parecerán escritas cabalmente en esas horas de fervor, durante las cuales el corazón, lleno de amor, no encuentra nada imposible; mas, leídas despacio en el silencio tranquilo de la meditación, hallaréis en ellas la expresión del deber de una *alma consagrada á Dios por amor*; que, por lo mismo, ya no se pertenece y se entrega *dócil* en las manos pater-

nales de su dueño. Por lo demás, viene á ser comentario de estas palabras de Jesucristo á su Padre: *Heme aquí para hacer vuestra santa voluntad.*

Es un diálogo entre Jesús y el alma:

«¿Me entregas totalmente y sin retorno tu corazón, tu alma, tu entendimiento, tu voluntad, tu cuerpo, todo tu sér y todas tus facultades, para que yo disponga de ello soberanamente y según mi gusto?»

Sí, Señor, con vuestra gracia, así lo quiero.

«¿Consientes en someterte á mi voluntad de tal manera que nada en el mundo sea capaz de arredrarte cuando se trate de ejecutar desde las más pequeñas hasta las más grandes cosas, siempre, por supuesto, con la aprobación de tus superiores?»

Sí, Señor, consiento con toda mi alma; pero dadme la gracia de la fidelidad.

«¿Consientes en padecer todas las penas que á mí me plazca, sea en tu corazón, sea en tu espíritu, sea en tu cuerpo?»

Sí, Señor, consiento, esperando de vuestra misericordia la fuerza que para ello necesito.

«¿Consientes, sobre todo, en padecer toda clase de penas interiores: tentaciones de toda especie, tristeza, disgustos, tedio, desolaciones del corazón, aflicciones del espíritu, temores, alarmas, decepciones, abandono, sequedades, arideces, rebeldías de la naturaleza, cosas todas que tanto te asustan, y que no puedes sufrirlas sin mucha repugnancia? Dime, hija mía, ¿consientes en padecer todo esto?»

¡Ay! A pesar del espanto que al pensarlo

hiela mi corazón, sí, Señor, consiento y pongo en vos toda mi esperanza.

«¿Consientes en verte despreciada, abandonada, deshonrada, cubierta de ignominia y el blanco del oprobio público como yo mismo lo fui?»

Sí, Señor, consiento con todo mi corazón. «¿Consientes en sufrir injurias, ultrajes, los más duros tratamientos por parte de tus mejores amigos y de aquellos por quienes más hicieres y más sufrieres?»

Sí, Señor, consiento.

«¿Consientes en oír calificar de locura y extravagancia tus más santas empresas y tus más loables deseos?»

Sí, Señor, consiento; mas ¡ay!, que el oprobio recaiga sobre mí sola y no sobre vos.

«¿Consientes en ver tu conducta interior y exterior, aunque gobernada y regulada enteramente por mí mismo, en verla, digo, calumniada, denigrada, condenada y cubierta de un odioso barniz por la malicia y la celosa envidia?»

Sí, Señor, consiento, con tal que siempre esté sumisa á mis superiores, ¿qué más necesito?

«¿Consientes en verte abandonada de tus mejores amigos, aun de aquellos con cuyo afecto, sostén y fidelidad podías contar mejor?»

Vos, mi buen Maestro, que descubriste todos los pliegues de mi corazón, vos veis lo que padece en este momento; sin embargo, si tal es vuestro gusto, si es preciso que sufra todo eso por vuestro amor, ¡ah!, consiento con todo mi corazón: lo que me atrevo á pedir es que

me conservéis siempre *el espíritu de respeto* para con mis superiores, *el espíritu de caridad* para con los que no me quieran, *el espíritu de humildad* para desconfiar de todas mis ideas.

«¿Consientes en ver las empresas más contrarias á las tuyas seguidas de un éxito brillante, mientras que las tuyas, aunque sugeridas por tu Dios, son desatendidas y despreciadas?»

¡Ah, Señor! También consiento si tal es vuestra adorable voluntad.

«¿Consientes en sufrir continuamente y sin alivio, sea los padecimientos del cuerpo, sea las penas del espíritu, sea las aflicciones exteriores, y á menudo todo esto á la vez?»

Sí, Señor, consiento.

«¿Consientes en verte en medio de estas penas que acabo de indicarte, agobiada de trabajos y fatigas, privada del más indispensable descanso, del más necesario alimento, desprovista de todo consuelo y apoyo sensible, privada de toda satisfacción, de todo contento, de todo placer, de todos los bienes exteriores y sensibles?»

¡Ah, Jesús mío! Si os tengo á vos, si siento en mí misma y profeso siempre la sumisión más rendida á las enseñanzas de vuestra Iglesia y á la palabra de mis superiores, ¿qué más quiero? Sí, consiento en perder todo lo demás.

Siendo vos *mi dueño y Señor*, ¿necesitáis por ventura pedir mi consentimiento?

Y si este consentimiento que me pedís, Jesús mío, os lo doy con tanta alegría, ¿no es porque sé que sois *mi Padre*, y que un *padre*, aun cuando castiga, es siempre *bueno*?»

He aquí las disposiciones de una alma que ama á Dios, y que es dócil en las manos de Dios; de una alma que sencillamente y sin arrogancia, pero con calma y firmeza, puede decir con san Pablo: «¿Quién me apartará del amor á Jesucristo? ¿Acaso la aflicción, las angustias, la persecución, el hambre, la privación de todo, los peligros, el hierro, la violencia?..... No, no; puedo decir con seguridad que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las violencias, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni criatura alguna podrá jamás apartarme del amor de Dios en Jesucristo Nuestro Señor» (1).

## II

Si Dios es vuestro dueño y os ha elegido por siervas suyas, es porque quiere servirse de vosotras.

Si Dios quiere servirse de vosotras, está obligado á surtir os de todo lo necesario para el trabajo á que os destina y por todo el tiempo que lo exija: *inteligencia* para comprender; *fuerza* para resistir á la fatiga, al cansancio y al disgusto; *energía* para continuar hasta el fin; *paciencia* para esperar el buen éxito á su tiempo, ó para no abatirse cuando no se logra; *esbiritu de fe* para referirlo todo á Dios.

Si Dios quiere servirse de vosotras, está obligado á cuidar de vuestra salud y de vues-

(1) Rom., cap. VIII, 35 á 39.

tra alma, á poner una y otra en el estado que sea más útil á su gloria, y á no dejarlas nunca sin socorro.

Este pensamiento sencillamente enunciado, y meditado piadosamente delante del Santísimo Sacramento, llena el alma de paz, de confianza, y la induce á ponerse completamente en manos de Dios.

¿Creéis que si Dios viera que no podíais hacer tal trabajo, permitiría que os lo impusiesen?

¿Creéis que, si Dios viera que en tal parte estaría en gran peligro vuestra salvación, permitiría que os enviase allá?

¡Ah! ¡si supiérais cómo Dios manda á vuestros superiores que os amen, que os protejan, que no os carguen demasiado, que cuiden de que nada os falte ni para el alma ni para el cuerpo! Y cuando vuestros superiores son negligentes en daros lo que deben, ¿cómo lo suple El mismo con gracias extraordinarias!

Estad bien convencidas de que la voluntad de Dios hace posible todo lo que ordena, porque junta siempre á su mandamiento los medios de cumplirlo. Dios sería *injusto* si, cuando manifiesta querer alguna cosa, no diera los auxilios necesarios.

No os turbéis, pues, al leer ciertos actos heroicos practicados por los santos, y no digáis: «Yo no podría hacer eso.» Si Dios os lo pidiera, os daría la fuerza que dió á esos santos. ¿Creéis que eran de otra naturaleza diferente de la vuestra? Estaban *más unidos á Dios y más entregados á El*; he aquí el secreto.

No os turbéis, pues, cuando os sintáis amenazadas de una grave enfermedad, ó veáis que va á descargar sobre vosotras una humillación ú otra prueba. Si Dios permite esa enfermedad, esa humillación ó esa pena, os dará fuerza para soportarla y, lo que es mejor todavía, la gracia de que os provechéis de ella para santificaros.

¿Creéis que Dios os enviaría esa prueba si en su sabiduría <sup>no, ni le</sup> que os es necesaria?

Perseverad, <sup>testade</sup> penas bajo su mano paternal, y <sup>as, ni le</sup> ar en vosotras, sobre vosotras y <sup>is profur</sup> vuestro del modo que quiera.

«He oído contar, dice Mons. Gay, que un santo religioso llamado Bernardo se admiraba un día delante de Dios de que, estando las *cruc*es auténticamente y por todas partes anunciadas á los fieles servidores de Cristo, él no recordaba haber padecido cosa en su servicio, y siempre había sido el hombre más feliz del mundo. Y como su admiración llegase hasta causarle inquietud, nuestro Señor dijo á su alma: «Bernardo, yo he padecido por ti.»

Esto es adorable; solamente Jesús dice tales palabras. Ignoro el resto de la vida de este santo personaje; pero tengo por cierto que era *una alma rendida, una alma muy dócil en las manos de Dios.*

### ARTÍCULO 3.º

#### Práctica del amor debido á Dios.

La práctica del amor debido á Dios, no puede ser otra cosa que el poner por obra las mismas palabras del mandamiento de Jesucristo: «*Amar á Dios de todo corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y sobre todas las cosas.*»

Estas palabras tienen un alcance inmenso; nos obligan á reconocer á Dios como *el Soberano dueño de todo nuestro sér*, de todas nuestras facultades, de todo lo que estas facultades pueden producir interior y exteriormente; á darle siempre la preferencia en todos los afectos de que es capaz nuestro corazón. «*No es amaros bastante, Dios mio*, dice san Agustín, *amar con vos otra cosa que no es amada por vos.*»

Estas palabras comprenden el amor *afectivo* ó de sentimiento, y el amor *efectivo* ó práctico, que san Francisco de Sales explica tan admirablemente:

«Por el amor *afectivo* nos aficionamos á Dios y á lo que Dios ama; por el amor *efectivo* servimos á Dios y hacemos lo que ordena. (R)

»El primero nos une á la voluntad de Dios; el segundo nos hace cumplir su voluntad.

»El uno nos llena de satisfacción, de entusiasmo, de deseos, de suspiros y de fervores espirituales, haciéndonos practicar la santa unión y efusión de nuestro espíritu con el de Dios.



El otro nos proporciona las sólidas resoluciones, la firmeza del valor y la inviolable obediencia que se requieren para cumplir la voluntad de Dios y para padecer, aceptar, aprobar y abrazar todo lo que es de su gusto.

»El uno hace que nos complazcamos en Dios; el otro nos mueve á complacer á Dios.

»Por el uno ponemos á Dios sobre nuestro corazón como bandera de amor bajo la cual militan todos nuestros afectos; por el otro le ponemos sobre nuestro brazo como espada de amor con la cual realizamos todas las hazañas de las virtudes.»

Probemos á indicar lo que debemos hacer por este Dios á quien todo lo debemos, á fin de dirigirnos en la práctica de esta sumisión y de esta donación.

## I

## Amar á Dios es pensar en Dios.

Pensar en Dios es tener su recuerdo como *permanente* en nuestra memoria, ó mejor dicho, en nuestro corazón. No quiere esto decir que no podamos tener jamás otro pensamiento, sino que el pensamiento de Dios domine siempre, como domina siempre en el corazón de la madre el recuerdo de su hijo. A cualquiera hora que preguntéis á una madre: «¿En quién estás pensando?» Os contestará en seguida y como por instinto: «¿En mi hijo!»

¡Ah! Tampoco los santos tenían más que un pensamiento: ¡Dios! ¡Dios! ¡siempre Dios!  
«¿Estáis mucho tiempo sin pensar en Dios?»

preguntaba un día candorosamente santa Chantal á san Francisco de Sales: «Cerca de un cuarto de hora», respondió todavía con más candor el santo Obispo.

1. Este pensamiento en Dios no es estéril, sino que anima, despierta, da valor, levanta.

¡Dios está aquí!, murmura el corazón; y el trabajo es más activo y el padecimiento mejor soportado.

¡Dios está aquí!, y la obediencia es más fácil, y la pobreza es menos molesta, y la tentación es rechazada con más brío.

¡Dios está aquí!, y la abnegación que flaqueaba recobra toda su energía, y hasta las mismas fuerzas físicas reciben al parecer nuevo vigor.

¡Ah! Bajo la mirada del amadísimo Padre á quien se quiere complacer; de ese Padre tan compasivo con todas nuestras flaquezas y nuestras caídas; de ese Padre amantísimo que con tanta largueza retribuye la más humilde acción hecha por El y en unión con El: el más ligero padecimiento aceptado como venido de El; ¿cómo no sentirse la religiosa sostenida, animada y excitada?

Así es como se purifica más y más nuestra intención, y se acrecientan casi indefinidamente nuestros méritos.

¿No es la intención habitual de obedecer á Dios, de agradar á Dios, de glorificar á Dios lo que da valor á nuestras acciones? ¿Y no quiere todo esto el alma que habitualmente tiene el pensamiento en Dios? «Cuanto más frecuente y piadoso hubiere sido el recuerdo de Dios en

la tierra, dice san Buenaventura, tanto más perfecto y embriagador será nuestro gozo en el cielo.»

Además, ¿se puede pensar en Dios sin hacer frecuentes *actos de amor*?

Y cada acto de amor, ¿no es, según el sentir de los santos, un aumento de la gloria de Dios, un estremecimiento de alegría en todo el cielo, una multiplicación de gracia en nosotros y en torno nuestro, un alivio de penas para las almas del purgatorio, una tregua en el castigo de los pecadores de la tierra?

2. Este *pensamiento en Dios* nos tiene tranquilos y con mucha paz, pues nos muestra á Dios siempre padre, siempre bueno, siempre compasivo, siempre misericordioso, siempre generoso.

Nos muestra á Dios *en la prueba*, midiéndola según nuestras fuerzas; en la *tristeza*, reanimando nuestro valor; en la aglomeración de negocios, calmando nuestro azoramiento y prestándonos su socorro aun para las cosas materiales; en nuestras *adversidades* y disgustos consolándonos; en nuestras *caídas*, tendiéndonos la mano.

¡Oh dulce, oh poderoso, oh amable pensamiento en Dios!

Y para hacerlo más continuo y más penetrativo, el alma religiosa *que ama* multiplica á su alrededor *el santo nombre de Dios* y las *imágenes de Jesús crucificado*, á fin de que este nombre y esta imagen, hiriendo sus miradas, despierten con más frecuencia el recuerdo de su Dios. Hace un pacto con el ángel

de su guarda á fin de que, cada vez que el reloj dé la hora, venga á decir á su corazón: «*¡Ama á tu Dios, á tu Dios, que tanto te ama!*»

3. Este *pensamiento en Dios*, que por efecto de la costumbre, y sobre todo de la gracia, reside en el alma, induce á *recurrir á Dios* en todos los peligros. No es ya la exclamación naturalmente cristiana lo que hace decir *¡Dios mío!* á la religiosa sobresaltada ó sorprendida; es el amor, es la convicción que tiene de que realmente está defendida y protegida por Dios.

La religiosa habla á Dios de todo lo que le sucede; niña, siempre niña en la casa de su padre, le dice *la pena que le han causado, el olvido en que la ha dejado, los proyectos que le pasan por las mientes*. «*Esperad*, decía un santo cada vez que se le pedía una decisión y tenía un poco de tiempo, *voy á consultar*»; é iba delante del Santísimo Sacramento. También san Vicente de Paúl y M. Ollier iban á menudo á leer las cartas que recibían delante del Santísimo Sacramento.

Debe haber una dulce y respetuosa familiaridad entre la religiosa y el buen Dios. ¿Acaso no forma ella parte de la familia de Dios?

Este *pensamiento en Dios* la religiosa quisiera tenerlo continuamente presente, como lo tienen presente en el cielo los ángeles y los santos; pero sabe que esto es imposible en la tierra sin una gracia especial, y para suplir á su impotencia hace con Dios lo que se llama *un convenio*, y todas las semanas, y á veces todos los días, dice á Dios:



«¡Dios mío! tengo intención, cada vez que respire, en esta semana ó en este día, de ofrecer tantos actos de amor como os ofrecen en el cielo los ángeles y los santos, y, sobre todo como os ofrece la Santísima Virgen María.

»Tengo intención, cada vez que entre en la capilla ó que mis ojos tropiecen con una imagen de Jesús crucificado, de ofrecer tantos actos de adoración y de amor como os ofrecen los ángeles que tienen la dicha de velar alrededor de los santos Tabernáculos en toda la extensión de la tierra.

»Tengo intención, cada vez que hiciere un acto ordenado por la obediencia, de unirme á los actos de sumisión que Jesús hizo durante su vida mortal, y que hace aún ahora en la santa Eucaristía.

»Tengo intención, cada vez que sintiere alguna pena, adversidad ó pesar, de unirme á los dolores que sintieron en otro tiempo Jesucristo y su santísima Madre; y si de mis labios saliera una queja, ó solamente se alzase en mi corazón, me retracto desde ahora de la manera más completa.

»Tengo la intención de aceptar todo lo que me sucediere como venido de vos, ¡oh Dios mío!, y desde ahora proclamo *justas, santas y buenas* todas las cruces que os plazca enviarme.

»Tengo, por fin, la intención ¡oh Dios mío! de hacer de cada uno de los instantes de mi vida un acto de expiación, de acción de gracias, de sumisión; un acto de amor, el más perfecto que me sea posible hacer.»

## II

**Amar á Dios es hablar á Dios con frecuencia.**

Hablarle mediante la *oración vocal*, hablarle y escucharle mediante la *oración mental*.

Dios está ahí, y tú, que te has dado á El; tú, que eres su sierva, pero sierva por amor; tú, que tienes la dicha de vivir en su casa, de trabajar en su obra y bajo su dirección; ¡tú le arrojarías como trasto viejo en un rincón de tu celda, y echándole en cierto modo un velo sobre los ojos á fin de que no te viese!

¡El amor no se contenta con la *presencia*; quiere también la *conversación* con el objeto amado!

1. Haz, pues, frecuentes aspiraciones de *respeto*, de *confianza*, de *amor* y de *gozo*.... Reza tus oraciones de regla con respeto grave y bajo la impresión de la presencia de Dios; dilas con *lentitud*, saboreando algunas veces toda la suavidad que encierra cada palabra. ¡Oh! ¡Cuánto gozo, fuerza y consuelo dejan en el alma un *Padre nuestro*, un *acto de esperanza*, un *acto de amor*, un *acto de agradecimiento*, atenta y pausadamente recitados!

Forma sobre ti la *señal de la cruz* con intención y propósito de oponer una barrera á las tentaciones del demonio.

No empieces ningún rezo ú oración, por breve que sea, sin recogerte algunos segundos y decirte: *voy á hablar con Dios*.

Estos medios exteriores ejercen grande influencia sobre el alma; le conservan su calor,

forman en torno de ella una especie de fanal que impide se disipen la paz y la piedad comunicadas por la santa comunión.

Los santos iban siempre *à la oración* con una gravedad exterior que impresionaba.

Santa Teresa decía á san Juan de la Cruz que había recibido *la gracia del respeto à Dios y à las cosas de Dios*, y que no podía ponerse en oración, ver una cruz ó un altar sin experimentar en sí misma un sentimiento indefinible de paz y de calma interior que llenaba todo su ser. «Oh, le dijo el santo, *dad gracias à Dios; éste es uno de los más grandes favores que ha podido concederos!*»

2. Penéstrate bien de esta idea: cada vez que pronuncias la palabra *¡Dios mío!*, que es un grito de invocación, Dios te responde: «*¡Aquí estoy, hija mía!*»; y si estás recogida y atenta, sentirás de una manera ú otra esta presencia divina.

Durante el rezo del Oficio has de tener algunos momentos bien determinados para elevar tu corazón á Dios y recordar que estás en su presencia, y que es á El á quien hablas: por ejemplo, cada vez que digas: «*Deus, in adiutorium meum intende—Gloria Patri—Per Dominum nostrum Jesum Christum.....*»; cada vez que te pongas en pie ó que la palabra *Deus* ocurra en un versículo (1).

(1) Haz que te expliquen una y otra vez el sentido de las palabras latinas que se encuentran más á menudo en el Oficio divino: ocho ó diez palabras bien comprendidas bastarían para recoger tu espíritu cada vez que se distra-

3. Ama sobre todo *la oración*. Es éste uno de los más copiosos manantiales de santidad para una religiosa.

Las que se han disgustado de su vocación, han empezado todas por descuidar *la oración*. Las que han caído en la tibieza y continúan en ella, no se toman gran molestia por hacer bien su *oración*.

Los directores experimentados dicen todos, con el tono de una imponente convicción, que *desafían à que se les muestre una buena religiosa que no haga oración, ó una hermana dada à la oración, que no sea buena religiosa*.

«Tengo de ello bien triste experiencia, decía santa Teresa; habiendo [dejado la oración por algún tiempo, empecé à caer en muchas faltas y pecados, de que no podía verme libre..... No eran, á mi parecer, graves; pero yo iba de mal en peor, y me habría perdido infaliblemente si no hubiera vuelto à la oración.»

Una santa superiora, cuando advertía falta de religiosidad en alguna hermana, solía preguntarle: *¿Cómo hace usted la oración?* Y había notado siempre que el relajamiento en la oración precedía al relajamiento en la conducta.

La oración, no digo *bien hecha*, sino hecha con perseverancia, con asiduidad, con algunos esfuerzos diarios para hacerla mejor, aunque

jera, y para proporcionar à tu corazón sentimientos de confianza, de gratitud, etc. Hablaremos más adelante del rezo del Oficio: no olvides que es *el sacrificio de los labios*, que es preciso pronunciar todas las palabras, que *todas se las debemos à Dios*, no rigurosamente hablando, pero se las debe *el corazón*, que no quiere omitir ni una sola.

con un poco de flojedad, no hará evitar ni aun *todas las faltas graves*, pero evitará que permanezca el alma en estado de pecado mortal. «La meditación y el pecado no pueden vivir juntos en una alma», dice san Felipe Neri.

Y la oración *bien hecha*, es decir, mediante la preparación de un día habitualmente en unión con Dios; un día durante el cual se ha guardado el corazón de todo afecto sensual, el espíritu de todo juicio desfavorable, los sentidos de todo deleite material voluntario, la lengua de toda palabra burlesca, mordad, picante, chismosa:

La oración preparada mediante la puntualidad en levantarse por la mañana, una oración vocal piadosamente recitada:

La oración durante la cual sólo se propone una cosa: *hacerse santa y buscar los medios para ello; no rehusar nada á Dios; unir siempre más estrechamente su voluntad á la voluntad de Dios;*

¡Oh! ¡Cómo santifica esa oración! ¡Cuánto glorifica á Dios! ¡Cómo indica muy bien que la religiosa que así la hace ama al buen Dios!

De esta oración hablaba santa Teresa cuando decía: «*El alma que haga un cuarto de hora de oración todos los días, no puede perderse.*»

De esta oración es de la que quería hablar san Ignacio cuando, preguntándole qué sentiría si su Compañía llegase á ser disuelta, contestó: «*Haría un cuarto de hora de oración y no pensaría más en ello.*»

Si se observa la vida de los santos de todos

los tiempos, se verá que disienten entre sí en muchos puntos; mas *uno solo* es común á todos, y éste es el *amor y la afición á la oración* (1).

### III

Amar á Dios es hablar de El.

De la abundancia del corazón habla la boca, dicen los libros santos. Bien lo comprendía aquel filósofo que decía: «*Dejadme asistir durante una hora á la conversación de una persona, y os diré lo que quiere.*» Si nuestro corazón estuviera *lleno de Dios*, como debe estarlo, lleno del recuerdo de sus beneficios, lleno de su amor para con nosotros, ¡con qué gusto hablaría de El! «Cuando uno se encuentra con otro, dice san Francisco de Sales, le pregunta: «*¿Está usted bueno?*», aunque vea que disfruta de muy buena salud. No debéis, pues, llevar á mal que, sin desconfiar de vuestra virtud, os pregunte por amor: «*¿Amáis á Dios?*» ¿Por qué nosotros, que somos del buen Dios, y cuyo *oficio*, por decirlo así, es amarle siempre más, no nos hemos de pedir noticias del progreso que hacemos en este amor? «¡Ayl, dice también el amable san Francisco de Sales, las abejas se complacen alrededor de su miel, pero las avispas en el fango; así las buenas almas tienen sus delicias en Jesucristo, pero las almas

(1) Hablaremos más adelante de la manera de hacer la oración.

desordenadas se complacen en las frivolidades y vanidades mundanas.

Hablemos, pues, algunas veces del buen Dios.

1. Hay que hablar de Dios *al niño* para hárselo conocer y amar. ¡Oh! ¡Cuánta gloria se puede proporcionar á Dios haciendo que le alaben y bendigan los niños! Los malos se han organizado para enseñar blasfemias á esas pobres almas y manchar sus labios con la esperanza de corromper su corazón. Obliguémonos, los que somos de la familia de Dios, á reparar por el mismo medio las injurias hechas á nuestro Padre, haciendo repetir á los pequeños, aun cuando no puedan comprenderlo: «¡Dios mío, os amo con todo mi corazón porque sois infinitamente bueno!»

2. Hay que hablar de Dios *al pobre* para enseñarle á no murmurar; y cuando tenemos la dicha de dar una limosna, no la entreguemos sin recomendar al que la recibe que dé gracias al buen Dios. Los pobres, los desgraciados, los afligidos abundan á las puertas de las casas religiosas; aun cuando hablan contra nosotras, saben muy bien que en nuestras casas encuentran más socorros que en ninguna otra parte; ya que vienen á nosotras, aprovechémonos para cumplir nuestra misión de *empleados de Dios* enseñándolos á conocerle y amarle.

3. Hay que hablar de Dios *al enfermo* para mostrarle la mano de Dios, que cura su alma al afligir su cuerpo. Esto es difícil algunas veces. ¡Hay tanta ignorancia de la religión, tanta

preocupación, y, sobre todo, tanto horror á padecer y tanto apego á la sensualidad! Pero la religiosa que tiene el corazón *lleno del buen Dios* puede siempre insinuarse cariñosamente con algunas palabras que calmen la irritación del alma y hagan que dirija la mirada al cielo, siquiera por un instante.

¡Oh! vosotras, religiosas, que tenéis el encargo especial de educar á los niños ó preparar á los enfermos para la muerte, asistiéndolos en sus enfermedades, tened amor á vuestro destino, cumplidlo con alegría; no os dejéis abatir por las dificultades, por el poco fruto, por la monotonía y la pesadez del trabajo; pensad que *promovéis el amor de Dios y le amáis!*

No os desaniméis, ni por la frialdad y la indiferencia de los mismos por quienes os habéis sacrificado, ni por su ingratitud, ni por el poco apoyo y falta de ánimo que encontréis á vuestro alrededor, ni por el olvido en que vivís; pensad que *promovéis el amor de Dios y le amáis.*

4. Debéis hablar de Dios *entre vosotras, religiosas*. Una de las cosas que algunas veces afligen el corazón de los santos es el ver que, aun en las comunidades, *se habla poco del buen Dios y de las cosas de Dios* durante las recreaciones y en el trato íntimo de la amistad. Indudablemente, no es necesario estar de continuo *como en oración*, no por cierto; el pensamiento de Dios ni en nosotros ni á nuestro alrededor ha de producir rigidez, frialdad, afectación; Dios, que ha creado el canto armonioso del pajarillo, la aterciopelada flor, el jugo de

la fruta, la sonrisa de los labios, Dios no prohíbe ni las conversaciones alegres, ni los cuentos divertidos, ni graciosos chistes; pero quiere que jamás se le excluya de todo esto, ni se le eche á un rincón como un importuno; Dios quiere estar siempre en medio de las conversaciones para poder dejarse ver allí y tomar la palabra á su vez.

En algunas comunidades, uno de los miembros está encargado durante la recreación de recordar con una sencilla palabra la presencia de Dios; va de grupo en grupo, como un ángel visible de la casa, y á media voz pronuncia estas palabras: *Sursum corda!*; *¡levantad los corazones!*

«Santa Chantal, dice la Madre de Chaugy, vigilaba á la que tenía el encargo de recordar la presencia de Dios durante la recreación, y á menudo lo hacía ella misma, entremezclando alguna palabra devota; y cuando se acercaba el fin de la recreación, hablaba de alguna cosa de devoción á fin de que cada cual se fuese en silencio y con un afecto espiritual. Durante el Adviento y Cuaresma deseaba que nuestros recreos fuesen más devotos que en los demás tiempos, y en esos días nos decía algunas veces: *Divertíos cuanto queráis durante media hora, y la otra media me la daréis para hablar de nuestro Señor.* Y mientras que nosotras empleábamos nuestra primera media hora, ella se estaba (en los últimos años de su vida, á causa del natural abatimiento de su avanzada edad) con los ojos cerrados é hilando despacio su copo; pero en cuanto llegaba el momento de

hablar de nuestro Señor, en seguida recobraba su persuasiva elocuencia.»

Cuando se ama mucho al buen Dios se goza en estar cerca de El, en hablarle á menudo, en hablar con frecuencia de El, y el buen Dios no cansa nunca (1).

(1) «Nada más fervoroso al principio del instituto, escribía la madre Chaugy, que las conversaciones y recreos de nuestras hermanas. Casi no hablaban de otra cosa que del fervor, de la oración y de la fidelidad en la mortificación, comunicándose mutuamente con encantadora fidelidad su escaso caudal; de lo cual les daba tan deleitoso ejemplo nuestra bienaventurada Madre, que todas se sentían atraídas por el olor de aquella suave fragancia. Esto sucedía antes que nuestro bienaventurado Padre ordenase que no se hablara tanto de oración en recreo, y que se ocupasen más en cosas indiferentes y en conversaciones menos serias.»

«En cierta ocasión, añade la misma autora, una de nuestras hermanas superiores le escribió (á nuestra santa Madre) que Su Caridad debía dar algunos avisos á fin de que las recreaciones se hiciesen con gravedad; que por su parte sentía pena al ver reír á sus hijas cuando pensaba que san Benito no se había reído nunca. Esta bienaventurada Madre le contestó: «Hija mía, hay que respetar todo lo que los santos han hecho; y si fueses benedictina, me creería obligada á explicarte ese rasgo de la vida del gran san Benito; pero como eres de la Visitación, es preciso que entiendas el espíritu de tu santo Fundador; que era un santo, yo te lo aseguro, y su santidad no le impedía, durante el tiempo de una santa recreación, mostrar graciosa alegría que comunicaba á los demás; reía de veras cuando había motivo para ello. Hace poco lei en la Escritura que Sara, con motivo de la concepción milagrosa de su hijo, decía: «El Señor me ha hecho reír»; yo pienso que el espíritu de Dios trae gozo, y puesto que la Providencia nos ha sujetado á la necesidad de beber, comer, dormir y distraernos, debemos decir: El Señor me hace beber, el Señor me hace comer, el Señor me hace

## IV

Amar á Dios es evitar todo lo que puede desagradarle.

¡Desagradar á Dios! ¡Oh! ¿habrá religiosa que quiera, á sangre fría, hacer un acto que *desagrade á Dios?*

Un amigo vela sobre sus palabras, sobre sus modales, sobre su porte, para evitar todo lo que puede, no digo *ofender*, sino sólo molestar á su amigo. ¡Oh! También yo, Dios mío, también yo quiero velar sobre mi corazón, sobre mi voluntad, sobre mis inclinaciones; no os pido más que una cosa, *que se me avise*.

Avisadme, cuando estuviere á punto de tomar algún *libro frívolo*, que me haría perder el tiempo; ó algún *papel* que el demonio me pondría delante de los ojos, y que seduciéndome con el cebo de las noticias, me arrastraría á descuidar mi deber.

Avisadme cuando la inclinación me instigue

«dormir, el Señor me hace reir y recrearme; y así todo se hará por obediencia y en nombre del Señor. Ten cuidado, querida hija mía, de no quitar á esas hermanas la libertad que la regla les concede, y no seas rígida; puedes estar contenta con tal que las recreaciones se hagan según las reglas. Considera, querida hija, que nosotras las superiores, que nos hemos pasado una parte del día en los negocios, hablando con las hermanas ó en el locutorio, cuando vamos á recreo nos parece que estamos allí de más, y de buena gana dedicaríamos esas horas al recogimiento; pero nuestras hermanas, que no se han movido del coro ó de sus celdas, necesitan aliojar sus arcos, como dice nuestro bienaventurado Padre.»

á buscar á tal compañera, con la cual falto á la caridad, ó con quien me quejo comunicándole mis murmuraciones.

Avisadme cuando, por un afecto enteramente natural, me sintiere inclinada á hacer una visita inútil; á decir una palabra que me lisonjea; á componerme tal vez con un poco de coquetería.

Avisadme cuando esté en peligro de faltar al silencio, á la modestia, al recogimiento.

Avisadme cuando, para huir del fastidio, quisiera, dejando parte de mis rezos, buscar la sociedad de las gentes del mundo; prolongar mi visita en el locutorio; entretenerme en forjar quimeras y vanas ilusiones.

En evitar esos actos que acaso no siempre sean culpables en sí mismos, pero que lastiman el corazón de Dios, se muestra *el amor*; y la religiosa que quiere ser fiel á las promesas que ha hecho á su Dios, adopta por regla de conducta las palabras siguientes:

*Jamás consentiré en cometer ningún pecado, ni aun el más leve, con plena deliberación.*

*Jamás cesaré de luchar contra las inclinaciones de mi naturaleza, que pueden inducirme á ejecutar un acto contrario á lo que Dios me pide.*

En evitar lo que puede desagradar á Dios consiste el *amor efectivo*, y encierra tres grados.

El primer grado, *necesario para la salvación*, consiste en estar dispuesto á sufrirlo todo antes que ofender á Dios gravemente.

El segundo grado, cuya práctica es indispensable á los que, como la religiosa, están obliga-

dos por su estado á caminar á la perfección, consiste en renunciar á toda satisfacción de donde resulte un pecado venial.

El tercer grado, el que tratan de conseguir las religiosas que comprenden el amor que Dios les ha manifestado llamándolas á la religión, consiste en hacer por Dios, y únicamente porque le son agradables, las cosas indiferentes y de puro consejo, ó bien en hacer lo que repugna á la naturaleza, á fin de dominar sus inclinaciones, y de este modo dar á Dios más viva prueba de amor. Las religiosas realmente unidas á Dios, obran así á todas horas y en todos los instantes, observando los más pequeños puntos de su regla, aun cuando saben que los tales puntos de regla no obligan ni aun bajo pena de pecado venial. Saben por experiencia lo que decía un siervo de Dios, «que todas las tentaciones del demonio no dañan tanto al alma como una faltilla cometida voluntariamente, ó un rebato de la naturaleza mal mortificado».

Para excitaros á conseguir este grado de amor y evitar aun las más leves faltas, creemos conducente:

- 1.º Hacer algunas reflexiones sobre las consecuencias del pecado venial;
- 2.º Indicar las principales faltas en que más fácilmente suelen caer las religiosas.

#### I.—CONSECUENCIAS DEL PECADO VENIAL

Vosotras, almas tan queridas de Jesucristo; vosotras, que tal vez ni siquiera os tomáis la

molestia de evitar lo que os puede inducir al pecado venial, penetraos bien de las siguientes verdades:

1. *Durante vuestra vida*, un pecado venial priva á vuestra alma, no del amor de Dios en absoluto—sólo el pecado mortal produce este efecto,—pero la priva:

De una *gracia* que Dios le tenía preparada y que ha debido rehusarle; de una gracia que quizá era el principio de una serie de favores que Dios reservaba á vuestra generosidad;

De un *grado de gloria* que hubiera adquirido para la eternidad y que ha perdido;

De un *grado de amor* que el corazón de Dios se disponía á darle, y que Dios ha debido retener;

De una *fuerza* que hubiera adquirido para resistir á nuevas tentaciones, y que ya no tendrá cuando lleguen esas nuevas y más fuertes pruebas.

¡Oh! ¿no es verdad que hay algo de aterrorador en la simple enumeración de *estas privaciones*? Y si muchas veces al día cometó pecados veniales, si muchas veces al día renuevo estas privaciones, ¡oh pobre alma mía! ¡Cuán débil te sentirás por la noche! ¡Cómo, poco á poco, te irás empobreciendo!

2. *Después de vuestra vida*, un pecado venial, si no se ha borrado con vuestras lágrimas y reparado con una sincera penitencia, ese pecado:

Retardará por un tiempo, quizá muy largo, la felicidad que gozaríais en la presencia de Dios;

Os hará padecer en el purgatorio tormentos que la lengua humana no puede explicar; la pena del amor que quiere y no puede, que se lanza y es rechazado.

¡Ah! Si en el infierno, á pesar de ser Dios aborrecido, es esta privación de Dios el más intolerable de los suplicios, ¿cuánto no padecerá en el purgatorio una alma que ama á Dios, que desea á Dios, que tiene hambre y sed de Dios! Sus padecimientos no tendrán, es cierto, las torturas de la desesperación, pero serán en cierto modo *más sensibles*.

3. *Y durante la eternidad!* ¡Oh, no, ya no existirá ese pecado venial, expiado en el purgatorio y perdonado para siempre; pero sus consecuencias serán eternas.

Atended: aquel minuto durante el cual en los días de vuestra vida cometisteis un pecado venial, hubierais podido llenarlo con *un acto de amor de Dios*; la gracia os incitaba á resistir á la tentación, y esa resistencia hecha por amor, ¡oh cuán grata hubiera sido al corazón de Dios!; y ese acto de amor os hubiera proporcionado un *gozo durante toda la eternidad*, gozo que nunca jamás probaréis; y ese acto de amor os hubiera merecido *durante toda la eternidad una efusión* más de la terneza de Dios, y esa muestra de cariño, cuya más débil irradiación extasía á los ángeles, nunca jamás la tendréis!

¿No es verdad que hacen profunda impresión estas reflexiones, á pesar de ser tan sencillas, sobre las consecuencias del pecado venial, que nosotros llamamos *leve*? Sin duda lo

es en comparación con el *pecado mortal*; pero es tan opuesto á la santidad divina, que los teólogos han podido decir: Aun cuando pudiéramos cerrar para siempre el infierno; salvar á todas las almas que allí gimen; desalojar el purgatorio; hacer á todos los hombres de la tierra tan santos como los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, diciendo la más leve mentira, no deberíamos decirla; porque á la gloria de Dios resultaría más daño por esa mentira leve, que ganancia por todo cuanto habríamos hecho.

¡Ojalá sirvan estas reflexiones para precaver-nos desde ahora del pecado venial y excitarnos, no sólo á *borrar* los que hemos cometido, sino á reparar los tristes minutos en que los hemos cometido, por una intensidad de amor de Dios y abnegación con el prójimo, que nos permita hallar en el cielo toda la felicidad y todo el amor que Dios nos reservaba!

«No, dice santa Teresa, no quisiera por una ligera falta voluntaria perder el menor grado del goce de Dios durante toda la eternidad.

»Declaro que, si se me diera á elegir, preferiría padecer todas las aflicciones de la vida hasta el fin del mundo, con tal de adquirir un *solo grado* de la visión de Dios, más bien que acabar mi vida sin ninguna aflicción, pero sin aumento de esta visión bienaventurada.»



2.—PRINCIPALES FALTAS EN QUE MÁS FÁCILMENTE  
SUELEN CAER LAS RELIGIOSAS

1.º—*Pereza en los ejercicios espirituales.*

Esta pereza induce á omitirlos, abreviarlos, hacerlos con negligencia, con disgusto, con espíritu voluntariamente distraído, y sin fervor y hasta con flojedad, dejadez y postura á veces inconveniente. Hay en eso *más gravedad* de lo que parece; no porque esa pereza sea por sí misma pecado grave, sino porque nos priva de una gracia actual, y sin ésta carecemos de la fuerza y de las luces que, en vista de nuestra flaqueza, nos serían necesarias para resistir al demonio y cumplir nuestros deberes. ¡Ay de la religiosa que no sabe vencer la pereza cuando se da la señal para un ejercicio religioso!

2.º—*El afecto sensual.*

Es ésta una falta muy común, y apenas se la mira como falta. La religiosa debe estar dispuesta á dejar, á la primera indicación y sin la menor dificultad ó inquietud, á las personas que ama, á alejarse de ellas si se lo mandan, sin manifestar en su exterior la emoción que experimenta. Si no se halla en esta disposición, *su afecto no es bastante puro*, sino que tiene algo de desordenado. ¡Oh, cuántos males causa á la religiosa un débil afecto, por poco sensual que sea! Santa Teresa vió un día el sitio que habría ocupado en el infierno si no hubiese roto

completamente ciertas relaciones que tenía con personas del mundo.

3.º—*La cólera y la impaciencia.*

Conservar voluntariamente resentimiento; pensar con indignación y cólera en la injuria que nos han hecho; mostrar con el rostro airado ó con palabras picantes la alteración del ánimo; evitar, por sentimiento de antipatía voluntariamente fomentado, el encuentro con tal ó cual hermana; alimentar pensamientos casi rencorosos; despedir bruscamente, porque no nos gusta, á una compañera que se nos acerca; no poder soportar que una hermana obre con lentitud, que otra no haga en seguida todo lo que le decimos. He aquí los actos que desagradan á Dios, porque lo que hacemos contra el prójimo lo hacemos contra la misma persona de Jesucristo.

4.º—*La molicie y la sensualidad.*

Hay religiosas que en todo y por todo buscan *sus comodidades* y no quieren molestarse por nada. Celda, vestidos, alimentos, todo ha de ser como *ellas lo quieren*, y siempre lo quieren según su amor propio ó sensualidad. Y si no se condesciende con su capricho, que llaman ellas *necesidad real*, murmuran, se quejan, se muestran taciturnas, tristes y descontentas. Tales religiosas son la plaga de la comunidad, el tormento de la superiora. ¡Oh! Mientras sean así, no amarán al buen Dios como deben amarle.

5.º—*La mordacidad y maledicencia.*

Estos defectos proceden del amor propio, que nos induce á censurar las faltas del prójimo; hablar de sus rarezas, de su mal genio, de sus modales rústicos; y nos incita á decir una palabra picante, tildar una pifia, juzgar hasta de las intenciones mismas. La religiosa que tenga este defecto, puede renunciar á poseer jamás la paz del alma y el recogimiento.

6.º—*La locuacidad.*

Hay pocas religiosas que no tengan más ó menos este defecto; las que de él están dominadas son bien dignas de lástima, y tanto más, cuanto que nunca creen que lo tienen. La religiosa que no pone freno á su lengua, puede desde luego renunciar al *espíritu de oración* y á las dulzuras del *amor de Dios*. Por todas partes va recogiendo lo que se dice, lo que se hace, lo que ve, lo que oye, y después necesita ir diciéndolo por toda la casa. Cuenta á ésta lo que otra ha dicho de ella; aun suponiendo que no tenga malas intenciones, y que sólo se proponga satisfacer la necesidad que siente de hablar, ¡cuántos males causa sin duda alguna! Engendra sospechas, concita los ánimos, crea enemistades, destruye poco á poco el espíritu de unión y de caridad, se acostumbra á los juicios temerarios; ni aun á los superiores respeta. Se prepara terribles castigos de parte de Dios.

7.º—*La vanidad y el orgullo.*

Este pecado se comete de muchas maneras. Ya es la *vana complacencia* de nosotros mismos, que nos inclina á pensar en nosotros con gusto y á pasar largo tiempo revisando en nuestro espíritu lo que llamamos *nuestros méritos*. Ya es la *convicción de lo que valemos*, que engendra en nuestro corazón desprecio hacia los demás, y nos induce hasta pensar que, si tuviésemos tal empleo, lo desempeñaríamos muy bien. Ya es esa misma *convicción*, que nos dispone á recibir mal una observación de nuestra superiora y de nuestro confesor porque pensamos que no nos entienden. Ya es el *deseo* de estimación y aprecio, que nos mueve á buscar alabanzas, nos llena de satisfacción cuando nos adulan, de tristeza cuando nos creemos postergados, y hasta nos induce á mendigar elogios. Este solo pecado basta para detener la efusión de las gracias de Dios, y aun para obligarle á retirarse: pues *da su gracia á los humildes y resiste á los soberbios*.

Amar á Dios es procurar practicar á cada instante lo que le place. ®

No desagradar á Dios es la resolución de las almas que tienen más temor que amor.

Procurar *agradar á Dios* es la resolución de las almas que aman.

*Agradar á Dios* es hacer con toda la perfección posible lo que Dios *manda*, lo que *aconseja*, lo que *desea*.

Es llenar el día de obras *bien hechas*, es decir, hechas en el tiempo prescrito, de la manera prescrita, con la intención de contentar á Dios; y estas obras son las de cada día, obras necesarias, obras comunes, obras que hace todo el mundo, tales como la comida, las recreaciones, el sueño, el trabajo material; son las obras que están indicadas una vez para siempre en nuestra regla, con todas sus circunstancias, ya las impongan directamente los superiores, ó ya las exija la caridad; son también las obras hechas en el retiro de la celda, en donde sólo tenemos á Dios por testigo; las que reclama el orden y la limpieza de la casa, de las que todo el mundo se aprovecha, pero que nadie pensará en agradecer.

*Agradar á Dios* es no vacilar nunca ante cualquiera ocasión que se presente de promover su gloria y aliviar al prójimo. « Amemos á Dios, decía san Vicente de Paúl á los sacerdotes de la Misión, amemos á Dios; pero que sea á expensas de nuestro brazo y del sudor de nuestro rostro; porque con frecuencia sucede que muchos actos de amor, de afabilidad, de benevolencia y otros afectos semejantes de un corazón tierno, aunque buenos y loables, son, sin embargo, muy sospechosos cuando no inducen al amor efectivo. Muchos se forjan ilusiones en su acalorada imaginación; recreáanse en los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración, pero si, al salir de allí, es cuestión

de trabajar por Dios, de padecer, de mortificarse, de instruir á los pobres, de ir en busca de la oveja descarriada, de querer que les falte algo, de resignarse á las enfermedades ó soportar alguna desgracia, *ya no hay hombre.* »

*Agradar á Dios* es hacer todas las obras sencilla y alegremente, sin encogimiento de espíritu, sin esos continuos temores: *yo no hago lo que podría hacer; no consigo mi objeto como quisiera; no puedo llegar á contentar á nadie.*

El alma que trabaja por agradar á Dios está siempre *contenta*, no por amor propio, sino por el principio de amor de Dios que siente en sí; sabe que Dios ve sus intenciones, esfuerzos, debilidades, luchas, poca aptitud, el cuidado que se toma á fin de hacerse más capaz.... y continúa su trabajo tranquila y sosegadamente, aun cuando no le proporcione ninguna satisfacción.

*Agradar á Dios* es no *rehusar nada* á Dios; no querer hacer lo que piden las *inspiraciones* luminosas y apremiantes que sentimos—estas inspiraciones son muchas veces meras *ilusiones*,—sino todo lo que nos piden nuestra regla, nuestros superiores, nuestro empleo, la caridad ó la benevolencia, todo lo que nos hace más dóciles en manos de nuestros superiores, más amables para con nuestras compañeras y más celosas por la obra de nuestro instituto.

La religiosa que así procura agradar á Dios porque le ama, tiene, no hay duda, momentos de prueba; sentirá cansancio en todos los miembros de su cuerpo, debilidad en las facultades de su espíritu; impotencia para obrar; humilla-

ción por verse inútil....., pero como no ha exagerado nada en su conducta ni en su trabajo, como no ha hecho más que lo que le han dicho y como se lo han dicho, no se inquieta, sabe que Dios lo toma todo en cuenta, que lo recompensará todo, y así, aun cuando tenga que sufrir alguna reconvencción injusta, se queda tranquila sin quejarse ni murmurar.

## VI.

Amar á Dios es destruir en los demás todo lo que sabemos que desagrada á Dios.

Lo que sobre todo desagrada á Dios es el pecado, y el alma que ama no querría que se cometiera jamás un pecado. «Los que verdaderamente aman á Dios, dice san Ligorio, no cesan de pedir y de obrar por los pobres pecadores. ¿Es acaso posible amar á Dios, ver el amor que tiene á las almas, considerar todo lo que Jesucristo ha padecido por ellas, y el deseo que tiene de que pidamos por su salvación, y á pesar de todo permanecer indiferentes viendo á tantos desgraciados como se condenan?»

«Para arrancar una alma del pecado ó del infierno adonde las arrastra el pecado, dice santa Teresa, me siento dispuesta á sacrificar mil veces mi vida.»

«Si el Señor me preguntase, como á santo Tomás de Aquino, escribía santa Magdalena de Pazzis, qué recompensa deseo de su bondad, le respondería: ¡Señor, que no se os ofenda más!

De ahí *el celo de la salvación de las almas*. Ahí está, por decirlo así, *el fondo* de toda alma religiosa. «Esta sed de almas, decía santa Teresa, es la gracia que me ha hecho el Señor. Así, cuando leo la vida de los santos, la relación de los trabajos apostólicos de los que han conquistado adoradores para Dios y poblado el cielo, excita mucho más mi devoción, mis lágrimas, mi deseo, que el cuadro de los tormentos que han padecido los mártires. Según mi parecer, nuestro Señor tiene en más alto precio una alma que le habremos ganado con nuestra industria y nuestras oraciones ayudadas de su misericordia, que todos los servicios que podamos hacerle.»

Celo que *ora* para atraer gracias de conversión sobre los pobres pecadores y gracias de perseverancia para las almas piadosas. Recordad, piadosas y santas religiosas, que mientras estáis en oración—en esa inmovilidad de la oración que llenaría de asombro á las personas del mundo si os vieran,—detenéis la justicia divina, dispuesta á herir; arrancáis gracias de misericordia del corazón de Dios; evitáis que se cometa un pecado mortal que en aquella hora estaba á punto de cometerse en la tierra; excitáis en el alma de un agonizante un acto de arrepentimiento y de confianza. «Si todas las noches antes de entregarnos al descanso, dice el P. Fáber, rogáramos á la Santísima Virgen que ofreciera á Dios la sangre preciosa de su Hijo, á fin de impedir que se cometa un pecado mortal en cualquier parte del mundo durante la noche; si renováramos la misma intención

cada mañana para todas las horas del día, semejante ofrenda, hecha por tales manos, no podría menos de *agradar á Dios* y de obtener la gracia deseada; y así podríamos impedir cada año un gran número de pecados mortales.... Supongamos que mil religiosas hicieran esta ofrenda, y perseverasen practicándola durante veinte años; ¡oh! sin hablar de los méritos adquiridos para nosotros, ¡qué prodigioso número de pecados mortales habríamos logrado evitar, y cuánto gozo habríamos proporcionado al corazón de Dios!»

Celo que *protege* á las almas santas, y sobre todo á las almas de los niños, contra las seducciones de la vanidad, del lujo, de la coquetería; contra las máximas poco cristianas, contra las lecturas peligrosas, contra las amistades que tienden á la sensualidad.

Escuchad la fervorosa oración de un religioso consagrado á la educación de la juventud; debe ser la oración de toda religiosa:

«Tengo sed, Dios mío: sed de conquistar almas para vuestro amor.

»¡Almas! ¡almas! ¡necesito almas! ¡Estoy dispuesto á darlo todo, á dejarlo todo y á perderlo todo por salvar á las almas!

»¡Oh almas carísimas, que habéis costado la sangre de mi Salvador, rendíos á mis ardientes deseos. Venid á abrazar á este Dios crucificado, á quien amo y á quien adoro. Venid á alistaros bajo el estandarte glorioso de su santa cruz!

»Para aseguraros esta felicidad he dejado patria, padres, todo cuanto amaba en la tie-

rra; pero si puedo ganar vuestras almas, si puedo conducirlos al cielo, no he sufrido nada, no he dado nada, pues lo tengo todo por nada; y mis padecimientos y mis sacrificios son la fuente de todas mis alegrías y de toda mi felicidad.

»El universo entero es mi patria, porque todo el universo es el dominio de la caridad.

»Con tal que pueda conquistar almas y devolverlas á Jesucristo, no conozco ya destierro.

»¡Señor, quitádmelo todo, pero *dadme almas!*»

Celo que *sacrifica* el reposo, el tiempo, las fuerzas, por acudir á socorrer á una pobre alma que se aleja de Dios. San Ignacio, hablando un día con el P. Láinez, le dijo: «¿Qué haríais, padre, si Dios os dijera: «Si quieres morir ahora, te daré *el cielo*, pero si quieres vivir todavía para trabajar, *no te aseguro la salvación*, sino que te juzgaré á la hora de tu muerte según el estado en que te hallare?» ¿Qué escogeríais?—Padre mío, respondió Láinez, os confieso que tomaría el partido más seguro y pediría morir.—Pues yo, dijo San Ignacio, cierto no haría así, sino que, si juzgase *poder aumentar la gloria de Dios* en alguna cosa, le suplicaría me dejase vivir. Después de todo, añadió, ¿podría temer que Dios me abandonase por haber sacrificado mis intereses á su gloria? ¡Oh! Piensen otros lo que quieran, yo nunca pensaré semejante cosa de un Dios tan bueno, tan fiel y tan magnánimo.»

Celo que llega hasta *ofrecerse á Dios como víctima* por la salvación de los demás: «Pa-

*decer, trabajar, convertir*, he aquí todos mis deseos, escribía un santo misionero.» Tal es el deseo de toda alma religiosa. No hay pensamiento que conmueva y que llene de gozo como este pensamiento: «¡Tan pequeña y miserable como soy, puedo, gracias á mi profesión religiosa, que me une más íntimamente á Jesucristo y me permite participar más que á otra de los méritos infinitos de su sangre; puedo con mis oraciones, con mi obediencia, con mi resignación en aceptar las pruebas de la vida, impedir una culpa mortal!» Y llena de esta idea tan consoladora, la religiosa que ama á Dios obedece, soporta, sufre, trabaja, se consume, se calla; comprende que, empleando así la vida, está en medio del mundo corrompido por el mal como una urna de donde se exhala á todas horas la fragancia del incienso que purifica el aire inficionado.

## VII

Amar á Dios es no querer más que lo que Dios quiere, y estar contento de todo lo que Dios permite.

Jamás se duda de otro cuando se le quiere. Todo lo que *él dice* se acepta de buena fe, todo lo que *hace* es aprobado absolutamente.

He aquí el estado en que vive la religiosa que ama á Dios: sabe con toda certeza que su confianza en la sabiduría, en el poder, en la misericordia de Dios, á quien se ha dado, no puede engañarla, y así dice con ese entu-

siasmo de los santos: «¡Aun cuando Dios me matara, siempre le amaría! ¡Aun cuando no comprendiese nada de lo que Dios hace, aun cuando mi razón me hiciera ver una injusticia en lo que Dios hace, siempre diría que lo que El hace es bueno, es justo, es perfecto, y que, respecto á mí, es siempre lo que podía serme más útil!»

¡Oh, qué manantial de paz y de gozo es esta conformidad libre, íntima, completa á la voluntad divina!

1. *Querer lo que Dios quiere* es aceptar, no sólo sin resistencia, sino con alegría, todos los acontecimientos de la vida: la prosperidad, la adversidad, la enfermedad, la salud, los honores, los desprecios, la abundancia, la pobreza, el afecto de las criaturas, el abandono de nuestros amigos, una vida de padecimientos ignorada y desconocida, la muerte: todas estas cosas Dios las quiere, las prepara y las dispone, ó para corregirnos de algún defecto, ó para enriquecernos con alguna virtud, para santificarnos. Por nuestra parte, no hay duda que debemos *obrar* con toda la actividad y prudencia que, humanamente hablando, á nuestro parecer se requiere para ejecutar nuestras acciones, pero jamás debe separarse la *voluntad de Dios* del resultado que tengan. San Francisco de Sales escribía, tratando de un asunto de suma importancia: «Procuraré tener el negocio arreglado, de tal suerte que podamos verlo concluido, pues no lo deseáis vos más que yo. Pero si no es del agrado de Dios, á mi tampoco me agrada, ni á vos..... Hagamos tran-

quilamente lo que se pueda para lograr buen resultado; y si viendo los ojos de Dios, que penetra lo por venir, que esto no aprovecharía tal vez ni á su gloria ni á nuestras intenciones, su divina Majestad lo ordena de otra manera, eso no nos ha de quitar ni una hora de sueño.»

2. *Querer lo que Dios quiere* es agradarse de vivir con las personas en cuya compañía no ha colocado la divina Providencia. Aun cuando nos repugnaran su carácter, su educación, sus cualidades, sus defectos, sus máximas, su manera de ser, de portarse, de hablar, de obrar, debemos tener presente que Dios lo sabía cuando nos puso ahí, y que precisamente nos ha puesto para hacernos practicar la paciencia, la humildad, la caridad. Nos basta sufrir, callar, amar, á lo menos con la voluntad, á los que nos prueban, sin manifestarles que nos hacen padecer, y bendecir á Dios para adquirir inmensas riquezas para la eternidad.

3. *Querer lo que Dios quiere* es trabajar con gusto en el empleo que se nos ha confiado y en la casa en donde la obediencia nos ha puesto. Bien sabe Dios en donde estamos; si aquí nos ha puesto, es porque aquí debemos estar para santificarnos y para santificar á los demás; y cuando hayamos cumplido nuestro destino, nos quitará el empleo ó nos enviará á otra parte. Permanezcamos, pues, en ese puesto, que es el único en donde por ahora podemos ganar el cielo: continuemos ahí con toda paz y confianza, aunque nos parezca que nuestro trabajo es inútil. Perseveremo en esa

ocupación que nos ha impuesto la obediencia, por más penosa y antipática que sea á nuestra naturaleza. Si los ángeles del cielo, que tan felices son por estar cerca de Dios; supieran que Dios quería que viniesen á reemplazaros en ese empleo *tan repugnante* quizá, ¡oh! ¡con qué gusto vendrían! ¡Con qué gozo estarían ahí todo el tiempo que Dios quisiera! ¿Acaso no es esto lo que hacen los ángeles de la guarda? ¿No están largos años en compañía de almas ignorantes, groseras y malas? ¿No están al lado de los blasfemos? ¡Ay! si no escucharan más que la voz de su corazón, ¡con qué prisa volarían para ir hacia vos, Dios mío! Mas vos queréis que estén allí, y allí están todo el tiempo que vos queréis!

4. *Querer lo que Dios quiere* es desechar toda inquietud, así respecto á lo pasado como respecto á lo por venir. *Lo pasado* está ahora en manos de Dios, y tal vez ¡ay! con sus faltas, olvidos, y tibiezas; pero de nosotros depende el ofrecer á Dios todos los días nuestros trabajos, nuestras pruebas, nuestros actos de sumisión, nuestros actos de amor, sobre todo á fin de que, por su misericordiosa bondad, se digne repararlo todo, y un día lo encontraremos completamente purificado y brillante gracias á los méritos de Jesucristo que Dios habrá añadido á nuestras aspiraciones. *Lo por venir* no existirá tal vez; no tenemos, pues, por qué inquietarnos; dejemos que el buen Dios nos lo prepare; dejemos que *el día de mañana se cuide de sí mismo: bástale á cada día su trabajo.* Gocemos en paz de la hora presente que Dios

nos concede, y empleémosla útilmente en trabajar con orden, paz y caridad.

5. *Querer lo que Dios quiere* es no buscar en nuestros ejercicios espirituales, ni las dulzuras, ni los consuelos, ni los afectos del corazón, sino permanecer en paz mientras hacemos nuestras oraciones, nuestros rezos, nuestras comuniones en el estado en que al buen Dios le plazca dejarnos. ¿Por qué querer otra cosa que el cumplimiento de nuestro deber? ¿Por qué inquietarnos ó impacientarnos cuando el cumplimiento de *este deber* nos cuesta un poquito de trabajo? ¿No se cumple entonces con más amor, y no será más adelante recompensado con mayor abundancia?

6. *Querer lo que Dios quiere*, es decir en todo y por todo esta sencilla palabra: *¡Bendito sea Dios!* Decirla en el fondo del corazón, y decirla también algunas veces con los labios. San Francisco de Sales quería que esta palabra fuese la divisa de las religiosas de la Visitación; la veréis en todas las cartas que escriben, en todas las paredes de su monasterio; la oiréis pronunciar en el locutorio siempre que alguna religiosa va á empezar una conversación; es su saludo de bienvenida esta palabra tan dulce: *¡Bendito sea Dios!* ¡Sea habitualmente la palabra de todas las religiosas! Esta palabra es un *grito del alma agradecida* que da gracias á Dios por todos los beneficios, y, sobre todo, por la gracia de su vocación; es un *acto de aprobación* de todo lo que Dios permite, de todo lo que envía, de todo lo que consiente; es un *acto de aceptación* del actual

estado en que Dios la deja, del contento que le envía, de la pena que permite; es *el aprendizaje* de la misma palabra que repetirá durante toda la eternidad: *¡Bendito sea Dios!*

He aquí la doctrina de san Francisco de Sales sobre la importantísima cuestión de la propia entrega en las manos de Dios:

«Hay muchos que dicen á nuestro Señor: Me doy todo á vos entera y absolutamente; pero hay pocos que abracen la práctica de esta renuncia, que consiste en la perfecta sumisión á recibir toda clase de acontecimientos según los ordene la Providencia de Dios; lo mismo la aflicción que el consuelo, la enfermedad como la salud, la pobreza como la riqueza, el desprecio como el honor, el oprobio como la gloria.

»Lo cual entiendo yo según la parte superior de nuestra alma, porque es indudable que la parte inferior y la inclinación natural tienden siempre más bien á busca el honor que el desprecio, la riqueza más bien que la pobreza; aunque todos sabemos que el desprecio y la pobreza son más agradables á Dios que el honor y la abundancia.

»Por consiguiente, para entregarse á Dios de este modo es preciso obedecer á la *manifiesta voluntad de Dios y á la de su beneplácito*.

»La *voluntad de Dios manifiesta*, comprende sus mandamientos, sus consejos, sus inspiraciones, las reglas y las órdenes de los superiores.

»La *voluntad de su beneplácito* se refiere á los sucesos que no podemos prever; por ejem-



plo: no sé si moriré mañana. Veo que es del agrado de Dios que yo muera, y, por consiguiente, me abandono á su beneplácito, y muero de muy buena gana. Del mismo modo ignoro si el año que viene las intemperies y los pedriscos destruirán los frutos de la tierra; si llega el caso de que así sea, ó que haya peste, ú otros parecidos acontecimientos, es evidente que es del agrado de Dios, y, por consiguiente, me conformo.

»Sucederá que no encontréis consuelo en vuestros ejercicios, y no hay duda que es permisión de Dios; he aquí por qué es preciso conformarse, y de la misma manera en todas las cosas que suceden, exceptuando, sin embargo, el pecado y la condenación, pues en esto nunca es permitido consentir so pretexto de conformarse con la voluntad divina, lo cual sería groserísima ilusión.

»Es preciso notar, además, que hay cosas en las cuales hay que juntar la manifiesta voluntad de Dios con su beneplácito; por ejemplo: si caigo enfermo con recia calentura, veo en este acontecimiento ser del agrado de Dios que yo esté indiferente para la salud ó la enfermedad; mas la voluntad manifiesta es que, si no estoy sujeto á obediencia, llame al médico y me aplique los remedios que pueda; no digo que los más exquisitos, sino los comunes y ordinarios; y que los que están bajo obediencia reciban los remedios y tratamiento que se les apliquen con sencillez y docilidad, porque Dios nos lo ha significado dando virtud á los remedios, la sagrada Es-

critura nos lo enseña y la Iglesia lo ordena.

»Hecho esto, una alma completamente entregada á Dios permanece indiferente, tanto si la enfermedad se sobrepone al remedio, como si el remedio vence á la enfermedad; de manera que si tuviera delante la salud y la enfermedad, y nuestro Señor le dijera: «Si escoges la salud no te quitaré ni un átomo de mi gracia, mas si escoges la enfermedad yo me agradaré un poco más de eso», entonces el que enteramente se ha puesto en manos de nuestro Señor escogerá, sin duda, la enfermedad únicamente porque de eso se agrada Dios un poco más; sí, aun cuando tuviera que pasar toda la vida postrado en un lecho, sin hacer otra cosa que padecer, no querría por nada del mundo desear otro estado de salud. Así, los santos que están en el cielo tienen tan unida su voluntad con la de Dios, que, si Dios se agradara más de que estuvieran en el infierno, dejarían el paraíso para ir allá.

»Este estado comprende también la sumisión completa al beneplácito divino en todas las tentaciones, arideces, sequedades, aversiones y repugnancias que se encuentran en la vida espiritual; porque en todo esto sólo se ve el beneplácito de Dios, cuando no sucede por nuestra culpa y no hay pecado en ello.»

**Amar á Dios es confiar en El en todas las cosas.**

Quando uno ama y se siente amado, vive en paz bajo la protección de aquel á quien ama.

Alma religiosa, ¿no te sientes amada, muy amada del buen Dios, cuyo poder, bondad y sabiduría conoces? Mira si hay quien sea más amada que tú por este Dios. ¿Recuerdas las páginas en las cuales hemos tratado de manifestar algunas de las bondades que El ha mostrado llamándote, esperándote, buscándote, perdonándote, acogtiéndote; bondades que continúan aún todos los días, puesto que te conserva á su lado; te rodea de solicitud, de gracias, de luces; te admite á la comunión frecuente y te hace experimentar el gozo su presencia?

¡Oh! ¿por qué no estás siempre risueña viéndote protegida por el amante corazón de tu Padre?

No hay duda que le has ofendido, que le has desobedecido, pero sabes muy bien que te ha perdonado.

«Cuando el demonio, para asustarme y desanimarme, me ponga delante de los ojos el número casi infinito de mis faltas, escribía una religiosa, yo digo: Es verdad; he sido muy culpable, pero Dios ha sido infinitamente más misericordioso, y me ha perdonado, porque ha visto el arrepentimiento sincero que he tenido de mis culpas cuando he hecho la confesión á su ministro.

»Cuando el demonio viene á atormentarme con el temor de haberme confesado mal, digo: No, no; Dios no lo hubiera permitido cuando yo lo hacía con tanta sinceridad.

»Cuando el demonio viene á aterrarme con el pensamiento de que me condenaré, digo: No, eso no es posible; para condenarme sería

preciso aborrecer al buen Dios, y yo conozco que le amo y que le amaré siempre.»

Sí, alma querida consagrada al Señor, tú amarás siempre á tu Dios; vive en paz sin preocuparte por tu salvación.

No es *olvidadizo* el que te ha prometido el céntuplo en esta vida, y la vida eterna en la otra.

No es *ingrato* ese Dios á quien te has dado enteramente.

No es *insensible* ese esposo por quien has dejado á tu padre y á tu madre, que tanto te amaban.

No es *tirano* ese dueño por quien trabajas desde la mañana hasta la noche, sacrificando tu voluntad por hacer la suya, empleando tus fuerzas para hacer que le conozcan y amen.

Cuenta, pues, con El cuando *estés enferma*; El sabrá medir el dolor según tus fuerzas y purificar tu alma por medio de los padecimientos del cuerpo.

Cuenta con El cuando *estés cansada, abatida, fatigada*; cuando te parezca que estás sola en medio de un desierto; entonces está cerca de ti, sosteniéndote con su gracia, asistiendo á la lucha que traes contra la tentación y el desaliento, multiplicando tus fuerzas y preparando tu corona. ®

Cuenta con El *siempre y en todo*. Una madre puede olvidar á su hijo, pero os juro que yo, el Señor, no abandonaré jamás al alma fiel.

«Una vez que el alma se ha penetrado bien de la idea de que *Dios es su padre*, dice el P. Fáber, se reviste la vida de apariencias en-

teramente nuevas. Si trabajamos, es bajo la mirada de Dios; si nos recreamos, su sonrisa paternal reanima nuestra alegría.... Entonces no se pasa día sin que en El notemos algún rasgo paternal en que hasta aquel día no habíamos reparado. Las oraciones se hacen con más fervor, los Sacramentos producen más copiosos frutos de salud, los deberes se tornan en privilegios, las penitencias tienen la encantadora apariencia del placer, las penas enternecen el corazón y los dolores nos parecen presentes del cielo.... ¡Oh! Ante la idea de que vivimos amados y protegidos por Dios, ¡cuán dulce se hace todo! ¡Qué suave nos parece! El menor objeto que se presenta á la vista, el más débil sonido que retiñe en nuestro oído, hace estremecer nuestro corazón, como si Dios fuese á hacernos oír su voz ó aparecerse él mismo.»

¡Oh! ¡Dichosas las almas que se complacen en llamar á Dios *padre suyo* y que tienen para Dios corazón de *hijo*!

## IX

Amar á Dios es aspirar á unirse con El.

Aspirar á unirse con Dios es aspirar á poder decir con san Pablo: *No soy yo quien vivo, mas vive Cristo en mí.*

Es ayudar á Jesucristo á cumplir la promesa que ha hecho por estas palabras: *Si alguno me ama, mi Padre le amará también, vendremos á El, y haremos en El nuestra morada.* «No

debemos contentarnos, como dice Bossuet, con acompañarle en apariencia, sino que debemos estar *íntimamente unidos* á El, no de pasada, sino como de asiento y de un modo permanente.... ¡Oh! ¿Quién podrá decir cuán íntimamente habita Dios en el alma que le ama? ¡Cómo la dilata para pasearse por ella y, desde el fondo íntimo de esa alma, difundirse por todas partes, ocupar todas las potencias, animar todas las acciones!» *Estad en mí*, decía también Jesucristo á los que amaba y cuyo amor pedía, *estad en mí, y yo estaré en vosotros.*

Vamos á indicar *en qué consiste esta unión*, que, á decir verdad, no alcanzan de una manera completa todas las almas consagradas á Dios, pero á la que todas deben aspirar, y luego daremos á conocer los *defectos que son obstáculo á esta unión.*

I. Aspirar á unirse con Dios es querer de tal manera renunciar uno á sus ideas, á sus deseos, que no tenga ya más que las ideas, los deseos y los pensamientos de Jesucristo: ese es, por lo demás, el distintivo *del amor* (1). ¿Y no es

(1) «Amar, dice santo Tomás, es tender á unirse. Es procurar hacer de dos voluntades una.» «El amor, dice el mismo doctor, es un movimiento que se dirige al bien para tomar posesión de él. ¿En dónde está ese bien, ese bien verdadero, ese bien completo, ese bien que no cambia y hacia el cual se lanza natural y casi irresistiblemente todo corazón puro? Está en Dios, nada más que en Dios.» *El amor*, dice san Juan, nos une á Dios de tal manera, que cuando una alma posee la caridad, *Dios está realmente en ella y ella está realmente en Dios: Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.* (1 Joan., cap. IV, vers. 16.)

esto lo que habéis querido hacer, vosotras religiosas, al pronunciar los votos? Esos votos, ¿no os han unido irrevocablemente á Jesucristo y, por consiguiente, á su voluntad? ¿No habéis enajenado en sus manos vuestra voluntad de la manera más absoluta? ¿Quién, pues, puede decir mejor que vosotras que *está unido* á Jesucristo? La Iglesia lo comprende tan perfectamente, que os da el nombre que en la tierra expresa mejor la unión entre dos seres: os llama *esposas de Jesucristo*.

Así, la verdadera religiosa no tiene más que un *temor*: el de desagradar al corazón amantísimo de su Esposo; de ahí desconfianza de sí misma; vigilancia habitual; sosiego y paz en todos sus movimientos; precauciones minuciosas, pero sin inquietud y sin turbación, en su trato con las criaturas; temor de todo lo que le parece ocasión de pecado.

No tiene más que un *pensamiento*: el pensamiento de Jesucristo, su divino Esposo crucificado, cuya imagen está siempre delante de sus ojos; de ahí recogimiento habitual y espí-

mas esta unión, con toda su perfección, sólo existe en el cielo.

«El distintivo del amor, dice Bossuet, es tender á la unión más íntima y más estrecha que pueda existir; la unión de las voluntades.»

«El amor, dice el P. Lacordaire, es un poder soberano, una fuerza superior que nos lleva fuera de nosotros mismos para unirnos á otro.» La religiosa ha experimentado bien esta *fuerza superior*, que la ha llevado lejos de su familia para unirla á Dios. Sin este *poder soberano*, ¿cómo se hubiera podido separar de su madre, acaso para no volverla á ver?

ritu de oración; pureza de intención; elevaciones frecuentes de su alma por medio de cortas y afectuosas palabras de adoración, de alegría, de sumisión; atención delicada á la voz de la gracia, que exige de ella más paz, más humildad, más abnegación.

No tiene más que una *ciencia*: la ciencia de Jesucristo: su escuela es *el Tabernáculo*, junto al cual va á arrodillarse y á rezar lo más que puede; su libro es *el crucifijo* que con frecuencia toma en sus manos cuando está sola en oración; de ahí desprendimiento completo de su modo de ver, de pensar, de juzgar, por ver, pensar y juzgar como Jesucristo y como sus superiores, que están en lugar de Jesucristo; de ahí indiferencia por los empleos, por los cargos, por las ocupaciones; sencillez para ocupar tal puesto, á que la destinan sus superiores porque sabe que Dios está obligado á venir en su auxilio.

No tiene más que un *deseo*: el de parecerse á Jesucristo, su Esposo; de ahí esta pregunta que frecuentemente se dirige á sí misma: *¿Hubiera obrado así Jesucristo? ¿Hubiera pensado de esta manera? En mi lugar y en estas circunstancias, ¿qué hubiera hecho Jesucristo?* De ahí tendencia continua á vivir pobre y abatida; á ser afable en sus palabras, caritativa en sus pensamientos, complaciente y generosa en sus actos, compasiva en sus juicios; Jesucristo hubiera obrado así.

No tiene más que una *ocupación*: la de agradar á Jesucristo; de ahí minuciosos cuidados para conservarse inocente y pura, y fre-

cuentos recursos al sacramento de la Penitencia; desasimiento de todo lo que podría atestar su corazón y mantenerle apegado, siquiera fuese muy ligerante, á otro fuera de Dios; de ahí, sobre todo, continua tendencia á unirse más y más á la voluntad de su divino Esposo, voluntad que ella se complace en proclamar siempre santa, siempre justa, siempre amable; de ahí esfuerzos incesantes por no tener otro *espíritu* que el de Jesucristo; por pensar del mundo lo que El pensaba; por amar la abyección, la humildad, la vida oculta; y á fin de conseguir este resultado, á que no se puede llegar sin una gracia especialísima, piensa continuamente en prepararse á la comunión frecuente, cotidiana, si se lo permiten.

No tiene más que un *objeto*: sacrificarse con su esposo Jesucristo. Sabe que la esposa no ha de ser más que el Esposo; que debe seguirle á todas partes adonde vaya; que debe ayudarle en todo lo que haga; así quiere, como Jesucristo, ser *víctima* por la salvación del mundo; como El, quiere ser obediente, y obediente hasta la muerte; *pobre*, hasta no tener nada de que pueda llamarse propietaria; *casta*, hasta negarse toda satisfacción de los sentidos que no sea, á su parecer, estrictamente necesaria, y hasta reducir su cuerpo á servidumbre; *humilde*, hasta amar los desprecios y alegrarse de ser menospreciada y teuida en poco; *caritativa* y *generosa*, hasta sacrificar su reposo, su salud, su vida misma, como lo hizo Jesucristo, desde el momento que se trata de ser útil al alma y aun al cuerpo del prójimo.

Está, según la notable expresión de san Francisco de Sales, está *transida*, es decir, ha pasado de esta vida á la otra. «Decimos de los muertos que han *pasado*, escribe en su *Tratado del amor de Dios*, dando á entender que la muerte no es más que el tránsito de una vida á otra, y que morir no es otra cosa que *traspasar* los confines de esta vida mortal para ir á la inmortal. Ciertamente, no puede morir nuestra voluntad, ni tampoco nuestro espíritu; pero *traspasa* algunas veces los confines de su vida ordinaria para vivir enteramente en la voluntad de Dios; tal sucede cuando no sabe ni quiere saber nada, sino que se abandona totalmente á lo que sea del agrado de la divina Providencia, *disolviéndose* y *mezclándose* de tal manera con la voluntad divina que *desaparece*, por decirlo así, quedando toda oculta con Jesucristo en Dios, en donde vive, no ella, sino la voluntad de Dios en ella.»

Así, pues, una alma *unida á Dios* es una alma que ha dado á Dios un poder tan absoluto sobre su propia voluntad, y vive en una dependencia tan entera de la voluntad divina, que Dios está en ella como *el alma de todas sus acciones y de todos sus deseos*.

Es una alma á la cual manda Dios en la seguridad de que será siempre obedecido; una alma de quien, por su santa gracia, Dios es en todo obedecido con tanta fidelidad que, no sólo no encuentra en ella ninguna resistencia, sino que, por el contrario, encuentra *una voluntad firme para no obrar nunca sino por su impulso*.

Una alma, en fin, de la que Dios ha tomado posesión de tal manera, que no obra más que por *el espíritu de Dios*, y puede decir tan sencillamente como san Pablo: «*No soy yo la que vivo, sino Jesucristo es quien vive en mí* (1).»

¿No es ésta ¡oh religiosas! la aspiración incansante de vuestra voluntad? ¡Oh! ¡pedid, pedid al Dios de toda misericordia, á ese Dios que tanto os ama, pedidle que os conduzca poco á poco, por la *sumisión*, por el *desprendimiento* y por el *sacrificio*, á esa unión, que es, como ahora comprendéis, el fin para que os ha llamado á la vida religiosa!

II. He aquí ahora la indicación de los defectos que son más ordinariamente obstáculo á la unión con Dios. No hablamos de *faltas*, sino sólo de *defectos*, defectos ¡ay! casi amados, y que pueden ser el origen de muchas faltas.

(1) «Se puede decir realmente que esta alma vive de la vida de Dios mismo. ¿Cómo? Porque lo que vive en nosotros es lo que manda. Así decimos de nuestros propios cuerpos que *viven de la vida de nuestra alma*, porque nuestra alma es la que manda hasta en nuestras facultades corporales. Así decimos, de todo hombre sujeto á las inclinaciones de sus sentidos, que *el hombre carnal vive en él*, y que ese hombre *vive una vida animal*, porque los apetitos desordenados mandan y gobiernan á ese hombre en toda su conducta. Por consiguiente, cuando Dios es en una alma el árbitro soberano de todos sus deseos y el dueño absoluto de todas sus operaciones, debe decirse también, pero aun con más fundamento, que *Dios vive en ella y que ella vive de la vida de Dios mismo.*» (Lafiteau.)

### I.º — TENER ALGÚN AFECTO PARTICULAR

No se trata aquí de esos afectos groseros á los bienes de la tierra, á la vanidad, á los placeres de los sentidos, afectos á los cuales habéis renunciado por vuestros votos, y que, gracias á Dios, os inspiran cierto horror; sino que se trata de esos *afectos más delicados* á personas ó á cosas que, según decís vosotras con gran candor, os impelen hacia Dios con más seguridad y en derechura.

Ya es el *cariño á un director piadoso y celoso* que hace bien á vuestra alma.

Ya es el *apego á ciertas oraciones, á ciertas mortificaciones y aun á la santa comunión.*

Si, en sí mismos son buenos estos afectos; mas porque pensáis demasiado en el objeto de vuestro cariño; porque os alegráis demasiado cuando le tenéis; porque os afligís demasiado cuando os veis privadas de él; porque os atormentáis demasiado por tenerlo; porque estáis hablando de él casi siempre, estos afectos impiden que vuestro espíritu sea totalmente de Dios; os distraen durante la oración, os quitan la paz del corazón, os hacen menos prontas para la obediencia.

1. ¿Te encamina á Dios ese *director piadoso y celoso*? Vé, pues, á Dios, y no te detengas en aquél; respétale, apréciale, muéstrate agradecida; agradece, sobre todo, al buen Dios el que te le haya proporcionado; mas *si Dios, que te lo ha enviado, te lo quita*, no pierdas la paz; norabuena que lo sientas, pero no murmures;

continúa rogando por él, y acepta sencillamente y sin desconfianza al que *Dios envíe* para reemplazarle. ¡Oh alma de poca fe! ¿Quién te va á salvar, el confesor ó Dios? ¿Quién ha dado luz, amor, abnegación á ese por quien lloras? ¿No es Dios? Y ¿quién te le ha quitado? ¿No es Dios? Y ¿te atreverás á pensar que Dios no dará á otro *todo lo que sea menester para encaminarle al cielo?*

2. Excelentes son las ideas piadosas que llenan tu alma y los ardientes deseos que sientes *de comulgar y de mortificarte*; pero advierte que esas son tus *ideas* y tus *deseos*, y que no son quizá los del buen Dios. Dios manifiesta su *voluntad del momento* por medio de tus superiores, y en cuanto éstos hayan hablado debes someterte y abandonar todo lo que era *tuyo*; no mortificarte ya de aquella manera que habías escogido; no ir á la oración en aquella hora que te convenía; no hacer ya aquellas numerosas comuniones que te habías prescrito.

Tal vez otras superiores te habrían autorizado para hacer todo lo que se te prohíbe actualmente: *¿por qué, dirás tú, por qué esta diferente manera de ver? ¿Lo que ayer era bueno, no lo es ya hoy?*

¡Cállate, pobre respondona! Lo que era bueno ayer *para ti*, es todavía bueno en sí mismo, pero no te conviene ya. Tú no lo ves, pero Dios lo ve, y obra según las circunstancias.

¡Ah! Si fuese únicamente *la gloria de Dios* lo que buscas en esas comuniones, en esas oraciones, en esas mortificaciones, podrías ex-

perimentar cierta contrariedad, pero nunca murmurarías. Desciende hasta el fondo de tu alma, y hallarás que no es la privación de la mortificación ó de la comunión lo que te mueve á murmurar, sino *la decepción que padeces*. En tus murmuraciones entra por más el amor propio que el pesar.

2.º — NO TENER BASTANTE HORROR Á LAS FALTAS LEVES VOLUNTARIAS

La unión pide semejanza; así, pues, Dios, que es la misma pureza, no puede estar *unido* sino con la pureza. Ciertamente que no tienes amor al pecado, ni aun al más leve pecado, ni á la más ligera imperfección; y si antes de cometer esa falta de silencio, si antes de soltar la lengua á la murmuración, ó de entregarte á la distracción durante el rezo, ó de empezar esa lectura que perturba tu imaginación, te dijeras: *Voy á hacer un acto que Dios desca que no lo haga*, no, no lo harías seguramente.

Pero esos actos cometidos por ligereza, por inclinación, por hábito, no te causan *bastante* pesar, no te excitan lo bastante á tomar serias precauciones; no olvides que más vale *precaución* que *resolución*. He aquí lo que impide tu *unión con Dios*. ¡Oh! Si realmente amaras al buen Dios, tal vez cometerías aún esas ligeras faltas; mas ¡qué pronto te humillarías y arrepentirías después de cada una de ellas! ¡Cómo procurarías repararlas con mayor fidelidad! ¡Oh! No estés ni un momento *desunida* de Dios! Pronto, pronto haz un acto de contri-

ción y un acto de amor, con mucha paz, pero con mucha sinceridad. El pecado, por muy leve que sea, cuando mora de asiento en el corazón, obscurece la luz de la gracia, entorpece al alma, impide siempre algo la dulzura de la presencia de Dios..., y, poco á poco, te va haciendo más sensible al amor y á los atractivos de las criaturas.

3.<sup>o</sup>—INQUIRTARSE Y TURBARSE POR LAS FALTAS  
Y POR LAS INFIDELIDADES

Dios es la paz; para estar en unión con Dios es preciso tener paz, amar la paz, buscar la paz; no tiene esa paz del cielo el alma que se turba por sus caídas, por sus infidelidades; que se desconsuela y aflige cuando ha caído en alguna falta, aunque sea por inadvertencia; que se admira de verse tan débil; que se despecha, que no se atreve á acercarse á Dios; que se está pensando largas horas sobre la causa de sus descuidos, y entonces necesariamente se descuida en su deber, ó lo cumple con mucha imperfección y negligencia.

Los santos no obraban así. «Cuando habéis caído, dice san Francisco de Sales, reconoced vuestra falta, humillaos delante de Dios y quedad en paz. Es preciso aprender, no sólo á soportar los defectos de los demás, sino también los nuestros, y soportarlos con mansedumbre y paciencia.» Si el viajero que se cae en el camino se contentara con lamentarse y decir desconsolado: ¡Qué desgraciado soy! ¿Qué voy á hacer ahora?, ¿de qué servirían sus lamentos?

¿No le valdrá más levantarse en seguida y continuar su camino con más precaución, sin duda, pero más animoso? «Huid, dice santa Teresa, huid de la cobardía y encogimiento en vuestras relaciones con Dios; el alma que se reconcentra demasiado en sí misma, se vuelve cobarde para obrar, cae en mil escrúpulos, es una carga para sí misma y para los demás.» *Acabo de cometer una falta, se dice sencillamente el alma unida á Dios, dirigiendo una mirada al Crucifijo; pues bien, voy á repararla ejecutando con más piedad y perfección lo que tengo que hacer ahora.*

4.<sup>o</sup>—NO TENER BASTANTE ORDEN EN LAS ACCIONES

Dios es el orden por excelencia; obra siempre suave y fuertemente, tendiendo siempre hacia el fin que se propone. Si quieres, pues, estar unida á El, ama el orden, ama la regla. En tu comunidad no hay ninguna hora en cuyo comienzo puedas decir: *No sé qué hacer.* Haz, pues, lo que te está indicado. Hazlo con calma, pero con fortaleza. No te apresures queriendo hacerlo todo á la vez, temiendo siempre no hacerlo bastante bien. No seas como la pobre Marta, á pesar de todo tan solícita, á la cual decía Jesucristo: «Marta, Marta, te ocupas en muchas cosas que te turban; una sola es necesaria.»

Comienza, continúa, interrumpe el trabajo cuando te manden hacer otro, pero sin turbación; de ese modo trabajará Dios contigo. De la misma manera debes proceder en lo to-



cante á tus devociones; no estés en la capilla más tiempo del que permite la regla; deja la oración cuando te llama la superiora. Vive siempre para el día, y mejor aún para la hora. ¡Oh, si Dios te diese á entender la dicha de vivir en comunidad, en donde tu alma puede con tranquilidad y sin sobresaltos encaminarse á la eternidad, recogiendo á cada hora, á lo largo del camino, las flores que deben formar tu corona!

5.º—PROPENSIÓN Á METERSE EN LOS NEGOCIOS DE OTRO

Defecto muy común, y tanto más de temer cuanto que no parece defecto. Si, no cabe duda que debemos atender á los demás para ayudarlos y favorecerlos, para excusarles alguna molestia, pero no para embarazarnos y preocuparnos con lo que dicen ó hacen.

Pon toda la atención en tu trabajo, pensando únicamente en Dios, y no se irá tu espíritu á curiosear lo que los demás hacen. El gran secreto para llegar á la unión con Dios y para conservarse en ella, es no meterse en negocios ajenos mientras que la necesidad ó la caridad no nos obliguen á ello. Se compra muy caro el gustillo de satisfacer la curiosidad cuando por ello hay que privarse de la vista de Dios. De ahí vienen la mayor parte de nuestras distracciones é inquietudes. ¡Oh! ¡Ignoremos muchas cosas en nuestra comunidad! ¿Qué te importa á ti lo que hace la superiora y lo que hacen las hermanas? ¿Qué te importa á ti ese incidente sin importancia, que mañana

se echará al olvido? Lo que nos importa es estar en paz con Dios.

X

Amar á Dios es amar á la sagrada Eucaristía.

¡La sagrada Eucaristía es Jesucristo, es Dios mismo! Dios, que por una condescendencia que sólo el amor al hombre puede explicar, tomó un cuerpo y alma para venir á morar entre nosotros, y por un milagro más grande todavía que el primer milagro de la Encarnación, se ha hecho nuestro alimento bajo la forma de una hostia, y bajo esta forma está perpetuamente con nosotros.

La santa Eucaristía es, sobre todo para la religiosa, la posibilidad, ó mejor dicho, la feliz necesidad de atestiguar á Dios *materialmente*, digámoslo así, el amor y reconocimiento que tiene por todas las gracias que ha recibido.

Es poder dedicar á Dios las atenciones *materiales* que dedicaría á su padre y á su madre si los tuviera cerca.

Es arreglar el santuario en donde Jesús habita como arreglaría la habitación de su padre; es adornar el altar en donde reposa; cultivar las flores que lo embalsaman con su fragancia; cuidar de que deslumbren por su blancura los manteles y los corporales en que ha de descansar Jesucristo.

Es saber que está allí en un sitio especial y determinado; es verle, por decirlo así, cara á cara, puesto que la hostia que ve es Jesús.

Es vivir bajo el mismo techo que Jesús; es ser la guardiana de Jesús, puesto que en las comunidades no es el sacerdote, sino una religiosa quien tiene la llave del sagrario en donde está encerrado Jesús.

Es cuidar de la lámpara que arde continuamente delante de Jesús, lámpara que arrancaba á Mr. Ollier este grito del corazón: «¡Oh lámparas del santuario! ¡Felices vosotras que os consumís totalmente á honra y gloria del Señor! ¡Oh quién me diera participar de la naturaleza del aceite para poder consumirme siempre delante del Santísimo Sacramento!»

«La sagrada Eucaristía es, sobre todo, la felicidad de poder comulgar!»

La sagrada Eucaristía es, sin duda, para toda alma cristiana, pero muy especialmente para la religiosa, el centro, la vida, el todo, puesto que en la Eucaristía reside el que es el principio, el centro y el fin de toda beatitud y de toda vida!

«La Eucaristía, dice el P. Giraud, es Jesús viviendo entre nosotros con todas sus gracias, con todas sus bondades, con el espíritu de todos sus misterios, con la belleza de todas sus glorias. La Judea, los Apóstoles, la Santísima Virgen María, no tuvieron más rico tesoro durante los años de la vida mortal de Jesús; el cielo no posee cosa mejor.

«Allá arriba poseen á Jesús los bienaventurados en el eterno gozo; aquí le poseemos en las misteriosas sombras de la fe, pero es siempre El, El todo entero. María, aquí en la tierra, poseía de una manera inefable; mas el mismo

que era su gozo lo es también el nuestro. Cuando caigan los velos; cuando las sombras se desvanezcan; cuando se haya acabado el tiempo del destierro y entremos en la luz beatífica; cuando sepamos lo que poseíamos acá en la tierra y comprendamos cuán grande ha sido nuestra ignorancia y ceguera, quedaremos atónitos de admiración viendo la paciencia y la longaminidad de Jesús en el Santísimo Sacramento, y ¡ay! nuestro poco celo, fervor y veneración hacia ese misterio de ternura y condescendencia divina.»

La sagrada Eucaristía es Jesús perteneciéndonos, Jesús dignándose ponerse á nuestra disposición, Jesús comunicándonos de sí mismo todo lo que podemos recibir.

«Es Jesús amándonos, dice el P. Fáber, con un amor que ningún lenguaje podría explicar, amándonos mucho más de lo que nuestra inteligencia puede comprender, mucho más de lo que nuestra imaginación puede concebir, y condescendiendo con nosotros hasta desear, con un ardor inefable como su amor, que le amemos y que reconcentremos en El toda la fuerza de nuestros afectos.

Los méritos de Jesús pueden llamarse *nuestros* tanto como *suyos*.

Sus reparaciones son más bien *tesoros nuestros* que *suyos*. El nos ayuda en nuestras penitencias; nos consuela en nuestras penas; nos sostiene en nuestras pruebas. Todo cuanto hay bueno, santo, hermoso, agradable, todo y en sumo grado lo hallan en El sus servidores.

¿Por qué hemos de ser pobres, cuando, si queremos, podemos poseer á Jesús?

¿Por qué nos abandonaremos á la tristeza, puesto que Jesús, que es la alegría del cielo, se complace de entrar en los corazones afligidos?

Podemos exagerar muchas cosas, pero nunca podremos exagerar *el amor que Jesús nos tiene, la misericordia de Jesús para con nosotros, la obligación que tenemos de amar á Jesús.*

«Podríamos hablar de Jesús toda nuestra vida, sin agotar jamás tan dulce y sabrosa materia. La eternidad no bastará para aprender todo lo que es, y para loarle por todo lo que ha hecho por nosotros.»

¡Oh! Amadle, pues, religiosas, amad á Jesús sacramentado, porque El es quien os ha llamado á la vida santa que profesáis.

La primera vez que oíste aquella voz que te decía: *Deja á tu madre, ven á mí!*, fué á los pies del altar y delante del Santísimo Sacramento.

La sagrada Comunión, que tal vez recibías diariamente, es quien te ha dado la fuerza para separarte de tu familia.

¡Ama, pues, á la santa Eucaristía!

«Á este Jesús que ahora es *todo* para ti, que es tu padre, tu madre, tu familia entera, tenle, dice el P. Eymard, tenle un *amor apasionado*; ámale con todo el ardor con que se ama en la tierra, pero por motivos sobrenaturales.»

¡Oh!, dime, ¿no amas á nadie en el mundo? ¿No amas á tu padre, á tu madre, á tus hermanas? ¡Pues bien!, ese amor que tan vivamente te impresiona cuando te acuerdas de

ellos; ese amor que te conmueve siempre que oyes pronunciar su nombre, ese amor que casi te enloquece cuando los vuelves á ver después de una larga ausencia, ponlo todo en nuestro Señor!

¡Pide á Jesús la gracia de amarle así; pídesela todos los días, y Dios te la concederá!

«¡Ah!, añade el P. Eymard, en el día del juicio no serán nuestros pecados los que nos llenarán de consternación, ni por lo que más se nos recriminará, pues están perdonados para siempre. Nuestro Señor nos dará en rostro con nuestra ingratitud. Me habéis amado, nos dirá, menos que á las criaturas. ¡No habéis cifrado en mí la felicidad de vuestra vida! ¡Me habéis amado lo que basta *para no ofenderme mortalmente*, pero no lo necesario *para vivir de mí!*»

El amor que debemos á Jesús no ha de ser solamente un *sentimiento* vivo y ardiente que penetra el corazón, lo abrasa un instante y después se desvanece; ese amor debe ser *perpetuo*, como es perpetuo el amor que Jesús nos tiene en la Eucaristía; y á fin de que sea siempre, no el mismo en su fervor, porque el fuego del amor no depende de nuestra voluntad, sino el mismo *en su realidad*, es preciso mantenerlo con actos exteriores, como se alimenta con aceite la llama de la lámpara que arde delante del altar.

Ese amor debe ser *perpetuo*, como es perpetuo el amor que Jesús nos tiene en la Eucaristía.

Debe ser *práctico*, como es práctico el amor de Jesús en la Eucaristía, y manifestarse por

actos de reverencia y de abnegación hacia la persona de este divino Salvador.

Debe encaminarse á *complacer continuamente* á Jesús, á procurar, sobre todo, *imitar* á Jesús, en todo lo que El haría si estuviese actualmente en nuestro lugar.

Más adelante estudiaremos la intervención de Jesús en las acciones diarias; he aquí ahora tan sólo algunos de esos actos exteriores que por su naturaleza tienen por objeto alimentar en nosotros el amor interior:

1. No omitáis jamás *las genuflexiones* al pasar por delante del Tabernáculo en donde está encerrado nuestro Señor Jesucristo; «esa graciosa genuflexión litúrgica, dice Mr. de Segur, tocando con la rodilla derecha en tierra, y que se hace, no por rutina, sino *pausada y religiosamente*, en unión del alma que se humilla ante su Dios y le adora.

»Se debe hacer la genuflexión siempre que nos presentemos delante del Santísimo Sacramento, ó pasemos por delante de él, y esta regla no tiene ninguna excepción. Habla con los legos como con los sacerdotes, con los niños como con los mayores. Nada es pequeño cuando se trata del Santísimo Sacramento. Así se ve en la vida de los santos, que los más grandes siervos de Dios daban gran importancia á las menores prescripciones encaminadas á inspirar veneración y respeto al Santísimo Sacramento. San Carlos Borromeo, san Ignacio, san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, no toleraban la más leve infracción de las reglas litúrgicas, ni en los demás ni en sí mismos.

»Sobre todo, cuando está expuesto el Santísimo Sacramento, debemos redoblar la fidelidad en el cumplimiento de todas esas reglas. A menos de estar materialmente impedidos, no debemos entonces contentarnos con la simple genuflexión, sino que hemos de poner las dos rodillas en tierra é inclinarnos profundamente. Esta prescripción no es un simple consejo de piedad, como podría creer alguno; es una ley litúrgica á la cual todos deben conformarse en tanto que puedan, ya que es además tan hermosa como saludable.

»En efecto; parece increíble la importancia que tienen todas estas prácticas exteriores en cuanto concierne á la religión interior, á la conservación y desarrollo del espíritu de fe, y, por consiguiente, de la verdadera piedad para con la Santa Eucaristía. Es la cáscara que envuelve el fruto, y sin la cual el fruto se corrompería muy pronto y sin remedio.

»Es también grande imprudencia y manifiesta infidelidad no esmerarse en todas esas cosas que parecen superfluas á los espíritus frívolos y vulgares. En este caso se puede aplicar la gran regla evangélica: «*El que sea fiel en las cosas pequeñas será fiel en las grandes, y el que no sea fiel en lo poco no lo será en lo mucho.*»

2. Puesto que Jesucristo quiere estar con vosotras bajo el mismo techo, y ha dispuesto que se os confie la guarda de su adorable cuerpo, sed realmente y en toda la extensión de la palabra *las siervas de Jesús sacramentado.*

Brillen por su limpieza el Tabernáculo, el altar y el santuario.

Inspire toda la capilla recogimiento por el orden y el buen gusto con que aparezca á los ojos de todos.

Ninguna habitación de la casa esté mejor adornada que la capilla.

¿No es la capilla la cámara del Padre amado; del amable Señor á cuyo servicio os habéis obligado; del Esposo con quien habéis prometido vivir hasta la muerte? Y ¿qué hijo cariñoso, qué siervo fiel, qué esposa complaciente y amable dejarían de adornar con lo más hermoso que tienen la cámara de su padre, de su señor, de su esposo?

3. Felices las religiosas á quienes Dios, por un amor especial, un amor cuya extensión jamás llegarán á comprender, ha llamado á ser las *Hijas del Santísimo Sacramento*, las *Adoradoras perpetuas*, las *Guardias de honor de su sagrado cuerpo*, y que de día y de noche, sin interrupción, están delante del Tabernáculo, relevándose de hora en hora, haciendo visiblemente lo que los ángeles hacen invisiblemente y harán hasta el fin de los siglos.

No todas las religiosas tienen esta vocación especial, como no todos los ángeles tienen el mismo oficio; pero todas deben aspirar con toda la energía de su voluntad á *la adoración perpetua* de Jesús sacramentado, procurando ocupar su pensamiento con el recuerdo de ese dueño tan bueno que habita en su misma casa.

He aquí las prácticas que un piadoso autor

aconsejaba á las personas del mundo para ayudarlas en el deseo que tenían de adorar perpetuamente á Jesucristo, pero de un modo especial se os recomiendan á vosotras, almas consagradas á Jesús:

«Habéis comulgado esta mañana y llevado á nuestro Señor Jesucristo en vuestro corazón; vuestra alma invisible ha encontrado al Dios invisible para adorarle y bendecirle con el himno de su amor, porque Dios, mediante su divina gracia, se ha derramado por todo vuestro sér; ha querido serviros de alimento, y en algún modo os habéis identificado con El. ¡Oh! Apresuraos, pues, á ofrecer vuestras adoraciones á este huésped divino; jamás le pierdan de vista vuestro recogimiento y vuestra piedad, á fin de que podáis adorarle incesantemente considerando que mora y vive en vosotras.

«¿Os encontráis al lado de una alma que ha tenido la misma dicha que vosotras, y que tal vez acaba de retirarse de la santa mesa? Adorad á nuestro Señor Jesucristo en esa alma, saludándola con respeto y veneración, y la amaréis mucho más cuando sepáis que es el tabernáculo vivo de Dios, y que los ángeles del cielo acuden presurosos á su alrededor para hacer la corte á su soberano Rey. ¡Oh, cuán preciosas riquezas ganaría la caridad con esta sencilla práctica de adorar á Dios en el alma de nuestro prójimo!

«¿Pasáis por cerca de la capilla en donde está reservado el Santísimo Sacramento, y vuestras ocupaciones no os permiten deteneros? Enviad, sin embargo, vuestro corazón á través de las paredes del santuario para adorar con un acto

de fe y un suspiro de amor, lanzados de paso como la limosna que se da á un desgraciado, y oiréis en el fondo de vuestro corazón la voz del Dios que reside pobre y prisionero en aquel santo Tabernáculo y os da las gracias más expresivas de bendición y reconocimiento.

»¿Oís de improviso dar la hora en un reloj? Hágaoos recordar ese sonido que en aquel momento se está celebrando una misa, quizá á una distancia infinita. Mas ¡qué importa la distancia, cuando con el pensamiento podéis salvarla fácilmente, y arrodillaros en espíritu delante del altar en donde estáis seguras que se inmola el divino Cordero en holocausto de reconciliación y amor por todos los hombres culpables!

»¿Vuestros ojos perciben una cruz? Tome entonces vuestra fe toda su agilidad y hágaoos prosternar, siempre con el pensamiento, sobre la montaña del Calvario, delante del primer altar ensangrentado sobre el cual se pagó el rescate de todas las almas, y en particular de la vuestra.

¿Se os presenta un sacerdote? Miradle desde luego, no como á un hombre ordinario, sino como al gran consagrador de la hostia divina de perpetua adoración; y pensando en todos los augustos sacrificios ofrecidos por sus manos, adorad todos esos sacrificios, aun los pasados; adorad los que ha de ofrecer todavía, puesto que nada os lo impide y podéis sacar gran provecho para vuestra alma. Con su palabra, tan débil en apariencia como todas las palabras humanas, ese sacerdote va á tomar del seno mis-

mo de la Divinidad á nuestro Señor Jesucristo, como en otro tiempo el mismo Espíritu Santo tomó del cielo al Verbo de Dios para hacerle nacer de las castas entrañas de la bienaventurada Virgen María; él deposita su precioso tesoro sobre un cuadrito de fina y blanca tela, que tal vez han trabajado vuestras manos, y lo expone así á vuestras perpetuas adoraciones.

»¡Ah! Bien sé que el mundo nada ve ni entiende de todas estas cosas; pero vosotras pedid á vuestra fe que os las haga ver y entender bien, á fin de que vuestra adoración pueda suplir á todas las adoraciones que faltan á esa divina y santa hostia por parte de los muchísimos hombres que están entregados á la indiferencia. Desde la mañana, al despertar, apresuraos á adorar esa divina hostia en todas partes en donde es ofrecida é inmolata, prosternándoos tan humildemente como os sea posible; persevera vuestra adoración durante el día; sea vuestro último acto por la noche, antes de entregaros al sueño, una adoración por todos los sacrificios que se ofrecen en aquel momento en los diversos puntos del globo opuestos á los que habitáis, y así podréis ver siempre á Dios inmolándose por vosotras; haced que reciba siempre vuestras adoraciones, porque entonces, desde lo alto del cielo ó desde el fondo del santo tabernáculo, el mismo á quien habréis adorado vendrá á recibir la ofrenda que le hayáis hecho de vosotras mismas para presentarla con la suya á su Padre celestial, y así, identificadas en cierta manera con Dios-Hijo, os transportará consigo á su cielo eterno, allá

en donde la adoración no cesa nunca, sino que llega á ser la ocupación y vida eterna de los bienaventurados, y en donde vosotras mismas adoraréis eternamente al Dios cuya adoración habéis aprendido á practicar de este modo en la tierra (1).»

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

IX

Amar á Dios es amar á María.

No se puede amar á Dios sin amar á *Jesucristo*; no se puede amar á *Jesucristo* sin amar á *María*, su santa Madre.

Es Jesús tan allegado de María, que no profesar á ésta, no ya aquel afecto y respeto que sentimos hacia toda criatura que se nos muestra grande y digna, buena y generosa, sino un respeto, una veneración y un afecto especial, es desagradar á *Jesucristo*; es, en cierta manera, *injuriar* á *Jesucristo*.

¡*Un hijo!* ¡*Una madre!* Habiendo entre ellos unión tan íntima, ¿cómo separarlos en el afecto y el respeto sin ofender á entrambos? ¡Ah! No cabe duda que hay aquí notable diferencia, porque el privilegio de *Madre de Dios* se le ha dado á María el mismo Dios; pero este mismo Dios ha querido también que el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres reconociesen ese privilegio, y que ante esa grandeza inefable viniesen todas las criaturas á postrarse, á humillarse, á pedir como *vasallos* delante de su Reina, como *siervos* delante de su Señora.

(1) *El libro del alma piadosa.*

Respetar y amar á María es, prescindiendo de las virtudes eminentes que Dios ha puesto en Ella y que por sí mismas se granjean el amor y el respeto, *la expresa voluntad de Dios*.

Vosotras lo sabéis bien, almas religiosas, á quienes tantas veces os han explicado las pruebas de esta verdad, y comprendéis, sobre todo, que si hay en la tierra un corazón que deba tener para con esta Madre de *Jesucristo* sentimientos tiernos, afectuosos, sumisos, filiales, es, después del sacerdote, el corazón de la religiosa.

1. Por lo mismo que la religiosa se ha consagrado á Dios, y tiene la dicha de ser esposa de *Jesucristo*, ¿no ha entrado en la familia de *Jesucristo* y, por consiguiente, la Madre de *Jesucristo* no es doblemente su madre?

En el mundo, la esposa dice *madre mía* á la que ha dado el sér á su esposo; ¡oh, llamada á María con este nombre, almas religiosas; con más justo título es *Madre vuestra* que madre de los cristianos! Y más que á los otros cristianos debe probaros su amor de madre.

¿Ved qué títulos os da á su amor vuestra vocación de *religiosa*:

1. Amáis á su Hijo más que todos los otros, puesto que por su amor habéis renunciado á todo lo que en la tierra podía ofrecer algún atractivo á vuestro corazón, y por estar con El os habéis despojado de todo lo que podía lisonjear vuestros sentidos; ¿cómo no os ha de amar María, y para embellecer vuestra alma y honrar á su Hijo Jesús, cómo no os ha de pro-

porcionar innumerables gracias particulares de las que es tesorera? ¿No es un honor para ella que la esposa de su Hijo sea más santa, más piadosa, más paciente, más pura que todas las demás criaturas?

2. Vivís en la casa de su Hijo; en compañía de su Hijo; prestáis á su Hijo todos los servicios materiales que su santa humanidad exige de una criatura humana; ¿cómo no ha de estar María agradecida y dispuesta á alcanzaros todo lo que le pidáis vosotras, que nada rehusáis á su Hijo? Y si alguna vez, por efecto de la flaqueza humana, habéis caído en la relajación ó vivís en la tibieza, ¿no debe ella por su Hijo hacer todo lo que esté en su mano para ayudaros á salir de ese estado? Y por poco que pongáis de vuestra parte, ¿no sentís que con el socorro de esa Madre á quien la Iglesia llama *Todo poderosa*, os será fácil volver á ser fervorosa, piadosa y hacer progresos en la virtud?

3. Trabajáis directamente para su Hijo Jesús. Si educáis á las niñas, es para enseñarlas á conocer á Jesucristo; si cuidáis de los huérfanos, es para inspirarles el amor á Jesucristo; si asistís á los enfermos, es para prepararlos á ir á Jesucristo; si pasáis la vida en oración, es para adorar á Jesucristo; si os mortificáis, es para expiar los ultrajes hechos á Jesucristo; ¿cómo no ha de estar María dispuesta á ayudaros en todo, á enriqueceros, á protegeros, á reanimaros, á ser con vosotras más tierna, más afectuosa, más generosa que con todos los demás?

Reunid todas las páginas en donde los santos

han ensalzado la misericordia de María para con los pecadores, su piedad para con los desgraciados, su bondad para con los justos; en una palabra, su amor para con todas las almas: cuando no tengáis palabras para expresar todas las bondades que vuestro espíritu, y vuestro corazón, y vuestra imaginación pueden concebir en el corazón de esta Madre, decid: «*¡María es para mí más tierna, más compasiva, más amorosa que todo esto!*»

II. ¡Amaréis, pues, á esta Madre de Jesús, á vuestra Madre, con toda la ternura de vuestro corazón!

La amaréis más que todos los otros cristianos, porque á este título de *hijas*, que os es común con todos los cristianos, María, según algunos piadosos autores, quiere añadir otro título dulcísimo en atención á vuestras relaciones con su Hijo Jesús: *el título de amiga*.

«Nuestro Señor decía á sus Apóstoles: «*No os llamaré ya mis siervos, sino mis amigos*»; y un santo Padre, lleno de admiración al leer esto, exclama: «*¿Se puede imaginar cosa más grande y más gloriosa que llamarse y ser en verdad amigo de Jesucristo?*» Pues bien: la compasiva Madre del Salvador no se desdena tampoco de llamarnos *sus amigos*, á nosotros especialmente, los íntimos de Jesús que consagramos nuestra vida á servir á Jesús, y se comporta con cada uno de nosotros como la más generosa, la más fiel, la más tierna de las amigas. Favor, consuelos, socorros, delicadas atenciones, finezas afectuosas, indulgencia indefectible aun después de nuestras perpetuas in-



gratitudes; liberalidad cuando hemos correspondido á su dulce amistad; todo esto nos da. ¡Oh María! ¿Quién conocerá jamás los recursos incomparables de vuestro corazón para con las almas consagradas á vuestro Hijo? ¡Sois para ellas una compañera asidua durante toda su vida! ¡Vos las sostenéis si las agobia la fatiga; las conducís al buen camino si se extravían; las consoláis si están tristes; las fortificáis si desfallecen; las defendéis si las acusan. Todos cuantos beneficios proceden de la amistad los recibimos de vos con tal bondad, generosidad y constancia, como nunca jamás las conocerá la amistad más santa entre los hombres (1).»

III. Puesto que así es, vivid en la más estrecha intimidad con la Santísima Virgen y en la más completa dependencia de la voluntad de esta Madre tan buena, y al mismo tiempo tan prudente, modelo y espejo de justicia.

¿Sabes, alma religiosa, lo que te pedimos? Oye esta graciosa página de san Francisco de Sales:

«Si le hubiesen preguntado al amable Niño Jesús *adónde iba* cuando le llevaba en brazos su madre, habría respondido: «No voy yo; va mi madre por mí.»

»—Pero ¿no vas con tu madre?

»—No; voy adonde mi madre me lleva; no voy con ella ni por mi propio pie, sino que voy *en pies de mi Madre, por ella y en ella.*

»—Mas, á lo menos, querido y divino Niño, ¿quieres dejarte conducir por tu madre?

(1) *Vida de unión con María.*

»—No por cierto; no quiero nada de eso, sino que, así como mi buena madre anda por mí, también *quiere* por mí. Yo igualmente dejo á su cuidado el ir y el querer ir por mí adonde mejor le parezca; y como yo ando con sus pies, así quiero con su querer.»

He aquí, en compendio, la regla de conducta que debe tener por divisa estas palabras: «*Todo á María por Jesús, todo á Jesús por María*;—por objeto *hacer todas las cosas con María, en María, por María, para María, á fin de hacerlas más perfectamente con Jesús, en Jesús, por Jesús y para Jesús, nuestro último fin*;—por oración especial esta piadosa invocación que la Iglesia ha enriquecido con indulgencias, y que se debe repetir todos los días, esforzándose por comprender, sentir y acentuar cada una de sus palabras: «*¡Oh Señora mía, y Madre mía! Me entrego enteramente á vos, y en prueba de mi devoción vos consagro desde ahora para siempre mis ojos, mis oídos, mi boca, mi corazón y todo mi ser. Puesto que soy vuestra, ¡oh mi buena Madre!, guardadme y defendedme como cosa que os pertenece en propiedad.*»

¡Felices las religiosas que, para ir á Jesús y para crecer en el amor de Dios, unen su vida á la de María; ni quieren hacer nada que no sea bajo la mirada de María, ni ofrecer nada á Dios sino por las manos de María! No hay duda que llegarán con más seguridad y más pronto que las demás á la perfección que Dios les pide (1).

(1) «Puesto que María ha formado á Jesucristo cabeza

IV. He aquí la práctica de esta *via de unión con María*, tal como la indica el venerable Grignon de Montfort:

1. Es preciso ejecutar las acciones *con María*, es decir, tomar á la Santísima Virgen por

de los predestinados, á ella corresponde también formar los miembros de esa cabeza, que son los verdaderos cristianos, toda vez que una madre no forma la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza. Quienquiera, pues, que desee ser miembro de Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, debe formarse en María mediante la gracia de Jesucristo que reside en ella con toda plenitud, para comunicarse plenamente á los verdaderos miembros de Jesucristo y á sus verdaderos hijos.

»María, según la expresión de San Agustín, es, en efecto, *molde vivo de Dios, forma Dei*, es decir, que sólo en ella ha sido formado un Dios-Hombre al natural sin que le falte ningún rasgo de la divinidad; y solamente en Ella puede el hombre ser formado *en Dios* al natural, en cuanto es capaz la naturaleza humana con la gracia de Jesucristo.

»Un escultor puede hacer una estatua sirviéndose de su industria y de sus instrumentos para esculpirla, ó *vaciándola en un molde*. El primer procedimiento es largo, difícil y expuesto á muchos accidentes: un martillazo mal dado puede estropear toda la obra. El segundo es breve, fácil, cómodo, sencillo y económico con tal que el molde sea perfecto y la materia que emplea el obrero sea bien tratable.

»María es el gran molde de Dios hecho por el Espíritu Santo para formar á un *Dios-Hombre por la unión hipostática* y un *Hombre-Dios por la gracia*. No le falta á este molde ningún rasgo de la divinidad; el que se eche en él y se deje manejar libremente, recibe todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios, de una manera suave y proporcionada á la flaqueza humana; de una manera segura, sin temor á ilusiones, porque el demonio no ha tenido ni tendrá jamás poder sobre María; en fin, de una manera santa é inmaculada, sin sombra del menor pecado.

»¡Oh! ¡qué diferencia hay entre una alma formada en

modelo acabado de todo cuanto se debe hacer. Por eso, antes de empezar alguna cosa, ha de renunciar el hombre á sí mismo y á su manera de ver; ha de anonadarse delante de Dios, reconociéndose incapaz por sí mismo de toda acción sobrenatural y de toda acción conducente á la salvación; ha de recurrir á la Santísima Virgen y unirse á ella y á sus intenciones, aunque desconocidas; ha de unirse por María á las intenciones de Jesucristo, es decir, ponerse como un instrumento en manos de la Santísima Virgen, á fin de que obre en nosotros, y haga de nosotros y con nosotros lo que mejor le parezca para la mayor gloria de su Hijo Jesucristo y para la mayor gloria del Padre, de suerte que no se emprenda vía interior ni operación espiritual sin contar con su asistencia.

2. Es preciso hacer todas las obras *en María*, es decir, que debemos acostumbrarnos poco á poco á recogerlos dentro de nosotros mismos para formar una idea ó imagen espiritual de la Santísima Virgen; haciéndolo así, Ella será para el alma el Oratorio en donde pueda dirigir á Dios todas sus oraciones sin temor

Jesucristo por las vías ordinarias, es decir, fiándose en su habilidad como el escultor, y sirviéndose de su industria, y otra alma tratable, finísima y bien fundida, que, sin contar consigo misma, se arroja en María y se deja tratar según la operación del Espíritu Santo! ¡Cuántas manchas, cuántos defectos, cuántas tinieblas, cuántas ilusiones, cuánto de natural y humano hay en la primera, y cuán pura, cuán divina, cuán semejante á Jesucristo es la segunda!» (Venerable de Montfort.)

de verse desatendida; la Torre de David en donde pueda ponerse en salvo contra todos sus enemigos; la Lámpara encendida para alumbrar su interior y para inflammarla en el amor divino; el Viril sagrado para ver á Dios en Ella y con Ella. María, en fin, será para esta alma su único Todo para con Dios y su recurso universal. Si ora, será en María; si recibe á Jesús en la santa Comunión, lo pondrá en María, para que tenga en Ella sus complacencias. María le recibirá amorosamente, le colocará honrosamente, le adorará profundamente, le amará perfectamente, le abrazará estrechamente, y le hará, en espíritu y en verdad, muchos obsequios desconocidos á nuestras espesas tinieblas. Si esta alma hace algo, será en María; si descansa, será en María, y por todo y en todo hará actos de renuncia de sí misma.

3. Debemos también ir siempre á nuestro Señor por *Marta*, por la intercesión y crédito que tiene con El, y así nunca seremos solos para suplicarle.

4. Debemos, por fin, hacer todas las acciones por *Marta*, es decir, que, siendo esclavos de esta augusta Princesa, justo es que lo hagamos todo por Ella, que no trabajemos más que para Ella, en provecho suyo y para su gloria, no porque la consideremos como último fin de todos nuestros servicios, que es Jesucristo, sino como un fin próximo y como un buen medio para ir á Jesús. El alma que así procede, en todo lo que hace debe renunciar á su amor propio, que se toma con frecuencia por fin de una manera casi imperceptible, y

debe repetir muchas veces de lo íntimo del corazón: «¡Oh, mi querida Señora; por vos voy allá ó acullá; por vos hago esto ó aquello; por vos sufro esta pena, esta injuria!» Guárdate de creer, alma predestinada, que sea más perfecto ir en derechura á Jesús, en derechura á Dios en tus operaciones é intenciones; si quieres ir sin María, tus acciones serán de poco valor; pero yendo por medio de María, es María quien obra en ti y, por consiguiente, tus acciones serán muy altas y muy dignas de Dios.

## XII

Amar á Dios es amar á la Iglesia y al Papa.

I. La Iglesia es el *redil* en donde nos ha colocado Jesucristo para ponernos *al abrigo de las falsas doctrinas*, que apartarían nuestra inteligencia de las únicas enseñanzas que nos dan á conocer la voluntad de Dios; *al abrigo de los atractivos sensuales*, que distraerían nuestro corazón del amor debido á Dios.

No hay duda que llegan hasta nosotros esas falsas doctrinas y que sentimos los atractivos sensuales de la vida del mundo; mas si amamos sinceramente á la Iglesia, si amándola nos mantenemos fuertemente unidos á sus enseñanzas, se conservarán puros nuestro espíritu y nuestro corazón.

La Iglesia es el *depósito* en donde ha puesto Jesucristo los *Sacramentos*, que son las canales por donde nos viene la gracia, gracia que *purifica*, gracia que *levanta*, gracia que

*fortifica, gracia que nutre, gracia que santifica más y más.*

La Iglesia es *la casa paterna* de toda alma cristiana; en ella encuentra todo lo que el niño encuentra en *su casa*: la protección del padre, la abnegación de la madre, el cariño de los hermanos y de las hermanas, los recursos para todas las trances de la vida, la seguridad para lo porvenir.

La Iglesia es para vosotras, religiosas, no solamente lo que es para todos los cristianos, sino que de un modo especial os ofrece todo lo más íntimo, todo lo más dulce y más delicioso de la casa paterna. La Iglesia os ofrece los más preciosos tesoros del padre, las caricias más afectuosas de la madre, las más firmes seguridades de salvación.

Sí, debéis amar á la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación para ninguna criatura humana, y que para vosotras es tan pródiga de protección y de beneficios.

II. El Papa es el representante visible de Dios en la tierra.

El Papa es, en cierta manera, Jesucristo visible en medio de nosotros; Jesucristo, no en cuanto á la persona, sino en cuanto á la autoridad que habla por su boca; es Jesucristo que por medio de él guía, dirige y enseña á todos los hombres, á los obispos, á los sacerdotes, á los fieles. Sin el Papa no podríamos tener la certidumbre de conocer lo que más nos importa conocer aquí en la tierra: *la verdadera doctrina.*

El Papa es el creador de las Ordenes reli-

gias, porque sólo El les da y les conserva la vida,—de esos oasis que florecen en medio de la Iglesia, en donde los elegidos de Dios gozan de paz más dulce y profunda, trabajan más directamente por Jesucristo y merecen mayores recompensas.

III. El amor á la Iglesia y al Papa comprende también el amor á los *Obispos*, que con el Papa, tienen la dirección de la Iglesia, y el amor á los *sacerdotes*, que nos transmiten las enseñanzas de los Obispos y del Papa y nos administran los Sacramentos.

Escuchad las instrucciones que la Santísima Virgen dió á la venerable Sor María de Jesús:

«Hija mía, quiero que sepas el respeto y veneración que yo tuve á los sacerdotes durante toda mi vida: á pesar de ser yo realmente la Madre de Dios, de quien ellos eran ministros, me postraba á sus pies, besaba frecuentemente la tierra que habían pisado, teniendo esto por incomparable ventura. Y, sin embargo, el mundo ciego no aprecia la dignidad sacerdotal porque confunde lo precioso con lo vil, y trata al sacerdote como á un hombre ordinario, como si no hubiese entre los dos ninguna diferencia.»

»Pues bien, hija mía, en lo que alcancen tus fuerzas debes compensar este olvido y extravío de los hijos de la Iglesia. Has de saber que desde el trono de gloria en donde estoy sentada en el cielo contemplo con veneración á los sacerdotes que moran en la tierra; míralos tú también siempre con tanto respeto como si estuviesen en el altar, como si llevaran en sus manos el

Santísimo Sacramento ó le tuvieran en su corazón; este sentimiento de veneración se ha de extender hasta los ornamentos y vestiduras con que se revisten.

«Debes, sobre todo, profesar la más profunda veneración y la más entera obediencia al soberano Pontífice, y cuando le oigas nombrar inclina la cabeza, como lo haces cuando oyes el nombre de mi divino Hijo ó el mío, puesto que él ocupa sobre la tierra el lugar de Jesucristo; yo misma lo hacía durante mi vida mortal, cuando en mi presencia se pronunciaba el nombre de san Pedro. Pues bien; yo quiero que en todo sigas mis huellas, á fin de que, imitando mi ejemplo, halles gracia en los ojos del Altísimo.»

IV. Amar á la Iglesia y al Papa, es: 1.<sup>o</sup> *Rogar todos los dias.* Preguntó en cierta ocasión santa Magdalena de Pazzis, priora del Carmen de Florencia, á una religiosa si había rogado por la santa Iglesia y por el soberano Pontífice, y habiendo respondido negativamente, exclamó animada de santo celo: «¡Oh! ¡Vaya una sierva de Jesucristo, que no piensa en el Vicario de Jesucristo! ¡Vaya una esposa de Jesucristo, que se olvida de orar por el Vicario de Jesucristo!»

2.<sup>o</sup> En segundo lugar, es recibir con profundo respeto y obediencia absoluta todas las enseñanzas del soberano Pontífice, absteniéndonos de toda investigación y de toda crítica; no somos nosotros los jueces del Papa, sino sus súbditos; y, sobre todo, vosotras, religiosas, debéis recibir de rodillas y besar cada una de las pa-

labras que os dirige ó que dirige á la Iglesia.

3.<sup>o</sup> En tercer lugar, es rechazar con indignación todo libro, periódico ó papel que no sean enteramente adictos al Papa, sea quien fuere el que los haya escrito.

Es también hacer alguna vez la siguiente protesta delante del Santísimo Sacramento:

«Tomo la resolución de perseverar siempre invariablemente adicta á la Santa Sede, al soberano Pontífice, centro de la unidad católica, Pastor universal y padre espiritual de todos los creyentes.

«Veneraré en él al Vicario de Jesucristo, y puesto que conozco las tribulaciones que le hacen sufrir muchos de sus hijos; puesto que sé cuánto gime en vista de los inmensos males que afligen á la Iglesia, tomaré tanta parte en sus dolores como toma una hija en las desgracias de su padre y de su madre; me esforzaré en dulcificar sus penas cuanto me sea posible, en consolarle con mi afecto, y, sobre todo, en unir mis oraciones á las de tantas almas piadosas que no cesan de suplicar al Señor, en unión de la Santísima Virgen, á fin de que ilumine con su divina gracia á los enemigos de la Iglesia católica y de la Santa Sede, los conduzca por el camino de la verdad y de la justicia, y nos dé á todos la verdadera paz que el mundo puede prometer, pero que jamás podrá dar.»

## ARTÍCULO 4.º

## Recompensas del amor de Dios.

Hemos dicho que Dios no es *ingrato*, y aun aquí en el mundo da recompensa centuplicada á lo que se hace por El.

La religiosa que ha procurado probar á Dios su amor con las diversas prácticas que acabamos de indicar, puede aún ¡ay! cometer algunas faltas; su buena voluntad no la exime completamente de las flaquezas humanas; pero cuando se aplica esta buena voluntad á *pensar en Dios, á hablar de Dios, á querer todo lo que Dios quiere, á mostrarse afectuosa con Jesús y Marta*, puede decirse que en cierta manera *conmueve* necesariamente el corazón de Dios, y este corazón conmovido derrama sobre ella gracias especiales en recompensa del amor que le tributa.

Entre estas recompensas indicaremos sólo dos, que son las que da Dios más ordinariamente: *la paz y la suavidad de carácter*. Decimos *ordinariamente* porque hay recompensas *íntimas* que da Dios á algunas almas, y de las cuales no tenemos que hablar (1).

(1) Los efectos del amor divino, según santo Tomás, son: *excitar interiormente santos afectos, causar gozo; traer paz, unir íntimamente con Dios; avivar el celo de la gloria de Dios.* (2.º 2.ª, q. 28, a. 29.)

## I

## La paz.

Estar en paz es hallarse al abrigo de todo peligro.

Es no tener ningún cuidado por el día de mañana, en la seguridad de que, como el día de hoy y el de ayer, nos traerá lo necesario.

Es contar con una protección cierta, con un afecto constante, con un auxilio siempre seguro y presente.

Es, en una palabra, vivir como el niño, guardado, asistido y amado por su madre, que no tiene otro cuidado que el de obedecerla siempre.

He aquí *el estado* de la religiosa que ama á Dios y se ve amada de Dios.

Jesús durmiendo en la barca que conducía á sus Apóstoles, sacudida por la tempestad, he aquí *la imagen* que se presenta á la religiosa cuando se ve amagada de algún contratiempo ó agitada de temor: «*Jesús, se dice, está conmigo*», y se tranquiliza.

¿Acaso no ha oído ya varias veces aquellas dulces palabras del Dueño á quien sirve: «*No temas, aquí estoy*»? ¿No ha visto ya varias veces renacer la calma á su alrededor, en circunstancias en que, humanamente pensando, la tempestad debía sumergirla? Por eso su alma está siempre en paz, aun cuando se sienta sacudida por de fuera. Ora, y continúa como puede el trabajo que se le ha impuesto, y *espera* el socorro de Jesús.

Su única preocupación es *amar siempre más*, y atestiguar su amor con mayor fidelidad.

Y Dios para el alma que le ama, y en que habita,—lo hemos dicho ya una vez, pero lo repetiremos más explícitamente,—Dios es un *Padre* que provee á todas sus necesidades, y manda á sus criaturas que le den todo lo que le es necesario; un *Padre* á quien puede pedir y á quien puede quejarse; un *Padre* que para con ella será siempre bueno, siempre compasivo, siempre generoso.

Dios es un *Amigo* que perpetuamente se ocupa en alejar lo que podría turbarla inútilmente, afligirla y, sobre todo, manchar su inocencia; *Amigo* generoso, que la deja algunas veces bajo el peso de una pena necesaria para fortificarla y preservarla; pero sabe muy bien, de vez en cuando, compensar estos aparentes abandonos con inefables consuelos.

Dios es un *Señor* que la dirige con sabiduría y suavidad; un Señor poderoso, sin cuya voluntad nada puede hacerse contra esta alma; que puede enfrenar la malicia de las criaturas, y que sólo deja llegar hasta ella la medida de prueba, de inquietud, de enfermedad, de tribulación que en su sabiduría conoce que le es necesaria.

Dios es un *Médico* que asiste con afectuosa solicitud al alma que se le ha consagrado; sobre alma que en su contacto con el mundo ha contraído dolencias, enfermedades que exigen un *régimen* molesto, *amputaciones* dolorosas, *privaciones* muy sensibles; mas todo esto se hace con tanta delicadeza, con tan sabias pre-

cauciones, que el alma enferma, y en medio de agudos padecimientos, mira sonriendo á su *divino perseguidor* y le da gracias, amándole cada vez más.

Con estos pensamientos no *pasajeros*, sino *habituales* por una gracia especial concedida á la fidelidad, ¿cómo es posible que una religiosa no viva en paz, no sufra en paz y, sobre todo, no muera en paz?

Dios es *todo* para ella; las criaturas, cualesquiera que sean, no son más que *los agentes* de Dios con respecto á ella, que tiene la convicción de que Dios *convierte todas las cosas en bien para sus amigos, aun el mismo mal que les hacen los malos* (1).

Así, pues, en la práctica de la vida, ¿qué le importa que la estimen ó la desprecien, que la alaben ó la vituperen, que la eleven ó que la humillen, que le falten ó que le hagan justicia? En todo esto no ve más que *accidentes*: la *verdad*, el *todo* para ella es Dios y el cumplir su santa voluntad.

No ser nada, ser mucho, ser poco; mandar,

(1) «A excepción de *nuestros propios pecados*, todo lo que nos sucede, aun por los pecados de los demás, es para nosotros voluntad de Dios bien notoria. Así Jesucristo llama á su *pasión*, consumada por hombres malos y perversos, *el cáliz que le da á beber su Padre*; así como David se atreve á decir que el Señor había ordenado á Semei que *le maldijera*; y por eso también todos los amigos de Dios miran las persecuciones como gracias particulares, admirándose de que Dios se sirva de los hombres y de los demonios para ayudarlos á santificarse.» (*Avisos saludables.*)

obedecer, obedecer á uno ó á otro; verse humillada ú olvidada; carecer de algo ó estar atendida; hallarse muy descansada ó tener mucho trabajo; estar sola ó acompañada, y con la compañía que se quiera; ver delante de sí un largo camino ó no ver de la senda más que lo preciso para poner el pie; gozar consuelos ó sequedades y aun tentaciones en estas sequedades; gozar buena salud ó estar enferma ó achacosa é irse consumiéndose con los años; ser inútil y sólo una carga para esa comunidad, á la que cabalmente había venido á servir; vivir mucho, morir pronto, morir en seguida, *todo le place*, porque sabe que todo es enviado, ó querido, ó permitido por su Padre celestial, su Dios á quien ama, su Dios en cuyo poder y sabiduría tiene la más completa confianza.

Por cierto que no es insensible ni al dolor físico ni á la pena moral; pero como el amor de Dios domina en ella, y la abnegación completa es el fruto de este amor, cuando padece se vuelve afectuosamente hacia Dios; examina si por su infidelidad ha sido la causa de que El se alejara, se le acerca con un acto de amor, y le dice, aun cuando sea llorando: «*Lo que Vos queráis, Dios mío, y no lo que yo quiero.*» «Y Dios, dice el venerable de Monfort, le quita todo escrúpulo y temor servil, le ensancha el corazón dándole mayor confianza, y le inspira un amor cada vez más filial.»

Por eso se halla tan *en paz*, que si Dios le diese á escoger, como lo ha hecho con algunos santos, entre la salud y la enfermedad, el desprecio y la gloria, contestaría á Dios sencilla-

mente: «*No me preguntéis lo que quiero: elegid, elegid Vos mismo, y eso será mucho mejor.*»

## II

## La suavidad de carácter.

La segunda recompensa del amor á Dios es *la suavidad en las palabras, en los modales, en el carácter.*

Siempre se nos pega *algo* del carácter de las personas á quienes amamos y con quienes vivimos familiarmente; y cuanto más íntimas son nuestras relaciones, tanto mayor es la comunicación de ideas, de pensamientos y maneras.

He aquí por qué el alma unida á Jesús mediante el amor, la oración afectuosa, la meditación hecha con regularidad y la sumisión más completa á la voluntad divina; el alma que, según una expresión simbólica, pero adecuada, ha llegado á *licuarse* en Jesús, tomando, por decirlo así, la forma de las ideas y de los pensamientos de Jesús, como el agua toma la forma exacta del vaso en que se vierte, á esta alma se le pega algo de *la dulzura y de la humildad* de Jesús.

Esto se observa, sobre todo, en las almas que, como hemos dicho al hablar del amor á la Santísima Virgen, se han aplicado á vivir en *la vida de unión con María*, acostumbándose á estar siempre en la presencia de la Santísima Virgen, y ejecutando cada una de sus acciones con ella y por ella, en esa dependencia completa



y absoluta que las hace como esclavas del amor de esta buena madre.

La religiosa que de este modo se une á la Santísima Virgen con toda la fuerza de su voluntad para amar, para servir y para más agradar á Jesucristo, aun cuando sea naturalmente de genio áspero, de carácter duro é intratable con los demás, se va haciendo poco á poco sufrida, amable, complaciente, bondadosa; y esta dulzura, esta benevolencia y esta bondad, aumentan á medida que aumenta su unión con María y su amor de Dios.

Le sucede lo que á los frutos verdes, que á medida que se acerca la madurez cambian en jugo suave y dulce su acritud y aspereza; ó también, como dice san Francisco de Sales, «lo que sucede á las frutas agrias y ácidas por naturaleza, que confitadas con azúcar y miel se impregnan hasta el punto de hacerse dulces como azúcar y miel».

Así que ya no se ofende ni se irrita por esas contrariedades que antes le hacían penosa la vida; los que la tratan se admiran de verla cada vez más apacible y risueña al oír de sus labios palabras más dulces y al observar en ella modales más sencillos. Muéstrase llena de benevolencia para con las demás y, sobre todo, de compasión por sus flaquezas; si por su cargo está obligada á usar de rigor, sus correcciones van tan mezcladas con buen acierto, acompañadas de tanta dulzura, que se ve cómo realmente *Dios está en ella, habla y obra por medio de ella.*

«Esta regla es tan segura, añade un piadoso

autor, que cuando veáis á personas piadosas cuyo genio se agría fácilmente por las menores faltas que ven en los demás, podéis pensar, no ciertamente que estén fuera del camino del deber y de la perfección, pero sí que no están todavía *bastante unidas con el buen Dios*, y, sobre todo, que *no aman todavía bastante á la Santísima Virgen.*»

El alma que está bien unida á Dios puede sentirse profundamente herida y cruelmente desgarrada por cualquier motivo de pena que le sobrevenga y de cualquiera persona que le venga esa pena; pero no perderá jamás ni la paz interior, ni aun la calma y serenidad del rostro.

«¡Oh! ¡qué bueno es, exclama san Francisco de Sales, amar á Dios, no vivir más que en Dios, no trabajar más que en Dios, no alegrarse sino en Dios, no hacer nada que no sea para gloria de Dios!»

De ahí viene al corazón el olvido del mundo y de sí mismo, la destrucción de todo vicio, el deseo de toda perfección.

De ahí viene la modestia en el porte, la dulzura en el hablar, la afabilidad en el trato, la serenidad en el rostro.

De ahí la sencillez del corazón, la mansedumbre en las injurias, la humildad en las alabanzas, la resignación en las adversidades, la paciencia en los trabajos, la alegría en las enfermedades, el fervor en la oración, el contento en la cruz, la paz en todas las cosas.

¡Oh, cuán verdaderas son estas palabras de los santos: «*El que ama á Dios, posee á Dios; quien posee á Dios, lo posee todo!*»

y absoluta que las hace como esclavas del amor de esta buena madre.

La religiosa que de este modo se une á la Santísima Virgen con toda la fuerza de su voluntad para amar, para servir y para más agradar á Jesucristo, aun cuando sea naturalmente de genio áspero, de carácter duro é intratable con los demás, se va haciendo poco á poco sufrida, amable, complaciente, bondadosa; y esta dulzura, esta benevolencia y esta bondad, aumentan á medida que aumenta su unión con María y su amor de Dios.

Le sucede lo que á los frutos verdes, que á medida que se acerca la madurez cambian en jugo suave y dulce su acritud y aspereza; ó también, como dice san Francisco de Sales, «lo que sucede á las frutas agrias y ácidas por naturaleza, que confitadas con azúcar y miel se impregnan hasta el punto de hacerse dulces como azúcar y miel».

Así que ya no se ofende ni se irrita por esas contrariedades que antes le hacían penosa la vida; los que la tratan se admiran de verla cada vez más apacible y risueña al oír de sus labios palabras más dulces y al observar en ella modales más sencillos. Muéstrase llena de benevolencia para con las demás y, sobre todo, de compasión por sus flaquezas; si por su cargo está obligada á usar de rigor, sus correcciones van tan mezcladas con buen acierto, acompañadas de tanta dulzura, que se ve cómo realmente *Dios está en ella, habla y obra por medio de ella.*

«Esta regla es tan segura, añade un piadoso

autor, que cuando veáis á personas piadosas cuyo genio se agría fácilmente por las menores faltas que ven en los demás, podéis pensar, no ciertamente que estén fuera del camino del deber y de la perfección, pero sí que no están todavía *bastante unidas con el buen Dios*, y, sobre todo, que *no aman todavía bastante á la Santísima Virgen.*»

El alma que está bien unida á Dios puede sentirse profundamente herida y cruelmente desgarrada por cualquier motivo de pena que le sobrevenga y de cualquiera persona que le venga esa pena; pero no perderá jamás ni la paz interior, ni aun la calma y serenidad del rostro.

«¡Oh! ¡qué bueno es, exclama san Francisco de Sales, amar á Dios, no vivir más que en Dios, no trabajar más que en Dios, no alegrarse sino en Dios, no hacer nada que no sea para gloria de Dios!»

De ahí viene al corazón el olvido del mundo y de sí mismo, la destrucción de todo vicio, el deseo de toda perfección.

De ahí viene la modestia en el porte, la dulzura en el hablar, la afabilidad en el trato, la serenidad en el rostro.

De ahí la sencillez del corazón, la mansedumbre en las injurias, la humildad en las alabanzas, la resignación en las adversidades, la paciencia en los trabajos, la alegría en las enfermedades, el fervor en la oración, el contento en la cruz, la paz en todas las cosas.

¡Oh, cuán verdaderas son estas palabras de los santos: «*El que ama á Dios, posee á Dios; quien posee á Dios, lo posee todo!*»

## CAPÍTULO II

LA RELIGIOSA DEBE AMAR Á SU PRÓJIMO

## ARTÍCULO PRIMERO

Motivos del amor debido al prójimo.

La religiosa debe amar á su prójimo, «ese querido prójimo», como le llama san Francisco de Sales:

- 1.º Dios lo manda.
- 2.º El prójimo lo merece.
- 3.º Su título de religiosa lo exige.
- 4.º Los castigos reservados á los que infringen este mandamiento son terribles.

## I

Dios quiere que amemos al prójimo.

El mandamiento es formal, y ha salido de los labios del mismo Jesucristo: «Amarás al prójimo como á ti mismo.»

¡Dios lo quiere! ¿no debía bastarnos esta palabra? ¡Ah! si amamos á Dios, ¿no debemos querer todo lo que El quiere? ¿no debemos hacer todo lo que manda?

Este mandamiento es claro y terminante; no se presta á ninguna interpretación; debemos entenderle tal como se presenta, y querer explicarlo sería abolirlo.

Este mandamiento es sencillo, y ¡cuán bien responde á la necesidad de amar que Dios ha

puesto en nosotros! Mas como, á causa del pecado original, hallamos en la práctica obstáculos que humanamente se pueden llamar insuperables, Jesucristo ha hecho con este mandamiento lo que no ha hecho con ningún otro: lo repite, insiste en él de una manera particular, quiere que los Apóstoles insistan por su parte, y entren en una multitud de detalles sobre la naturaleza y los caracteres de la caridad; multiplica las razones que nos inducen á amar al prójimo; y, en fin, hace las más halagüeñas promesas á los que quieran someterse á esta ley tan suave del amor.

Reunamos algunos de los textos de los Libros santos sobre la caridad fraterna; nada más conducente para hacer impresión en nuestro espíritu é inducirnos al amor del prójimo, como lo pide Jesucristo por boca de san Juan: *no sólo de palabra, sino de obra y en verdad* (1).

Jesucristo da desde luego como suyo el precepto del amor al prójimo: «*Es mi mandamiento*, dice; *el mio* (2), es decir, el que tengo más en el corazón, cuya observancia más me interesa; el que más especialmente he venido á traer á la tierra, el que yo he practicado hasta poder decir: *Amaos como yo os he amado.*» (3).

Hace de este mandamiento como el complemento necesario de aquel otro del *amor de Dios*, que en realidad podría estar solo, y del

(1) San Juan, cap. III, vers. 18.

(2) Idem, cap. XV, vers. 12.

(3) Idem, cap. XIII, vers. 34.

cual no lo separa, pues dice: *Es semejante á él* (1).

Hace de él la nota esencial por donde se conocerán todos sus discípulos: *«Se verá que sois míos, dice, si os amáis mutuamente* (2).»

Hace que su Apóstol le proclame *el más importante* de todos los deberes: *«Sobre todas las cosas, tened caridad entre vosotros»* (3). Y dice El mismo que este amor del prójimo, que nos hace buenos y misericordiosos, es más que *todos los holocaustos y todos los sacrificios* (4).

Declara también que en el día del Juicio nuestra caridad con el prójimo será lo que le fuerce á dar sentencia favorable ó condenatoria. ¿Deseáis que no os juzguen ni condenen? *«No juzguéis, nos dice, no condenéis* (5).» «En vuestra mano tenéis con qué satisfacer las que habéis cometido tantos pecados; lo que hicieris con esa hermana, cuya conducta, cuyas palabras y proceder os han disgustado, Dios lo hará con vosotras. Si olvidáis, Dios olvidará; si la perdonáis, Dios os perdonará; si se lo dispensáis todo, Dios os lo dispensará todo; si la restablecéis en el puesto que debe ocupar en vuestro corazón, Dios os admitirá de nuevo, según su promesa, en el suyo. Jesús no dirá: «Venid, benditos de mi Padre, porque habéis hecho mucha oración, ó austeros ayunos, ó brillantes

(1) San Marcos, cap. XII, vers. 31.

(2) San Juan, cap. XIII, vers. 35.

(3) Colosenses, cap. III, vers. 14.

(4) San Marcos, cap. XII, vers. 33.

(5) San Mateo, cap. VII, vers. 1.

milagros», sino que os dirá: *«Venid los que por mi amor habéis amado á vuestros hermanos, los habéis soportado con paciencia, los habéis socorrido con bondad* (1).»

Jesús promete dar sus gracias con arreglo á la caridad que tengamos con el prójimo: *«Mediré con la misma medida que vosotros midiereis* (2).»

Y aun va más lejos este misericordioso y buen Maestro; El mismo se sustituye al prójimo: *«Todo cuanto hicisteis á uno de estos mis pequeñuelos, á mí me lo hicisteis»* (3).

Dios asegura que se *«le hiere en la niña del ojo cuando se quebranta el precepto de la caridad con el prójimo»* (4).

¿Pueden darse motivos más poderosos, más fuertes, más irresistibles para que seamos caritativos?

Oid aun más: El amor del prójimo es la gracia particular que Jesucristo pidió á su Padre para todos los suyos antes de su muerte. *«Que, como nosotros, no formen entre todos más que un solo corazón»*, dice en la conmovedora oración de la Cena (5).

Es el resumen y *el compendio de toda la ley cristiana*; y así dice san Pablo en nombre de Jesucristo, *«que el que cumple con la caridad, guarda realmente todos los demás mandamien-*

(1) San Mateo, cap. XXV.

(2) Idem, cap. VII, vers. 2.

(3) Idem, cap. XXV, vers. 40.

(4) Zacarías, cap. II, vers. 8.

(5) San Juan, cap. XVII, vers. 22.

tos; *el que ama, cumple la ley*» (1). Y añade san Juan: «*Si alguno dice: Yo amo á Dios, y al mismo tiempo aborrece á su hermano, ese tal es mentiroso*» (2).

Es, por fin, el sello y el carácter distintivo de los hijos de Dios; porque la discordia y el odio son la señal de los hijos del demonio. «*No es de Dios el que no ama á su hermano*» (3).

«*Amad, pues, al prójimo, dice San Pedro, amadle ante todo, amadle siempre*» (4). Buscamos con ansia directores que nos guíen en el camino espiritual; nos desvivimos por cualquier ejercicio piadoso; nos dedicamos ya á una virtud ya á otra. ¡Ah! No busquemos tanto, no pidamos tanto. *Ante todo, amemos; amemos sobre todo.* Porque, como añade San Pedro: «*la caridad cubre la multitud de nuestras faltas*», es decir, las oculta á los ojos de Dios de tal suerte, que en el día del Juicio, si hemos amado por Dios á nuestro prójimo y con la mira de obedecer á Dios, no se pesquisarán ni castigarán nuestros pecados, porque no existirán ya; la caridad nos habrá granjeado tan poderosas gracias que nuestra voluntad los habrá detestado y Dios nos los habrá perdonado por completo.

¡Cuán consoladora es esta doctrina! ¡Oh, vosotros que pasáis la vida en angustiosos temores por vuestro porvenir eterno, medita

(1) Romanos, cap. XIII, vers. 8.

(2) I San Juan, cap. IV, vers. 20.

(3) Idem, cap. IV, vers. 8.

(4) I San Pedro, cap. IV, vers. 8.

estas dulces palabras! Para salvaros *basta observar los mandamientos de Dios*, y todos estos mandamientos se reducen á *amar á Dios y al prójimo*, y no puede haber prueba más cierta de que se ama á Dios que amar al prójimo por amor de Dios. No pide más la salvación. ¿Hay cosa más fácil? ¡Y no parece, Dios mío, que habéis ensanchado demasiadamente el camino de la salvación!

*Amemos ante todo; amemos sobre todo*, porque dice San Pablo: «*Aun cuando distribuyera todos mis bienes á los pobres, aun cuando entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad nada me aprovecha; aun cuando hablara el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad soy como metal que suena ó campana que retiñe*» (1). «Aunque yo pudiese hablar á Dios, para atestiguarle los sentimientos de mi cora-

(1) Cuando se leen en la Sagrada Escritura, ó en los escritos de los Padres, los prodigiosos efectos de la caridad, se imagina uno á veces que esta palabra *caridad*, tomada en general y sin añadirle el calificativo *fraterna*, significa *la sola caridad para con Dios*. Es éste un engaño que procede de falta de reflexión. «La caridad con que se ama á Dios, y la caridad con que se ama al prójimo, *no son dos virtudes, sino que forman sólo una*», dice santo Tomás: *Charitas qua diligitur Deus non virtus distincta a charitate qua diligitur proximus*. La caridad tiene por objeto á Dios y al prójimo á un mismo tiempo, aunque Dios sea su principal objeto y también su fin. Mas, sea que se ame á Dios en sí mismo, sea que se le ame en el prójimo, no es esto más que un solo y simple amor, *una simpliciter virtus non distincta in plures species*. Cuando, pues, se nos dice que la caridad es necesaria para la salvación, se nos habla de la caridad que abraza á la vez á Dios y al prójimo: no puede existir la caridad sin estos dos objetos.

zón, dice Bourdaloue comentando este texto, Dios no me oiría y ni aun querría oirme. Aun cuando hiciera milagros, transportara los montes, resucitara á los muertos, ó los tales milagros serían falsos, ó aunque fuesen verdaderos milagros no dejaría de ser reprobado por Dios, porque Dios puede obrar milagros por ministerio de un réprobo.... Aun cuando me expusiera al martirio más insufrible, todos los tormentos y suplicios que pudiera padecer serían perdidos para mí y no me servirían de nada delante de Dios. Como mártir, sería confesor de la fe, pero indigno confesor, porque sería al mismo tiempo *apóstata de la caridad*. Porque, en tal supuesto, ejemplos hay de que se puede ser lo uno y lo otro.... Y ¿no se ven todos los días personas religiosas, mártires de su regla, por decirlo así, y que no tienen ninguna caridad con aquellos ó con aquellas que han tenido la desgracia de inspirarles aversión?.... Digámonos, pues, á nosotros mismos: ¡Aun cuando me sacrificara como una víctima y practicara toda clase de austeridades; aun cuando pasara mi vida en oración ó en otros santos ejercicios, todos mis ejercicios, todas mis oraciones, todas mis austeridades *sin caridad* me serían inútiles!

## II

El prójimo merece ser amado.

1. El prójimo lo merece *por razón de su origen*, puesto que es *hijo de Dios*; y amarle es causar á Dios el gozo que en la tierra siente

un padre cariñoso cuando en su presencia acarician, alaban, protegen, hacen bien ó aman á su hijo.

*Hijo de Dios* el prójimo, es también *imagen de Dios*, y el que es santo, es decir, bueno, puro, amante de Dios, ése, á través del carácter, á través de los defectos y aun de las mismas faltas, descubre esa imagen que le recuerda á su Dios y se siente inclinado á respetarla y á serle útil. «Cuando estoy triste, decía santa Teresa, me basta encontrarme con alguno para sentirme consolada al instante, porque veo en aquella persona la imagen de mi Dios.» Si no experimentamos los mismos sentimientos, sobre todo á la vista de nuestras hermanas, será sin duda porque no amamos bastante al buen Dios.

2. El prójimo merece ser amado en atención á su naturaleza. Es nuestro hermano. Como nosotros, llama á Dios *Padre nuestro*; ha sido regenerado como nosotros por el bautismo; como nosotros, rescatado con la sangre de Jesucristo; como nosotros, colmado de gracias; tal vez más amado que nosotros por el buen Dios, porque es más santo; como nosotros, se ha sentado con frecuencia á la misma mesa eucarística, á la cual lleva quizá un corazón más humilde y más generoso que el nuestro. Y si este prójimo es *una de nuestras hermanas*, esta hermana es amada especialmente de Dios; es como nosotras, esposa de Jesucristo.

¡Oh, y cuánto la engrandece este título ante los ángeles! Y sobre todo, ¡cómo la recomienda al amor de Jesucristo! «Cuando se piensa en

todo lo que ha pasado entre Dios y el alma en el día de la profesión religiosa, y en la dignidad á que ha sido elevada una pobre criatura, nos admiramos, dice un autor, de que las religiosas de un monasterio, cuando se encuentran, no se inclinen en espíritu, con un sentimiento de profunda veneración, las unas ante las otras, y que no se besen los pies con religioso respeto, para honrar lo que Dios se ha dignado hacer en ellas. No queremos hablar aquí de singularidades, ni mucho menos recomendar actos que, hechos exteriormente, podrían parecer extraños; pero si una alma penetrada de estas grandes y santas ideas de la fe viese siempre á las personas con quienes vive con esta luz que emana del rostro de Dios, y si, empapada en los sentimientos que brotan de tales ideas, permaneciera siempre en espíritu á los pies de estas mismas personas tan honradas por el Todopoderoso, ¿acaso esta disposición sería singular? ¿Acaso el espíritu que la animase sería un espíritu iluso (1)?»

3. El prójimo merece ser amado por *razón de su fin*. Está destinado en la tierra á dar gloria á Dios, y por eso Dios le ha prodigado gracias particulares que le hacen agradable á sus ojos y le dan los medios de trabajar por El.

Todo cristiano es obrero de Dios, y como tal tiene derecho á ser respetado; toda religiosa lleva la librea del contrato que ha hecho con Jesucristo, y hasta su vestido merece respeto. *Os llevo grabadas en mis manos*, decía Dios de

(1) P. Giraud.

todas las almas fieles; las almas religiosas están grabadas en el corazón de Jesucristo. «¿Cuándo, pues, será, exclama san Francisco de Sales, que veamos á las almas de nuestras hermanas en el sagrado corazón de Jesús? El que ame al prójimo fuera de allí, peligro corre de no amarle ni pura, ni constante, ni igualmente; pero, ¿quién no le amaría en esa hoguera de amor? ¿quién no le sufriría? ¿quién no toleraría todas sus imperfecciones? ¿quién lo hallaría poco digno de su amor, al pensar que este divino corazón se abrasa en amor por todos?»

«No debo juzgar de un pobre aldeano ni de una pobre mujer del campo por su exterior y disposición natural, decía san Vicente de Paúl; hay algunos entre ellos tan terrenales y groseros, que apenas se puede reconocer en ellos la forma y el espíritu de una criatura racional; mas si los consideramos á la luz de la antorcha de la fe, hallaremos que tan profundamente grabados los tiene en su corazón el Hijo de Dios, que no ha dudado en derramar por ellos su sangre y en dar su vida por cada uno. ¡Oh Dios! ¡Cuán útil es ver á nuestro prójimo en Dios, aun para hacer de él la estima que hace Jesucristo (1)!»

(1) «Ved á una persona hacia quien sentimos manifiesta antipatía muy razonada, y humanamente hablando, quizá muy razonable. Pues si esa persona se nos apareciese de improviso reclinada, como san Juan, sobre el seno de Jesús, probablemente nos confundiríamos al ver que respecto á esa criatura nuestros sentimientos eran tan contrarios á los que Dios le manifiesta. ¿Quién sabe si para compensar nuestra frialdad, tal vez nuestra poca estima,

Y en el cielo el prójimo está destinado á ser un santo. ¡Acaso estará colocado cerca de nosotros á los pies del buen Dios! ¡Oh! ¿Por qué no le amamos en la tierra?

## III

Vuestro título de religiosas exige que améis al prójimo.

La palabra *prójimo* comprende todas las criaturas destinadas á conocer, amar y glorificar á Dios en el cielo; todas tienen derecho á la abnegación de que vamos á hablar; pero entre esas criaturas hay algunas que están *más cerca* de nuestro corazón ó de nuestra alma, y éstas deben ser para nosotros objeto de un afecto y de una abnegación particular.

Tales son *para todos nosotros* nuestros padres, nuestros amigos, nuestros bienhechores; tales son además *para vosotras, religiosas*, todos y cada uno de los miembros de esa familia que os habéis elegido, que os ha recibido, y en medio de la cual os encontráis *en vuestra casa* tan bien como os encontrabais en

cederíamos al deseo de reclamar su intercesión para con el divino Maestro? Pues si en nuestra presencia comulga esa persona, cosa que no es rara en comunidad, ¿no la veis más unida á Jesús de lo que estaba san Juan, á lo menos en cuanto á lo exterior? Pero aun prescindiendo de la comunión sacramental, bien sabéis que por la gracia esa persona habita en Cristo, es un miembro de su cuerpo y, por consiguiente, forma parte de él mismo, y de él recibe su dignidad, valor y virtud.» (Mons. Gay.)

*vuestra casa* de otros tiempos, en medio de aquellos seres queridos á quienes llamabais mi padre, mi madre, mis hermanos, mis hermanas.

¡Dulce familia espiritual, familia del alma que ha llegado á ser también la familia del corazón! ¡Oh! Es preciso amarla con un amor muy tierno y muy generoso, porque, según la expresión de san Francisco de Sales, es para vosotras *la más amable, la más apetecible; es vuestra patria, es la barca* en donde Dios os ha colocado para conducirlos al cielo.

Y si vuestro título de *religiosas* añade á vuestro título de *cristianas* un poderoso motivo para sacrificaros por el alivio, el bienestar y la salvación de todos, ese título os impone una obligación más imperiosa de sacrificaros por el alivio, el bienestar y la salvación de todas vuestras hermanas.

De esta caridad *para con los vuestros*, tan oportunamente llamada *caridad fraterna*, es principalmente de lo que aquí queremos hablar.

1. Toda comunidad religiosa es una *familia*, y representa aquella gran familia de los primeros fieles en tiempo de los Apóstoles. Entonces se llamaban entre sí con el dulce nombre de hermanos y de hermanas: tal es también el nombre que vosotras os dais; ponían sus bienes en común: es lo mismo que vosotras hacéis; no tenían más que una alma y un corazón: es lo mismo que vosotras debéis tener; se decía de ellos: *ved cómo se aman*: esto es lo que de vosotras deben decir los ángeles desde el cielo, y lo



que deben pensar los extraños que visitan vuestro monasterio; he aquí también lo que debéis poderos decir vosotras mismas: *¡Oh, cuánto nos amamos!*

Si no hay *todo esto* entre vosotras, formaréis una asociación, pero no seréis una familia de almas cristianas que tiene por padre al Salvador Jesucristo, puesto que El ha dicho «que no reconocerá por suyos sino á los que se amen entre sí» (1).

2. Toda comunidad es una familia que, bajo la dirección de Dios, se consagra á un ministerio especial, que reclama la tendencia de cada miembro hacia un mismo objeto; pero esta única tendencia no puede verificarse sino en tanto que todos los miembros se amen, no sólo con un amor general que basta para prestar un servicio cuando se ofrece ocasión, ó evitar toda ofensa, sino *aquel amor particular* que induce á complacerse mutuamente en todas las ocasiones posibles. No sólo ese amor con que nos sufrimos, sino esotro amor con que nos ayudamos, nos sostenemos y nos comunicamos mutuamente los conocimientos que hemos adquirido, olvidándose cada cual de sí mismo para atender al bien de todos; no buscando la propia gloria ni el interés personal, sino el interés y la gloria de la corporación.

3. Toda comunidad es una familia cuyos miembros están unidos, no por la sangre ni por el interés, sino por el afecto mutuo; quitad este afecto, y cada uno de los miembros,

(1) San Juan, cap. XIII.

procedente de diverso país, teniendo distinto carácter, procurará instintivamente hacer prevalecer sus ideas, satisfacer sus gustos, conseguir su interés particular, y la comunidad será como un edificio del que se quitan los cimientos: se introducirá la desunión, las fuerzas se opondrán entre sí y se neutralizarán; todo será impotencia, sufrimiento, desorden, hasta que llegue la destrucción y ruina, según la palabra de Jesucristo: «*La casa dividida y en guerra consigo misma, no subsistirá.*»

4. Toda comunidad es una familia, en la que deben verse realizadas las promesas que Jesucristo ha hecho á los que por El han dejado á su padre, á su madre, sus bienes materiales; y estas promesas son, además de la vida eterna, *el ciento por uno aquí en esta vida; hacerseles suave y ligero el yugo de Dios; la manifestación de su presencia en medio de los que, reunidos, oren en su nombre.*

Toda comunidad, con las miserias inherentes á la naturaleza humana, debe ofrecer y ser realmente *un reflejo del Paraíso*. Lo que causa la alegría del Paraíso es *la caridad*, y solamente la caridad es la fuente pura de la alegría en una comunidad. Sin caridad se padece, y se padece mucho en las comunidades; se padece *perpetuamente*, se padece *sin consuelo y sin mérito*, y, para colmo de desgracia, esta falta de caridad que acaba por manifestarse al exterior tarde ó temprano, da escandaloso crédito al infame estribillo de los enemigos del estado religioso, estribillo que no se puede transcribir sin rubor, pero que, sin embargo,

conviene mucho que lo conozcan todas las religiosas: *En las casas religiosas entran sin conocerse, viven sin amarse y mueren ó se despiden sin llorarse.*

Lo que ante todo forma la reputación de una comunidad en concepto de las personas de fuera, es la caridad. *¿Hay unión?* He aquí una de las primeras cosas que se preguntan; lo que lleva postulantes á una casa, no hay duda que es el deseo de conseguir la salvación; pero entra también por mucho la íntima convicción de que en la vida religiosa las almas *se aman, se atienden, se sostienen, se excusan, son realmente hermanas las unas para las otra.*

¿No comprendéis la fuerza de todas estas razones? Y ¿no comprendéis la obligación de amar que os impone vuestro título de religiosas?

## IV

## Castigos terribles reservados

á las almas que infringen el mandamiento del amor del prójimo.

El desenvolvimiento de esta materia lo tomaremos de Bourdaloue, que tan poco propenso es á la exageración:

«Si no amo á mi hermano tan perfectamente como me lo ordena Jesucristo:

»1. Es de fe que no tengo la vida de la gracia: *El que no ama á su hermano se halla en estado de muerte.*

»2. Es de fe que vivo en la más deplorable

ceguedad: *El que no ama á su hermano anda en tinieblas.*

»3. Es de fe que me hago culpable de una especie de homicidio: *El que no ama á su hermano es homicida.*

»Tres maldiciones anotadas por San Juan, y tanto más de temer cuanto más comunes son. Ved aquí el sentido y la explicación:

»I. *Si no amo á mi hermano me hallo en estado de muerte*, es decir, *en estado de pecado mortal*, porque sólo el pecado mortal puede causar la muerte á mi alma. Y el pecado mortal en que caen más fácilmente, aun las mismas personas que hacen profesión de piedad y las almas religiosas, es el que hiere y lastima la caridad, puesto que para pecar gravemente en esta materia, basta un secreto sentimiento de odio ó de venganza voluntariamente concebido y alimentado. Pecado que se forma tan pronto en el corazón, que sin grandes precauciones es muy difícil evitarlo. Pecado que fácilmente pasa á ser hábito, y en el que estamos á veces horas enteras. Hay ciertos estados que por sí mismos nos ponen bastante á cubierto de otros pecados, como la ambición, la avaricia, la impureza; mas ninguno hay en donde no estemos expuestos á éste.

»Sucede con frecuencia que en los más santos estados reina con más imperio y más impunidad.

»II. *Si no amo á mi hermano, vivo en tinieblas.* ¿Y por qué cometiendo este pecado ando en tinieblas, más bien que cometiendo otros? He aquí la razón, que es, por cierto, muy evi-

dente: porque los pecados contra la caridad son aquellos con los cuales más fácil y ordinariamente nos formamos una falsa conciencia, una conciencia poco exacta, una conciencia según nuestras miras, según nuestros desig- nios, según nuestras inclinaciones, según nues- tras antipatías. Y nada hay más expuesto á ilusiones que nuestras miras y nuestras ideas particulares, nuestras antipatías y nuestras in- clinaciones naturales. Porque el artículo de la caridad es en el que más nos alucinamos, y en el que hallamos más especiosas excusas para justificarnos, aunque seamos muy crimina- les. Y aun llega á suceder que se proclaman virtudes las acciones, los sentimientos, las conversaciones en que más visiblemente se ofende á la caridad. So pretexto de celo por la gloria de Dios, celo por la salvación de las al- mas, celo por la verdad y la pura doctrina, vo- mita la maledicencia todo género de ofensas y calumnias; y lejos de arrepentirse, se alega todo eso como un mérito ante Dios y un título de gloria ante los hombres.

»III. *Si no amo á mi hermano soy homici- da: ¿y de quién? De mí mismo, de la caridad y del prójimo. De mí mismo, puesto que mato mi alma con una de las más mortales heridas que pueda recibir. De la caridad, porque des- truyo, en cuanto de mí depende, este princi- pio de toda sociedad: de la sociedad humana, de la sociedad cristiana, y, sobre todo, de la sociedad religiosa. Del prójimo, puesto que, en cierta manera, le doy muerte en mi corazón, en donde deberfa vivir y en donde yo deberia*

llevarle. El que sepa penetrarse bien de todas estas verdades, ¡oh, cuán responsable se ha de hallar ante la justicia de Dios, de Dios au- tor de la caridad, que debe un día tomar en sus manos la causa del prójimo y vindicar sus intereses!»

## ARTÍCULO 2.º

### Carácter del amor debido al prójimo.

Si la palabra *docilidad* encierra en sí sola todos los caracteres que debe tener *el amor de Dios*, hay también una palabra que resume los caracteres del *amor al prójimo*: la *abnega- ción*.

#### I

### Naturaleza de la abnegación.

La abnegación es darse á sí mismo por el bien y utilidad de otro.

La abnegación es el sentimiento que experi- mentaba san Pablo cuando decía: *Heme aquí dispuesto á dar por las almas todo lo que soy y todo lo que tengo* (1). *¿Quién de vosotros padece con quien yo no padezca* (2)? *Heme hecho todo para todos, á fin de ganáros á todos para Je- sucristo* (3).

La abnegación es poner en práctica á cada

- (1) II á los Corintios, cap. XII, vers. 15.  
 (2) II á los Corintios, cap. XI, vers. 29.  
 (3) I á los Corintios, cap. IX, vers. 19.

dente: porque los pecados contra la caridad son aquellos con los cuales más fácil y ordinariamente nos formamos una falsa conciencia, una conciencia poco exacta, una conciencia según nuestras miras, según nuestros desig- nios, según nuestras inclinaciones, según nues- tras antipatías. Y nada hay más expuesto á ilusiones que nuestras miras y nuestras ideas particulares, nuestras antipatías y nuestras in- clinaciones naturales. Porque el artículo de la caridad es en el que más nos alucinamos, y en el que hallamos más especiosas excusas para justificarnos, aunque seamos muy crimina- les. Y aun llega á suceder que se proclaman virtudes las acciones, los sentimientos, las conversaciones en que más visiblemente se ofende á la caridad. So pretexto de celo por la gloria de Dios, celo por la salvación de las al- mas, celo por la verdad y la pura doctrina, vo- mita la maledicencia todo género de ofensas y calumnias; y lejos de arrepentirse, se alega todo eso como un mérito ante Dios y un título de gloria ante los hombres.

»III. *Si no amo á mi hermano soy homici- da: ¿y de quién? De mí mismo, de la caridad y del prójimo. De mí mismo, puesto que mato mi alma con una de las más mortales heridas que pueda recibir. De la caridad, porque des- truyo, en cuanto de mí depende, este princi- pio de toda sociedad: de la sociedad humana, de la sociedad cristiana, y, sobre todo, de la sociedad religiosa. Del prójimo, puesto que, en cierta manera, le doy muerte en mi corazón, en donde deberfa vivir y en donde yo deberia*

llevarle. El que sepa penetrarse bien de todas estas verdades, ¡oh, cuán responsable se ha de hallar ante la justicia de Dios, de Dios au- tor de la caridad, que debe un día tomar en sus manos la causa del prójimo y vindicar sus intereses!»

## ARTÍCULO 2.º

### Carácter del amor debido al prójimo.

Si la palabra *docilidad* encierra en sí sola todos los caracteres que debe tener *el amor de Dios*, hay también una palabra que resume los caracteres del *amor al prójimo*: la *abnega- ción*.

#### I

### Naturaleza de la abnegación.

La abnegación es darse á sí mismo por el bien y utilidad de otro.

La abnegación es el sentimiento que experi- mentaba san Pablo cuando decía: *Heme aquí dispuesto á dar por las almas todo lo que soy y todo lo que tengo* (1). *¿Quién de vosotros padece con quien yo no padezca* (2)? *Heme hecho todo para todos, á fin de ganaros á todos para Je- sucristo* (3).

La abnegación es poner en práctica á cada

- (1) II á los Corintios, cap. XII, vers. 15.  
 (2) II á los Corintios, cap. XI, vers. 29.  
 (3) I á los Corintios, cap. IX, vers. 19.

instante aquellas palabras de Jesucristo: *No he venido para ser servido, sino para servir* (1).

Es estar á todas horas, como Jesucristo en el Tabernáculo, á disposición de todos.

Es suspirar, como El, por el momento de poder dar la vida por los demás, y esperando esta hora, que rara vez llega para nosotros, dar, según la medida de los deberes individuales, la inteligencia, el tiempo, la influencia, las riquezas, la salud, el ser todo entero.

«La abnegación, dice el P. Lacordaire, es la inmólación de sí mismo, y el que no llega hasta este punto no ama. En consecuencia, el que ama se sacrifica (2).»

(1) San Mateo, cap. XX, vers. 28.

(2) Si no experimentáis de una manera sensible aquellos sentimientos que hacen olvidar todas las fatigas y todas las penas, y que el autor de *La Imitación de Cristo* tan bien describe con un lenguaje que nadie ha sobrepujado (lib. III, cap. V), no os turbéis; estos sentimientos no son necesarios para cumplir la ley de la caridad.

La abnegación reside en la voluntad. La voluntad es la que dominará vuestras naturales antipatías y pondrá vuestras facultades y vuestros miembros al servicio del prójimo.

La voluntad dirigirá vuestras manos para asistir á vuestro prójimo enfermo, en el cual os hara ver á un hijo de Dios.

La voluntad inspirará vuestras palabras y las hará compasivas, fuertes, luminosas, según la necesidad que tenga el prójimo de compasión, de socorro ó de luz.

La voluntad sostendrá vuestra abnegación contra el fastidio, el disgusto, la ingratitude, y le infundirá constancia, porque esa voluntad será fortalecida por la palabra y las promesas divinas.

El alma que se sacrifica y no experimenta ninguno de esos sentimientos de simpatía, de amor, de piedad, que

He aquí la idea que de la *abnegación* se forma todo cristiano, y sobre todo la religiosa; la idea que cada uno de nosotros encuentra sencillamente en el fondo de su alma, cuando esta alma se ha conservado pura ó ha recobrado su inocencia mediante la penitencia; mas para darse, para sacrificarse así, no sólo por tal persona ni en tal circunstancia, sino siempre, por todos y en todo, ya se comprende que en el estado actual de nuestra naturaleza, maleada por el pecado original y debilitada por los pecados actuales, se necesita el auxilio de una gracia especial.

No cabe duda que Dios ha derramado esta gracia en todas las almas, porque á todas ha impuesto este precepto: *Amarás á tu prójimo*, y Dios no manda nada sin dar todo lo que es necesario para cumplir su mandamiento; pero se puede decir que las personas consagradas á Dios por los votos de religión, que se han ofrecido especialmente para ser en sus manos divinas los instrumentos de su inagotable bondad para con los hombres; los representantes de su misericordia; los continuadores de la obra empezada por Jesucristo, se puede decir, repetimos, que estas almas han recibido más abundantemente la gracia de la caridad con el prójimo. ®

sostienen y fortifican, padece mucho sacrificándose. Pero que no se canse, que continúe y espere. Dios le ha prometido una recompensa que excederá á todas las recompensas de la tierra: *Yo, tu Dios, seré tu recompensa*, ha dicho el Señor. Por lo demás, es raro que, aun aquí en la tierra, Dios no dé á probar las delicias de la abnegación.

Puesto que deben ser *los auxiliares* de Dios, y en cierta manera ocupar su puesto, ¿no les había de dar Dios, que es esencialmente caridad, una parte inmensa de lo que constituye su ser divino?

Así, pues, la abnegación es la atmósfera de las casas religiosas; allí han entrado todos llevados del deseo de darse á Dios y al prójimo; allí se practican todos los ejercicios por este espíritu de abnegación; allí se sufren todos los padecimientos con abnegación. La abnegación sostiene en los pesares del alma, alivia en las fatigas corporales, anima á sufrir con paciencia los dolores físicos y morales. A los ojos de la fe no puede concebirse una casa religiosa en donde no se ame entrañablemente á Dios y al prójimo, y en donde, sobre todo, no haya caridad fraterna en grado eminente.

## II

## Objeto, motivo y medida de la abnegación.

1. *El objeto* de esta abnegación es toda criatura capaz de conocer á Dios, de amarle y glorificarle en el cielo; y para con esta criatura la abnegación debe encaminarse, sobre todo, á *hacer bien á su alma*; todo cuanto se hace en favor del cuerpo ó de la inteligencia no es más que un medio de llegar hasta el alma. «Desde el momento que nosotros, que queremos santificarnos por el amor, amamos, dice el P. Lacordaire, queremos salvar al alma que amamos, es decir, darle, aun á costa de nuestra vida, la

*verdad en la fe, la virtud en la gracia, la paz en la redención, á Dios en fin, á Dios conocido, amado, servido.»*

Este es el objeto general de la abnegación; pero, como hemos dicho ya, la abnegación de la religiosa tiene *un objeto especial*, que es su *comunidad, sus hermanas.*

¡Su comunidad! Por ella, y por las obras á que se dedica, debe la religiosa emplear toda su actividad, todas sus fuerzas, toda su inteligencia, toda su habilidad.

¡Sus hermanas! Por ellas, para aliviarlas y para santificarlas, debe la religiosa gastar todos los tesoros que Dios ha puesto en su corazón.

2. *El motivo y el fin* de esta abnegación es Dios, siempre Dios, nada más que Dios. «No es malo, sin duda, escribe san Francisco de Sales, el amar á otro *porque nos hace bien ó porque vemos en él buenas prendas*, con tal que le amemos más en atención á Dios que por estos motivos humanos; por eso, cuanto menos le amemos por sus prendas naturales, tanto más puro y perfecto será nuestro amor. Este puro amor no se opone á que podamos amar á ciertas personas, como á nuestros padres, á nuestros bienhechores, á los que son virtuosos, más que á los demás, cuando *esta preferencia nace de la mayor semejanza que estas personas tienen con Dios, y porque Dios así lo quiere.»*

El capítulo primero del Evangelio de san Juan nos expone con claridad y precisión *los diferentes motivos* que pueden dirigir nuestros pensamientos y nuestras acciones. Estos moti-

vos son cuatro: *el temperamento ó carácter, la pasión, la razón, la gracia* en fin, que por sí sola nos hace merecer el cielo, haciéndonos hijos de Dios por toda la eternidad. *Los hijos de Dios, dice, son los que no han nacido de la sangre: he aquí el temperamento; ni de la voluntad de la carne: he aquí la pasión; ni de la voluntad del hombre: he aquí la razón; sino del mismo Dios: he aquí la gracia* (1). Y el mismo Apóstol enseña que por el amor de caridad se conocen los verdaderos hijos de Dios: *el que ama ha nacido de Dios...., porque Dios es caridad* (2).

(1) San Juan, I, 13.

(2) I San Juan, IV, 7.—La aplicación de este principio es fecundo en enseñanzas prácticas. A la vista de un pobre cubierto de llagas, os enternecéis y tenéis compasión. ¿Qué amor es ése? *Amor puramente natural*, que proviene de vuestro temperamento y que os causaría las mismas emociones por un animal si le vierais padecer; ese amor no tiene mérito, porque el mérito para la eternidad no ha de venir de la sangre: *non ex sanguinibus*. Amáis á una persona porque os gusta, porque es graciosa y amable; amáis á otra porque os es útil ó esperáis de ella algún provecho. ¿Qué amor es éste? *Amor de concupiscencia*, y, por consiguiente, sin mérito, porque el mérito para la eternidad no viene de la carne: *non ex voluntate carnis*.

Amáis á una persona porque es honrada, inteligente, virtuosa; á otra porque os ama y es de vuestra familia. ¿Qué amor es éste? *Amor bueno sin duda, pero inspirado por la razón humana*, y, por consiguiente, sin mérito en sí mismo, porque el mérito para la eternidad no debe venir de la razón del hombre: *non ex voluntate viri*.

¿Cuál es, pues, el amor meritorio? *El que procede del corazón por obedecer á Dios, en unión con Dios, por Dios*. Una alma piadosa decía: *No puedo amar sin poner á Dios*

3. La medida de esta abnegación la indica Jesucristo: *Amaréis al prójimo como á vosotros mismos*, lo cual explica así santo Tomás: *no tanto como á vosotros, sino con un amor semejante al que os tenéis á vosotros mismos*; y para hacernos comprender la extensión y el sentido de este mandamiento, dice: *Hacedle todo lo que quisierais que os hiciesen á vosotros* (1). *No le hagáis lo que no quisierais que os hiciesen* (2), había dicho antes Tobías á su hijo. Reglas llenas de sabiduría y de luz; reglas comprensibles á todas las inteligencias; reglas grabadas por Dios, desde el principio, en el alma del hombre, y aplicables á todas las circunstancias de la vida.

Queremos que todos se compadezcan de nuestros padecimientos, que soporten nuestros defectos, que nos ayuden en los trabajos, que nos reciban con bondad y nos hablen con dulzura.

Queremos que nos estimen y nos amen; que se acuerden de nosotros y nos atiendan; que sean agradecidos y buenos para con nosotros; que se oculten nuestros defectos y que oren por nuestra alma.

He aquí la medida de nuestra abnegación para con el prójimo.

Sentiríamos mucha pena si nos viéramos per-

*entre mi corazón y el corazón de aquellos que amo*. He aquí el amor que es meritorio para la eternidad, el amor que nos hace hijos de Dios: *sed ex Deo nati sunt*.

(1) San Mateo, VII, 12.

(2) Tobías, IV, 16.

seguidos, injuriados ó despreciados; nos resentiríamos si supiéramos que se habla mal de nosotros, que se interpretan mal nuestras acciones, que se procura perjudicarnos en la estimación de los demás, ó tan sólo que se nos olvida y se nos desprecia, que para nada se cuenta con nosotros.

He aquí lo que jamás debemos permitirnos con los demás.

Pero esta conducta para con el prójimo, si ha de ser *meritoria*, debe estar inspirada en el amor que debemos á Dios; á Dios, á quien obedecemos amando así; á Dios, á quien amamos amando así.

Jesucristo da otra medida para nuestra abnegación: *Amaos*, dice, *como yo os he amado*. ¡Ah! Si las primeras palabras se dirigen á todos los fieles, éstas, sin duda, dichas también para todos los cristianos, ¿no se dirigen más especialmente á los religiosos, á los que han sido escogidos para formar parte de la familia de Jesucristo y que toman á cargo el darle á conocer y, en cierta manera, reemplazarle? Vamos á indicar solamente lo que ha sido para nosotros la caridad de Jesucristo; más adelante diremos cómo debemos amar para amar como El.

La caridad de Jesucristo ha sido, sobre todo, *generosa*, puesto que lo ha dado todo, hasta la última gota de sangre.

Ha sido *universal*, puesto que se ha extendido por todo el mundo; y si alguna vez se ha mostrado más particular, ha sido en favor de los más pobres, de los más miserables, de los más culpables.

Ha sido *paciente*, sufriendo, sin dejar escapar ninguna amarga queja, la rusticidad de los Apóstoles y la perfidia de Judas, la traición de san Pedro y las persecuciones de los fariseos.

Ha sido *benigna y afable*, acogiendo á todo el mundo con bondad, llegando hasta dar el título de amigo á un traidor que le entrega á los verdugos.....

Ved, dice un piadoso autor, ved la sonrisa y la expresión del rostro de Jesús; escuchad las palabras y el sonido de su voz; considerad su aspecto, su actitud, todo el porte de su persona: ¿puede imaginarse cosa más amable, más graciosa, más dulce?

Y esta caridad es todavía la misma en la santa Eucaristía.

Estudiemos, pues, el corazón de Jesús para amar como Jesús.

### III

#### Cualidades de la abnegación.

Hemos dicho que el objeto de la abnegación es *hacer bien al alma del prójimo*; pero esta palabra es vaga; dice mucho y dice poco; necesita de aclaración, y por eso Jesucristo ha querido que su apóstol san Pablo nos indicara con claridad admirable el carácter de nuestro amor para con el prójimo.

He aquí las palabras del Apóstol:

*La caridad es paciente; es benigna; no es envidiosa; no obra con insolencia; no se enva-*



*nece; no es ambiciosa; no busca su propio interés; no se irrita; no piensa mal; no se alegra de la iniquidad, sino que se goza en la verdad; lo sufre todo, lo cree todo; lo espera todo; lo soporta todo.*

Santa Chantal había hecho escribir estas palabras en las paredes de su monasterio; y si alguna vez, en su presencia, faltaba una hermana á la caridad, la enviaba á leer aquel pasaje admirable, que llamaba ella *el espejo del convento*.

Y, efectivamente, es *un espejo* que nos recuerda á todos indistintamente, y en cualquier circunstancia en que podamos encontrarnos, cómo nos debemos portar con nuestro prójimo.

La delicadeza de nuestra salud, el aislamiento por causa de nuestro estado, la flaqueza de nuestras fuerzas, las angustias de nuestro corazón, pueden incapacitarnos para servir al prójimo ó darle limosna; pero podemos ser siempre *afables* al hablarle, *pacientes* en soportar y sufrir sus defectos y aun sus groserías; alegrarnos de su felicidad; siempre podemos *ofrecer* por él nuestras oraciones, nuestros padecimientos, y *asociarnos* con gozo al bien que hace.

¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios por haber puesto á nuestra disposición, todos los días y á todas horas, los medios de cumplir el mandamiento del *amor al prójimo*, que por sí solo, dice san Juan, puede darnos la seguridad de que amamos á Dios! Si, si, consolaos y tomad aliento, almas tímidas y pusilánimes, á quienes atormenta la incertidumbre de saber si estáis en paz con Dios; interrogad á vuestro corazón, y

ved si estáis en paz con vuestro prójimo y si amáis sinceramente á las personas con quienes vivís. ¿Es satisfactoria la respuesta de vuestro corazón? Dad gracias á vuestro buen Dios; Dios os dará á *vosotros* la misma respuesta que os dé vuestro corazón cuando le habléis del prójimo.

### ARTÍCULO 3.º

#### Práctica del amor debido al prójimo.

«¡Oh caridad, virtud favorita de Jesucristo!  
¡Caridad que manas de su sagrado corazón!  
¡Tú que tan expresamente y con tan vivas instancias nos has sido recomendada por el divino Maestro! ¡Tú que eres la señal por donde quiere que todos conozcan á sus discípulos!  
¡Amable virtud, verdaderamente digna de las santas esposas del santo de los santos! Tú eres, no solamente el lazo de las comunidades religiosas, sino también quien las congrega y las forma; tú eres su indestructible y solidísimo cimiento y su más firme sostén. ¿Qué sería sin ti un monasterio sino casa de división y discordia, conventículo de personas que viven sin paz, sin armonía, sin amistad y sin orden, entre las cuales habitaría el demonio, y que serían odiosísimas á los ojos de Dios y de los santos? Pero un monasterio en donde tú reinas es morada en donde gozoso habita Jesucristo en medio de sus esposas; es vivienda de ángeles terrestres, que, merced á tus castas dulzuras, empiezan ya á saborear las inefables delicias de

*nece; no es ambiciosa; no busca su propio interés; no se irrita; no piensa mal; no se alegra de la iniquidad, sino que se goza en la verdad; lo sufre todo, lo cree todo; lo espera todo; lo soporta todo.*

Santa Chantal había hecho escribir estas palabras en las paredes de su monasterio; y si alguna vez, en su presencia, faltaba una hermana á la caridad, la enviaba á leer aquel pasaje admirable, que llamaba ella *el espejo del convento*.

Y, efectivamente, es *un espejo* que nos recuerda á todos indistintamente, y en cualquier circunstancia en que podamos encontrarnos, cómo nos debemos portar con nuestro prójimo.

La delicadeza de nuestra salud, el aislamiento por causa de nuestro estado, la flaqueza de nuestras fuerzas, las angustias de nuestro corazón, pueden incapacitarnos para servir al prójimo ó darle limosna; pero podemos ser siempre *afables* al hablarle, *pacientes* en soportar y sufrir sus defectos y aun sus groserías; alegrarnos de su felicidad; siempre podemos *ofrecer* por él nuestras oraciones, nuestros padecimientos, y *asociarnos* con gozo al bien que hace.

¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios por haber puesto á nuestra disposición, todos los días y á todas horas, los medios de cumplir el mandamiento del *amor al prójimo*, que por sí solo, dice san Juan, puede darnos la seguridad de que amamos á Dios! Si, si, consolaos y tomad aliento, almas tímidas y pusilánimes, á quienes atormenta la incertidumbre de saber si estáis en paz con Dios; interrogad á vuestro corazón, y

ved si estáis en paz con vuestro prójimo y si amáis sinceramente á las personas con quienes vivís. ¿Es satisfactoria la respuesta de vuestro corazón? Dad gracias á vuestro buen Dios; Dios os dará á *vosotros* la misma respuesta que os dé vuestro corazón cuando le habléis del prójimo.

### ARTÍCULO 3.º

#### Práctica del amor debido al prójimo.

«¡Oh caridad, virtud favorita de Jesucristo!  
¡Caridad que manas de su sagrado corazón!  
¡Tú que tan expresamente y con tan vivas instancias nos has sido recomendada por el divino Maestro! ¡Tú que eres la señal por donde quiere que todos conozcan á sus discípulos!  
¡Amable virtud, verdaderamente digna de las santas esposas del santo de los santos! Tú eres, no solamente el lazo de las comunidades religiosas, sino también quien las congrega y las forma; tú eres su indestructible y solidísimo cimiento y su más firme sostén. ¿Qué sería sin ti un monasterio sino casa de división y discordia, conventículo de personas que viven sin paz, sin armonía, sin amistad y sin orden, entre las cuales habitaría el demonio, y que serían odiosísimas á los ojos de Dios y de los santos? Pero un monasterio en donde tú reinas es morada en donde gozoso habita Jesucristo en medio de sus esposas; es vivienda de ángeles terrestres, que, merced á tus castas dulzuras, empiezan ya á saborear las inefables delicias de

que se saciarán eternamente los moradores de la celestial Jerusalén. ¡Oh! ¡Cuán felices son las religiosas cuando viven en un monasterio en donde *la caridad* reina como soberana! Y, al contrario, ¡cuán dignas son de lástima las que se encuentran en una casa de donde se ha desterrado la caridad! ¡Cuántos pecados se cometen en una casa religiosa cuando no hay caridad! ¡Cuántas virtudes se practican merced á la caridad cuando está bien afianzada!

»Por ella mandá la superiora con dulzura, con bondad, con ternura maternal; por ella las súbditas obedecen con respeto, con humildad, con exactitud, con presteza, con amor. El yugo del superiorato, tan pesado por sí mismo, es suave, ligero y hasta consolador cuando gobierna la caridad; el yugo de la obediencia es dulzura y consolación, no cuesta nada llevarle y es amabilísimo cuando se lleva por caridad. En una palabra, todo es suave, todo es encantador donde reina *la divina caridad*.

»¿Quién, pues, podrá resistir á los atractivos á los hechizos de la hermosa caridad? ¿Qué religiosa ha de querer desterrarla de su comunidad para sustituirla con la discordia, las disputas, la acrimonia, las riñas, la turbación, la maledicencia, la calumnia, la murmuración, las pandillas, las divisiones? ¡Ah! ¡No perdonéis nada, las que leéis estas líneas, para conservarlas entre vosotras; antes que perderla, y aun alterarla, sacrificad todas vuestras satisfacciones, todos vuestros derechos, todas vuestras prerrogativas, todo punto de honra, todo propio interés. La caridad vale más que todas es-

tas cosas, y es mucho más de apetecer para vuestra tranquilidad y para vuestra salvación que todas las ventajas de este mundo. Aun cuando se trate del primer cargo de vuestro monasterio, del empleo que más ambicionáis, de la celda que quisierais escoger ó que más os conviene, de cualquier otro honor ó de cualquier otro bienestar personal, ¿qué es todo esto si lo obtenéis á costa de la caridad, sino vanidad y aflicción de espíritu? Mas la caridad sola bastará para proporcionar á vuestra alma las más preciosas ventajas, porque con ella se posee el corazón de Jesucristo, y en ese corazón se encuentra la salvación» (1).

Después de este elogio tan merecido de la caridad fraterna, ¿no os sentís animadas de un santo ardor para practicarla? Leed, pues, con avidez las siguientes páginas.

Vamos á indicar:

- 1.º *Los actos que exige de la religiosa la caridad fraterna.*
- 2.º *Las causas de las faltas que se cometen contra la caridad fraterna.*

(1) P. Marin.

## PÁRRAFO PRIMERO

## ACTOS DE LA CARIDAD FRATERNA

## I

Amar al prójimo es no dejar pasar ningún día sin prestarle algún servicio.

Si conociéramos el valor que tiene á los ojos de Dios aun la más pequeña obra de caridad, ¡cómo suspiraríamos por las ocasiones de poder practicar alguna! Y estas ocasiones no sólo las aprovecharíamos con gozo, sino que las buscaríamos, las crearíamos, por decirlo así, á cada instante del día.

Cada vez que viéramos á una de nuestras hermanas, nos diríamos como el agente de negocios que ve á un cliente: «*He aquí una ocasión de negociar para el cielo*», y discurriríamos el medio de serle útil. ¿Qué nos importaría el no poder prestarle más que un ligero servicio? El negociante no desperdicia las pequeñas ganancias, porque sabe que, repetidas con frecuencia, esas pequeñas ganancias forman grandes caudales.

Acordaos de este precioso pasaje, sacado de una porción de piadosos consejos: «Una joven escribía en uno de esos momentos en que el corazón siente imperiosamente necesidad de sacrificarse: *Si me atreviera, le preguntaría á Dios, ¿por qué estoy en el mundo? ¿Qué es lo que hago? ¿Qué es lo que tengo que hacer?..... No sé nada..... Mis días se pasan en balde. ¿Si pudiese yo hacerme algún bien, ó hacérselo á*

*otro, á lo menos un minuto por día!..... Algunos días después, repasando estas líneas en un momento de más calma, añadió: ¡Ay, Dios mío! No hay cosa más fácil; no tenía que hacer más que tomar un vaso de agua y dárselo á un pobre.»*

Sí, *tan poco como eso*, dado en nombre de Dios, nos permite ser útiles y esperar la recompensa en el cielo; *menos que eso todavía*: dar un buen consejo, prestar un objeto, sufrir con mansedumbre una adversidad, dirigir una súplica á Dios en favor de uno, reparar la falta ó el descuido de otro sin que él lo advierta; Dios tiene cuenta de todo (1).

Y Dios, en su deseo de recompensarnos, tiene la bondad de multiplicar á nuestro alrededor las ocasiones de ser útiles.

No desperdiciemos, pues, ninguna de estas ocasiones. No hay día, no hay hora quizá, en que no podamos hacer algún bien á esas hermanas con quienes vivimos, á esos niños ó á esos pobres que nos han sido confiados, á esas personas que vienen al locutorio á quitarnos algunos minutos de tiempo.

En la práctica:

1. *No rehusemos jamás el favor que se nos pide*, cuando para prestarlo no tenemos que violar un mandamiento expreso, ó cuando podemos sencillamente suponer que nuestros superiores no desaprobaban nuestra condescendencia. Como, por ejemplo, reemplazar por un momento á una hermana en el empleo de que

(1) Pailletes d'or.

está encargada; comunicarle los medios que la experiencia nos ha dado á conocer, y que podrán servirle para cumplir más fácilmente con su cargo; sufrir con gusto alguna molestia para desempeñar una comisión que á otra desagradaría: prestar desde luego un libro ó cualquier otro objeto. Ni aun debemos esperar á que nos pidan el favor, debemos hacerlo en cuanto conozcamos que es útil ó agradable á una compañera (1).

2. Debemos estar dispuestas á desempeñar sencillamente y sin rodeos esos menudos servicios para los que no tienen muchas veces las superiores de quien echar mano, y á reparar todos los descuidillos que advirtamos. La religiosa que así sabe aprovechar las ocasiones de multiplicar los actos de caridad, puede muy bien decir que ha encontrado una mina de oro,

(1) «En el mundo se dice: «La caridad bien entendida empieza por sí mismo»; mas en una comunidad consagrada á la práctica de los consejos evangélicos no es admisible esa máxima, sino que la religiosa debe prestar siempre (con la autorización de la superiora, por supuesto) lo que le pidan y de que pueda prescindir en aquel momento, en la seguridad de que el buen Dios, este Padre tan tierno, le prodigará los cuidados de su Providencia si por su amor se complace en servir á sus hermanas, que, como ella, son hijas suyas. No digas que los objetos que pasan así de mano en mano no tardan en echarse á perder. Este es un ardid del demonio para impedirte practicar la caridad, porque no eres propietaria de esos objetos; solamente tienes el uso de ellos, y este uso te le puede quitar la obediencia. Ponte en lugar de la hermana á quien rehusas una cosa que necesita; ¿te gustaría que te la negaran? Pues no causes ese disgusto á otra. Además, ¿es tan grato servir al prójimo por amor de Dios?» (Madre Emilia.)

de donde saca preciosas riquezas para el cielo.

3. Considerémonos como *las siervas* de todas nuestras hermanas, y tres veces al día acordémonos de esta condición de siervas que voluntariamente nos hemos impuesto, al recitar el *Angelus*, y al repetir aquellas palabras de la Santísima Virgen: *Ecce ancilla Domini..... Yo soy la sierva del Señor*. No temáis la sujeción, más aparente que real, á la que parece obligaros esta determinación. La palabra *sierva* no es horripilante cuando la elige el amor; ¿y acaso no la escogéis por amor Dios? ¿No es á una hija de Dios á quien servís? ¿No es á una esposa de Jesucristo á quien evitáis molestias y suministráis alivio? ¡Oh, cómo pagará nuestro buen Dios en el cielo cada servicio prestado por su amor! ¡No miréis, pues, sólo á vuestra hermana, mirad á Dios, mirad la recompensa que os espera!

## II

Amar al prójimo es poner á su disposición, para el bien de su alma y de su cuerpo, todo cuanto se tiene.

Poco es lo que tiene la religiosa, y aun eso poco no lo puede dar ni ceder, porque, habiendo renunciado por el voto de pobreza, en general á lo menos, á toda propiedad, tiene sólo el uso de lo que los superiores dejan en su poder: mas si tiene pocas cosas materiales que dar ó prestar, hay otros tesoros que Dios en su bondad deja á nuestra disposición, siempre dentro de los límites que El mismo ha trazado.

I. Entre estos tesoros está *nuestro corazón*; nuestro corazón siempre amante; nuestro corazón, que la religión no ha empequeñecido, sino que lo ha hecho más sensible, más afectuoso, haciéndolo al mismo tiempo más fuerte y sobrenatural; y nuestro corazón es el que, bajo la mirada de Dios, debemos dar á *nuestra comunidad y á cada uno de los miembros de nuestra comunidad*.

1. Nuestra *comunidad* debe sernos *la más querida* de las comunidades; podemos compararla con otras, glorificar á las otras, pero debemos siempre y en todo preferir á todas las demás aquella á la cual nos ha llamado nuestro buen Dios. Esta es la familia de nuestra alma: en ella está la cuna de nuestra vida religiosa; en ella hemos crecido, rodeadas de cuidados espirituales y temporales; en ella debemos morir. Por lo tanto, debe participar del privilegio de aquella otra familia material á la cual la hemos preferido: debe, pues, ser amada más que todas las demás, debe ser apreciada más que todas las demás. Y si, después de lecturas ó conversaciones que nos pintan la alegría y las virtudes de las otras casas religiosas, nos ocurre decir: *se debe estar muy bien en aquellas comunidades*, nuestro corazón debe contestar en seguida: *se está mejor en la nuestra*.

2. Nuestras *hermanas* deben ser objeto de amor de nuestro corazón, no en el concepto de que su vista ó su recuerdo deba excitar en nosotros alguna emoción, sino en cuanto que debemos querer para ellas el bien sinceramente, y desearles buen éxito en todo cuanto hacen

para gloria de Dios; debemos también pedir para ellas, y pedir todos los días, *virtudes* que les granjeen méritos para el cielo, y *sentimientos* de piedad que les haga fácil la vida común y las sostenga en sus trabajos.

Gran lástima sería que tuvierais más caridad con las personas de fuera que con estas *hermanas* que forman vuestra familia espiritual. A los de fuera sólo os debéis *según la medida de vuestro ministerio*, mientras que os debéis á vuestra comunidad *en toda la extensión de vuestra caridad*. Así, en vuestras oraciones, en vuestra *abnegación*, haced que vuestra comunidad sea lo primero. Vuestros mismos padres deben ocupar el segundo lugar, porque, como dice el P. Eymard, pertenecéis más á vuestra familia según la gracia, que á vuestra familia según la naturaleza, puesto que para entrar en la primera habéis sacrificado la segunda.

3. Mas he aquí un grito que se escapa del corazón: *¿Y á mi padre y á mi madre cómo debo amarlos?*

—No améis *menos*, sino amad *mejor* á todos los que amáis.

Amadlos con la misma ternura, pero que esta ternura sea más sobrenatural.

Compadecedlos de sus penas, pero que con esta compasión no flaquee vuestro ánimo.

Llorad con ellos, pero que vuestros ojos arrasados en lágrimas miren siempre al cielo.

Consoladlos más afectuosamente que antes, pero que esta consolación no tenga nada de humano ni terrenal.

Pensad en ellos, pero que este pensamiento jamás aleje, ni siquiera debilite, el pensamiento de Dios.

«Cuando subas del mundo á la vida religiosa, dice un piadoso autor, no suprimas ninguno de tus afectos legítimos, pero transfórmalos todos. Amabas á tus padres como se ama en la tierra; ámalos en adelante como se ama en el cielo.... Dios te ha dicho como á Abraham: *Sal de tu pueblo y de la casa de tus padres*. Te ha dicho también como á María: *Oye, hija mía, y mira; aplica el oído á mis palabras, olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre*. Te ha dicho además: *Ven, te espera una corona*. Así te llamaba al *paraiso de la gracia*; si te hubiese llamado al *paraiso de la gloria*, Dios habría sin duda empleado la misma fórmula. Pues si estuvieras ahora en el cielo, habría entre tus padres y tú una barrera infranqueable; toda relación sensible habría desaparecido; las manos no estrecharían ya á las manos; las miradas no se encontrarían ya con las miradas; adiós caricias, adiós confidencias, adiós conversaciones, adiós cartas. La *regla* sería esta separación, la *regla* este silencio, y *regla* inflexible que obligaría aun cuando el corazón de los que lo sintieran no quisiese aceptarla.

— Pero, porque no pudieras ver con los ojos del cuerpo á estos padres tan amados, ¿los amarías menos? ¡Oh, cómo te habías de interesar por todo lo que les interesa! ¡Cómo tu alma, íntimamente unida á Dios, se ocuparía en la salvación de sus almas! ¡Cómo pedirías á Dios que los santificara y los llevara al cielo contigo!

Y si Dios te permitiera ir alguna vez á visitarlos en forma humana, ¿cómo los conducirías á Dios con el insinuante y persuasivo lenguaje del amor, del cariño, de la gratitud! ¿Cómo les harías comprender la vanidad de estas cosas perecederas! ¿Cómo los consolarías en sus penas! ¿Cómo serías para ellos con toda verdad su *ángel custodio*!

He aquí lo que, siendo religiosa, debes hacer por tus padres. Debes considerarte, siempre que te llaman al locutorio ó les escribes, como *venida del cielo y enviada directamente por Dios á visitarlos*» (1).

4. Entre las hermanas que te rodean y forman tu familia, hay una á quien debes amar con un afecto particular, una á quien debes amar más que á las otras; á quien Dios ha dado una parte de su autoridad sobre ti

(1) «Si Dios te sometiera á la terrible prueba de ver á tus padres sumidos en la pobreza y tener absoluta necesidad de tus auxilios, no hay duda que tendrías, religiosa profesas, motivo de grande turbación; pero te diríamos: Permanece siempre unida con Dios, y expón sencillamente á tus superiores el estado de tu familia, ellos te dirán lo que tienes que hacer. La Iglesia, con su maternal sabiduría, lo ha previsto todo, y he aquí las decisiones que ha tomado: «Los hijos están obligados á salir del convento, aun después de su profesión, para asistir á sus padres cuando, de no hacerlo así, hay peligro de que se vean en extrema necesidad. Están divididas las opiniones con respecto al caso en que sólo estuvieran reducidos á grave necesidad, y san Ligorio tiene por más probable en este caso que el religioso no puede salir del monasterio hasta que haya obtenido el permiso de sus superiores, sea que la necesidad de los padres haya precedido ó haya seguido á su entrada en religión». (Craisson, núm. 307.)

para conducirte á El, y á quien llamas *maare*.

Más adelante hablaremos de la obediencia y del respeto que se le debe; permítasenos únicamente deciros aquí á todas las religiosas: Pedid á Dios todos los días la gracia de tener para con vuestra superiora los verdaderos sentimientos de una hija para con su madre; cuanto más la améis así, tanto mayor será vuestra confianza para acudir á ella, y tanto más útil será á vuestra alma. Es una gracia *preciosa el tener filial afecto á la superiora*, gracia rara porque casi nunca se pide á Dios, ó se pide como de paso; y por otra parte, no hay suficiente humildad ni bastante sumisión.

## II

Otro tesoro del que podemos disponer es nuestra *inteligencia*, y debemos aplicarla á *estimar* realmente á nuestras hermanas todas. Ciertamente no es muy difícil amar á una alma que tiene verdaderas virtudes y que es objeto de la estimación de Dios; basta para ello ser *bueno* y siquiera un poco *justo* consigo mismo. Debíamos sonrojarnos, humillándonos profundamente, de alimentar en nuestro pecho sentimientos de menosprecio. Si respecto á algunas, sin embargo, brotase en nuestro corazón algún sentimiento de desconfianza, de indignación ó desprecio, debemos obligarnos, antes que eche raíces, que á veces son muy difíciles de arrancar, debemos obligarnos, repito, á ir á *pronunciar el nombre* de esas hermanas delante de nuestro buen Dios, y aplicar á cada una de

ellas en particular las razones sobrenaturales que hemos dado en las primeras páginas de este capítulo, en donde se demuestra que *el prójimo merece ser amado*.

## III

Otro tesoro del que podemos disponer son *nuestras palabras, nuestro porte, nuestro exterior*.

Si nuestro *exterior* es benévolo, afable, risueño, atrae á las almas tímidas, pusilánimes, afligidas, y les permite venir á decirnos sus penas, y dándonos ocasión de aliviarlas y fortalecerlas, hace por ende que nos semejemos al buen Dios. ¡Oh! Qué dulce es para un corazón amoroso el poder decirse á sí mismo: *He hecho el bien*; y poder decir á Dios: *¡Dios mío, hoy he hecho lo que vos hacéis siempre!*

Cuánto bien haría en una comunidad la hermana algo antigua, *sobre todo* si tuviera en su manera de ser, en su aspecto, en todo su exterior, ese algo de celestial y atractivo que irradiaba siempre del corazón bondadoso, y que parece decir: *¡Venid á mí!*

Si, á ella iría aquella hermana tímida que apenas se atreve á hablar en recreación, que parece tener miedo á sus compañeras y que por lo mismo siente vacilar su vocación, y *ella* la iría habituando poco á poco y la afianzaría en sus buenos deseos.

A ella acudiría esa otra hermana de conciencia tímida y delicada que siempre teme ofender á Dios, que tiene reparo en ir á la su-



periora ó al confesor, y *ella* la reanimaría, la formaría, la conduciría al lado de la madre, la enseñaría á orar.

¡Oh! ¡Cuán grande beneficio hace el Señor á una religiosa cuando le concede el dón de *inspirar confianza!*

Vuestra *palabra*, si es dulce y afable, tiene siempre el poder de curar, á lo menos momentáneamente, las llagas del alma y del corazón. ¡Oh! ¡Si comprendiéramos el valor de una palabra dicha con bondad y con afecto! Tiene un poder, dice el P. Fáber, que parece sobrepujar á la Naturaleza. Es como la voz de un ángel que se apareciera sobre la tierra, y cuyos acentos inmortales hirieran suavemente los corazones, depositando en nosotros algo de la naturaleza angélica. Parece que se le ha dado hacer lo que en realidad sólo Dios puede hacer, es decir, enternecer y calmar los corazones. ¡Cuántas almas abatidas han sido confortadas por una palabra cariñosa! ¡Cuántos corazones desfallecidos han encontrado la fuerza que les faltaba para hacer el bien, después de una palabra que los levantaba á sus propios ojos! ¡Cuántas vocaciones vacilantes se han sentido afirmadas por las palabras benévolas y afectuosas de una simple compañera!

## III

Amar al prójimo es procurar adquirir, para hacerle la vida más dulce, lo que se llama menudas virtudes.

De la reunión de un *corazón amante*, de una *inteligencia benévola* y de una *palabra dulce*, nace ese precioso conjunto de *menudas virtudes* que forman el encanto de las comunidades, mantienen el bienestar y la paz, suavizan los rozamientos inevitables en el continuo contacto de caracteres y de temperamentos diferentes, y hacen realmente de la casa en donde reinan un trasunto del Paraíso.

¡Ay! ¿Quién ignora que basta el carácter defectuoso de una sola religiosa para que sufra toda la casa? ¿Quién no sabe que una comunidad puede ser regular, piadosa, austera, y sentir, sin embargo, cierto malestar indefinible, que deja en el fondo de las almas vaga inquietud y las hace casi desgraciadas? Hay amor de Dios, amor á las hermanas, pero una nonada produce divisiones y descontento.... En esa comunidad falta la práctica de *las menudas virtudes*.

Vamos á indicar cuáles son éstas, y quisiéramos que esta enumeración fuera de vez en cuando asunto de *examen particular*. Habría realmente provecho para la comunidad y para cada religiosa, si cada cual tratase de practicar todos los días una de *esas virtudes*.

## 1.º—LA INDULGENCIA

Esta es la virtud de las almas realmente grandes que miran más alto, y ven mejor que las demás; no se les ocultan las faltas, pero ven desde luego lo que puede disminuirlas, escusarlas, explicárselas cuando menos. Ser indulgente es el carácter propio de esos espíritus extremadamente sinceros, juiciosos, profundos, que han sabido conocerse, y conocen á la humanidad y sus flaquezas. Así no retiran su estimación del que comete una falta, sino que le acogen siempre con amor en cuanto le ven arrepentido. En una comunidad, la indulgencia conserva siempre los lazos de la caridad; ella es la que defiende al culpable, le ampara, le ofrece un asilo, le enseña cómo debe reparar su falta, y cómo puede, en cierta manera, engrandecerse á veces y realizarse después de una falta. ¡Cuántas recaídas, más tristes que el primer tropiezo, se habrían podido evitar con un poco más de indulgencia!

«No he visto jamás, dice un autor piadoso, que una persona bien pensada y modesta tenga gusto en espiar y observar las acciones de los demás, ni ocuparse en eso investigando y procurando saberlo todo. No he encontrado tampoco ninguna que, llevando una vida interior y recogida en unión con Dios, se complazca en juzgar y censurar cosa alguna. A las personas que así juzgan les falta *seso ó virtud*, y generalmente uno y otra; la cabeza no tiene seso, y el corazón está vacío de amor.» «Si

un acto, dice san Francisco de Sales, pudiera tener cien caras, deberíamos mirarle siempre por la mejor. Cuando la gravedad del acto no permita ninguna excusa, debemos excusar la intención; y si ni aun ésta puede excusarse, se ha de atribuir la falta á la violencia de la tentación, á ignorancia, á irreflexión ó á la flaqueza humana.»

## 2.º—LA CARITATIVA DISIMULACIÓN DE LAS FALTAS

Esta virtud es la que, al parecer, no advierte las faltas, los agravios, las desatenciones, sobre todo cuando el blanco de tales agravios ó groserías es precisamente la persona que tiene esa virtud. Esta sabe pasar por alto una palabra picante, un gesto desdenoso, y continúa tan risueña ante la hermana que la ofende en público como si no lo entendiera. Sigue al pie de la letra el caritativo consejo de san Pablo: *Disimulad, soportad los defectos de vuestros hermanos.* ¿Por qué el Apóstol no dice: *reprended, corregid, castigad, sino disimulad?* Porque ordinariamente no somos nosotras, simples religiosas, las que tenemos obligación de corregir; esta incumbencia está reservada á nuestros superiores; nuestro deber es ante todo *sufrir* lo que nos importa directamente; *ignorar* lo que no nos importa.

¡Cuántas religiosas de carácter ligero, pero de corazón sinceramente bueno, se sienten profundamente humilladas, y á menudo desalentadas, al pensar que se conocen, se comentan y se critican todas las faltas que sin malicia

cometen! La caridad que aparentase ignorar la mayor parte de esas faltas, atendiendo solamente á los esfuerzos de la culpable para corregirse, ¿no le sería más útil á esa hermana para su adelantamiento espiritual?

### 3.º—EL GENIO AFABLE Y RISUEÑO

Esta virtud atrae siempre; la sonrisa que casi continuamente asoma á los labios, complace á los que se le acercan. Es á veces una sonrisa casi imperceptible, ó más bien lo que puede llamarse *amabilidad*. El alma verdaderamente caritativa sabe que *es preciso atraer para conducir á Dios*, y que nada atrae tanto como un cariñoso recibimiento; así, aun cuando esté triste, tiene mucho cuidado de no hacer sentir su tristeza á los demás; los que van á ella se retiran siempre tranquilos, *reanimados*, y preguntándose siempre: *¿cuándo podré volver?* Tiene por divisa aquellas palabras de san Pablo: *Regocíjaos en el Señor*. Y ¿cómo no ha de estar contenta? Ama á Dios, ama á sus hermanas; se siente amada de Dios y de sus hermanas; ¿no es éste el verdadero manantial de toda alegría?

Y esta alegría procura comunicarla á todos, y lo consigue, porque san Francisco de Sales pide que las conversaciones sean *santamente* alegres. «Las hermanas, dice, tienen necesidad de recrearse; no es bueno que tengan tirante el espíritu y se vuelvan melancólicas.»

Felices las hermanas que se esmeran en procurar á sus compañeras aquellas deliciosas

*recreaciones*, durante las cuales los donaires, las indirectas, las agudezas, los chistes, las bromas inocentes, alegran, explayan, y proporcionando al espíritu, al mismo tiempo que al cuerpo, una especie de *creación*, los vigorizan y disponen para la oración y el trabajo.

Esas hermanas tienen mucho mérito delante de Dios, y son muy útiles á la comunidad. La casa en donde reina esa dulce alegría, es casa en donde se sirve bien á Dios.

He aquí la doctrina de san Francisco de Sales sobre las palabras y los chistes de las recreaciones: «Los temas santamente alegres son aquellos en que no hay nada malo ni se tacha al prójimo de imperfecto. Porque es falta que nunca se ha de cometer, ni conviene tampoco tratar de cosas inconvenientes, ni aficionarse á hablar largo tiempo del mundo y de cosas vanas; porque ni siquiera merecen que en ellas fijemos nuestra atención; bastan, pues, sobre esto dos ó tres palabras para volver luego al tema. Ningún mal hay en reirse un poco de alguna expresión que haya dicho una hermana, ni en decir una chanzoneta que la mortifique un poco, con tal que no la contriste; si yo lo hubiese hecho sin mala intención y por mero pasatiempo, no me confesaría de semejante cosa. Cuando aspiramos á la perfección, debemos encaminarnos al bien, pero sin apesadumbrarnos cuando no siempre lo hallamos. Se ha de ir al recreo con sencillez é ingenua franqueza, por Dios, para mejor alabarle y servirle, y si no se tiene intención actual, basta la general.»

## 4.º—LA DOCILIDAD DE ESPÍRITU

Esta virtud jamás impone á nadie su opinión sin grandes motivos; antes bien acepta sin oposición lo razonable y bueno que los demás proponen; cede fácilmente, y sin manifestar impaciencia ni despecho; aplaude con ingenuidad todo lo bueno que sus hermanas dicen. Ha oído la voz del Espíritu Santo: «*No disputes*», y obedece al Espíritu Santo. Pero acaso dirá alguna: *Yo tengo razón, y no puedo sufrir las tonterías y despropósitos de mis hermanas; lo que dicen es contra el buen sentido.* Pues tened presentes estas palabras de los santos: *Una onza de caridad vale más que cien libras de razón.* Manifestad vuestro sentir para entretener la conversación, mas después dejad que lo impugnen, sin defenderlo con tenacidad. No vale más ceder de buen grado, y hasta darse por vencido, que enfadarse, descomponerse, ofender y humillar á los demás?

## 5.º—LA AFABILIDAD

Esta virtud es la que practicaban sobre todo san Francisco de Sales y san Vicente de Paúl; es la virtud que aquí en la tierra excita más el recuerdo de nuestro Señor Jesucristo, y se define así: virtud que derrama cierta suavidad en los negocios y en las comunicaciones serias que tenemos los unos con los otros.

Ved el precioso retrato que nos ha dejado de san Francisco de Sales la persona que me-

por ha conocido su corazón, santa Chantal: «*Rece-  
bía á todos con rostro igual y risueño, sin  
despedir á ninguno, de cualquiera condición  
que fuese. Escuchaba tranquilamente á todo el  
mundo, y tanto tiempo como cada uno quería.  
Hubiérase dicho que no tenía otra cosa que  
hacer; tanta era su paciencia y afabilidad; y  
tan contentos y satisfechos se retiraban todos,  
que en verdad se alegraban de tener que tratar  
con él algún asunto, por gozar de la extremada  
dulzura y suavidad que derramaba en el corazón  
de cuantos le hablaban, de los cuales por este  
medio conseguía que en él depositaran la más  
absoluta confianza, sobre todo cuando las co-  
municaciones eran de cosas del alma; porque  
tenía sus delicias en hablar de la santa devoción  
y en excitar á todo el mundo, si hubiese po-  
dido, á practicarla, cada uno según su vocación  
y estado. El porte y el hablar de este biena-  
venturado eran en extremo majestuosos y se-  
rios; empero lo más humilde, más dulce y sen-  
cillo que se haya visto jamás, porque era sin  
arte, sin afectación y sin encogimiento. Jamás  
se le oyó pronunciar palabra inconveniente ó  
que indicara ligereza. Hablaba en voz baja y  
grave, pausada, dulce y sabiamente, con in-  
comparable eficacia, sin rebuscar elegantes pa-  
labras y sin afectación; con frecuencia observé  
que no decía nada de más ni de menos, sino  
solamente lo preciso, y en tan buenos térmi-  
nos que no había más que decir. A menudo  
contaba chascarrillos, pero con tanta modestia  
que, los que los oían, quedaban á un mismo  
tiempo recreados y edificados.*»

¿No os sentís entusiasmadas al leer esta página? ¡Oh! ¿Por qué no tratáis de pareceros algo á san Francisco de Sales?

Ved además algunos rasgos de san Vicente de Paúl, porque, á nuestro parecer, nunca sobran los detalles en donde se pueden tomar lecciones de *afabilidad*.

«Se le ha visto cortar la conversación que tenía con personas respetables para repetir cinco veces la misma cosa á uno que no la comprendía, y decirsela la última vez con tanto sosiego como la primera.

»Se le ha visto escuchar sin sombra de impaciencia á pobres gentes que hablaban mal y largo tiempo.

»Se le ha visto á él, que estaba abrumado de negocios, dejarse interrumpir treinta veces al día por gentes escrupulosas, que no hacían más que repetir siempre la misma cosa en términos diferentes; oírlas hasta el fin con una paciencia admirable, escribirles algunas veces de su propio puño lo que les había dicho, y explicárselo más extensamente cuando no lo comprendían bien.»

#### 6.º—LA CONDESCENDENCIA

Esta virtud es también característica de nuestro amable san Francisco de Sales: «El condescendiente se acomoda á todo el mundo, en cuanto lo permiten la ley de Dios y la recta razón; es como una bola de blanda cera, susceptible de todas las formas, con tal que sean buenas; no busca en nada su interés, sino

el interés del prójimo y la gloria de Dios. La *condescendencia* es hija de la caridad, y se ha de cuidar mucho de no confundirla con cierta debilidad de carácter que impide el reprender las faltas del prójimo cuando hay obligación de hacerlo; eso no sería un acto de virtud, sino, al contrario, hacerse cómplice de la falta ajena.»

*Condescender* es en cierta manera *hacer descender* la voluntad propia hasta la voluntad de otro; es renunciar á la manera de ver, de pensar, de obrar, para *abrazar*, ó á lo menos para *aceptar* la manera de ver, de pensar, de obrar, de los que viven con nosotros.

*Condescender* es oír á un importuno; responder cortés y dulcemente á una pregunta fútil y vana; prestar un servicio inútil á uno que se imagina que tiene necesidad de él; interrumpir una conversación desagradable á alguno de los oyentes; hacer creer á una hermana anciana que es muy útil el trabajo que hace....

¡Oh! Esta virtud cortaría las disputas y los altercados que ordinariamente, por un motivo fútil, turban las comunidades, y conservaría la paz del alma y la mutua unión.

#### 7.º—LA URBANIDAD

La urbanidad, que colocamos entre las *virtudes menudas*, porque desde luego suponemos que las religiosas, por decirlo así, la sobrenaturalizan, es una virtud puramente humana, pero una virtud esencial para la buena

armonía de la sociedad. No es raro que las religiosas la olviden al parecer entre sí, acaso porque la miran únicamente como virtud humana. Sin embargo, la cortesía nunca está de más en ninguna parte, y se la puede llamar *el vestido de la caridad*.

La urbanidad tiene por objeto *agradar* á las personas con quienes estamos obligados á vivir, y obrar de manera que todo el mundo esté contento de nosotros; *nuestros superiores*, de nuestro respeto; *nuestros iguales*, de nuestra estimación; *nuestros inferiores*, de nuestra bondad. Consiste en tener cuidado de decir á cada uno lo que le conviene, y hacer lo que puede contentarle.

«*Adelantao los unos á los otros con pruebas de honor y de deferencia*», dice san Pablo; estas muestras de honor y de deferencia es lo que entendemos por cortesía. No necesitamos entrar en pormenores, que ciertamente son conocidos de todos; diremos tan sólo que cada uno de nosotros se complace en verse honrado por causa de un secreto sentimiento que tenemos de nuestra dignidad, sentimiento que nos hace muy sensibles al desprecio y muy delicados en punto al honor; cada uno de nosotros ama al que le trata con respeto, y se siente como obligado á prestar los mismos honores que se le hacen.

De ahí que en las comunidades en donde reina la urbanidad cristiana y sobrenatural están desterradas *de las conversaciones* las palabras menos corteses, las alusiones groseras, las interrupciones, los gritos, las risotadas; *en el*

*porte*, la incuria y el desaliño; *en el andar*, la precipitación, la impaciencia atropellada, el atolondramiento, que nos expone á olvidar que las hermanas deben saludarse á lo menos interiormente, por respeto á la dignidad de su vocación.

Una advertencia al terminar esta enumeración de *virtudes menudas*, cuyo objeto es conservar la caridad en toda su frescura.

De cualquiera naturaleza que sean los actos de la caridad, necesita, más que las otras virtudes, ser practicada *con gracia*. La mansedumbre es la flor de esta virtud, la amabilidad es su fragancia. Cualquier acto de caridad, si se hace *sin gracia*, es un acto casi perdido. Un servicio prestado con gesto triste, avinagrado, mostrando pena ó disgusto, no produce más que una pequeña parte del efecto que estaba destinado á producir, y faltándole lo que debía hacer su encanto, apenas le tienen en cuenta ni Dios ni los hombres.

En este punto nos sucede lo que la sagrada Escritura nos dice de Dios: *que ama al que le da con alegría*.

Mas para que vaya acompañado de afabilidad, de condescendencia, de cortesía, de indulgencia cada uno de nuestros actos de caridad, tenemos que adquirir el hábito de dominarnos. No vacilemos, pues; velemos sobre nosotros mismos; combatamos valerosamente nuestra inclinación al egoísmo, á la sensualidad y al orgullo; se trata de la caridad, es decir, *de Dios*. Ninguna virtud lleva mejor consigo su recompensa en este mundo, y el Espíritu Santo quie-

re que lo tengamos presente, pues al hacer el elogio de los personajes de la ley antigua dice casi siempre que fueron *amados de Dios y de los hombres* (1).

## IV

Amar al prójimo es sufrir con paciencia sus defectos.

Hemos hablado ya de lo que se ha de *soportar*; debemos hablar todavía de algunas particularidades, y, sobre todo, dar *las razones* que nos obligan á practicarlos así. El sufrimiento es la gran cruz de las comunidades, y esta cruz la dejará Dios siempre para dar á cada religiosa la ocasión de ser buena, paciente, compasiva; en una palabra: la ocasión de hacerse *santa* y hasta de darse cuenta de que *progresa en santidad*.

La vida de comunidad tiene *por sí misma* tantas ventajas, libra al espíritu de tantas inquietudes, ofrece, aun al cuerpo, tanto bienestar, que si Dios no hubiera puesto la necesidad de sufrirlos los unos á los otros, difícilmente se podría practicar *la renuncia cotidiana*, sin la cual no se puede ir al cielo.

Exigen *sufrimiento* las enfermedades inherentes á nuestra pobre naturaleza, enfermedades morales sobre todo, que llamamos *defectos*, y de los que todos, más ó menos, nos vemos atacados, y que, en general, no pueden curarse

(1) Eccl., XLV, 1.

sino por una fuerza y una constancia imposibles sin una gracia especial.

Toda reunión de personas, aunque pertenezcan á una misma familia, forma una especie de *hospital*, en donde cada cual tiene sus enfermedades. Hay caracteres naturalmente sombríos y tristes; los hay pesados, fastidiosos y displicentes, que están siempre murmurando y se quejan de todo; los hay inconstantes, que en ninguna parte se hallan bien, y á quienes hoy parece malo lo que ayer los entusiasimaba; los hay groseros en sus modales, en su porte, en sus dichos; los hay atolondrados, irascibles, orgullosos; los hay suspicaces, impresionables, quisquillosos; los hay indiscretos, aduladores, ambiciosos; los hay exigentes; los hay, en fin, que tienen una multitud de rarezas y manías....

¡Sería muy larga la lista de las *enfermedades del alma*! La piedad las mitiga, pero no las cura por completo; hace que aparezcan menos al exterior, pero no las destruye; las cubre con la caridad, pero no siempre logra impedir que salgan y se descubran algunas veces.... ¡Oh! Si tenemos que vivir en comunidad, aunque sea en las más regulares y más santas, hagamos provisión de fuerza, de paz, de bondad, de compasión; penetremos bien, sobre todo, de los tres pensamientos siguientes, que convendría meditar con frecuencia delante del Santísimo Sacramento:

1. Yo también tengo defectos, defectos que no veo, ó que miro como leves, y que causan á mis compañeras la penosa impresión que sus

defectos me hacen á mí. Á esta hermana que me ofende por su aire ó su porte, por su manera de hablar, de vestir ó por sus exigencias, ¿estoy segura de que no la ofendo yo á mi vez? Es indudable que yo tengo manías, como ella tiene las suyas; pero como ella es más fuerte y más piadosa que yo, disimula muy bien lo que experimenta á mi lado. ¿Por qué, pues, quejarme tanto de ella? ¿Por qué no he de tener la paciencia que ella tiene? ¿Por qué tenerme por perfecta y ver tantas imperfecciones en las demás? (1)

(1) Á una religiosa que se quejaba continuamente de las demás, y cuya vida era una continua murmuración, le dijo cierto día una de sus compañeras, un poco exasperada quizá, las palabras siguientes, que transcribimos con toda fidelidad:

«Por más que usted se crea perfecta, hermana mía, y aunque yo misma la tengo por una buena religiosa, confieso que sufro horriblemente con usted. Permítame hacer una simple enumeración: usted no quiere sino pan tierno porque no tiene dientes; yo no puedo soportarlo porque me causa indigestiones, y mi gusto sería comer pan duro. Usted hace que nos sirvan la sopa siempre caliente y quemando; á mí me gusta fría. No permite usted que se sirvan ensaladas porque se resiente del pecho; yo no comería más que ensalada, y me cuesta gran sacrificio el no poder tenerla. Usted no quiere en la mesa más que frutas cocidas; á mí sólo me gustan las que están crudas, y aun verdes. Usted no puede soportar una corriente de aire; y si yo siguiera mis gustos y me tratara según mis necesidades, abriría todas las puertas y todas las ventanas. En la recreación, usted quiere estar siempre sentada; muchas veces quisiera yo pasearme. Hay todavía una multitud de cosas que usted hace por gusto ó por necesidad, y que á mí me molestan y me desagradan extremadamente. Se engaña usted, hermana mía, si cree que no hay nada que sufrir con usted; á pesar de su gran virtud, que

2. Estoy en brasas y me quejo porque tal compañera que está conmigo, y con quien tengo que vivir, me fastidia y me molesta.... Examinemos con calma si mis quejas y mi descontento son bien fundados: *¿hace por malicia todo lo que hace? ¿Sabe siquiera que me molesta? ¿Podría obrar de otra manera? ¿Le he suplicado que obre de otro modo? Y después de todo, ¿es muy grave y muy malo lo que hace? Si tal hermana, á quien amo, hiciera lo mismo, ¿me causaría la misma contrariedad? Y ¿no soy yo bien ruin, bien delicada, poco virtuosa, y bien quisquillosa, sobre todo, para atormentarme por esa nonada? ¿No valdría más tomar la firme resolución de hacerme al carácter de esta buena hermana? Entonces viviría en paz, y Dios sería glorificado.*

Estas sencillas reflexiones bastarían para calmar la irritación que nos produce la conducta de una compañera que no nos es simpática; y si á esto juntáramos una oración muy humilde, y si á esta oración añadiéramos un acto de bondad y de benevolencia con esa compañera, á fin de *esforzarnos en complacerla*, pronto comprenderíamos la futilidad de nuestras quejas.

3. Si debemos sufrir á nuestras hermanas, no debemos también, y sobre todo, perdonarlas? Hablaremos más adelante de los senti-

yo venero, le puedo asegurar que es usted para mí motivo de sacrificios continuos; pero no me quejo, porque también yo tengo mis defectos y necesito que usted me los sufra.»—(P. Campagnat.)



mientos de aversión voluntariamente alimentados y de su culpabilidad; nos basta aquí preguntar á una religiosa cómo tiene valor para irse á descansar por la noche conservando *pensamientos rencorosos* contra una de sus hermanas, después de haber oído aquellas palabras de Jesucristo que ordenan *no dejar ponerse el sol sin haberse reconciliado*; cómo, sobre todo, se atreve á acercarse á la Sagrada Mesa, después de este precepto tan formal: «*Si en el momento de ofrecer un dón en el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda, ve ante todo á reconciliarte, y después vuelve á ofrecer tu dón*» (1).

Amar al prójimo es querer su bien.

No hay aquí nada exterior; todo pasa en el santuario del alma. Es un tesoro que se va acumulando silenciosamente bajo la mirada de Dios; un tesoro que, además de ser ampliamente apreciado en el cielo, será manantial de todos los actos exteriores de caridad, que llenarán de suavidad la vida religiosa.

Esta práctica consiste en alegrarse sinceramente, en el fondo del alma, de los dones naturales y sobrenaturales que nuestro buen Dios ha repartido á cada una de las hermanas de la comunidad; dones por los cuales nuestras hermanas son más útiles que nosotras, más apre-

(1) San Mateo, v, 23.

ciadas, más estimadas, en una palabra, más santas que nosotras.

Los dones naturales son: *La salud del cuerpo; la amabilidad en el trato; juicio sano; inteligencia brillante; palabra fácil; aptitud universal para conseguir todas las cosas.*

Los dones sobrenaturales son: *Piedad afable y simpática; celo ardiente de la gloria de Dios; la paz del alma que se refleja en la serenidad del rostro; el dón de persuasión para conducir las almas á Dios.*

Regocíjate al ver todos estos dones concedidos á tus hermanas como si los poseyeras tú misma; da gracias á Dios por habérselos concedido; suplicale sinceramente que se los conserve y se los aumente aún con más abundancia que á ti, si Dios ve que ellas han de hacer mejor uso. Si notas que se levanta en tu corazón algún sentimiento de envidia ó de celos, arrójate á los pies del crucifijo, ó simplemente tómale en tus manos, bésale y dile: «*Dad, Dios mío, dad á mis hermanas más que á mí; ellas son más dignas.*»

Movida por estos sentimientos, que con la gracia de Dios se aclimatarán en tu alma, deja lo mejor á los demás, cuando lo puedes hacer fácilmente y sin llamar la atención. Pide á Dios la gracia de comprender bien que el estado más útil para practicar la caridad en toda su pureza, y, por consiguiente, para merecer la gracia de Dios, es ver con calma y satisfacción que á los demás se los honra, ama, estima, y á ti te desprecian; que se oye el parecer de los otros, y no se hace caso de lo que

tú dices; que se concede á los demás lo que desean, y á ti te lo rehusan; que á los otros se da lo mejor en todo, en alimento, vestido, habitación, y para ti se deja siempre lo peor que hay; que á otros se los emplea en más elevados cargos, y á ti te dejan en un oficio bajo y poco importante, porque se cree que no sirves para más; que se tiene más cuidado de los otros, cuando están enfermos, que de ti; que se busca á los demás, y que de ti huyen todos.... ¡Oh, sí! regocíjate de este bien que le viene á tu prójimo; y si tu delicadeza y tu sensibilidad humana se sienten heridas, lee despacio esta página en forma de oración y haz fuerza á tu voluntad para que se adhiera plenamente á todo lo que Dios permite.

Amar al prójimo es compadecerse de sus penas.

Considerad la fuerza de esta palabra tan cristiana: *compadecerse*; compadecerse es padecer con otro, es, por decirlo así, acercar su corazón al corazón del que padece, tomar una parte de sus padecimientos, quedarse con ella y aliviar de ese modo aquel pobre corazón.

En todas las comunidades hay *enfermeras* para las enfermedades del cuerpo; ¿por qué no ha de haber *enfermeras* para las enfermedades del corazón y del espíritu? Ya sabemos que ninguna superiora puede dar tal cargo directamente, pero ¿no le da Dios? ¿No ha dicho san

Pablo á todos los cristianos en nombre de Jesucristo, «*llorad con los que lloran*»?

«*Los justos son naturalmente compasivos*, dicen los libros santos; ellos son los que pueden decir con Job: «*La compasión fué siempre mi compañera inseparable; creció conmigo y cifré siempre mi felicidad en mitigar las penas de los que estaban tristes ó enfermos; en consolar á los afligidos y reanimar los corazones abatidos por el desaliento*» (1).

He aquí lo que toda religiosa debe poder decir á Dios cuando le pida cuenta de las relaciones con sus hermanas. ¡Ah! Las tristezas, las amarguras del corazón, las aficciones, los desalientos existen en las comunidades tanto como en el mundo; y son allí quizás más vivamente sentidos por lo mismo que los corazones que Dios ha llamado son más delicados y las distracciones son menos fáciles.

No dejéis, pues, á una de vuestras compañeras atribulada, sin decirle una palabra de simpatía, una de aquellas palabras *del corazón* que van al corazón y siempre le proporcionan alivio. ¿No comprendéis que esto lo podéis siempre?

No hablamos de las enfermas, de las enfermas, achacosas, sobre todo, que sin duda necesitan cuidados materiales; pero, sobre todo, tienen mucha necesidad de cuidados espirituales y palabras afectuosas. «*Soy muy partidario de las achacosas*, decía san Francisco de Sales, y siempre temo que las incomodidades que cau-

(1) Job, XXXI, 18; XXX, 25.

san exciten en las casas un cierto espíritu de prudencia que aconseje quitárselas de encima.... Una enfermiza es un santo y continuo ejercicio para el amor de las hermanas.» Pensad de vuestras hermanas enfermas lo que pensaba este amable santo. «Mientras sepa que estás enferma en el lecho del dolor, escribía, me creeré obligado á tenerte un *respeto particular*, como lo tenemos á una criatura á quien Dios prueba y reviste de su librea, y como á prometida suya te daré pruebas de la mayor consideración.»

## VII

Amar al prójimo es hacer bien á su alma.

Es éste, como hemos dicho, el fin último de la caridad: *el bien del alma*; por consiguiente, para hacer directamente este bien á nuestras hermanas es preciso:

1. Tratar mucho de sus almas en la presencia de Dios; pedir para ellas todos los días el espíritu de piedad, el espíritu de abnegación; en una palabra, ese buen espíritu de que hemos hablado en la primera parte. La religiosa que no ofrece diariamente una parte de sus oraciones por los miembros de su comunidad falta á la caridad que le debe, y bien se puede decir sin exageración que sólo participa de una manera muy débil de las gracias concedidas á la comunidad.

2. Debe toda religiosa considerarse obligada á conservar *la unión entre las hermanas*, la

*sumisión á la superiora, la fidelidad á la regla.* Hay dos grandes medios para cumplir esta obligación:

## 1.º—EL BUEN EJEMPLO

El buen ejemplo es un deber para todos los fieles. A todos ha dicho Jesucristo: «*Brille vuestra luz, es decir, vuestra virtud, á los ojos de todos, para que, viendo vuestras obras, glorifiquen á vuestro Padre, que está en el cielo*» (1). «*Haced el bien, añade san Pablo, no sólo delante de Dios, sino delante de los hombres*» (2). El buen ejemplo es para la religiosa un deber más riguroso que para los demás fieles. Debe llevar por todas partes *el buen olor de Jesucristo*; en todas partes su vestido le recuerda á ella misma y á los que la ven que está consagrada á Dios y que debe hacer la obra de Dios. Aun cuando vuestra vocación os separase del mundo completamente, vivís, sin embargo, con vuestras hermanas, que continuamente son testigos de cada una de vuestras acciones; de vuestra piedad en la capilla; de vuestra modestia en el andar; de la dulzura y la paz de vuestras palabras; de la abnegación que mostráis en el desempeño de vuestros deberes. ¿No comprendéis que san Pablo os dice como á Timoteo: «*Sed en todo un acabado modelo*» (3)?

Sed un modelo, porque el buen ejemplo es

(1) San Mateo, V, 16.

(2) Rom., XII, 17.

(3) Tim., IV, 2.

una continua predicación, y vuestras exhortaciones no harán jamás el bien que hacen vuestras acciones.

Sed un modelo, porque el buen ejemplo es un manantial de méritos para vosotras mismas. Una religiosa, sobre todo si es algo antigua, no puede ser edificante sin que su buen ejemplo haga mucho bien; y si es causa de que se haga mejor la oración, si contribuye á que se observe mejor la regla, á que se guarde mejor la caridad, ¡oh dichosa ella! El Apóstol le dice: «El que por sus buenas obras haya contribuido á conducir un alma á Dios obtendrá la remisión de sus pecados, cualquiera que sea su número» (1).

Muéstrate en todo por dechado en la pureza de tu doctrina, en la integridad de tu vida, en la severidad de tus costumbres (2).» Seamos un modelo siempre y en todas partes. En todas partes y siempre estamos bajo la mirada de Dios y de nuestras hermanas.

«Un modelo, dice aún san Pablo, en las palabras, evitando las burlas, las disputas, la maledicencia, la vanidad; en las relaciones con el prójimo, teniendo cuidado de no permitir nada que no inspire horror al vicio, amor á la virtud y estima de la religión; en la caridad, mostrando siempre celo en prestar un servicio, en defender los intereses de las hermanas, tomando parte en todo lo que á ellas toca; en la

(1) Santiago, v, 2.

(2) Tito, II, 7.

fe, no vacilando jamás en sostener y practicar las máximas de Jesucristo, las enseñanzas de la Iglesia, las disposiciones del Soberano Pontífice, las órdenes de los superiores; en la modestia, vigilando sobre los sentidos exteriores, y siguiendo con fidelidad todas las reglas que indican la manera de andar, de portarse, de vestirse. San Pablo decía: «Mientras sea Apóstol de los gentiles honraré mi ministerio» (1); que cada cual diga también: «Mientras sea religiosa honraré mi vocación con una vida ejemplar.»

## 2.º—LA CORRECCIÓN FRATERNA.

He aquí un medio muy eficaz para mantener el orden y la piedad en las comunidades religiosas; pero, preciso es confesarlo, es un medio poco practicado.

No hablamos aquí de la corrección pública, que se hace en el Capítulo, sino de la corrección secreta, hecha caritativamente, digamos mejor afectuosamente, á una religiosa que se olvida de su deber, por una de sus hermanas que la ama y la quiere hacer santa.

No conocemos mayor prueba de amistad que ésta, ni acto de caridad más sobrenatural y por consiguiente, más meritorio, ni medio más eficaz, á excepción de los santos Sacramentos, para santificarse.

La corrección fraterna es una especie de examen particular entre dos, que no puede conti-

(1) Rom., XI, 13.

nuarse mucho tiempo sin producir necesariamente una seria enmienda.

Dos almas que se aman como deben amarse las almas, y que todas las semanas se prometen la una á la otra ser más observantes, más piadosas, más afables; que se advierten sus faltas; que se vigilan mutuamente y se avisan, aun con la mirada, cuando en el transcurso del día se sorprenden en alguna falta, estas dos almas que oran la una por la otra llegan á ser muy pronto edificantes.

1. Esta corrección debe hacerse *con espíritu de fe y grande amor sobrenatural*, sin lo cual no podrá subsistir mucho tiempo, porque vienen los choques, los disgustos, la separación, y acaban por no amarse.

Debe estar *sometida á la obediencia*. Esta intimidad de las almas, aun siendo muy sobrenatural, acabaría por ser peligrosa; la obediencia la santifica; la vigilancia de la superiora, que está al corriente de lo que pasa, aleja los peligros.

Debe ser *prudente*. No basta que una hermana nos ame para creer que tenemos derecho á corregirla; hay que hacer la corrección según el carácter de las personas; á unas, es preciso reprenderlas sencillamente y sin rodeos; á otras hay que amonestarlas indirectamente sin que parezca corrección; á éstas habrá que dirigirles una advertencia por escrito, á aquéllas con vendrá desde luego avisarlas por medio de tercera persona..... Sucede muchas veces que, por falta de prudencia, la mayor parte de las correcciones acaban por exasperar.

Debe hacerse, sobre todo, *con bondad*. ¿Cómo?

Es muy difícil decirlo: es preciso amar mucho, mucho el alma de la hermana y no acercarse nunca á ella sin haberla encomendado á Dios.

2. Se debe recibir la corrección *con humildad, con respeto, con reconocimiento*. ¡Cuántas cosas hay que decir en este punto, pero inútiles, si no queremos *generosamente* santificarnos!

Se debe recibir *sin murmuración, con calma, sin replicar ni mostrar disgusto*.

«*Reprende al sabio, dice Salomón, y te amarán* (1).» «*El que aborrece la corrección es un insensato* (2).» No eres, pues, *sabia*; eres una *insensata*, hermana mía, que te muestras tan resentida por una simple advertencia, que quieres saber el motivo por que te la hacen; que te enfadas y niegas.... ¡Oh! Pide á Dios la gracia de encontrar una amiga tan generosa que te avise; pide á Dios te dé para con ella bastante cariño para no rechazarla jamás. Pide á Dios que esa amiga pueda decirte lo que decía san Francisco de Sales al alma con quien practicaba la corrección fraterna:

«*Quiero que me agradezcáis muchísimo mis reprensiones, porque es el mejor testimonio que puedo daros de mi buena voluntad, y reconoceré que me amáis si me prestáis el mismo servicio. No puedo sufrir en vos la menor imperfección, porque os amo en extremo; lo que en los demás me parecen moscas, en vos me parecen elefantes, á causa del mucho cariño que os tengo.*»

(1) Prov., IX, 8.

(2) Idem, XII, 1.

## PÁRRAFO 2.º

Causas de las faltas que se cometen  
contra la caridad fraterna.

La caridad es tan *simpática* por sí misma, es tan *buen*a para el corazón, es tan *meritoria* para el alma, es tan *necesaria* para ir al cielo, es tan *fácil* á todo el mundo y en todos los instantes, hace tan *dulce* la vida de comunidad, que apenas se concibe cómo podemos dejar de amarla con entusiasmo y de consagrarnos á practicarla con todas las fuerzas del alma.

Y, sin embargo, las quejas que se escapan de casi todas las comunidades se pueden resumir en estas palabras: *¡No nos amamos bastante!*

Y es que la práctica de la caridad pide abnegación, generosidad, olvido de sí mismo; exige una lucha molesta, dolorosa, incesante contra las malas inclinaciones de nuestra pobre naturaleza viciada por el pecado.

De estas inclinaciones nacen:

*La indiferencia*, que nos lleva á despreciar ó, por lo menos, á desatender á nuestras hermanas;

*El egoísmo*, que nos induce á no pensar más que en nosotros, á no cuidarnos más que de nosotros, y nos hace envidiosos, murmuradores, chismosos;

*El espíritu de propiedad*, que cierra nuestro corazón y agota la generosidad que pide Jesucristo;

*La sensualidad*, que nos arrastra á encarnarnos por motivos puramente naturales con

una compañera que nos gusta; á concentrar en ella nuestro afecto, y resfriándose, por consiguiente, nuestro amor con todas las demás.

Tales son las causas que debilitan y destruyen en nosotros la caridad debida al prójimo.

## I

## La indiferencia.

*La indiferencia* nace, en una religiosa, de haberse debilitado el *espíritu de piedad*. Descuida sus rezos, hace mal la oración, no vive ya unida con Dios, y poco á poco no ve ya á sus hermanas en el corazón de Dios; su comunidad no es ya su familia; sus compañeras no son ya para su alma lo que eran para su corazón los miembros de su familia natural, y hasta llega á decirse: «Yo nada tengo que ver con esta compañera; no hay entre nosotras dos ningún lazo, ni de parentesco ni de amistad; sentiría, es verdad, que le sucediera algo malo, y aun le deseo todo el bien que ella misma puede desear; pero nada más, y me parece que no es poco. ¿Por qué inquietarme por sus penas é informarme, y ni aun hacer caso de si está triste ó alegre? Si está contenta, tanto mejor; si no lo está, ¿qué le hemos de hacer? Tiene sus trabajos, y yo los míos; tiene sus penas, y yo las mías....»

No exageramos nada, y las religiosas que han llegado á la relajación en los ejercicios de piedad saben muy bien que son esos los pensamientos que han venido á turbar su corazón.

¡Oh! ¿No es verdad que ahora, al leer esta página en la presencia de Dios, te parecen muy malos esos pensamientos y comprendes que alimentarlos es hacerte muy culpable?

¡Te es indiferente esa compañera á quien das el nombre más dulce que existe sobre la tierra, después del nombre de *madre*, el nombre de *hermana*! Con quien oras todos los días, á cuyo lado recibes todas las mañanas en la santa Comunión al mismo Dios, que os dice á entrambas: *hijas mías!*

¡Indiferente esa compañera más antigua, que te recibió en la comunidad, que te ha materialmente iniciado en la vida de la casa, y que tan vivamente se interesa por la salvación de tu alma!

¡Indiferente esa compañera con quien pasaste el noviciado, y á quien has realmente amado, y de quien todavía eres amada; que tantas veces te ha consolado en tus disgustos; que pide por tí todos los días, y á quien tú contristas con tu frío rostro y afectado silencio!

¡Indiferentes todas esas compañeras y hermanas en cuyo favor ha hecho Dios tantos milagros, á quienes Dios ama tanto y de las cuales es tan amado! ¡esas compañeras tan santas, á pesar de todo lo que pueda decir tu imaginación, tan virtuosas, tan caritativas, tan observantes! ¡esas compañeras, cuyas oraciones tal vez impiden que Dios te castigue; esas compañeras, en fin, á quienes Dios preguntará antes de abrirte las puertas del cielo: ¿Os ha amado á todas?

¿No ves que esa *indiferencia*, ya culpable de

sí, puesto que te hace desagradecida, ingrata, injusta, y obliga á Jesucristo á ser indiferente contigo; no ves que te arrastrará poco á poco á la *antipatía*, después á la *aversión*, y pondrá á tu alma en estado habitual de pecado?

Leed atentamente las dos reflexiones siguientes:

1.<sup>a</sup> La profesión, renovando, fortificando y completando los votos del bautismo, ha hecho de todas vosotras una nueva familia; es como un nacimiento nuevo por el cual venís á ser miembros de un mismo cuerpo, obligadas, bajo pena de faltar á un riguroso deber, á servirlos las unas á las otras, á aliviarnos, á protegeros mutuamente, «de la misma manera, dice san Pablo, que los miembros del cuerpo deben servirse, aliviarse y protegerse». «*El ojo no dice á la mano: no necesito de tu auxilio. La cabeza no dice á los pies: no necesito de vosotros (1).*»

2.<sup>a</sup> La profesión ha hecho de todas vosotras almas particularmente amadas de Dios, almas á quienes Dios se ha comunicado, y que se nos muestran llevando cada una de ellas grabado en su alma, pero visible sólo á los ojos de la Fe, la *señal* ó el *sello* de Dios á quien pertenecen y en cuyo nombre obran.

Preguntad á un negociante por qué abre sus tesoros á un desconocido; por qué le entrega sin vacilar una considerable suma de dinero. No es pariente suyo ni amigo, ni aun bienhechor; no espera de él recompensa, ni siquiera las gracias. ¿Por qué, pues, ese acto de con-

(1) I Cor., XII, 12 y siguientes.

fianza con un extraño, con un hombre que va de paso y á quien no verá más? Porque aquel extraño es portador de una letra de cambio que él ha aceptado, ó de un billete que está en debida forma firmado por un amigo. He aquí lo que debe suceder entre nosotros. Toda alma cristiana, cada una de vuestras hermanas sobre todo, ¿no es portadora de una letra de cambio que Jesucristo ha librado contra vosotras? Esa letra concebida en estos términos: «Lo que hicieris á uno de los míos me lo hacéis á mí mismo». ¿no está firmada y sellada con la sangre de Jesucristo? Y ¿no la lleva cada hermana como impresa sobre su frente? ¿No la habéis aceptado al recibir el bautismo, y no habéis renovado y ratificado la aceptación con vuestra profesión religiosa?

Entre las hermanas que llevan este sello especial de Dios, hay algunas en quienes la marca divina se muestra de un modo más particular. Tales son las *hermanas ancianas* y las *hermanas achacosas*, de las cuales ya os hemos hablado.

¡Ay! ¡esas tienen derecho á vuestro más profundo respeto y vuestras más delicadas atenciones!

¡Las *hermanas ancianas*! Respetad á esas antiguas siervas de Dios, que se han empleado en su servicio, y á quienes debéis en gran parte el bienestar de que gozáis en la comunidad. Remontaos á cuarenta ó cincuenta años atrás, preguntadles las penas que han tenido, el trabajo que se han tomado para poner la casa en el estado en que está, y os admiraréis de lo que han hecho.

No pueden ya trabajar actualmente, pero son todavía el *sostén* de la comunidad, y su sola presencia contiene, ordena, avisa, evita muchas faltas y mucha relajación.

Son las *guardianas de la regla*, el *consejo permanente* de las hermanas jóvenes, que sentirán realmente un vacío inmenso á su alrededor cuando les falten esas tan edificantes ancianas.

¡Y las *achacosas*, sobre quienes parece haber descargado la mano de Dios! ¡Ay, ellas con su resignación, con su paciencia y con su humildad (porque se necesita de mucha humildad para soportar con calma el verse así *inútil*, sobre todo en la flor de la juventud); ellas expían por vosotras, os excusan castigos merecidos, alejan de vosotras tentaciones á las cuales había riesgo de sucumbir!

No seáis, pues, *indiferentes* con estas pobres hermanas ancianas ó enfermizas; prodigadles vuestros cuidados; ¡son tan agradecidas á una delicada atención! ¡tienen tanta necesidad de vuestros servicios! ¡Escuchadlas con paciencia sin mostrar fastidio por sus repeticiones; id, cuando podáis, á hacerles compañía, y guardaos de darles á entender que causan muchas molestias y que son inútiles!

No seáis tampoco *indiferentes* las unas para con las otras. Rogad todos los días por todas vuestras hermanas, pidiendo á Dios con vivas instancias que se santifiquen y que sepáis amarlas bien. Aceptad un favor con sencillez, bondad y alegría, y prestadlo de la misma manera. Sin desatender jamás el empleo que se os ha



confiado, podéis, sin embargo, prestar el concurso de vuestra ayuda y de vuestra experiencia para el buen éxito del empleo de las demás. Estad dispuestas á tener con vuestras hermanas esas *delicadas atenciones* que complacen y endulzan la vida. Prestaos mutuamente esos *insignificantes favores* que indican un afecto sincero y generoso, y enriquecen á las demás sin empobrecer á la que los hace; y aun cuando sea preciso molestaros algo para ayudar á las otras, no vaciléis nunca: *Más vale el bien hecho al prójimo que el mal que cuesta el hacerlo.*

## II

## El egoísmo.

El egoísmo, ese sentimiento exagerado del *amor propio*; el *orgullo por dentro*, como con tanta propiedad se le ha llamado, es el enemigo mortal de la caridad debida al prójimo. Haciendo de *sí mismo* el centro de todo, el fin á que se refiere todo, la regla según la cual se juzga todo, el egoísmo llena de tal manera el corazón de *amor propio*, que en ese pobre corazón no queda lugar para nadie. Encerrado dentro de su individualidad, el egoísta es ajeno á todo afecto que no le atañe directamente, y acaba por ser la criatura más insoportable á sí misma y, por consiguiente, la más desgraciada. Cuesta mucho confesar este horrible defecto; pero si se examina con un poco de cuidado de dónde provienen la mayor parte de las faltas que se cometen contra la caridad, se conocerá

fácilmente que casi todas vienen del *egoísmo*.

1. Ved, por ejemplo, los *celos*; ese sentimiento angustioso que, semejante á un gusano, roe el corazón sin dejarle un momento de reposo. ¿no es fruto del *egoísmo*?

Una *preferencia* concedida á otra, nos parece una injusticia y nos indispone á la vez contra quien la da y contra quien la recibe: *egoísmo, celos*.

Una *ventaja* que tiene sobre nosotras alguna de nuestras compañeras, un buen *éxito* que ella consigue y que nosotras pretendíamos, nos ofuscan, nos descontentan y nos disponen á no guardarle las consideraciones debidas, y tal vez á hablar mal de ella: *egoísmo, celos*.

Una *atención* que tienen nuestros superiores con alguna compañera, un *empleo* que se le da y al cual aspirábamos, nos inclinan á creer que ella es más amada, más estimada, y de aquí nace en nuestro corazón un sentimiento acerbo que á la primera ocasión estallará en murmuraciones, quejas y enojo: *egoísmo, celos*.

Una *alabanza* que se dé en nuestra presencia á una de nuestras compañeras nos hiere, nos irrita, pareciéndonos que se nos hace una injusticia: *egoísmo, celos*.

Un *aviso* que se nos da, una *observación* que se nos hace, se presentan á nuestro espíritu como pruebas de la prevención que se nos tiene, ó de falta de afecto en los que nos hablan: *egoísmo, celos*.

La caridad no puede habitar en un corazón así desolado por los celos. ¡Oh, pobre alma que experimentas estos sentimientos, que tanto te

humillan, y de los que deseas con tanto ardor verte libre! Acude con frecuencia ante el Santísimo Sacramento, y dirigiéndote al corazón de Jesús repite horas enteras con todo el fervor de que seas capaz: ¡Jesús, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro! ¡Jesús, olvidado y despreciado, enseñadme a ser olvidada y menospreciada! ¡Jesús, que os habéis hecho siervo de todos, haced que yo me haga sierva de todas mis hermanas! ¡Jesús, tan bueno para todos, tan generoso para todos, concededme la gracia de darne y sacrificarme como vos!

2. Ved aún cómo viene del *egotismo* aquel otro pecado que se comete tan fácilmente, tan extendido en todas las clases de la sociedad, tan común (vergüenza es decirlo) entre las personas consagradas á la piedad: *la maledicencia*.

Según los libros santos, la maledicencia hace del que la comete un *ser abominable* (1), y comúnmente dá por resultado el destruir por completo la caridad en las comunidades.

Y, en efecto, la *caridad* une las almas y los corazones; la *maledicencia* los desune.

La *caridad* sufre y oculta las debilidades y las faltas; la *maledicencia* saca á la plaza pública lo malo que ve.

La *caridad* cura las heridas del alma y del corazón; la *maledicencia* las envenena.

La *caridad* no respira más que paz; la *maledicencia* atiza por todas partes el fuego de la *discordia*.

(1) Prov., XXIV, 9.

La *caridad* inspira respeto y sumisión á la autoridad; la *maledicencia* deshace poco á poco la aureola que rodea á los superiores.

Y todo este mal que hace la lengua maldiciente con sus revelaciones, es el resultado de un corazón egoísta. Efectivamente, ¿por qué aquella hermana aprovecha todas las ocasiones para denigrar á sus compañeras? ¿Por qué espía todo lo malo que hacen las demás y se lo cuenta á todo el mundo? Porque no puede sufrir que haya en la casa otra más virtuosa, más favorecida, más estimada que ella; porque le parece que se eleva rebajando á las demás; porque se imagina que le quitan á ella todo el bien que dicen de las demás.

La maledicencia se comete *directamente* cuando se imputa al prójimo un crimen de que no es culpable; en este caso es *calumnia*, pecado felizmente raro en las comunidades; cuando se exagera una falta cometida; cuando se descubre sin necesidad una falta oculta, ó un defecto que no es conocido; cuando se interpreta en mal sentido una acción que es realmente buena ó que á lo menos todo el mundo la tiene por buena.

La maledicencia se comete *indirectamente* si se niega el bien que otro ha hecho; si se lo atenúa; si se guarda silencio injurioso cuando se deberían aprobar ó confirmar los elogios que se dan á alguno; si se alaba la acción del prójimo con tanta frialdad que se disminuye la estimación que había merecido.

«La maledicencia aparece más innoble, dice san Bernardo, cuando se cubre con la capa de

la hipocresía. Á veces finge modales humildes, cierto aire candoroso, acento lleno de compasión y ternura, diciendo, poco más ó menos, con afectado interés: «Siento realmente mucha pena al ver que mi hermana ha caído en tan grave desorden; ¡la quiero tanto!; quisiera no verme obligada á decir lo que ha hecho, pero todo el mundo lo sabe. ¡Pobre compañera mía, tan buena, á pesar de todo! Ved en qué ha venido á parar....., etc.»

Escuchad las palabras llenas de razón y buen sentido que el P. Valuy pone en los labios de la víctima de la maledicencia: «Os llamáis hermanas mías, y no hay nadie en el mundo que me estime y respete menos que vosotras. ¿Acaso el ser yo religiosa y la majestad de Jesucristo, cuya esposa he llegado á ser, en lugar de ennoblecerme me habrá envilecido y degradado? Os guardaríais muy bien de tocar á mi bolsillo si lo tuviera, ¡y me robáis el honor que es mil veces más precioso! Después de tantas comuniones, ¿no ha depositado todavía Jesucristo en vuestra lengua un poco de dulzura y en vuestro corazón un poco de caridad? ¿Os hacéis lobos comiendo el Cordero, como se lo reprochaba san Juan Crisóstomo al clero de Antioquia? Y vosotras que huís tan escrupulosamente de los groseros vicios del mundo, ¿no tenéis reparo en condenaros por vuestras *maledicciones*? (1)»

(1) Se ha dicho que para no caer en el vicio de la maledicencia convenia ser *ciego*, *sordo* y *mudo*. *Ciego* para no ver lo malo en donde está, lejos de sospecharlo en

Una sola palabra del juicio temerario, que es la maledicencia preparada y elaborada lentamente en el corazón, y está prohibido por Dios, como sabéis bien. Las más de las veces es injusto porque se forma sobre simples apariencias; es efecto de la envidia, de la aversión, del interés, y nos expone á ser juzgados por Dios sin ninguna misericordia. Sigamos, pues, el sabio consejo de san Francisco de Sales, que dice: *Si una acción tuviera cien aspectos, la miraría siempre por el más bello*; y pensad que aquella compañera de quien juzgáis mal, en este momento es *tal vez* más agradable á Dios que vosotras. «Hay muchas cosas, dice san Buenaventura, que se miran como malas porque no se las comprende, ó porque no se las ve más que por una parte; y luego, cuando se han comprendido bien, ya nos parecen justas y razonables, y tenemos que avergonzarnos por nuestra ligereza.»

3. Ved, por fin, si no vienen del *egotismo*

donde no existe; *sordo* para no oír chismes; *mudo* para no divulgar lo que por necesidad se ha visto ó oído.

Y esto es cierto. Si tenemos *humildad*, seremos ese dichoso *ciego* que no ve lo malo en los demás, porque no se considera con derecho á examinar ni á juzgar; seremos ese *feliz sordo*, que no comprende la gravedad de lo malo que le cuentan, porque tiene bastante que hacer con pensar en lo malo que él hace; seremos ese dichoso *mudo* que no habla de lo malo que conoce, porque se considera mucho más culpable que todos los demás, y siente la necesidad de que no se hable de sus faltas.

Y si tenemos *caridad*, excusaremos á nuestras hermanas, las defenderemos, ocultaremos sus defectos para que nadie los vea.

*esos chismes imprudentes*, sembrados acá y allá en una comunidad como se siembra la zizaña en un campo, y que producen al principio *la frialdad*, luego *la sospecha*, después *la discordia*, más adelante *la enemistad*, y, por último, dejan en los corazones cierta *odiosidad*, de donde resulta que ya no se puedan ver.

Cuando una hermana va á contar á su compañera lo que de ella ha oído decir, las más de las veces lo hace por ligereza, sin reflexión; alguna vez con cierta malicia, sobre todo por celos, y siempre dominada por estas ideas: *¡Yo no lo haría así!* *¡Yo no diría eso!* *¡Yo sé todo lo que pasa!* ¡Egoísmo, orgullo!

¡Oh, cuán detestable es, sobre todo en las comunidades en donde las hermanas se encuentran á cada paso, en donde tienen que vivir juntas y trabajar juntas, ese vicio llamado con razón *el vicio especial del demonio!* El daño que esto puede hacer es incalculable, y basta que dure algunos meses para que una casa en donde el demonio ha logrado introducir una lengua maldiciente y chismosa quede enteramente trastornada!

Dios, dice el Espíritu Santo, *abhorrece á siete clases de pecadores; pero hay otra clase á la cual abhorrece de un modo especial, y son los que siembran discordias entre los hermanos* (1).

«Los *chismes* imprudentes é irreflexivos, dice santo Tomás, son más culpables que la maledicencia. Un pecado, añade, es tanto más grave y más opuesto á la caridad cuanto mayor sea

(1) Prov., VI, 19.

el perjuicio del prójimo; este perjuicio es tanto mayor cuanto más precioso sea el bien que se le quita; ahora bien: la simple maledicencia le roba al prójimo *su reputación, su honor*, cosa muy preciosa, sin duda; pero el chismoso imprudente le priva del *amigo que le amaba*; rompe para siempre quizá los lazos tiernos y piadosos que le hacían la vida tan dulce. Y ¿no ha dicho Dios *que no hay nada comparable á un amigo fiel?* (1)»

Recuerda, pues, pobre religiosa, que te sientes inclinada á ir propalando lo que ves y lo que oyes, recuerda estas enérgicas palabras; el demonio se sirve de ti como de un juguete envenenado; él es quien te lanza de aquí para allá; él es quien viene á ponerse en tu lengua, y por este medio siembra la discordia; él es quien por la noche, cuando dos ó más corazones se han entibiado ó dividido, te da las gracias diciendo: *¡Muy bien has merecido hoy de mí!*

4. Pero ¿no se pueden descubrir jamás las faltas del prójimo sin lastimar la caridad y, por consiguiente, sin ofender á Dios?

Ocasión es ésta de exponer con cuidado la doctrina sobre la revelación de las faltas del prójimo. Hay casos en que la religiosa pecaría,

(1) *Fama ipsa quæ per detractionem tollitur, ad hoc maxime necessaria est, ut homo idoneus ad amicitiam habeatur; et ideo susurratio est magis peccatum quam detraçtio, quia amicus est melior quam honor, et amari quam honorari.... Unde dicitur: amico fideli nulla est comparatio.* (Sum., 2.<sup>a</sup> 2.<sup>ae</sup>, q. 74.)

y á veces gravemente, si conociendo las faltas de una de sus compañeras no las revelase.

#### CASOS EN QUE ESTÁ MANDADA LA REVELACIÓN

Cuando por este medio hay casi certeza de conseguir el provecho espiritual ó temporal de la culpable, porque así se corregirá ó se contendrá.

Cuando estamos casi seguros de lograr el provecho espiritual ó temporal de aquellos á quienes se descubre la falta, porque tomarán precauciones y evitarán por este medio un mal inminente.

Cuando la autoridad legítima nos ordena esta revelación.

Cuando con esa revelación se puede prevenir un desorden público ó impedir un mal particular.

#### PRECAUCIONES QUE SE HAN DE TOMAR AL HACER LA REVELACIÓN

Si se sabe bajo sigilo la falta cometida, es preciso, ante todo, hablar sólo á la culpable á fin de que se corrija y ponga remedio á los males que producen sus faltas; sólo en el caso de que la corrección sea mal recibida, ó que la culpable no quiera enmendar el daño que hace, es necesario hablar de ello á los superiores.

Jamás es lícito revelar una acción culpable por odio ó aversión; tampoco es permitido exagerar el mal; interpretar en mal sentido lo

que pueda tener alguna excusa; dar, en fin, por cierto lo que es dudoso.

La religiosa que se crea obligada á revelar la falta de una compañera suya hará muy bien en pedir consejo al confesor de la casa, y á lo menos, no obrar sin haber pedido á Dios la gracia de ser prudente y caritativa.

#### IV

##### El espíritu de propiedad.

El *espíritu de propiedad* es otra de las causas que amortiguan el espíritu de caridad, y causa tanto más peligrosa cuanto que *este espíritu* parece razonable.

Realmente, en comunidad nadie es propietario de nada, pero cada cual cuida de *ciertos objetos* inherentes al empleo que la obediencia le ha confiado.

Tales son *la ropería, la sacristía, una clase, la biblioteca, la enfermería, etc.*

Y este cuidado, exagerado algunas veces, acaba por engendrar cierto apego al cargo ú oficio y á las cosas propias del cargo, y de aquí nace un defecto que nadie se atreve á llamar por su propio nombre, que es *avaricia*....., y la avaricia mata la caridad.

Si una hermana cuida de todos los objetos que se le han confiado, y procura tenerlos en orden, y conservarlos brillantes de puro limpios, únicamente en atención á Dios; si todo el trabajo que se toma tiene por objeto probar á Dios que agradece profundamente el honor

que le ha hecho confiándole aquel empleo en su casa; si la satisfacción de complacer á Dios domina sobre todo otro sentimiento personal, morará la caridad en su corazón, y las compañeras pueden ir á pedirle lo que tiene á su cargo, y se lo prestará con mucho gusto.

Pero si esa hermana no tiene apego á su empleo más que por su gusto y por amor propio, porque lo desempeña muy bien, y en esto tiene sus complacencias; si su alma siente por eso cierta fruición puramente natural; si considerándolo como *propiedad personal*, dice: *mi sala, mi clase, mi ropa, mi sacristía, mis niñas.....* ¡ay! es indudable que en ese corazón ya no es la caridad la que reina, es *el espíritu de propiedad, es la avaricia*. ¡Que se guarde bien cualquiera compañera de mudar algo de donde ella lo había colocado, ó de hacerle alguna observación, ó de darle algún consejo, y mucho menos todavía de pedirle alguno de los objetos que ella guarda! A esa compañera la reprenderá severamente, la despedirá con malas maneras, la reconvendrá de introducir el desorden en todas partes, de no devolver nada, de no saber hacer nada.

Y, sin embargo, la caridad lo da todo con gusto; la caridad ayuda alegremente á todo el mundo.

## DIRECCIÓN GENERAL D

### La sensualidad.

Esta palabra *sensualidad* designa aquí el sentimiento que nos inclina á encariñarnos de

una manera enteramente natural con una compañera que nos gusta. No suponemos nada *malo* por de pronto; es una simple simpatía, á cuyos atractivos se ha cedido sin resistencia; una conformidad de ideas que ha unido los corazones; una amistad formada súbitamente ó poco á poco, que no excluía á Dios, pero en quien no se pensaba sino secundariamente, y que no tenía otro objeto que el de satisfacer la necesidad del corazón.

Esto es lo que se llama *amistades particulares*, cuyos efectos ordinarios son destruir la caridad universal que debe unir entre sí á todas las hermanas; perturbar el orden de la comunidad; escandalizar á las demás; hacernos indóciles á la obediencia; acostumbrarnos á obrar á escondidas; impedir que el alma llegue á la perfección de su estado; secar el corazón para las cosas de Dios y producir en él lo que con razón se llama *el tedio de Dios*; exponer á una multitud de violentas tentaciones; algunas veces y muy á menudo arrastrar á caídas humillantes. «Puedo decir muy bien, escribía un prelado, cómo empiezan esta clase de amistades; pero no puedo, no me atrevería á decir, cómo han terminado algunas veces. Pero si una religiosa empieza á amar así, á quien quiera que sea, ó se deja amar así por quien quiera que sea, tenga entendido que empieza á morir al amor verdadero. Abandona el cielo puro y sereno de la caridad para descender á una región de nubes y tempestades. Se está emponzoñando, y quiera ó no quiera, trabaja por emponzoñar á sus hermanas. Satanás puede reti-

rarse de una comunidad en donde subsisten tales amistades; su obra se hará allí con seguridad y por sí misma (1).»

Vamos á citar aquí algunas páginas de un autor antiguo, que consideramos muy á propósito para ilustrar á las almas sobre este importante asunto.

1. Todo lo que hay de excesivo en el afecto que se tiene á una hermana, se subtrae necesariamente de la porción que se debe á todas las demás. El corazón, lléno y satisfecho con este único goce, no pide otros; ya no siente necesidad de amar á todas sus hermanas, ni de ser amada por ellas; está harta. Cuanto más viva es y más se concentra en un solo objeto esta amistad, tanto mayor contento proporciona al alma, y, por consiguiente, tanto más aviva el cariño; el alma está toda en ese objeto, y eso es lo que precisamente se llama pasión. Todo lo que á él la conduce, le agrada; todo lo que la aleja, le es pesado. Cuando dos amigas están reunidas hablando juntas, fácilmente se puede presumir cuál será el recibimiento que tendrá la indiscreta que intente acercarse. Pronto é infaliblemente las ideas, los sentimientos, las antipatías, los agravios, los motivos de queja y todos los defectos de la una serán comunes á la otra. Es preciso confesarlo humildemente: al encariñarnos demasiado, sobre todo cuando es contra la orden de Dios, nos comunicamos más fácilmente nuestros defectos que nuestras virtudes. Ciegos partida-

(1) Mons. Gay.

rios de la persona amada, para nosotros, ni ésta puede equivocarse jamás, ni tener razón los que le hacen la contra. ¡Ay! ¡Nos cuesta tanto perdonar al prójimo las faltas que comete contra nosotros! ¿Qué será cuando hayamos hecho causa común con una amiga? Las desatenciones con ella serán desatenciones con nosotras; así veremos redoblar nuestras tentaciones contra la caridad, y será preciso, ó redoblar también nuestros penosos esfuerzos de resistencia ó correr el peligro de verse multiplicarse nuestras faltas contra esta principal virtud. Y aun cuando no llegue á ser amistad particular bien manifiesta, esos serán los resultados de todo interés demasiado natural que tuviéremos por alguna.

2. ¿No son los corrillos formados por las amigas, en donde cada cual se permite hablar del prójimo con toda libertad? ¿En donde se dice con fruición todo lo que de él se sabe y todo lo que se sospecha? ¿En donde se decide de la estimación ó desprecio que merece? ¿En donde se juzga, no sólo de su conducta exterior, sino también de sus más recónditos pensamientos y hasta sus más ocultas intenciones? Ahí es donde se habla con ligereza (por no emplear otra expresión más fuerte) de la conducta de los superiores y confesores; se interpretan en mal sentido sus advertencias y todos sus actos; se hacen comparaciones desfavorables ú odiosas entre unos y otros; de ahí el espíritu de insubordinación, de arrogancia, de partido, cuyas funestas consecuencias saltan á la vista.

Nada se escapa, ni aun la regla, en la que se advierten algunos puntos molestos, minuciosos, poco prudentes y poco á propósito para las circunstancias; de ahí el desprecio de la regla, la relajación, y á menudo la infidelidad á la vocación.

El mundo tiene á veces su puesto en estas íntimas comunicaciones. Se refiere con delección lo que se ha visto en el mundo, las costumbres y amistades que allí se habían contraído, el género de vida placentera y cómoda que se llevaba, las gratas ocupaciones y deleitables entretenimientos, las felices esperanzas que parecían anunciar un porvenir brillante y halagüeño. Todas estas conversaciones, además de halagar al *tierno egoísmo*, á ese amor propio que tanto cuesta dominar, presentan vivamente al espíritu la seductora imagen del mundo, inclinan insensiblemente á amarle, á desearle, á buscarle, y no pueden menos de inspirar disgusto y aversión al estado religioso.

3. Hay más aún: complácense las amigas en comunicarse hasta su propio interior; entre ellas no hay nada secreto. ¡Son tan dulces las confidencias! Descúbranse, pues, mutuamente, sin reserva, sus repugnancias, sus penas, sus sentimientos, sus gustos particulares, muchas veces hasta sus tentaciones y los secretos más ocultos de su conciencia; y como la amistad abre el camino á la imitación, el modo de pensar, el modo de obrar, las penas interiores, todo, hasta las imperfecciones y los defectos, por no decir más aquí, se hace *uno y común*. Si se llega hasta darse cuenta mutuamente de los

avisos y amonestaciones de la superiora, de la maestra, del confesor, lo que sucede muy ordinariamente en esta clase de amistades, esos avisos resultan enteramente inútiles, y entonces ¡ay, qué pérdida! ¡Qué abuso de gracias! Esa santa semilla que Dios hace sembrar en nuestro corazón sólo puede germinar y producir fruto en tanto que la conservamos cuidadosamente, la fomentamos en nuestro pecho, y la alimentamos con nuestras reflexiones y nuestro trabajo interior. Si la dejamos al descubierto con nuestras indiscretas revelaciones, desaparecerá sin esperanza de recobrarla; habrá salido del corazón por la boca al hacer una desdichada confidencia; ningún efecto producirá en nuestra alma, y, después de todo, ¿sucede ordinariamente que aquella á quien se comunican estos avisos los respete mucho? ¿No habrá de creer que se los comunican para someterlos á su juicio y saber su opinión? Así no vacila en decir lo que piensa; los comenta, los explica, los modifica; y he aquí avisos que no tienen otro peso en el espíritu de la indiscreta que hace la confidencia, que el que le da la opinión de la ciega y temeraria amiga que la ha escuchado. Así se estanca en su mismo manantial la corriente de gracias que Dios nos había prodigado para conducirnos á la perfección, á que deben aspirar toda su vida las almas religiosas.

4. Hay todavía un peligro contra el cual deben precaverse las personas cuyo corazón es tan propenso á encariñarse. Es posible que encuentren un escollo en las mismas relaciones



que deben tener con sus superiores, y que, en vez de sacar de estas comunicaciones frutos de gracia, valor y medios para adelantar en la virtud, si se dejan llevar de esa inclinación sensual y puramente humana, no sepan saborear en las relaciones de una dirección espiritual más que las dulzuras de la confianza, las ternuras de la amistad, los deleites del interés que inspiran y de las pruebas que de ello reciben, y es muy de temer que de esta manera emponzoñen el manantial de los socorros que Dios les había preparado. No nos asuste un poco de seriedad, y aun de severidad, en los que nos dirigen; es para nosotros una seguridad. ¡Ay! Es tal nuestra miseria, que no sé si es más de temer el escollo de la confianza que el de la prevención.

Las religiosas que tienen celo de alcanzar la perfección de su estado, deben poner el mayor cuidado en preservar su corazón de los lazos de todo afecto natural, de toda amistad particular que destruye la caridad tal como Jesucristo nos la ordena, y no olvidar que todos los maestros de la vida espiritual han llamado siempre á esta clase de relaciones *la peste de las comunidades*.

## VI

La religiosa sin caridad para con el prójimo.

El cuadro siguiente, que sacamos de la *Guía del Seminarista*, resume y completa los avisos que acabamos de dar:

El corazón es el foco de la caridad. Cuando la caridad no reside en él, está frío; cuando allí reina, está ardiente y abrasado. Si descendemos, pues, hasta el corazón de la religiosa poco caritativa, lo encontraremos desde luego frío é insensible con respecto al prójimo: el egoísmo ocupará el lugar de la caridad. No sólo no habrá amor para sus hermanas, sino que habrá contra ellas sentimientos de aversión, de celos, de rencor y otros de la misma índole.

La religiosa poco caritativa no piensa habitualmente en sus hermanas con afecto y generosidad; piensa más bien con cierta especie de malevolencia, ó al menos de indiferencia y frialdad.

Si tiene conocimiento de alguna falta cometida por una de sus hermanas, en vez de buscar los medios de excusarla se complace en condenarla en el tribunal de su mal corazón, acrimina sus intenciones, y atribuye á malicia refinada lo que tal vez ha sido puro efecto de la fragilidad y de la distracción.

Si la culpable no es conocida, quiere conocerla; con este motivo examina, indaga, forma cálculos, suposiciones, y si no decide en absoluto, sospecha y parece complacerse en pensar que sus sospechas son fundadas.

Si, sobre todo, se considera ofendida por lo que llama un mal proceder, no admite ninguna excusa, ni fragilidad, ni descuido ó inadvertencia. Su amor propio, herido, se irrita vivamente, y entonces es cuando recrimina con más malignidad que nunca las intenciones de

la hermana á quien debería tratar con indulgente caridad.

Es celosa, y sus celos alimentan amargo desabrimiento, que no está compensado con ningún goce. La burla le es familiar: no hay extravagancia que ella no censure, ni simpleza que no haga resaltar con ironías picantes; superiores, iguales, inferiores, á nadie perdona. Siempre burlona, siempre cáustica y mordaz, triunfa cuando puede amenizar una conversación á costa del prójimo.

Su exterior mismo anuncia su mala inclinación á la ironía. Su mirada es escrutadora, algunas veces desdeñosa y maligna; su sonrisa es sardónica y burlona como su lengua.

Conociendo su disposición habitual para la burla, todos procuran precaverse de su lengua viperina, y tratan de complacerla, halagarla y aplaudirla, pero en realidad se la teme y nadie la estima.

Sus mismas amigas, cuando dan ocasión á sus críticas incisivas, no salen mejor libradas que las demás. A lo sumo se abstendrá de herirlas si están presentes, mas en su ausencia las fustigará sin piedad con sus palabras sarcásticas.

El mérito que á sus ojos tiene un donaire ejerce sobre ella un imperio absoluto, y le es imposible hacer el sacrificio de semejante gracia; el vano placer de pasar por mujer de talento sofoca las inspiraciones de la caridad.

Cuanto más se complace en herir á las demás con sus burlas, tanto más se indigna si se permiten mortificarla á ella: diríase que se

considera como una diosecilla que, teniendo derecho de vida y muerte sobre todo el mundo, quiere ser respetada por las mismas víctimas de su crueldad.

Las murmuraciones, aun cuando sean de transcendencia, le parecen á ella bagatelas insignificantes; dice todo lo que sabe, sin reserva y sin embozo; su mala lengua saca á relucir las faltas más ocultas, y la costumbre de hacerlo está en ella tan arraigada que ni siquiera piensa en reservar las indiscreciones que se le escapan.

Si no encuentra suficiente materia para sus murmuraciones en el recinto del convento, hace excursiones por fuera; refiere las faltas que sus antiguas compañeras han cometido, y empaña la reputación de algunas personas del mundo que están muy ajenas de pensar que una religiosa las difame.

No contenta con divulgar lo que sabe, quiere que se le diga lo que ignora para tener el gusto de explicárselo á los demás. Por eso frecuenta el trato de las que son como ella, esperando siempre sacar algo, y huye de las hermanas piadosas y caritativas, que nunca tienen nada que decirle de lo que ella quiere saber.

Saber algo nuevo contra el prójimo es su delicia. Si no le dicen nada, interroga; si le dicen algo escucha con avidez, y da indicios inequívocos de que aquello le interesa y la divierte.

Por más que su conciencia proteste contra estas libertades, ella la trata de escrupulosa y no le importa nada de sus reclamaciones ni de sus remordimientos.

¡Si á lo menos fuese verídica en sus relaciones contra el prójimo! Pero desgraciadamente no es así; obcecada por la manía de denigrar, no calcula el alcance de sus palabras; y si no se permite calumnias formales, lo dice todo con tal exageración que ofende á un mismo tiempo á la verdad y á la caridad.

¿Advierte sus exageraciones después que ha soltado la palabra? Sin embargo, no se retracta de lo que ha dicho, persuadiéndose que en lo sustancial es verdad y que, por lo demás, se ha olvidado ya la palabra imprudente que acaba de proferir.

¿Hay que admirarse de que, no poniendo ningún freno á su lengua, cometa á cada instante indiscreciones, algunas veces graves en sí mismas y en sus resultados?

Por eso nadie le confía secretos importantes; demasiado se sabe que el que revela sin escrúpulo las faltas del prójimo no tendrá mucho escrúpulo de revelar una confidencia. Además, puede tal vez indisponerse algún día, y ¿cómo creer entonces que respetará los secretos de la que haya incurrido en su desgracia?

Con sus discursos más que ligeros introduce la división en la comunidad. Con sus palabras introduce la desunión entre las que son sus amigas, y á las que están ya algo frías unas con otras, las enfria todavía más con imprudentes chismes.

No esperéis de ella lo que llamamos atenciones, miramientos, afabilidad, favores de amiga: éstos son frutos de la caridad, y la caridad es una virtud de la que sólo conoce el nombre.

Que nadie se permita faltarle, porque jamás lo olvidaría; la más estrecha amistad no sería nada para ella, porque la rompería al instante como se rompe un cristal, y la reemplazaría con la mala levadura de amargo y virulento rencor.

No sólo no se humilla la primera cuando tiene algún resentimiento con una de sus hermanas sino que, si la otra se adelanta caritativamente, la recibe con frialdad.\*

Casi se podría preguntar si hay sitio para un afecto verdadero en su corazón frío y seco. Como la caridad no lo anima con su llama, ignora la dulzura de un tierno cariño, y si ama á alguno es á sí misma y á sí sola.

¿Qué diferencia, qué contraste entre un corazón así dispuesto y el corazón de Jesús, que amaba á todo el mundo y á sus propios verdugos como á los demás, y que de ellos decía: «Padre mío, perdónalos, que no saben lo que hacen!»

## VII

## Últimos avisos.

Nunca se aprende mejor la virtud, dicen los santos, que poniéndola en práctica. Pero tampoco se adquiere prácticamente, sino al tenor de los deseos que se tienen de adquirirla. ®

Este deseo de la virtud no existe sino en cuanto se la ama, y no se ama la virtud sino conforme á la estima que de ella se hace.

Lo que hasta ahora hemos dicho nos parece muy propio para hacernos estimar, amar y practicar la caridad fraterna; sin embargo,

vamos á indicar todavía algunos pensamientos que fortificarán las resoluciones que Dios nos ha inspirado.

1. Sabed bien, ante todo, que *sin la caridad fraterna es imposible salvarse*. Este es un precepto del mismo Jesucristo y uno de los más esenciales de nuestra santa religión.

Se puede, no hay duda, dice santo Tomás, cumplir el precepto de la caridad de diferentes maneras, y con tal que se cumpla, de una manera ú otra, ya basta en rigor; mas es preciso, sin embargo, *cumplirlo realmente* (1).

Hay también grados en la virtud de la caridad fraterna: algunos son puramente de consejo; por ejemplo: *preferir siempre nuestro prójimo á nosotros mismos; no rehusar jamás el hacer ó soportar cualquier cosa que sea por amor del prójimo; dar la vida, si es preciso, para proteger la del prójimo*.

Mas hay un grado de caridad que es de absoluta necesidad; este grado es *amar al prójimo como á nosotros mismos*.

Nada más claro. Si amamos al prójimo con un amor semejante al que nos tenemos á nosotros mismos, nuestra conciencia puede estar tranquila; pero si no tenemos este amor, violamos *la ley de la caridad* en uno de sus puntos esenciales.

2. Cada virtud, sea teologal, sea moral, tiende á hacernos adquirir la caridad, y en la caridad, dice santo Tomás, *consiste la perfec-*

(1) *Quælibet charitas sufficit ad salutem.*

*ción de la vida cristiana* (1). Tened cuidado, pues, las que algunas veces hacéis escrúpulo de faltar á la puntualidad, de omitir, aun por motivo de caridad, alguna de vuestras oraciones; las que os mostráis tan celosas en reprender á vuestras hermanas por un ligero descuido, tan tenaces en rehusar la autorización para comer carne en un día de vigilia; las que os mostráis tan rígidas en los más menudos detalles, pero que sois á sabiendas y voluntariamente severas en vuestros juicios, obstinadas en guardar rencor y en no hablar á una hermana que os ha faltado; intransigentes en lo tocante á vuestra dignidad; imperiosas para defender vuestros derechos; desdeñosas para con las que tienen menos talento; envidiosas de las que consiguen mejor éxito; hábiles en patentizar las equivocaciones y simplezas de las demás; tened cuidado, y ved si no hacéis más caso de lo que es de *consejo*, que de *la caridad que es de precepto*.

3. La caridad de precepto reside principalmente en el corazón; y como nunca se puede decir, por mucho que se haga, que *se ama demasiado á Dios*, tampoco nunca se puede decir que *se ama al prójimo demasiado*, porque el amor cristiano *no tiene límites*. Puede haber exceso en las demostraciones exteriores del amor, pero jamás lo hay en el amor mismo que no puede separarse de la benevolencia del corazón. Amemos, pues, á nuestro prójimo tanto

(1) *Per se et essentialiter consistit perfectio christianæ vite in charitate. (2.º 2.º, q. 184.)*

como podamos, jamás traspasaremos los límites del precepto y siempre deberemos repetir las palabras del Evangelio: *No hago más que lo que debo hacer* (1).

4. Volvamos todavía por última vez, pero más explícitamente, sobre la necesidad de sobrenaturalizar nuestra caridad fraterna. Este último punto es esencial, sobre todo para aquellas almas que tienen una naturaleza más amante y más generosa, que se encariñan con sus hermanas con extrema facilidad, y para quienes *ser afectuosas, manifestar su afecto*, parece ser en cierto modo una necesidad inherente á su naturaleza.

No es simplemente *el amor*, es decir, *el afecto y la generosidad*, lo que la ley evangélica ordena, sino *el amor de caridad* que tiene á Dios por último fin, y que ama al prójimo porque *á través de él y en él* ve siempre á Dios, y porque amándole obedece á Dios y contenta á Dios.

Por más que se ame al prójimo con ese amor instintivo que da la Naturaleza, y que es una necesidad imprescindible para ciertas almas más delicadas, tal amor *no sirve de nada para el cielo*.

El amor que conduce al cielo es una impresión del Espíritu Santo, por la cual nuestra voluntad se entrega al servicio del prójimo por amor de Dios, de tal manera, sin embargo, que no es la voluntad sola ni el Espíritu Santo solo quien obra este amor, sino la voluntad *preve-*

(1) El P. de Bergame.

*nida, excitada* por el Espíritu Santo y obrando según ese impulso.

Este amor es un *dón de Dios*, y dice san Agustín que es preciso pedirle al Señor constantemente. *Charitas a Deo; oremus ergo ut ab illo detur a quo jubetur*. Si no amamos como debemos, es porque nunca pedimos á Dios la gracia de *amar como quiere que amemos*.

#### ARTÍCULO 4.º

##### Recompensa del amor al prójimo.

*¡Dios mío!*, exclamaba un santo. *¿Por qué no nos amamos todos como vos lo ordenáis? ¡Ah!*, añade después de un momento de reflexión. *¡Sería esto demasiado bello, demasiado hermoso! ¡Apenas tendríamos ya que envidiar en el cielo!*

Amarnos todos como quiere Jesucristo, es decir, ser los unos para los otros lo que es una madre para su hijo, atenta á todo lo que pueda serle útil ó agradable, viviendo de su vida, sufriendo con sus dolores, sonriendo con sus sonrisas.

Amarnos todos como quiere Jesucristo, es decir, tener los unos para con los otros aquellos cuidados que prodiga á su madre enferma la joven tierna y cariñosa; ella la vela de noche y no la deja de día, adivina por el movimiento de sus labios lo que reclama su enfermedad..... y desfallecida ella misma, no dice jamás: *Estoy cansada*.

Amarnos como quiere Jesucristo, es decir,

unirnos mutuamente con aquella amistad que une á dos hermanas y las induce á tenerlo todo en común: los goces, las penas, las riquezas, los vestidos, los adornos.

Amarnos todos, en fin, como quiere Jesucristo, es decir, ser los unos para el alma de los otros, lo que es para *el alma de un desconocido* el misionero que lo deja todo por instruírla, purificarla y santificarla; lo que era san Vicente de Paúl para los huérfanos, los culpables, los desamparados; lo que es la Hermana de la Caridad para todos aquellos á cuyo lado la envía la obediencia; lo que ha sido Jesucristo, que ha dado su sangre y su vida por nosotros; lo que es todavía este divino Salvador, que mientras nosotros olvidamos sus beneficios y nos servimos de sus dones para ofenderle, él continúa amándonos, sufriendonos, previniéndonos, buscándonos, y apenas ve las primeras demostraciones de un arrepentimiento sincero está dispuesto á devolvérsenos su amistad y sus más íntimos favores.

¡Oh sí, esto sería demasiado hermoso!

Y, sin embargo, ¿no es esto lo que quisiera el buen Dios? ¿No es esto lo que toda joven que, estando en el mundo, aspira á ser religiosa cree encontrar en el convento en donde quiere encerrarse? ¿No es esto lo que *se propone ser* para las compañeras que Dios le da? Ha estudiado la vida religiosa al pie del tabernáculo, ha meditado las enseñanzas de Jesucristo y de los santos, y está de tal manera convencida de que este espíritu de caridad y de abnegación forma la esencia de la vida religiosa, que re-

nunciaria á ella si pudiera sospechar que allí no se aman como quiere Jesucristo.

No hay duda que cuesta *un poco de fatiga* el sacrificarse continuamente y ser para todos como una verdadera madre y una verdadera hermana; cuesta *alguna pena* el dominar continuamente el amor propio, y considerarse y obrar como la sierva de todos; mas, ¡ay, cuán largamente serían recompensadas esta fatiga y esta pena!

He aquí las recompensas que ya aquí, en la tierra, da Dios á las almas que se entregan á la *práctica de la caridad fraterna*.

Con ella llegan á ser *buenas*, llegan á ser *felices*, llegan á estar íntimamente *unidas entre sí*.

## I

La práctica de la caridad nos hace buenos.

La religiosa que se dedica á la práctica de la caridad fraterna se hace *realmente buena*, es decir, siente una necesidad irresistible de hacer bien, aun cuando no espere ninguna correspondencia; de excusar los defectos de sus compañeras, de interpretar las acciones que podrían ofenderla de la manera menos desfavorable; de perdonar de buen grado; de castigar siempre con pena cuando es preciso castigar; en una palabra, de poseer todo lo que en la tierra puede hacerla más semejante á Dios.

Efectivamente. Dios no es *tan bueno* para con nosotros hasta el punto de ser llamado el *Ser bueno* por excelencia, el *solo bueno: nemo*

*bonus nisi solus Deus*, sino porque es la *caridad misma*. Dios es todo bondad porque es todo caridad.

Lo mismo se dice de Jesucristo, y en proporciones diversas de María, de los ángeles y santos que están en el cielo y de los que viven todavía en la tierra; la caridad es lo que los ha inducido y los induce todavía á tantos sacrificios, á tantas liberalidades, á tantos servicios de todas clases con que han llenado todas las horas de su vida.

De todos puede y debe decirse: *Son buenos*.

Dios, dice Bossuet, cuando formó el corazón y las entrañas del hombre, puso primeramente la *bondad*, como carácter propio de la naturaleza divina.

Este es aquel *fondo* de bondad; aquella *mina* inagotable, puesto que es divina, que la *caridad benéfica*, por decirlo así, y de la que saca á cada instante del día un nuevo acto de bondad.

Si durante algún tiempo no rehusáramos nunca hacer con sencillez los actos de caridad que se nos ofrecen, acabaríamos por ser de tal manera *buenos*, que la bondad se sobrepondría á nuestra naturaleza y, sin hacernos violencia, no podríamos menos de ser para todos como una *pequeña Providencia*. Entonces seríamos generosos, serviciales, indulgentes, corteses, desinteresados, obedientes á nuestros superiores, conciliadores con nuestros iguales; entonces excusaríamos sin esfuerzo, nos interesaríamos por la suerte de los demás, procuraríamos tributar honor á los que nos rodean; entonces

estaríamos ávidos de hacer bien, sobre todo al alma de los que viven con nosotros, oraríamos con verdadero placer y santa alegría por su conversión ó su perseverancia; entonces aplicaríamos á los actos de nuestra vida todas las palabras de Jesucristo y de san Pablo, sin pensar siquiera que son mandamientos que nos ordenan la unión, la paz, la concordia, el perdón, la compasión, la misericordia, la alegría, la abnegación, todo lo que pueda hacernos semejantes á Jesucristo en sus relaciones con los hombres; entonces comprenderíamos, aunque sin flaqueza y sin fatuidad, estas palabras del filósofo: *Para ser siempre bastante bueno es preciso algunas veces serlo demasiado*.

## II

### La práctica de la caridad nos hace felices.

La religiosa que se entrega á la caridad fraterna se hace feliz:

1. Porque tiene seguridad, y seguridad cierta, fundada en la palabra de Jesucristo, de que todo lo que haga con sus hermanas, Dios *lo hará por ella*; que todo lo que desea para sus hermanas, aun cuando no pueda realmente hacerlo, Dios *se lo hará á ella*.

La caridad fraterna tiene un admirable poder; nunca trabaja en balde, aun cuando no obtenga lo que quiere; *el mérito* es para el que ha procurado hacer bien aunque no lo haya conseguido, y en el cielo los santos serán recompensados hasta del bien que hayan hecho

á las almas que se han condenado á pesar de sus auxilios. Así es como un superior que pone todo su celo en hacer practicar la regla tiene el mismo mérito, ya sea que sus religiosos le escuchen ó que no le escuchen. Así la religiosa que se esfuerza en hacer bien á su prójimo, edificar, prestar algún servicio, será recompensada por cada uno de esos actos que ha hecho, aun cuando aquí en la tierra ninguno de esos actos haya tenido buen éxito.

Con estos pensamientos, ¿cómo no vivir continuamente con paz y alegría? ¿Cómo no esperar el perdón de los pecados cuando con tanto gusto se perdona? ¿Cómo no tener seguridad de obtener todas las gracias que se piden, cuando una misma no rehúsa ninguna petición de cuantas se le hacen? ¿Cómo, sobre todo, no morir en paz, considerando que va á ser juzgada por Jesucristo, que ha dicho: «*Seré para tí lo que tú hayas sido para los demás?*»

2. La religiosa caritativa es feliz, porque si todas y cada una de las hermanas con quienes vive se entregan como ella á esta práctica tan dulce y tan meritoria de la caridad fraterna, la comunidad será un verdadero Paraíso. Escuchad la encantadora relación que hace san Euquerio de una casa en donde reinaba la caridad:

«¿Qué reunión de santos he visto en mi amable desierto de Lerins! Cada uno de ellos era como un vaso de alabastro, del que se exhalaban suaves fragancias; se aspiraba en aquel cielo un suave olor de vida. La belleza del hombre interior brillaba en su exterior; la ca-

ridad los unía; se abatían por humildad; la mansedumbre acompañaba su piedad, y la firmeza más inquebrantable iba unida con su esperanza. Si los encontrabais, veíais siempre la modestia en su andar, un filial apresuramiento en su obediencia, el silencio en sus labios, la serenidad en su frente, y en la pacífica dignidad de sus movimientos contemplabais con delicia una imagen del orden que reina en los ejércitos celestiales.»

3. La religiosa caritativa es dichosa, aun cuando sea *sola* en entregarse á la práctica de la caridad. La virtud de la caridad fraterna encierra una suavidad que no se halla en ninguna otra virtud, porque el corazón ha sido creado para amar y para sacrificarse, y cuando ama y se sacrifica está satisfecho; *cuando se ama, dice san Agustín, no se padece, ó si se padece se ama el padecimiento.* La madre, imponiéndose para con su hijo los más duros sacrificios, experimenta una felicidad *enteramente natural* en padecer por él. A esta satisfacción que da la naturaleza, la gracia añade, cuando se obra sobrenaturalmente, una satisfacción celestial. He aquí por qué Jesucristo dice que *el yugo de su ley es suave y ligero.* La ley del Señor es ley de amor, y lo que se hace por amor se hace con verdadero contento.

Y esta felicidad, debida á la caridad, se revela en la radiante expresión del rostro, en la afabilidad de la palabra, en el gozo íntimo del corazón, que, según la bella expresión de los libros santos, está *en perpetuo festín.*

Y esta felicidad mata el *fastidio*, que es he-



rencia de los corazones llenos de sí mismos y olvidados de los demás. Mata la *melancolía*; ese estado del alma llena de nubes que impiden la ilumine el divino sol, y permiten al demonio que se insinúe y deslice entre las sombras sus pensamientos sensuales.

Ser feliz es el estado habitual del alma generosa, y el corazón que es feliz muy fácilmente hace felices á los demás. El gozo verdadero, el gozo que sale del corazón, es por su naturaleza muy comunicativo.

### III

La práctica de la caridad hace que las almas se unan entre sí.

Esta práctica hace reinar en la comunidad *el espíritu de familia*, que es para las almas que viven juntas lo que es el aire para los pulmones, lo que es el calor para los miembros; *el espíritu de familia*, que hace que todo el mundo esté bien, que se pida fácilmente un favor, y que se acepte con gusto un acto de cortesía, que permite dar sencillamente un aviso, y que sin aspereza ni enojo acepta una reconvencción.

Este espíritu de familia vive *de expansión*, es decir, de la facultad que tiene cada uno de *dar, de recibir, de pedir*, con la misma sencillez é ingenuidad.

Vive *de confianza*, no poniendo en duda jamás los sentimientos afectuosos y generosos de aquellas á quienes con tanto placer como ver-

dad llama *madre mía, hermanas mías*; porque se vive con el sincero propósito de no querer hacer daño á nadie y en la convicción de que nadie se lo quiere hacer.

Vive sobre todo de *reconocimiento*. Nada tan bueno en una comunidad como la idea de que los que están con nosotros nos han hecho bien y quieren hacérselo; nada tan dulce como el habitual recuerdo de todas las atenciones que hemos recibido de nuestras superiores y de todas nuestras hermanas.

¡Oh, sí! Muy bien se vive así, en una atmósfera de benevolencia, en medio de seres queridos, escogidos por el mismo Dios, que en cierta manera hacen profesión de aprovechar todas las ocasiones de ayudarse y servirse mutuamente, y con quienes se puede contar en la vida y en la muerte.

Pues bien, religiosas, ¡esa atmósfera es la vuestra!

Vivid, pues, felices, amando á Dios y amándoos mutuamente con todas las fuerzas de vuestro corazón.

No os fijéis ya en esos defectillos de carácter, que, cuando se ama, se disimulan tan fácilmente como las fealdades del rostro; no hagáis ya tanto caso de esas palabras picantes, dichas sin intención, de esas faltas de consideración, que provienen de falta de costumbre; mirad el corazón que es bueno, mirad sobre todo al alma, en donde habita el Espíritu Santo, adonde Jesucristo ha venido tal vez hoy mismo, y adonde volverá mañana otra vez.

Dad mucho, recibid mucho; que entre Jesu-

cristo y vosotras, y entre vosotras mismas, haya perpetuamente una cuenta de beneficios que no se salde jamás.

Piense cada una de vosotras que ella *ha recibido más* de sus hermanas de lo que les ha dado, y viva, por consiguiente, en un perpetuo estado de reconocimiento afectuoso y generoso.

Es muy dulce *deber siempre* á los que se ama, y trabajar siempre por pagar la deuda.

## IV

## Letanías de la bondad y de la abnegación.

Para que os sirva de oración cotidiana ponemos aquí la siguiente página, tomada de *Las pajitas de oro*:

«¡Oh, Jesús, que vivís en la Santa Eucaristía, pero que vivís sin aquellas palabras, sin aquella actividad, sin aquella vida material que impresiona los sentidos, y no podéis, por consiguiente, hacer *sentir* á los hombres, como lo hacíais en los días de vuestra vida mortal, vuestra bondad y vuestra misericordia! Jesús, que deseáis, sin embargo, que los hombres *sientan* vuestro amor: yo vengo á ofrecerme á Vos, á fin de que, penetrando en mí, y residiendo en cierta manera en mí, os dignéis servir de *cada uno de los miembros de mi cuerpo, y de cada una de las facultades de mi alma*, para hacer bien á los que amáis, y á quienes lo hacíais en otro tiempo en la tierra cuando estabais visiblemente con ellos.

»¡Oh, Jesús, que, abandonado de todos en el huerto de los Olivos, tuvisteis necesidad de ser aliviado, confortado, reanimado! Jesús, que sabéis que hay en esta hora almas que, como Vos, no tienen ya en la tierra ni apoyo, ni fuerza, ni consuelo, enviadles un ángel que derrame sobre ellas un poco de alegría y un poco de paz. ¡Oh, si yo fuese este ángel! ¿Qué es lo que debo padecer para serlo, dulce Jesús? Si se necesita de una pena interior ó un dolor exterior para hacer de mí durante algunos minutos el ángel consolador de una alma desolada, ¡oh!, cualquiera que sea la amargura de esa pena y la intensidad de ese dolor, yo os lo pido, ¡oh Jesús mío!

»¡Oh Jesús, que buscáis *labios* para decir á las almas el amor que les tenéis; *labios* para recordar á los *pobres*, á los *desvalidos*, que no están abandonados; á los *culpables*, que no son rechazados; á los *timidos*, que no les falta protección! Jesús, tomad mis *labios* sin que yo lo advierta, si es de temer que la vanidad mallee lo que no viene sino de Vos; dadme que sepa decir ó escribir palabras de fortaleza, palabras de amor, palabras de benevolencia y de perdón. Haced que mire como perdido el día que haya pasado sin hablar de vuestra bondad, sin haber reanimado ó fortificado á una alma, sin haber hecho pronunciar con sentimiento de amor vuestro nombre bendito, á lo menos por la boca de un pequeñuelo.

»¡Oh, Jesús, tan *paciente* con los que os molestaban con sus impertinencias, y os cansaban con su ignorancia y su ineptitud para comprender vuestras palabras! Jesús, tan *bondadoso* para repetir las mismas lecciones, para esperar la hora de la gracia, para no humillar á los que, al parecer, no hacían ningún caso de vuestras doctrinas; Jesús, hacedme *paciente* para *escuchar*, *paciente* para *instruir*, *paciente* para *volver á empezar* tres veces, cuatro veces, diez veces, las mismas enseñanzas. Hacedme *fuerte* para mostrar siempre rostro afable, aun cuando la importunidad de una visita me hiciera sentir su pesadez; y si la flaqueza de mi temperamento dominara mi voluntad, si yo dejara traslucir el fastidio ó el cansancio, dadme, ¡oh Jesús!, que sepa reparar inmediatamente con palabras afectuosas la pena que hubiera podido causar!

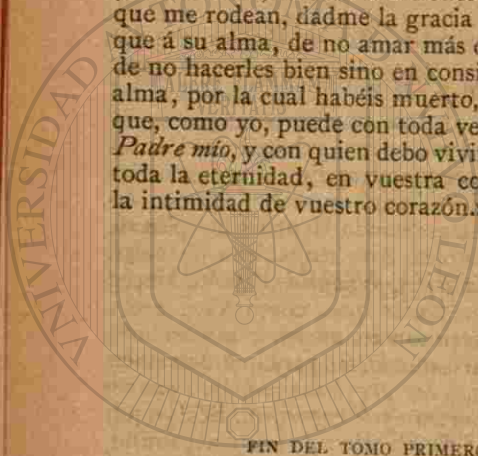
»¡Oh, Jesús, que con delicadeza infinita esperabais, sentado en el borde del camino, la ocasión de hacer el bien; que pedíais sencillamente un favor material para atraer más fácilmente á Vos el alma de aquella pobre Samaritana, á quien queríais salvar! Jesús, dadme que sepa *adivinar* los dolores que unas veces la timidez, otras muchas el temor, y aun cierta delicadeza exagerada hacen ocultar en las profundidades del alma; dadme aquel saber sencillo, animoso, pero al mismo tiempo discreto, que se insinúa sin herir, que pregunta sin las-

timar, y que, sin humillar, derrama suavemente el aceite y el vino sobre la llaga que ha descubierto.

»¡Oh, Jesús, que buscáis un *dispensador* fiel de vuestros *tesoros materiales* y de esos goces exteriores, reflejo de los goces inefables del cielo! Dadme, dadme mucho para que yo dé mucho; tomad *mis manos* y haced de ellas las dispensadoras de vuestras limosnas; tomadlas también ¡oh Jesús! para que estén como lo estaban las vuestras cuando lavabais los pies de vuestros Apóstoles, *á la disposición de todos, trabajando por todos, ayudando á todos*. Haced que no olvide jamás que, como Vos, estoy en la tierra *para servir, no para ser servido*. Tomad también mis *labios* para que derramen en los corazones *las graciosas palabras que recrean y las sonrisas que regocijan*. Sea yo ¡oh Jesús! como *la fuente* colocada junto al camino, en donde todos los viajeros pueden beber á toda hora; sea yo como el *árbol* que crece en los linderos, que no pertenece á nadie y es de todo el mundo, que á todos, y en todo tiempo, ofrece sus ramas dobladas bajo el peso de sus frutos, que Vos le habéis prestado para los demás.

»¡Oh, Jesús, que amáis con pasión á las almas, y á quien ni las formas exteriores, gra-

ciosas ó repugnantes, ni el carácter ligero ó inquieto, suave ó irascible, hacen perder de vista jamás que esas almas, aunque ocultas bajo un grosero velo, son las hijas amadas de Dios! ¡Oh! Dadme, en mis relaciones con todos los que me rodean, dadme la gracia de no ver más que á su alma, de no amar más que á su alma, de no hacerles bien sino en consideración á su alma, por la cual habéis muerto, ¡oh Jesús!, y que, como yo, puede con toda verdad llamaros *Padre mío*, y con quien debo vivir feliz durante toda la eternidad, en vuestra compañía y en la intimidad de vuestro corazón.»



FIN DEL TOMO PRIMERO.

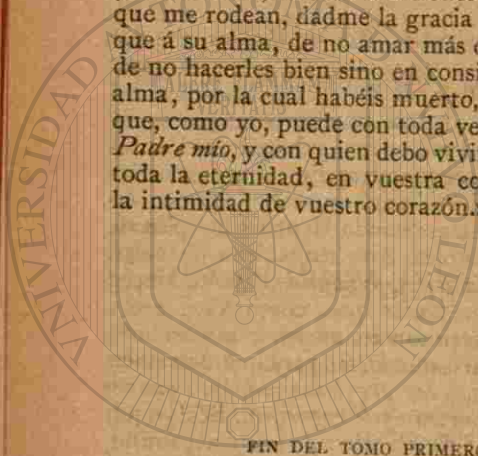
## ÍNDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN

### PARTE PRIMERA

	Páginas.
Introducción.....	7
División de esta primera parte.....	11
<b>CAPÍTULO PRIMERO</b>	
<b>Fin del estado religioso.</b>	
I. <i>Procurar la gloria de Dios.</i> —Para lograr este fin el alma debe:	
1.º <i>Apartarse del pecado.</i> —De las ocasiones de pecar.—Del mundo.—De los negocios materiales.—De los afectos más legítimos de la familia.—Y por último de sí misma.....	14
2.º <i>Consagrarse á Dios.</i> —Ser en sus manos como un cáliz.—Como una hostia.—Como un instrumento.....	18
II. <i>Aspirar á la perfección.</i> —Para lograr este fin el alma tiene:	
1.º <i>La práctica de los consejos evangélicos.</i> —	
2.º <i>El apoyo de la regla.</i> .....	22
III. <i>Conclusiones prácticas:</i>	
1.º <i>Relaciones del alma con Dios.</i> .....	25

ciosas ó repugnantes, ni el carácter ligero ó inquieto, suave ó irascible, hacen perder de vista jamás que esas almas, aunque ocultas bajo un grosero velo, son las hijas amadas de Dios! ¡Oh! Dadme, en mis relaciones con todos los que me rodean, dadme la gracia de no ver más que á su alma, de no amar más que á su alma, de no hacerles bien sino en consideración á su alma, por la cual habéis muerto, ¡oh Jesús!, y que, como yo, puede con toda verdad llamaros *Padre mío*, y con quien debo vivir feliz durante toda la eternidad, en vuestra compañía y en la intimidad de vuestro corazón.»



FIN DEL TOMO PRIMERO.

## ÍNDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN

### PARTE PRIMERA

	Páginas.
Introducción.....	7
División de esta primera parte.....	11
<b>CAPÍTULO PRIMERO</b>	
<b>Fin del estado religioso.</b>	
I. <i>Procurar la gloria de Dios.</i> —Para lograr este fin el alma debe:	
1.º <i>Apartarse del pecado.</i> —De las ocasiones de pecar.—Del mundo.—De los negocios materiales.—De los afectos más legítimos de la familia.—Y por último de sí misma.....	14
2.º <i>Consagrarse á Dios.</i> —Ser en sus manos como un cáliz.—Como una hostia.—Como un instrumento.....	18
II. <i>Aspirar á la perfección.</i> —Para lograr este fin el alma tiene:	
1.º <i>La práctica de los consejos evangélicos.</i> —	
2.º <i>El apoyo de la regla.</i> .....	22
III. Conclusiones prácticas:	
1.º Relaciones del alma con Dios.....	25

	Páginas.
2.º Relaciones de Dios con el alma.....	29
IV. Formas del estado religioso que conducen á este fin.....	33
1.º Vida contemplativa.....	34
2.º Vida activa.....	35
3.º Vida mixta.....	35

## CAPÍTULO II

## Gobierno del estado religioso.

Este gobierno ofrece todas las garantías que puede ofrecer la prudencia humana:

I. Garantías por parte de los miembros electores.....	38
II. Garantías en cuanto á la manera de hacerse la elección.....	40
III. Garantías por parte de la elegida.....	40
IV. Garantías por parte de las reglas que se han de observar.....	43
V. Conclusiones prácticas:	
1.º Con respecto á la superiora.....	45
2.º Con respecto á las reglas.....	46

## CAPÍTULO III

## Personas que viven en el estado religioso.

Estas personas ofrecen, desde el punto de vista de la santidad, todas las garantías que pueden desearse:

1.º Por parte de Dios.....	52
2.º Por parte de la Iglesia.....	58
Antes de la profesión.....	59
Después de la profesión.....	62
Cuadro de las virtudes de una buena religiosa.....	66
Resumen.....	69

## CAPÍTULO IV

## Lo que constituye el estado religioso.

	Páginas.
I. Del voto en general.....	72
II. De los votos religiosos.	
I. Origen de los votos religiosos.....	75
II. Distinción de los votos religiosos.....	80
III. Ventajas de los votos religiosos.	
1.º Ayudan al alma á conseguir el fin de su vocación.....	82
2.º Colocan al alma en estado de víctima.....	84
3.º Proporcionan al alma las más abundantes gracias.....	86
4.º Ayudan al alma á perseverar.....	89

## CAPÍTULO V

## Ventajas del estado religioso.

## I

Ventajas para la religiosa.....	92
I. Felicidad desde el punto de vista puramente humano.....	94
1.º Honores y dignidades.....	95
2.º Bienes y riquezas.....	97
3.º Placeres y goces.....	99
II. Felicidad desde el punto de vista espiritual.....	105
Los doce frutos del estado religioso según san Bernardo.....	109
Resumen.....	116

## II

Ventajas para la sociedad.....	120
--------------------------------	-----

	Páginas.
Combate 1.º, la avaricia.....	124
— 2.º, la independencía.....	125
— 3.º, el sensualismo.....	126

## CAPÍTULO VI

Penas que pueden encontrarse en el estado religioso.

I. Penas procedentes del voto de obediencia.....	130
II. Penas procedentes del voto de castidad.....	133
III. Penas procedentes del voto de pobreza.....	134
IV. Penas procedentes del conjunto de la vida religiosa.....	135

## CAPÍTULO VII

Espíritu del estado religioso y causas que le destruirían.

El espíritu religioso, en general, es un espíritu de abnegación y de paz.....	136
I. El buen espíritu y sus caracteres.....	138
II. Faltas que vician ó destruyen ese espíritu.....	141
III. El mal espíritu y sus caracteres.....	151

## PARTE SEGUNDA

OBLIGACIONES DEL ESTADO RELIGIOSO

Objeto y división de esta segunda parte.....	163
--	-----

*Amar.*

Lo que es amar.....	169
Lo que es preciso amar.....	171

## CAPÍTULO PRIMERO

La religiosa debe amar á Dios.

Páginas.

ARTÍCULO 1.º— <i>Motivos del amor debido á Dios.</i>	
I. Dios por sí mismo merece que la religiosa le ame.....	173
II. Las bondades de Dios exigen que la religiosa le ame.....	177
III. El título de religiosa exige que la que lo lleva ame á Dios.....	181
ARTÍCULO 2.º— <i>Carácter del amor debido á Dios: La docilidad.....</i>	185
ARTÍCULO 3.º— <i>Práctica del amor debido á Dios.</i>	
I. Amar á Dios es pensar en Dios.....	198
II. Amar á Dios es hablar á Dios con frecuencia.....	203
III. Amar á Dios es hablar de Dios.....	207
IV. Amar á Dios es evitar todo lo que pueda desagradarle: <i>El pecado.....</i>	212
1. Consecuencias del pecado venial..	214
2. Principales faltas en que incurren fácilmente las religiosas:	
Pereza en los ejercicios espirituales.....	218
El afecto sensual.....	218
La cólera y la impaciencia.....	219
La molición y la sensualidad.....	219
La mordacidad y la maledicencia.....	220
La locuacidad.....	220
La vanidad y el orgullo.....	221
V. Amar á Dios es procurar practicar á cada instante lo que le place.....	221
VI. Amar á Dios es destruir en los demás todo lo que se sabe desagradar á Dios....	224
VII. Amar á Dios es no querer más que lo que Dios quiere, y estar contento de todo lo que Dios permite.....	228

	Páginas.
VIII. Amar á Dios es confiar en Él en todas las cosas.....	235
IX. Amar á Dios es aspirar á estar unido á Él.....	238
1. Naturaleza de la unión con Dios..	239
2. Defectos que impiden la unión con Dios.....	244
Tener algún afecto particular.....	245
No tener bastante horror de las faltas voluntarias.....	247
Inquietarse y turbarse por sus faltas e infidelidades.....	248
No tener bastante orden en sus acciones.....	249
Propensión á meterse en los negocios de los demás.....	250
X. Amar á Dios es amar á la Santa Eucaristía.....	251
XI. Amar á Dios es amar á la Santísima Virgen.....	262
XII. Amar á Dios es amar á la Iglesia y al Papa.....	271
ARTÍCULO 4.º— <i>Recompensas del amor dado á Dios</i> .....	276
La paz.....	277
La dulzura de carácter.....	281

## CAPÍTULO II

La religiosa debe amar á su prójimo.

ARTÍCULO I.—*Motivos del amor debido al prójimo.*

I. Dios quiere que amemos al prójimo....	284
II. El prójimo merece que se le ame....	290
III. El título de religiosa exige que la que lo lleva ame al prójimo.....	294

	Páginas.
IV. Castigos reservados á los que quebrantan el mandamiento de amar al prójimo.....	298
ARTÍCULO 2.º— <i>Carácter del amor debido al prójimo: La abnegación</i> .....	301
I. Naturaleza de la abnegación.....	301
II. Objeto, motivo y medida de la abnegación.....	304
III. Cualidades de la abnegación.....	309
ARTÍCULO 3.º— <i>Práctica del amor debido al prójimo</i> .....	311
PÁRRAFO 1.º— <i>Actos de caridad fraterna.</i>	
I. Amar al prójimo es no dejar pasar ningún día sin prestarle algún servicio....	314
II. Amar al prójimo es poner á su disposición, para el bien de su alma y de su cuerpo, todo lo que se posee.....	317
III. Amar al prójimo es procurar adquirir, para hacerle la vida más dulce, lo que se llama menudas virtudes.....	325
La indulgencia.....	326
La caritativa disimulación de las faltas.....	327
El genio afable y risueño.....	328
La docilidad de espíritu.....	330
La afabilidad.....	330
La condescendencia.....	332
La urbanidad.....	333
IV. Amar al prójimo es soportar sus defectos con paciencia.....	336
V. Amar al prójimo es querer su bien....	340
VI. Amar al prójimo es compadecerse de sus penas.....	342
VII.—Amar al prójimo es hacer bien á su alma.....	344
El buen ejemplo.....	345
La corrección fraterna.....	347



	Páginas.
PÁRRAFO 2.— <i>Causas de las faltas que se cometen contra la caridad fraterna.</i> .....	350
I. La indiferencia.....	351
II. El egoísmo que produce:	
1. La envidia.....	357
2. La maledicencia.....	358
3. Los juicios temerarios.....	361
4. Los chismes.....	361
Casos en que está ordenada la revelación.	364
Precauciones que hay que tomar al hacerla.	364
IV. El espíritu de propiedad.....	365
V. La sensualidad.....	366
VI. La religiosa sin caridad con el prójimo.	372
VII. Últimos avisos.....	377
ARTÍCULO 4.— <i>Recompensas del autor dado al prójimo.</i> .....	381
I. La práctica de la caridad nos hace buenos.	383
II. La práctica de la caridad nos hace felices.....	385
III. La práctica de la caridad hace que las almas se unan entre sí.....	388
IV.— <i>Letanias de la bondad y de la abnegación.</i> .....	390

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

